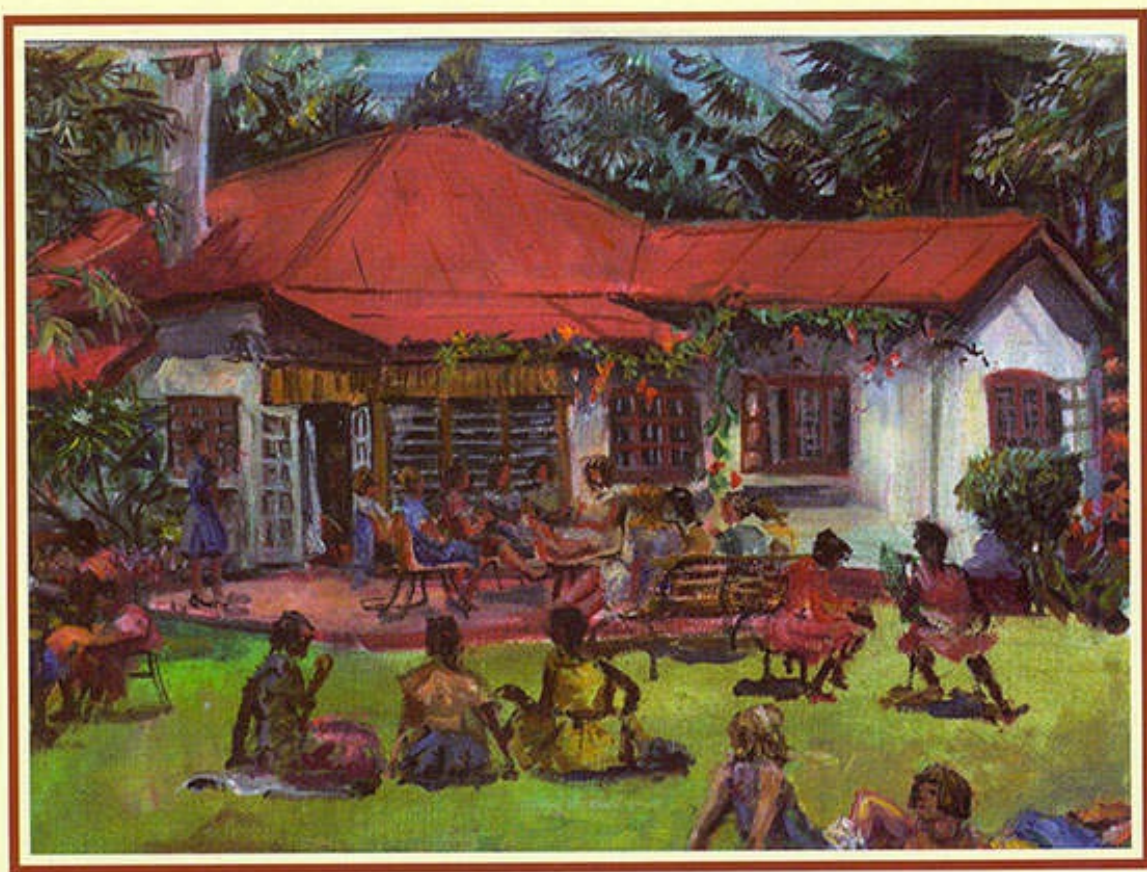
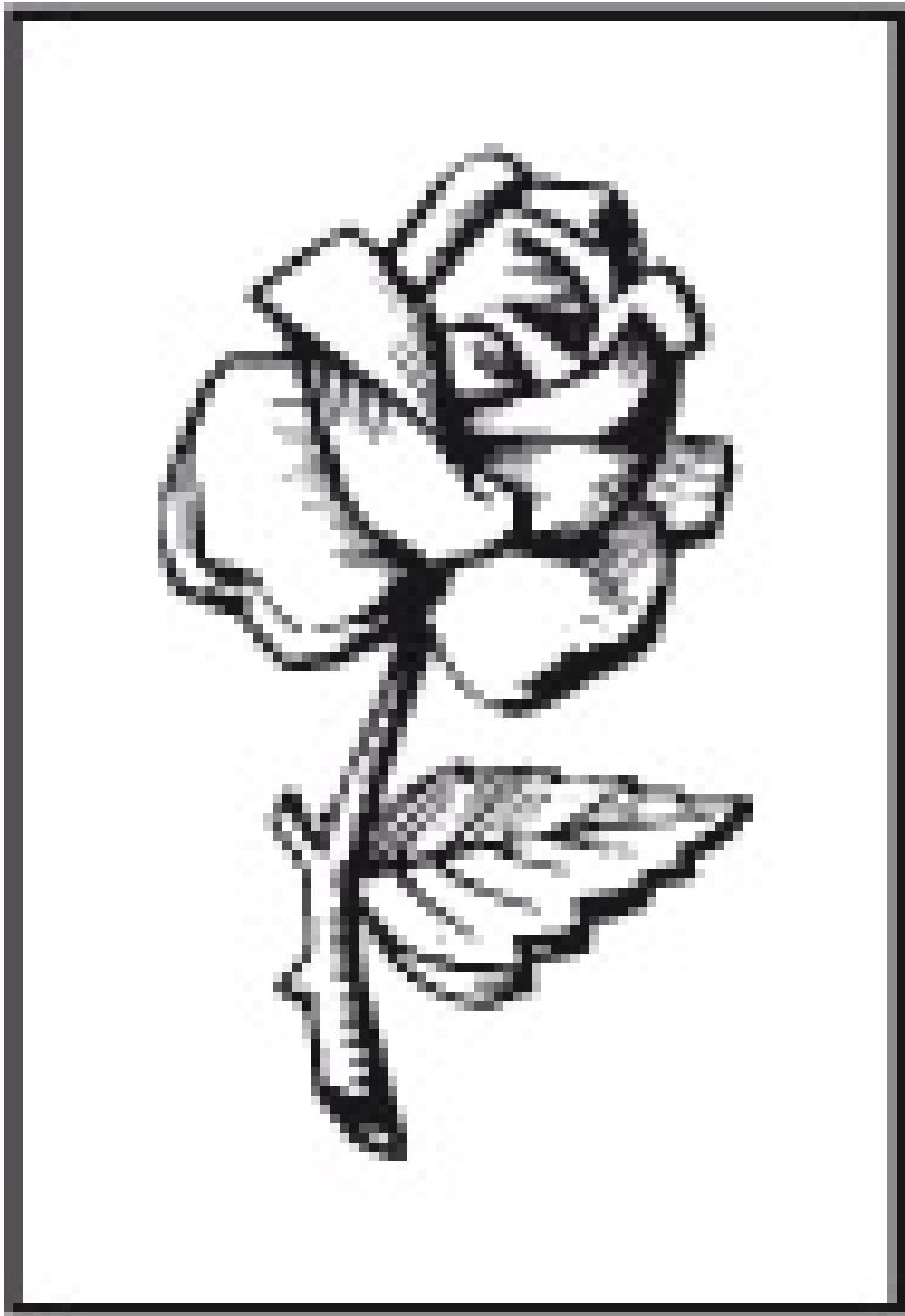


Olga Marlin

Con un sueño en África



RIALP



CON UN SUEÑO EN ÁFRICA

Título original: *To Africa with a Dream*

© 2003 by Scepter Publishers. Inc. N.Y.

© 2006 de la versión española, realizada por M^a Carmen García-Grotta, by Ediciones RIALP, S.A., 2014
Alcalá, 290 - 28027 MADRID (España)

www.rialp.com

ediciones@rialp.com

Cubierta: Cuadro de *Kianda College* pintado en 1964 por Hilda van Stockum, madre de la autora (foto cortesía de Olga Marlin)

ISBN eBook: 978-84-321-4021-1

ePub: Digitt.es

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, QUE HIZO POSIBLE LA AVENTURA DE MI VIDA, Y A MIS PADRES,
HILDA VAN STOCKUM Y SPIKE MARLIN, QUE PUSIERON LOS CIMIENTOS.

Índice

Prólogo

- 1 Aquí empezó todo**
- 2 Asentándome**
- 3 Por fin, profesora**
- 4 El Colegio Romano**
- 5 Preparativos para África**
- 6 Comienzo de una aventura**
- 7 Kenya High School**
- 8 Crisis en el Congo**
- 9 Una llamada del Padre**
- 10 Primeras experiencias**
- 11 Creando un hogar**
- 12 Kianda College**
- 13 Uhuru!**
- 14 Uhuru también para las mujeres**
- 15 Kianda Residence**
- 16 Tom Mboya**
- 17 La familia crece**
- 18 Expansión hacia el oeste**
- 19 Lagoon College**
- 20 El Padre en el cielo**
- 21 Kianda School**
- 22 La clínica de la Universidad de Navarra**
- 23 Centro Cultural Fanusi**
- 24 Elders kenianos**
- 25 Mejorando el nivel de vida**
- 26 Kibondeni College**
- 27 Seis veces diez**

Epílogo

Prólogo

De pie, sobre el agitado muelle dublinés, miraba apenada al transatlántico que se alejaba rumbo a Canadá, con toda mi familia a bordo. La neblina de aquella tarde de un frío septiembre era reflejo de mi profunda sensación de soledad, como si toda mi vida, y el mundo entero, ya nunca pudieran ser lo mismo para mí.

«¿Y ahora qué?». La pregunta giraba en mi mente vacilante en busca de respuesta. A mi alrededor, la vida del puerto bullía con incesante actividad. La gente iba de acá para allá, inmersa en sus propias preocupaciones, sin causarme la más mínima impresión. Los veía sombríos, como marionetas en un gran escenario, y yo en el exterior. Sola.

No sé el camino que tomé para volver a mi casa: un piso cómodo, amueblado y decorado con cariño por mis padres. La vista de las habitaciones solitarias se me clavó en el corazón, haciendo resurgir violentamente la nostalgia de mi familia y de las íntimas alegrías familiares del pasado. Me tumbé en la cama y rompí a llorar con sollozos incontrolables, desde lo más profundo de mi ser, desde un vacío que -así lo creía- nada podría volver a llenar.

De pronto, sentí una mano amable sobre el hombro:

-No lo tomes tan a pecho, Olga -era mi amiga Therese Dwyer, que acababa de entrar silenciosamente-. No tardarás en estar de nuevo con ellos; dentro de un año, cuando acabes los estudios.

Me incorporé para mirarla, con los ojos empañados de lágrimas.

-No, Therese, no viviré con ellos nunca más. Lo sé.

Y lo dije plenamente convencida, sin saber el porqué de aquella certeza.

-Tonterías, te estás dejando llevar por la emoción. Tienes casi veintiún años, es natural que quieras salir de tu casa. Creo que estás demasiado apegada a tu familia.

Nunca se me había ocurrido este punto de vista, y pasé a la defensiva.

-¿Qué quieres decir? ¿Qué tiene de malo amar a la familia?

-No te enfades -siguió Therese-. Yo también amo a mi familia, pero no quiero vivir con ellos para siempre. Quiero vivir mi propia vida. Tú tienes mucha suerte, tus planes están ya hechos: obtendrás tu diploma y serás profesora, y, quién sabe, quizás consigas un trabajo cerca de tu familia.

-Hay algo más -respondí tratando de ensamblar las vagas ideas que desde siempre rondaban en mi alma-. Sí, quiero ser profesora, pero no sólo para obtener un empleo. Presiento que hay algo más, quizás una llamada de Dios para servirle de algún modo.

¿Cómo podría explicarle la confusión en que me hallaba, el tremendo vacío que sentía? Un vacío que mi familia había llenado, hasta estos últimos meses en que algo semejante al temor había agitado lo más recóndito de mi ser. Ahora mi familia estaba lejos. Su marcha había rasgado la frágil red bajo mis pies, arrastrándome hacia una oscura profundidad; y, al mismo tiempo, esos indicios, esa sensación de que Dios quería algo de mí, algo que toda mi vida venía buscando.

Therese me miraba fijamente, con sus grandes ojos azules, más abiertos aún por el asombro. Sin andarse con rodeos me preguntó si quería ser monja. Su aire de incredulidad le daba un aspecto tan cómico que me levantó un poco el ánimo.

-No, realmente no. Lo he considerado, pero lo veo como un encerramiento. El mundo es muy grande, y la verdad es que yo quiero estar en medio de toda esa actividad.

-Totalmente de acuerdo -respondió Therese, riendo cordial y alegremente-. Otra cosa no iría contigo.

-Sin embargo, tiene que haber algo que aún no he encontrado.

La carencia de respuestas, mi tendencia todavía indirecta hacia Dios, la ausencia de mi familia... , suponía un aplastante peso sobre mis hombros.

-Siento como si la vida se me hubiera ido con la familia, navegando, sin dejar rastro -y rompí a llorar de nuevo.

-Lo que tú necesitas es una taza de té -concluyó cariñosamente Therese.

Fui tras ella hacia la cocina, reconfortada por su amistad, pero con aquel vacío dentro... El futuro se me presentaba con un perfil oscuro y amenazador, con muchos interrogantes danzando en el aire.

1. Aquí empezó todo

Octubre iniciaba su andadura. Era 1955. Estaba tocando el piano, en parte para distraer mi soledad, cuando oí una débil llamada con los nudillos en la puerta. La abrí, y me encontré con una joven, de cara redonda y amistosa, ojos inteligentes tras unas gafas con montura dorada y, en contraste, unos mechones de pelo corto, rojizos y rizados.

-¿Eres Olga Marlin? -me preguntó con timidez.

-Sí.

-Soy Teddy Burke, sobrina del Padre John Costello. -¡Oh!

Recordé entonces que este sacerdote era amigo de mi madre. El día que vino a despedirse de mi familia, fijándose en mí, me dijo: «Tengo una sobrina que está haciendo algo que creo te podría interesar». Tuve intención de seguir el asunto pero, con el trauma de la separación familiar, no había hecho nada. Y ni siquiera le había preguntado el nombre de la sobrina.

-Entra -le contesté, sintiéndome un tanto culpable.

La hice pasar al salón y le ofrecí asiento en una de las butacas frente a la chimenea. Era una casa de estilo georgiano. Gina Jackson, otra estudiante, y yo ocupábamos uno de los pisos. La luz del otoño entraba a raudales por el amplio ventanal.

-Mi tío John me ha hablado de tu familia -dijo Teddy-. Aprecia mucho a tu madre; me dijo que es holandesa y artista, y que se convirtió al catolicismo. Pero tú eres canadiense, ¿verdad?

-No -respondí-. Yo nací en Nueva York, y mis otros cinco hermanos nacieron en Washington D.C. Vivíamos en Montreal por el trabajo de mi padre.

-Y, ¿qué te ha traído a Dublín?

-Cuando terminé el bachillerato, mi padre quería que yo estudiara en el Trinity College, su antigua universidad. Y aquí nos vinimos toda la familia.

-¿Qué curso haces? -preguntó Teddy, con sus serenos y brillantes ojos grises.

-Me hubiera gustado matricularme en Latín e Inglés, pero mis conocimientos de latín no eran suficientes, y me he cambiado a Francés e Inglés. Después, quisiera graduarme en Educación, para dedicarme a la enseñanza.

Teddy asentía con la cabeza.

-Yo también estudié Lengua y Literatura. Tengo un Máster (M.A.) en inglés, español y francés. Pero nunca pensé en enseñar; creo que no tengo suficiente paciencia.

-¿Y a qué te dedicas?

-Ayudo en la dirección de una residencia para chicas estudiantes en Northbrook Road. Acabamos de empezar.

-¿No vives con tu familia? -pregunté, sorprendida.

-Mi familia vive en Sligo. Mi padre es médico, ya jubilado. Yo soy la hija pequeña, y los otros cuatro trabajan en diferentes sitios -dudó por un momento, y continuó-: No sé si debería explicarte que pertenezco al Opus Dei.

-¿Y eso qué es? -no había oído ni el nombre.

-Es una nueva institución de la Iglesia Católica, un camino de santidad para la gente corriente en el trabajo diario y en las circunstancias ordinarias. El Fundador es un sacerdote español, Monseñor Josemaría Escrivá.

-¿Santidad en el trabajo y en la vida ordinaria? -me sonó raro-. ¿Cómo se compaginan?

-Parece complicado, pero, en realidad, es muy sencillo. Haces tu trabajo, el que sea, lo mejor que puedes, y lo ofreces a Dios. Esto es lo que significa Opus Dei: obra de Dios.

Por un momento pensé en mis estudios bajo esta nueva luz, y me sentí incómoda, pues yo no era lo que se dice una estudiante disciplinada. Nunca se me había ocurrido buscar a Dios en mis estudios. Así se lo dije.

Teddy se rió de buena gana:

-Poca gente lo hace. Tampoco yo, hasta que me puse en contacto con la Obra. ¿Te gustaría venir a ver la residencia donde vivo?

-¿Ahora? -la súbita propuesta me cogió por sorpresa.

-¿Por qué no, si no estás ocupada?

En verdad no tenía inconveniente. Ante mi propio asombro, acepté la invitación.

Montamos en nuestras bicicletas, y juntas nos dirigimos hacia Leeson Park y Northbrook Road, hasta pararnos frente a una casa grande, de estilo georgiano, con los muros cubiertos de hiedra. Teddy abrió la cancela de hierro, subimos unos escalones altos que conducían a un porche con arcos, y llamó a la puerta. Una joven, de aspecto maternal, rubia, con ojos azules y graciosos hoyuelos en las mejillas, nos recibió con una calurosa acogida.

-¡Entrad, entrad!

Mientras nos acompañaba hacia el cuarto de estar, Teddy nos presentó:

-Olga Marlin, Maire Gibbons.

Nos saludamos estrechándonos la mano, y Maire me cogió el abrigo.

-¿Te gustaría ver el oratorio? -me invitó, sin ambages.

La distribución de un piso estilo georgiano, igual en todas las casas, me era ya familiar. Cuando Maire abrió la puerta del oratorio, pensé que entrábamos en el comedor, y mi asombro fue ver un altar, con sagrario, y una gran pintura de la Virgen con el Niño, enmarcada en caoba sobre el muro del fondo. Así pues, estas chicas tenían el Santísimo ¡en su propia casa!: no podía creerlo.

Después, me pasaron al cuarto de estar: grande y con techo alto, ofreciéndome asiento. Por unos minutos me quedé sola, oyendo voces y risas que venían del piso de abajo. Maire regresó en seguida, con otras tres jóvenes y, entre una y otra presentación

informal, conocí a Anna Barret, Carmen Torrente y Beatriz Montserrat. Carmen y Beatriz eran españolas. Maire me dijo:

-Perdona que te haya dejado sola: es que Teddy acaba de saber que debe ir a Roma y está tratando de organizarse.

Charlamos durante un rato y, antes de marcharme, Anna me preguntó si me gustaría asistir a Misa por las mañanas. Me agradó la idea, pues aquel pequeño oratorio invitaba a la intimidad, y las chicas eran alegres y acogedoras.

Pedí a Therese que viniera conmigo, y también se quedó impresionada por el ambiente de la residencia y el atractivo de su sencillez. «Es como una familia, todas son cariñosas y simpáticas», fue su modo de describir el encuentro.

Maire, diplomada en Ciencias Domésticas, dirigía la cocina y el comedor, y me invitó a echarle una mano cuando tuviera tiempo. Ir a la Residencia Northbrook me resultaba más agradable que estar sola en mi apartamento; Gina pasaba casi todo el día fuera de casa, y yo estaba acostumbrada a tener la familia alrededor. Por eso, las visitas a Northbrook se hicieron pronto habituales, para ayudar a Maire en la cocina, donde siempre había algo que hacer. Se ponía una bata blanca impecable, y preparaba uno u otro plato con soltura y habilidad: masa de hojaldre, carne embuchada, *puddings* al baño María, en los que yo participaba cortando zanahorias o desgranando guisantes. Mientras tanto charlábamos animadamente.

-Mi madre es vegetariana -le dije-, en mi casa siempre había mucha fruta y verdura. Ella decía que seguía el régimen «rohkost», en alemán, es decir alimentos naturales, crudos. Algunas veces no comíamos otra cosa durante días y días. Encima de la mesa siempre se dejaba una fuente honda con *muesli*, una mezcla de fruta y leche condensada...

Al decir esto evocaba, con añoranza, la imagen de las manos de mi madre disfrutando al coger una fruta tras otra para rallarla o cortarla en rodajas. «Lo mejor de la manzana es el corazón», solía decirme, mientras la dejaba caer en la ensaladera dibujando un arco en el aire con un gracioso movimiento. Mi madre apreciaba todo lo natural, lo sano.

-¡Oh, enséñame a hacerlo! -exclamó Maire, atraída por lo novedoso.

Al día siguiente me presenté con todos los ingredientes y preparamos el *muesli*. A la hora de la merienda, las demás de la casa bajaron al comedor. Una estrecha escalera conducía a la planta baja, alegremente decorada: una gran mesa redonda y manteles individuales de cuadros rojos y blancos con servilletas a juego. Con el recelo que permite la educación, se sirvieron discretamente un poco de lo desconocido, a lo que a alguien se le ocurrió llamar «gachas». Maire se llenó el plato para demostrarme su aprobación, afirmando que estaba delicioso. Naturalmente, yo comprendí que tenía mucho que aprender antes de llegar a la habilidad culinaria de mi madre.

Tardé poco en sentirme como en mi casa. Era muy acogedor llegar a Northbrook las tardes del otoño húmedo y frío, encontrar los ventanales iluminados como para darnos la bienvenida, y a Carmen cosiendo en el «cuarto verde», la única salita de la casa. Yo me sentaba contemplando la habilidad y ligereza de sus dedos, que dejaban en la tela puntadas invisibles. Un día me confió que le gustaba trabajar en aquella sala, porque así

podía saludar a las residentes que entraban en la casa, y «siempre tienen muchas cosas que contar».

Pronto me di cuenta de que el oratorio era el lugar más importante de la casa. Antes de entrar o salir, todas abrían la puerta y se paraban un momento. Una vez a la semana, el capellán de la residencia, D. José de la Torre, dirigía una meditación a las universitarias. Me uní a ellas, y empecé a asistir asiduamente.

Solía hacer preguntas a Carmen, que me contestaba prestándome *Camino*, un libro escrito por el Fundador del Opus Dei.

Cuando se lo devolví, se interesó:

-¿Te ha gustado?

-Me ha gustado mucho -respondí. Y me quedé callada por un rato; hasta que la verdadera interrogación cobró voz en mi mente-: Pero, ¿cómo sabe una persona que tiene vocación?

-Es algo que Dios pone en tu corazón; nadie más puede dártelo. Es como un convencimiento inquietante de que Dios te pide más, y un deseo de corresponder, aunque con miedo muchas veces, porque supone un compromiso.

-¿Te comprometes a ser del Opus Dei para siempre? -yo era muy joven, y en ese «para siempre» veía la extensión de un tiempo muy largo.

-Sí, es un compromiso para toda la vida.

Compromiso para toda la vida. Permanecí pensativa un buen rato.

-Entonces, ¿qué diferencia hay entre esto y la vocación a la vida religiosa? -pregunté, un tanto confusa.

-La misma diferencia que existe entre tú y una religiosa. Las personas que son del Opus Dei no dejan el mundo; continúan donde estaban, en sus estudios, trabajo o profesión, y situación de vida. El Opus Dei les ofrece la orientación espiritual que necesitan para llevar a cabo el compromiso de esforzarse por buscar la santidad, viviendo con verdadero espíritu cristiano, ejercitando las virtudes, cumpliendo con los deberes de su estado. En el Opus Dei caben todo tipo de personas: casados y solteros, jóvenes y mayores, sanos y enfermos.

Las palabras de Carmen me hicieron pensar: vocación es algo que Dios pone en el corazón, algo que nadie más te puede dar. Me trasladé con la imaginación a los tiempos de colegio en Washington D.C.; recuerdo que, de los seis a los diez años, pasaba a diario en fila por el pasillo ante una imagen del Niño Jesús, de tamaño natural. Tenía los pies desnudos, y una mano en alto con dos dedos levantados en actitud de instruir; la otra mano sostenía un libro en el que estaba escrito:

«Si me Ven, sí-
amas gueme»

Cuando apenas empezaba a aprender a leer, el guión de separación atrajo poderosamente mi atención, y las palabras se grabaron en mi mente, asociadas al amor

de Dios con la invitación a ser discípulo suyo. A medida que los años se sucedían, estas palabras habían adquirido la cualidad de una invitación personal.

Una mañana, Maire, parecía especialmente contenta cuando me abrió la puerta.

-Un sacerdote muy importante va a venir a celebrar la Misa. Es uno de los tres primeros sacerdotes del Opus Dei; ha venido a visitar Irlanda.

Lógicamente, me quedé impresionada. Al acabar la Misa, salimos y me presentaron a D. José María Hernández Garnica; me miró, interrogante, por encima de la oscura montura de sus gafas, mientras yo le saludaba tendiéndole la mano. Tenía una frente despejada y el pelo, ya canoso, peinado hacia atrás.

-Así que eres Olga -me dijo, sonriendo.

Antes de salir hacia la universidad, Maire, me pidió:

-¿Puedes venir esta tarde y charlamos un rato?

Me pregunté qué se le habría ocurrido, pues parecía un tanto seria, y le contesté:

-Sí, puedo venir después de cenar.

Estaba nerviosa; me invadía el presentimiento de que las cosas avanzaban hacia un desenlace. Al pisar el empedrado de la plaza del Trinity College, y asistir como de costumbre a una y otra clase, sólo veía en mi interior una densa y espesa nube.

Cuando llamé a la puerta de Northbrook Residence aquella tarde, Maire me estaba esperando.

-Vamos al cuarto verde -me dijo.

Allí nos dirigimos, y nos sentamos en el sofá.

-Olga -empezó a decir sin preámbulos-, quiero hacerte una pregunta: ¿has pensado alguna vez que Dios podría llamarte al Opus Dei?

No me había planteado abiertamente el asunto, aunque sabía que alguna vez se me presentaría.

-¿Y eso qué significa? -pregunté tratando de evadir la respuesta.

-Las mujeres del Opus Dei, como yo, se llaman Numerarias. No se casan para pertenecer sólo a Dios y estar plenamente disponibles para las necesidades apostólicas de la Obra.

Lo entendí bien. Era la idea que yo tenía de vocación... Pero, ¿era aquello para mí? ¿Era esto lo que había anhelado toda mi vida sin conocerlo?

La mirada de Maire era afectuosa y alentadora, mientras me decía:

-Olga, ¿quieres ser del Opus Dei?

En estas palabras oí la llamada, «ese algo» que Dios quería de mí. Las piezas del rompecabezas se ensamblaban. Los temores y dudas de los últimos meses se resolvían por fin en mi cabeza.

-Sí -respondí con certeza-. ¿Qué debo hacer?

Visiblemente emocionada, me contestó:

-Escribir una carta al Fundador, solicitando la admisión en el Opus Dei, como Numeraria.

-No he traído nada para escribir.

Maire salió en busca de pluma y papel. Eso me dio tiempo a considerar lo que estaba a punto de hacer: responder a la llamada que Nuestro Señor me hacía ver claramente. Experimenté una profunda paz interior al tener, por fin, la ocasión de contestar: «Sí».

Antes de volver a mi casa aquella noche, entré en el oratorio. No había luz, la llama parpadeante de la lámpara del sagrario proyectaba débiles sombras sobre las paredes. Me quedé un buen rato rezando, con el corazón lleno de gratitud.

2. Asentándome

A partir de entonces tuve una nueva familia. Al día siguiente de escribir mi carta, hablé con Anna, la directora, que me iría explicando los distintos aspectos del espíritu del Opus Dei. Me recomendó levantarme por la mañana a hora fija, y ofrecer a Dios ese «minuto heroico», dispuesta a servirle. A la mañana siguiente, cuando todavía estaba oscuro, eché un rápido vistazo a Gina, que aún dormía, y me puse de pie. Un gran celo me empujaba entonces; más adelante, hubo días en que saltar de la cama resultaría mucho más difícil, realmente heroico.

A su vuelta de un viaje a Inglaterra, conté a Therese mi decisión, y se entristeció.

«Olga, ¿no podrás nunca hacer una cosa a medias?»

Siguió acompañándome a Northbrook por las mañanas; yo esperaba que ella también recibiera una llamada como la mía, y traté de hacérselo ver, pero el camino de Therese era otro. Ya había conocido a Geoffrey, se casaron y se fueron a vivir fuera de Irlanda.

Yo continuaba hablando con Anna periódicamente. Sus ojos de un gris brillante se agrandaban al darme una calurosa bienvenida; siempre estaba dispuesta a escucharme.

Deseaba ser como Anna: parecía tan desprendida de sí misma, siempre serena y sonriente; muy cerca de Dios, pensaba yo.

Me ayudó a planificar mi tiempo y a organizarme: «Dios es lo primero. Tienes que contar con los ratos que vas a estar con Él cada día; son como citas con Dios, y no le debes hacer esperar». Se iniciaba con el ofrecimiento de obras, un propósito de vivir con Dios y para Dios, consciente de su presencia a lo largo del día, a pesar de los inevitables fallos, pequeños o grandes. Luego, un tiempo de oración personal: a solas con Dios durante un rato. Algún día habrá mucho de que hablar; otros, muy poco o nada. Pero, se acude a la cita por lealtad, como se hace con los amigos: charlar y escuchar.

«Estudiar es una parte importante de ese plan -me decía Anna-. Santificar el estudio supone esforzarse por conseguir buenas notas y, en consecuencia, muchas horas de intensa concentración ofrecidas a Dios cada día». Esto era todavía muy nuevo para mí, pero me lancé a ello con entusiasmo.

Así pues, mi estilo de vida en el Trinity College cambió. Estudiaba más y salía menos a tomar café o al cine. Una tarde, cuando atravesaba la verja de salida en bicicleta, un estudiante me paró: «Me he fijado en ti en la sala de estudio, y desearía conocerte», me dijo con interés. El corazón me dio un vuelco -¡cuántas veces había soñado con un momento como ése!-, luego le contesté rápidamente: «ya estoy comprometida», y me marché a toda velocidad.

En una de nuestras conversaciones, Anna me preguntó:

-¿Tienes impuesto el escapulario del Carmen?

-Sí, mi madre nos lo hizo imponer a todos cuando vivíamos en Montreal.

Lo recordaba bien. Un día frío de invierno, mi madre nos estaba esperando impaciente a la salida del colegio, con los pequeños ya envueltos en sus abrigos. A todo correr nos metió en un taxi: «En el camino os lo explico». Pidió al taxista, que era de lengua francesa, que nos condujera al convento de los Carmelitas, y después nos dijo: «He leído hoy que Nuestra Señora quiere que llevemos el escapulario del Monte Carmelo, y promete especial protección para todos los que lo tengan.» Luego, nos contó las múltiples bendiciones que los Papas habían otorgado a los que llevasen el escapulario, y por qué ella había decidido no posponer el que nosotros participáramos.

El convento de los Carmelitas estaba situado en la parte antigua de Montreal; el conductor se perdió y estuvimos dando vueltas hasta que lo encontramos. Cuando llegamos allí, el taxista, impresionado por todo lo que había oído, insistió en quedarse para que se lo impusieran a él también.

Anna escuchaba divertida.

-Tienes una madre estupenda -concluyó.

Una tarde, avanzada la hora, después de cenar, mientras charlábamos alrededor de la chimenea, se me ocurrió anunciar:

-El 12 de noviembre cumpla 21 años.

Todas dieron un respingo en el asiento: «¿Qué dices? ¿Cómo no nos lo has dicho antes? ¡Tendremos que darte la llave de la casa!»

Anna me preguntó:

-¿Cómo celebras tu cumpleaños habitualmente?

¿Cómo podría explicar lo que los cumpleaños significaban en mi casa? Hasta lo más atrás en el tiempo que mi memoria alcanzaba, esos días estaban llenos de maravillosas tradiciones.

-Un cumpleaños es un acontecimiento importante en mi familia. Cuando éramos niños, a primera hora de la mañana rivalizábamos entre nosotros para ser el primero en encontrar «el regalo de Dios», que podía ser una nevada, un dibujo en el cristal helado de una ventana, una maravillosa salida de sol... El niño que celebraba su cumpleaños, lo agradecía a Dios por educación, al mismo tiempo que esperaba también otras cosas más tangibles. El resto de la familia se reunía en semicírculo a la puerta del comedor, sosteniendo un regalo cada uno; el niño o niña bajaba entonces la escalera mientras los demás cantaban: «*Happy birthday*», y mi abuela -que era holandesa y vivía con nosotros- continuaba con «*Langzalze leven... Hip, hip, hurrah*»> Era emocionante abrir todos los regalos antes de salir de casa deprisa, con un paquete de caramelos para invitar a los compañeros de clase. Por la tarde, había una merienda para nosotros y nuestros amigos, incluyendo la tarta de cumpleaños con las consabidas velas.

-¿Cómo se las arreglaba tu madre para organizar tanta cosa, año tras año, para los seis hijos? -exclamó Beatriz.

-Lo que más le gustaba era vernos felices y contentos. «Nadie recuerda los días corrientes, solía decir, pero de los extraordinarios todo el mundo se acuerda». Por eso reducía el gasto en los primeros y se prodigaba en los segundos. Cuando ya la agitación cedía paso a la calma, venía a nuestra habitación para darnos el beso de buenas noches. Era entonces cuando Brigid y yo solíamos hacerle nuestras confidencias. Nos llamaba boas constrictoras porque nos abrazábamos a ella y no la dejábamos irse.

La mañana del 12 de noviembre llegué a Northbrook como de costumbre. Anna me esperaba en la puerta:

-¡Feliz cumpleaños! -me dijo en voz baja, mientras íbamos hacia el oratorio-, el sacerdote va a ofrecer la Misa por ti hoy.

Fui la última en salir del oratorio, después de Misa; al final del pasillo estaban todas las de la casa, en semicírculo. En cuanto aparecí, empezaron a cantar con ímpetu: «*Happy birthday to you...*», y enseguida me vi envuelta en abrazos y felicitaciones.

-Esta tarde a las seis tienes que estar en casa, sin falta -me pidió Anna.

Cuando volví de la universidad, Anna me estaba esperando en el vestíbulo, sola, y la casa silenciosa como nunca.

-Quizás debamos ir abajo -insinuó misteriosamente, mientras caminaba hacia allí.

Seguí sus pasos, por la empinada escalera, hacia el sótano. Se acercó a la puerta del cuarto de estar, dudó por un momento y, por fin, golpeó con los nudillos gritando:

-¡La niña del cumpleaños está aquí!

Al instante se abrió la puerta; la más completa oscuridad se iluminaba con veintiuna velas encendidas sobre una magnífica tarta, y su luz se reflejaba en las caras radiantes de María Teresa Valdés, Maire, Carmen y Beatriz. Todas cantaban a pleno pulmón: «*Happy birthday, dear Olga, happy birthday to you,!*». Miré a todas, una por una, y luego a Anna, que estaba a mi lado, sonriente: ¡qué maravillosa familia había encontrado!

Poco tiempo después, Anna nos leyó una carta de Roma; nos pedían rezar y poner todos los medios posibles para conseguir dinero, a fin de terminar la construcción de Villa Te-vere, sede central del Opus Dei. La necesidad económica era apremiante, y había que respaldar los esfuerzos titánicos del Secretario General, Don Alvaro del Portillo.

-La primera manera de ayudar -sugirió Anna-, podría ser tratar de disminuir lo más posible nuestros gastos personales.

Bien sabía yo que no había mucho de donde recortar; cada una aportaba su sueldo, pero el balance de North-brook era deficitario, y muy ajustado su mantenimiento.

-Si tenemos cuidado con las luces innecesarias, quizás podamos ahorrar electricidad -recomendó Maire.

-Yo os arreglaré la ropa, y os quedará como nueva -nos prometió Carmen, mientras Beatriz se ofreció a dar clases de español.

Como yo era estudiante aún, mi única contribución sería el dinero que me enviaban mis padres para los gastos ordinarios.

Un día tuve un percance. Iba en bicicleta, y llevaba en el bolsillo un sobre con el alquiler del apartamento enviado por mis padres. Al entrar en casa, el sobre había

desaparecido. No podía creerlo: veinte libras perdidas, cuando teníamos tan poco. Regresé a pie por el mismo camino buscando de arriba abajo, pero ¡ni rastro del sobre! En vez de contribuir, me veía obligada a pedir el dinero para el alquiler. Todas se identificaban con mi preocupación, con profunda comprensión, pero yo no podía olvidar mi triste experiencia.

-Mañana celebraremos la fiesta de San Nicolás -recordó Maire-. Es intercesor del Opus Dei en el cielo en relación con los problemas económicos.

Me encantó saber aquello, porque San Nicolás había sido siempre un personaje importante en mi familia, y continuábamos la tradición holandesa de celebrar la Vigilia de San Nicolás, el 5 de diciembre. Mis padres se anticipaban a crear un ambiente de expectación, mientras planeaban en secreto la aparición del gran santo, revestido de una túnica blanca, manto rojo y mitra dorada. Se sentaba en un sillón especial, reservado sólo para él, rodeado de todos nosotros, con nuestros mejores trajes de fiesta; sacaba su libro, señalaba nuestros nombres con el dedo y nos iba llamando, uno por uno. Conforme nos acercábamos, nos hacía una recomendación personal para ser bueno, y nos entregaba un regalo envuelto en papel para que lo abriéramos. Cuando ya todos estábamos sentados en el suelo, sobre una sábana blanca, él se ponía de pie, metía la mano en una pequeña bolsa, y nos tiraba chocolates y otras golosinas que nos lanzábamos a coger, gateando. Cuando levantábamos la vista, ya había desaparecido.

Escribí a mi madre para hablarle del Opus Dei y mi deseo de ser de la Obra. Me contestó, pidiéndome que lo hablara con el Padre Pío, un carmelita que había sido su confesor, en la iglesia de la calle Clarendon. Así lo hice, muy nerviosa, porque no sabía cómo explicarle que sentía la llamada de Dios, pero no a una vida religiosa. Nos sentamos a los dos lados de una mesa en la sala de visitas, y me escuchó atentamente. Después, me animó a continuar, diciéndome al mismo tiempo: «Procura mantener bien informados a tus padres».

Les escribí largas misivas. En mayo, le dije a mi madre que había sido admitida a formar parte del Opus Dei. Le pregunté también si me regalaba el piano y el mobiliario del apartamento, pues desde entonces viviría en Northbrook.

La respuesta de mi madre no se hizo esperar:

«...En vista de que Dios ha dispuesto las cosas de este modo, y no me ha sido posible ir ahí en la primavera, veo muy claro que su voluntad es que tomes tú sola esa determinación. Lo que Dios decide es lo que yo quiero. Y lo

que yo sacrifico al perderte es sólo una felicidad imaginaria. Dios nos tendrá reservados designios maravillosos.

Es extraño, me encuentro lejos de todos mis hijos menos de Lizzy. Debe de haber alguna razón y no me quejo. Prefiero esto a tenerlos a todos a mi lado: quiero que sirváis a Dios y deis fruto.

Que hayas sido capaz de dar ese paso hace que me sienta orgullosa de ti. Me agrada ver que no te tenía demasiado atada... ¿Te acuerdas de que así lo decía la gente?

Iré a verte en cuanto pueda. El piano es tuyo, claro está. Pensé que ibas a venir aquí, y tendrías que haberlo vendido; te lo regalo de todo corazón. Dime qué puedo hacer para

ayudaros, y lo que necesitas.

Cuéntame más cosas acerca de todo. Me alegro de tener la oportunidad de comprobar algo que siempre había pensado: mis hijos no me pertenecen, los tengo en préstamo... Estaba profundamente convencida, y ahora doy muchas gracias a Dios porque has encontrado tu camino.

Recibe mi bendición. No te preocupes lo más mínimo por mí. Es tu padre quien va a sentirlo; tengo que rezar por él. Ya le he escrito que has entregado tu vida a Dios en el Opus Dei.

He leído lo que me escribiste: soy yo la que te he hecho poner a Dios en primer lugar... Creo que, en cierto modo, participo de tu vocación. Estamos unidas, ¿no es una maravilla?

Bueno, queridísima, las palabras sobran. Estoy al cien por cien contigo.

Y nada más.

Abrazos,

Mamá»

El correr de los años me ha procurado múltiples ocasiones de valorar y apreciar profundamente el apoyo constante de mis padres -y del resto de mi familia- en el camino emprendido. Sin embargo, en aquel momento, me decepcionaba la falta de comprensión por parte de los amigos irlandeses de mis padres. No eran capaces de aceptar una dedicación a Dios fuera del marco conocido desde hacía siglos: había que retirarse del mundo, y cualquier otra opción era mirada con recelo. La idea de vivir una vocación de intensa relación con Dios en medio del mundo les sonaba raro, aunque ésta hubiera sido la norma habitual en la primitiva cristiandad. Los primeros cristianos -esclavos, patricios, soldados, padres, hijos- llevaban una vida de impresionante santidad, muchas veces coronada por el martirio, y eran gente corriente que no hacían nada especial. Esta auténtica realidad, entonces evidente, había sido olvidada con el paso del tiempo.

3. Por fin, profesora

Recuerdo cuando mi familia vivía todavía en Dublín. Un buen día, mi padre me invitó a dar un paseo sola con él. Estaba encantada, pues él viajaba mucho por su trabajo, y su estancia en casa era frecuente pero breve. Esta vez me iba a dedicar toda la mañana, solos nosotros dos. En aquella ocasión quería hablar de mi carrera y abrirme horizontes; al principio, no me di cuenta. Mientras conducía por la ciudad, era evidente que también deseaba compartir su vida conmigo un poco más. Le pregunté muchas cosas, y disfruté de una conversación íntima.

Al final, me miró entre tímido e interrogante: «Olga, ¿por qué no estudias Psicología, o Psiquiatría, ya que te interesas tanto por la gente?»

Dudé en darle una respuesta. Sabía que mi padre me aconsejaba lo que creía mejor, pero yo estaba decidida, desde hacía tiempo, a dedicarme a la enseñanza. Otras carreras no me atraían. Así pues, le dije que sentía una profunda inclinación a ser profesora, que siempre había considerado la enseñanza como medio de entrega personal, como una verdadera vocación. Era evidente que mi padre quería para mí otra cosa, pero respetaba mi decisión. Era un buen padre.

Había descubierto esta vocación de profesora a los nueve años. Los niños estábamos encerrados en casa, en Washington D. C., porque Brigid tenía escarlatina; yo decidí jugar a «colegios», y dar clase a mis hermanos. Me vestí con un traje de mi madre para parecer mayor, y fui capaz de mantener su atención de manera activa. Establecimos un horario, y les enseñé todo lo que pude. Mi madre comentó lo buena profesora que había sido; yo me sentí tan alentada y satisfecha de mi tarea que, desde entonces, tuve el propósito de ser profesora.

Años después, mi madre me confió cómo a veces le preocupaba su falta de rígida disciplina en casa; se lo consultó a un sacerdote, y éste le contestó: «Estás haciendo una labor muy importante y poco común: permitir que tus hijos sean ellos mismos».

Mi madre escribía libros para niños, y solía leérnoslos para oír nuestros comentarios. «Sois mis mejores críticos», nos decía. También pintaba. Mi padre acondicionó la habitación con más luz para que le sirviese de Estudio. Ninguno de nosotros se liberó de posar -estimulados alguna vez por la propi-nilla-, y las paredes de la casa acabaron cubiertas de pinturas.

A mi padre y a mí nos entusiasmaba contemplar a mi madre mientras pintaba. Me encantaba ver cómo aparecían gradualmente las figuras, por el arte de una pincelada tras otra, con infinito tiento, reposando suavemente el dedo meñique sobre el lienzo a la par

que la otra mano sostenía la paleta. Absorta en el tema que deseaba reproducir, hacía resaltar su belleza interior; yo veía las personas y las cosas con ojos nuevos.

«No puedo pintar lo que no amo», me decía. Y era evidente en sus retratos. Yo me embelesaba observando cómo la persona iba cobrando vida en el lienzo, especialmente sus ojos, que era lo primero que dibujaba. Pintaba *la persona*, y parecía ver a cada uno con el amor con que Dios le mira, poniendo de relieve lo mejor de sí mismo.

* * *

Al final del año escolar 1955-56, me gradué en el Trinity College de Dublín. Todas en Northbrook me felicitaron con gran alborozo. Carmen me planchó la muceta y la toga, que había alquilado para la ocasión, cosa que me impresionó, ya que nadie solía molestarse en planchar las vestes académicas.

El imponente Salón de Grados ostentaba los solemnes retratos de los anteriores Grandes Cancilleres, incluyendo al tío abuelo irlandés de mi madre, Richard MacDonnell. Al fondo, una amplia vidriera. El salón se llenó de vida, al entrar los candidatos, en fila y a paso procesional hacia el estrado.

Anna, Maire y Beatriz estaban allí, para aplaudir cuando llegó mi turno de recibir el diploma. En casa lo celebramos con una cena extraordinaria preparada por Maire.

Me matriculé en University College para el curso de post-grado en Ciencias de la Educación. Como era una universidad católica, pensé que sería más fácil coincidir con otras estudiantes que compartieran el ideal que yo acababa de descubrir.

El primer día de aquel semestre me sentí como la niña que empieza el colegio. Echaba de menos a mis amigos y el ambiente familiar de Trinity College. Aquí no conocía a nadie. Me sentía desamparada, de pie en la escalinata de la entrada principal, sin saber hacia dónde dirigir mis pasos. Una chica alta y morena que charlaba animadamente con un grupo de amigos, comprendió mi situación y vino en mi rescate.

-¿Eres nueva? -me preguntó, sonriente.

-Sí -respondí, devolviéndole, agradecida, la sonrisa.

-Me llamo Margaret O'Leary. ¿Y tú?

Le dije mi nombre, y le expliqué que estaba buscando las aulas de post-grado.

-Ven conmigo. Ya sé dónde tienes que ir. Después podemos tomarnos un café.

Margaret y yo nos encontrábamos luego con frecuencia en la cafetería, y nos hicimos amigas.

-Mi padre es una persona fantástica -me dijo-. Es policía, dedicado a su trabajo. Yo quiero trabajar en el mundo de los negocios, pero al mismo tiempo siento el deseo de servir a Dios.

Le hablé del Opus Dei y de la santificación del trabajo; la invité a Northbrook y, al poco tiempo, se interesó en asistir a las charlas semanales de formación cristiana.

Fuimos juntas a escuchar una conferencia que daba Dom Eugene Boylan, un famoso monje benedictino, en la capilla de la universidad, cerca de Saint Stephen's Green. Era realmente un gran orador. Nos dijo, entre otras cosas: «Hoy en día, no hay camino fácil para ir al cielo. En tiempos pasados, todo el occidente era cristiano, y todos esperaban ir allí con un mínimo de esfuerzo, y sostenidos por los demás. Pero hoy no es lo mismo. El

mundo necesita santos, y sin eso no hay nada que hacer. Podríamos comparar el cielo a un gran teatro: los asientos baratos están ya ocupados, y sólo quedan las primeras filas; hay que pagar caro para entrar».

Dom Eugene desarrolló esta idea en el prólogo a una de las ediciones de *Camino*, escrito por San Josemaría Escrivá. «La inmediata transcendencia de este libro, es la preocupación por despertar el interés de los laicos en conseguir la santidad. Es difícil señalar algo de mayor relieve en el momento actual: la necesidad de que los católicos desarrollen y profundicen su vida espiritual, especialmente los laicos. No sólo es urgente que éstos sean conscientes de que tienen acceso a la plenitud de la vida espiritual, sino que es de capital importancia que su trabajo ordinario, toda su actividad profesional y social, sean parte integrante de su vida espiritual y estén animados por ella».

Me sentía feliz de haber encontrado mi camino en el Opus Dei; aquí había aprendido que la llamada de Dios a la santidad es universal, y que ésta puede alcanzarse en el trabajo ordinario y en las ocupaciones seculares propias de los laicos.

Mi convicción de que los profesores son piezas claves en la sociedad se hizo más profunda; la influencia que ejercen sobre los alumnos es decisiva, no sólo por lo que enseñan sino por lo que son.

-Las clases de la tarde sobre Filosofía de la Educación son fantásticas -comenté con Margaret a la hora del café-. Father O’Cathain, jesuita, es todo un profesor, exigente y alentador. El aula suele estar llena de estudiantes y, sin embargo, tengo la sensación de que me habla a mí personalmente; también los otros sienten lo mismo.

-De alguna forma los buenos profesores tienen una influencia en toda tu vida, ¿no crees? -afirmó Margaret.

Yo estaba totalmente de acuerdo con ella.

Father O’Cathain me recordó a la Madre St. George, una de mis profesoras en la Academia St. Paul de Montreal, y la imaginación se me escapó hacia mi niñez.

Cuando yo tenía catorce años nos mudamos desde La-chine, en las afueras de Montreal, a Westmount. Me incorporé al colegio, comenzado ya el semestre; era la única nueva. Vestida con blusa blanca y uniforme azul marino, me uní tímidamente al bullicioso grupo de niñas en el claustro y seguí a mi grupo hasta una de las aulas, a la derecha; una monja, pequeña de estatura, con su hábito negro impecable y la clásica toca gótica encañonada, nos estaba esperando, con la puerta abierta. Erguida y firme, labios finos y delgados, ojos grises, penetrantes, que parecían animar a portarse bien. Solamente el rubor de la cara traicionaba sus emociones. De inmediato se hizo el silencio, mientras cada una ordenaba sus libros y entraba tranquilamente en la sala, diciendo: «Buenos días, Madre». Me quedó claro que mi profesora era exigente.

Cuando terminamos de acomodarnos, se subió a la tarima y, sin preámbulo, nos dio las instrucciones pertinentes, con un inconfundible acento británico que captó mi atención.

Disfruté con las clases de la Madre St. George desde el primer día. Estuvo con nosotras algo menos de un año, pero pienso que me enseñó más que todas las demás profesoras juntas. Podía llegar a exteriorizar su enfado, pero era justa; para mí suponía

un reto alcanzar el alto nivel que nos exigía. Nos dio clase de Literatura inglesa y de Latín, dos asignaturas que me atraían. Se aseguraba de que entendíamos bien cada expresión, cada giro de frase. Para mí fue un verdadero aprendizaje, y llegué a estudiar seriamente, a profundizar.

Todas las religiosas del colegio eran muy amables, unas mejores profesoras que otras. La de Geometría, de avanzada edad, pálida y demacrada, consiguió interesarme por la asignatura, única del área matemática en que logré éxito. Ella era una entusiasta; tanto le apasionaba que un día de crudo invierno continuó la clase en la hora de recreo, dibujando las líneas con un palo sobre la nieve. Como un Pitágoras peripatético trabajando sobre el diagrama en la arena, nos explicó el teorema, con todas alrededor escuchando atentamente. Me di cuenta entonces de lo que puede llegar a influir el empeño de un profesor por su materia...

Volviendo al hilo del relato, las prácticas de enseñanza eran parte integrante del programa de post-grado, y me tocaba dar clase de francés e inglés en un colegio femenino de Blackrock. La mayoría de las niñas eran de habla irlandesa, con lo que tenía mucho trabajo por delante. Escribí a mi madre, para referirle mis primeras experiencias:

«El otro día, mientras asistía a la clase de Father O’Cathain, me di cuenta de que estaba demasiado empeñada en tratar de transmitir a las alumnas mis propios pensamientos e intereses. Me parecía suficiente entrar en el aula, con la cabeza llena de mis ideas sobre un poema o texto en prosa, y volcarlas en ellas como si sus cerebros fueran simples recipientes donde verter lo que te parezca, y que allí permanezca. Esto no es enseñar, como bien decía Father O’Cathain. Lo más importante es que el profesor conozca a sus alumnos; sólo entonces puede abrigar la esperanza de despertar su interés, porque sabrá lo que les interesa a ellos. Es asombroso el tiempo que tardamos en asimilar todo esto que parece tan evidente.

Cuesta tiempo sobreponerse al primer período de sentirse insegura e inadecuada en la nueva posición de autoridad. Pero, como en cualquier otra situación de la vida, sólo cuando uno se olvida de sí mismo, y quiere de verdad a sus alumnos, es cuando podemos conseguir algo de ellos.

Sea como fuere, esta mañana, en lugar de seleccionar un admirable pasaje en prosa para analizarlo en clase, escogí la narración de la batalla de Cuchulain (puesto que mis alumnas son de habla irlandesa). Antes de leerla, pedí a una de ellas, que nos contara la historia de Cuchulain. Aquello les encantó, y les mantuvo atentas, aunque no calladas, pues interrumpían constantemente y se movían inquietas para añadir alguna precisión a lo que la otra acababa de decir. Esta participación era lo deseable. El trabajo para el fin de semana consistiría en escribir, con sus propias palabras, una de las leyendas de Irlanda, la que más gustara a cada una, y han acogido la idea con entusiasmo.

No diré que mi clase sea un modelo todavía, pero presiento que hay más conexión entre profesora y alumnas, y bastante más simpatía por ambas partes.

Los alumnos sienten instintivamente la acogida o el rechazo del profesor, y actúan en consecuencia. Es sorprendente lo fácil que resulta caer en la tentación, pese a la mejor buena voluntad, de considerar la agitación o la risa contenida de las niñas como una

afrenta personal. Sin querer, te encuentras suspicaz y precavida frente a «las pequeñas fieras». Hay que tomar las cosas con calma y olvidarse de una misma lo suficiente para ser capaz de mostrarse impertérrita y *comprendiva*.»

Al final del curso, superé los exámenes en University College y obtuve el diploma en Educación. Me trasladé a la Residencia de Estudiantes Northbrook con todos mis enseres; la llegada del piano tuvo mucho éxito.

«Verás cuando Olive vuelva de Roma: no se lo va a creer», exclamó Beatriz.

Se trataba de Olive Mulcahy que, junto con Teddy, estaba haciendo un curso en el Colegio Romano de Santa María. Nos escribían con frecuencia, y nos daban noticias del «Padre». Anna me explicó que los primeros que se pusieron en contacto con el Fundador, allá por los años 1930, y se beneficiaron de su atención sacerdotal, le llamaban sencillamente «el Padre». Ahora, todos sus hijos, y muchas otras personas, le siguen llamando así.

Una mañana Carmen me invitó a salir de compras: «Quiero comprar tela para hacerte una falda».

La escuché conmovida. Había dejado todas mis cosas cuando vine a la Obra, y no esperaba que nadie se preocupase por mis necesidades materiales. Visitamos varias tiendas hasta decidirnos por una lana fina y suave, un tejido escocés azul fuerte, gris y negro, con una línea roja. Compramos también un jersey negro de cuello alto.

La falda quedó muy bonita, y yo la llevaba con gusto, no sólo porque me estaba muy bien sino porque Carmen me la había hecho. Amenizaba las pruebas contándome cosas. Era de Tarrasa, ciudad cercana a Barcelona, famosa por la fabricación de tejidos. Allí pasó su niñez, durante la guerra civil española.

«Fue una época terrible; especialmente de hambre. Siempre tenía hambre. Recuerdo con angustia el día en que una de las lecturas de la Misa hablaba de *la tierra que mana leche y miel*. La frase grabó en mi mente una imagen que no había modo de borrar».

Mientras Carmen hablaba y cosía mi falda, yo pensaba en lo que ella y las demás significaban para mí: realmente había encontrado otra familia que se preocupaba de verdad, no sólo por mi salud espiritual sino por todo lo mío.

Después de cenar, solíamos acudir al cuarto de estar para tener un rato de tertulia. De vez en cuando, Anna nos leía alguna carta de Encarnita Ortega, desde Roma. Y me explicaba:

-Encarnita fue una de las primeras que se decidió a ser del Opus Dei, en 1941. Ahora vive en Roma, como el Padre. Ella y otras mujeres de diferentes países forman la Asesoría Central, un órgano de trabajo para ayudar al Padre en la labor de gobierno de la Obra.

Las cartas nos traían noticias del Padre, de sus viajes, de la expansión de la Obra por los diferentes países de Europa y América. Eran cartas de familia, con detalles de hogar. En una ocasión, Anna apareció con una carta y un mapamundi.

-Ayudadme a situar Mozambique en África -nos pidió, extendiendo el mapa sobre la mesa-. Encarnita dice que al Padre le han pedido gente para empezar allí la Obra, pero para eso hemos de ser muchas más.

Buscamos en el mapa hasta localizar Mozambique, y luego leímos los nombres de otros países en aquel vasto continente, nada familiar para mí entonces. Desde mi rincón en Northbrook poco podía imaginar de la Obra en África. Lo veía como un lugar lejano y exótico.

Las únicas personas de color que yo había conocido eran Bubbie y Weeshie. Bubbie trabajaba en casa de mis padres cuando vivíamos en Washington D.C., y pasó a formar parte de la familia, hasta que nos trasladamos a Canadá. Su verdadero nombre era Birdie Ford. Mitad india americana, mitad negra, era delgada y pequeña de estatura, muy seria. Poseía una nariz sobresaliente, lo que quizás le había valido su nombre.¹ Era una mujer prosaica pero de gran dignidad, que manifestaba su pensamiento y su afecto por lo que hacía más que por lo que decía. Nosotros la queríamos mucho, y también a su hija Louisa. Aprovechaba los ratos en que la abuela salía de casa para limpiar a conciencia su habitación; la abuela invariablemente exclamaba al regresar: «¡Birdie, eres un ángel!»

Birdie venía a casa a diario, y su hija Louisa, varias veces por semana para ayudarle en el lavado y la plancha. Estos días resultaban muy especiales. En el sótano había unas pilas grandes, con la consabida tabla de madera ondulada para frotar las prendas, y una máquina de lavar de aluminio: un eje con aletas se movía de atrás adelante sacudiendo la ropa hacia el agua jabonosa, y un potente brazo eléctrico escurría el agua. Se colgaba después en las cuerdas, en el jardín detrás de la casa. Luego Louisa planchaba, y se desprendía un vapor de aroma fresco y agradable. Mi hermana Sheila, de pequeña, tenía dificultad en pronunciar Birdie, y la llamaba «Bubbie», y a Louisa «Weeshie», nombres que acabaron siendo apodos familiares.

Si nos permitían no ir al colegio por algún pequeño malestar, éste no solía comportar la falta de apetito; nos apoyábamos en la barandilla del tercer piso, donde estaban las habitaciones, y gritábamos: «¡Bubbie, tenemos hambre!». Bubbie respondía: «Los enfermos comen poco». Pero después nos traía una generosa fuente de comida.

Con frecuencia, al entrar en nuestro cuarto de juego había que vadear un revoltijo de papeles y juguetes. Unas veces, mi madre nos reñía: «Niñas, vuestra habitación está hecha una pocilga». Otras, venía Bubbie y nos ayudaba a poner orden. Un día nos hizo pensar la suerte que teníamos con tanto juguete y muñecas bonitas. Nos contó que, de pequeña, tuvo que fabricarse su propia muñeca con un palo, una patata y un harapo; hizo unos cortes a la patata a guisa de ojos y boca, y la llevaba de paseo. A Brigid y a mí nos causó profunda emoción.

Me hubiera gustado tener una amiga de color en el colegio, pero no había ninguna alumna negra. En aquella época, la segregación era muy estricta en Washington D.C.

Cuando tenía cinco años, entré un día en casa después de jugar con amigos en el jardín, y dije la palabra «nigger» (negro, en tono despectivo). No sabía lo que quería decir ni me refería a nadie, pero Bubbie estaba allí, y mi madre montó en cólera, me pegó unos buenos azotes y me advirtió: «Nunca jamás vuelvas a decir esa palabra.» Y nunca la repetí. A la típica pregunta de qué vas a ser de mayor, yo respondía: «Quiero casarme y tener diez hijos.» Brigid solía decir: «Yo quiero ser empleada de hogar para que todo el mundo me quiera». Tanto significaban Bubbie y Weeshie para nosotros.

* * *

El mes de mayo trajo una sorpresa para Northbrook. Anna nos anunció:

-Acaba de llegar un telegrama: ¡Encarnita Ortega viene unos días a Dublín!

Nos quedamos silenciosas, cosa rara entre nosotras. Pero, en seguida, llovieron las preguntas:

«¿Cuándo llega? ¿Quién irá a esperarla al aeropuerto? ¿Cuánto tiempo estará?»

Anna tuvo que taparse los oídos, mientras protestaba:

-¡Os he dicho todo lo que sé!

A los pocos días conocí a Encarnita en el salón de Northbrook. De aspecto frágil, el pelo rubio recogido en un moño bajo -a la moda de entonces-, facciones pronunciadas, grandes ojos grises y una mirada que infundía paz y serenidad.

Durante la tertulia, fue interesándose por cada una con gran cariño. Hablaba en español con voz profunda y fuerte que contrastaba vivamente con su pequeña estatura. Gracias a mis conocimientos de francés pude seguir bastante bien la conversación. Su presencia nos hacía sentir la cercanía del Padre. Nos transmitía, con sentido de urgencia, lo mucho que el Padre se apoyaba en cada una de nosotras. También nos habló de Teddy y Olive, que seguían su curso en el Colegio Romano de Santa María, institución vital para la unidad y expansión de la Obra. Ahí se tenía la oportunidad de aprender el espíritu de la Obra de labios del propio Fundador: un gran privilegio.

Mi centro de gravedad se desplazó de Dublín a Roma, donde tanto movimiento había. Yo miraba a Encarnita con respeto y admiración: era del Opus Dei desde hacía muchos años y trabajaba cerca del Padre. Todo lo que decía o hacía reflejaba al Padre y sus enseñanzas: ¡cuánto tenía yo que aprender de ella!

Como si adivinara mi pensamiento, se dirigió a mí con una sonrisa:

-Te he traído una cosa de parte del Padre -sacó del bolso un rosario y un borriquito italiano de terracotta, y me los dio-: El Padre ha bendecido el rosario para ti.

Los miré con reverencia. Ya sabía que al Padre le gustaban los burros -¿por qué?- porque trabajan duro, se contentan con poco y no dan nunca coces al amo que les quiere. Solía definirse como un «borrico sarnoso», y a veces comentaba que «un borrico fue el trono de Jesús en Jerusa-lén.» Guardé como un tesoro aquellos pequeños regalos, mi primer contacto directo con el Padre.

-¿Quieres que demos un paseo? -me preguntó Encarnita al terminar la tertulia.

Un poco intimidada al principio, ella se encargó de hacerme sentir a gusto, interesándose por mi familia y amistades. Caminábamos despacio, por la avenida Northbrook.

-¿Cuándo terminas tus estudios en la universidad?

-Espero obtener el diploma en junio del año que viene.

-¿Te gustaría venir al Colegio Romano después?

Me quedé de una pieza: Roma, el Papa, el Padre... Me parecía increíble: estar cerca del Padre, estudiar junto con otras mujeres del Opus Dei de muchos países...

-Me encantaría -dije casi tartamudeando.

-Te esperamos para entonces -concluyó Encarnita sonriente.

1 Bird significa pájaro en inglés. Birdie, pajarito.

4. El Colegio Romano

En octubre de 1957 dejé Dublín para ir a Roma con Kathleen Purcell, irlandesa, que había pedido la admisión en el Opus Dei en Londres. El taxi nos dejó a la puerta de Via di Villa Sacchetti, número 36.

«¡Pensar que estamos en Roma!», exclamó Kathleen paseando la vista alrededor.

A nuestra izquierda, enormes andamios con una red verde por toda la calle y doblando la esquina a Viale Bruno Buozzi. Los edificios que tanta oración y trabajo habían requerido estaban todavía en construcción. Aun así, el Padre no podía esperar hasta que todo estuviera terminado para traer a sus hijos al corazón de la Obra y «romanizarlos».

Otras estudiantes que habían llegado antes, nos dieron la bienvenida; ya conocían cómo desenvolverse en las casas contiguas, Villa Sacchetti y La Montagnola, que serían nuestro hogar durante ocho meses.

Era el cuarto grupo que venía al Colegio Romano: treinta y dos alumnas procedentes de catorce países: Alemania, Argentina, Colombia, Chile, Ecuador, España, Estados Unidos, Gran Bretaña, Irlanda, Italia, México, Perú, Portugal y Venezuela.

Dedicamos la primera salida a visitar la Basílica de San Pedro, y rezamos el Credo frente a la tumba de San Pedro, como el Padre quería que hiciesen todos sus hijos al llegar. «Católico, Apostólico, ¡Romano! -Me gusta que seas muy romano. Y que tengas deseos de hacer tu “romería”, “videre Petrum”, para ver a Pedro» (*Camino*, nº 520).

Las casas no estaban equipadas para albergar un grupo tan numeroso. En todos los sitios éramos más de las que normalmente cabrían: armarios compartidos, camas improvisadas, colas para la ducha, constante transporte de sillas de uno a otro lado, pero conscientes del privilegio de estar allí. Vivíamos con las directoras de la Asesoría Central. Lourdes Toranzo era la directora de nuestro curso.

Empezó por explicarnos el plan diario: trabajar en la limpieza, instalación y decoración de la casa; luego, un programa de clases impartidas por profesoras o sacerdotes del Opus Dei, con un tiempo para el estudio.

«¿Cuándo veremos al Padre?», preguntamos con impaciencia.

«Probablemente el día de la apertura del curso», contestó Lourdes.

El comienzo oficial del curso fue el 24 de octubre, fiesta entonces de San Rafael Arcángel: el día en que vi a Monseñor Escrivá por primera vez.

«El Padre vendrá esta tarde, anunció Encarnita; todas vitoreamos. Estad arregladas en el cuarto de estar con antelación para esperarle».

A la hora indicada, recorrí la Galería de la Madonna a toda prisa; el corazón me latía con fuerza. ¿Cómo sería el encuentro con el Padre? ¿Cómo sabría él quién era yo? ¿Qué le diría? Las que iban delante de mí ya estaban entrando en La

Montagnola, o subiendo la amplia escalera de mármol de color crema veteado con barandilla de latón dorado, que conducía al cuarto de estar, en el segundo piso. Lourdes nos estaba esperando para enseñarnos la colocación del mobiliario; al fondo debíamos dejar los sitios para el Padre y para Don Alvaro del Portillo que siempre le acompañaba. Las demás sillas o banquetas a juego, se situaban a una cierta distancia, y se dejaba la alfombra despejada para sentarse encima.

«Aseguraos de que hay un sitio para cada una; al Padre no le gustaría que alguien se sentara sobre las baldosas frías», nos advirtió Lourdes.

Al atardecer, las luces estaban encendidas y las persianas semi-bajadas; la sala, llena, y nuestra agitada charla tendía a elevar el tono. De vez en cuando, Encarnita y Lourdes, de pie en la puerta, nos miraban sonrientes, y nos pedían reducir el volumen, cosa que duraba sólo un rato.

De pronto, escuché el ruido de la manilla de la puerta del oratorio, en el piso de abajo, y el sonido de voces y pasos rápidos que se aproximaban por la escalera. Al mismo tiempo que Encarnita y Lourdes iban a saludar al Padre, oí una voz sonora y vibrante, inconfundible. Yo estaba de pie, en primera fila, cerca de la puerta; a medida que los pasos venían hacia nosotras, me estiraba para vislumbrar por primera vez la figura del Padre. Se detuvo brevemente en el dintel de la puerta, y nos miró cariñosamente, con sus gafas de montura oscura, y una sonrisa juguetona en los labios. Vestía sotana negra con cuello romano blanco. Tez blanca, mejillas tersas, frente amplia con profundos surcos, el pelo peinado hacia un lado.

Después de preguntar cómo estábamos, el Padre nos habló de la finalidad de nuestra estancia en Roma. En el Colegio Romano de Santa María muchos corazones juntos venían a formar uno solo, con un solo latido de amor; muchas voluntades, con el único deseo de servir a Dios; muchas inteligencias, abiertas a recibir las verdades que iluminan nuestra común vocación divina. Se llama Romano porque en nuestra alma y en nuestro espíritu somos muy romanos, y porque el Santo Padre, el Vicario de Cristo, vive en Roma. «De Santa María», claramente quiere decir que nos ponemos bajo el manto de la Virgen, Nuestra Señora, la Madre de Dios y nuestra Madre, y bajo su protección nos sentimos seguros.

El Padre amaba profundamente el Colegio Romano, y nos habló de las esperanzas que tenía puestas en él. Con el tiempo, mujeres de todas las naciones del mundo irían allí para ser luego una potente fuerza de unidad en los distintos países. La necesidad de extender las enseñanzas de Cristo se presentaba urgente; nosotras debíamos aprovechar nuestra formación, llenarnos de ideas claras, con la plenitud del mensaje cristiano, para transmitirlos, más adelante, a otros.

También nos dijo que contaba con el apoyo de nuestra lealtad y de la fidelidad a nuestro camino; nos urgía a intensificar el trato con Dios, a cumplir bien «las normas

concretas que tu Director te entregó y te explicó y te hizo amar: cúmplelas y serás apóstol» (*Camino*, n° 377).

Nos arrodillamos para recibir su bendición. Ya casi saliendo por la puerta, levantó las dos manos: «¡Que Dios os bendiga!»

Con su bendición, se daba inicio al curso académico de nuestro Colegio Romano.

Nuestro día comenzaba con la limpieza de la casa. La primera mañana no sabía qué hacer, ya que todo me parecía tan limpio. Cogí un paño de polvo y empecé a pasarlo por la mesa de la primera habitación, pensando en cómo llenaría los treinta minutos. Obdulia Rodríguez, una mexicana, doctora en medicina, me dio una lección práctica de cómo limpiar el mármol de los suelos extendiendo una capa de «overlay», cómo frotar las baldosas de las habitaciones, y cómo aprender el arte de usar un plumero. Al poco tiempo, la media hora se me iba volando, y la limpieza de la casa pasó a ser un vigoroso ejercicio matinal.

Los arreglos caseros y el orden material corrían de nuestra cuenta. La tapicería de los muebles y la decoración se confeccionaba en casa. El Padre tenía una confianza ilimitada en la habilidad de sus hijas, y nos estimulaba a poner en juego nuestros talentos -«¡Las que quieran hacer algo... cuantas más mejor, aunque sólo contribuyan con una pincelada!»-. Deseaba que nuestras casas fueran cómodas, pero sin lujo: hogares cristianos. Teníamos que conseguirlo con ingenio, y él nos enseñó a hacerlo del modo más atractivo y económico posible, pues -como decía- «la pobreza no significa dejadez».

«Mercedes está bordando un juego nuevo de lienzos de altar para el cumpleaños del Padre, nos comunicó Lourdes, en la puerta del cuarto de estar donde algunas estábamos estudiando. Le dará alegría saber que todas hemos participado de algún modo; las que queráis, estáis invitadas a coser por lo menos una puntada.» Cerré el libro de Historia de la Iglesia, y me apresuré hacia el cuarto de costura. Mercedes An-glés, eximia bordadora, se hallaba rodeada de estudiantes a las que no perdía de vista cuando cogían la aguja. Algunas cosían bien, y se les permitía dar los puntos que quisieran. Cuando llegó mi turno, casi contuvo la respiración ante mi torpeza para coger la aguja y atravesar la tela con el hilo, y me la quitó de las manos inmediatamente. Yo me quedé encantada de haber contribuido con una puntada.

Helena Serrano demostraba una vena artística, y el Padre quería darle rienda suelta. En cuanto el avance de las obras dejó terminada una pared, le dijo a Helena: «¡Es toda tuya! ¡Ahí tienes un buen espacio para pintar a tus anchas! ¿No harías un mapamundi bien grande, situando todos los puntos donde hay Centros de mujeres de la Obra..., que ya hay muchos en el mundo?».

Apiñadas alrededor de la pequeña mesa de mármol que se empleaba para tomar café, unas sentadas en las pocas sillas disponibles, otras sobre la alfombra, «visitamos» un país tras otro, y cada una contaba anécdotas de la labor apostólica en el suyo. También se descubrían talentos y «gracias» personales. Cada una estaba dispuesta a hacérselo pasar bien a las demás, y nadie decía que no sabía o que no podía.

El Padre quería a cada una de sus hijas con un afecto personal. A Catherine Bardin, le dijo un día: «Ayer te vi por la calle, de lejos... y, como siempre que os veo, te

encomendé a tu ángel custodio». No era de extrañar que correspondiéramos con todo nuestro cariño.

Ningún timbre se oía más alegremente que el que sonaba en cada piso con el recado: «Decid a todas que vayan al cuarto de estar, que viene el Padre. Aseguraos de que todas están avisadas». Un golpe de peine, el rápido retoque ante el espejo, cambio de zapatos... y a todo correr por los pasillos, para llegar a tiempo.

En esta ocasión, me situé bien, sentada en la alfombra del cuarto de estar al lado de la mesa de mármol, justo enfrente del Padre. Sobre la mesa estaban colocadas unas patitas de cristal de Murano de distintos colores; de vez en cuando el Padre cogía una y jugueteaba con ella. Tenía las manos muy blancas con venas pronunciadas, y los dedos largos y expresivos. Ya me habían contado que al Padre le gustaban los patos porque nada más lanzarlos al agua ya salen nadando. Unas tienen el pico abierto: son francas y habladoras; otras lo guardan bien cerrado: saben callarse y no murmurar nunca. «¡Al agua, patos!», solía decirnos.

«Cuando te pido una cosa, hija, no me digas que es imposible, porque ya lo sé. Desde que empecé la Obra, el Señor me ha pedido muchos *imposibles*... ¡y han ido saliendo! Por eso me gusta que seáis como las patas para echaros al agua, sin vacilaciones, sin miedos. Si Dios pide una cosa, hay que hacerla; hay que echarse adelante con valentía... ¿Entendéis ahora por qué me fijo en esos animales?»

Con estas palabras comprendíamos que el Padre podía pedirnos ir a cualquier sitio en cualquier momento. Yo tenía empeño en que pudiera confiar en mí para lanzarme a nadar, como los patos, en aguas desconocidas; rebotaba del entusiasmo y afanes juveniles, y soñaba con lugares exóticos donde era mucho el trabajo que nos esperaba.

El Padre hablaba con energía y sentido de urgencia, aunque nunca con precipitación. Su voz, sonora y cálida, traslucía sencillez y auténtica veracidad. De vez en cuando, se callaba y nos miraba inquisitivo: «¿Qué me contáis, hijas mías?». Pregunta a la que respondíamos gustosas.

Joan McIntosh, de Estados Unidos, le dijo: «Padre, ¿por qué describimos nuestra vida en la Obra como “vida en familia”?»

El Padre le sonrió: «Tú, como profesora que eres, sabrás explicarlo perfectamente a los demás... Lo que pasa es que te gusta oírmelo decir, ¿verdad? Tú sabes que la llamamos “vida en familia”, porque en nuestras casas existe el mismo ambiente que hay en las familias cristianas. Nuestras casas no son colegios..., ni cuarteles, son hogares donde viven personas que tienen la misma filiación; llamamos Padre al mismo Dios, y Madre a la misma Madre de Dios. Y, además, nos tenemos un cariño verdadero.» Se inclinó hacia delante y, cruzando las manos con gesto elocuente para reforzar sus palabras, continuó: «Nos tenemos un cariño verdadero. ¡No quiero que nadie se encuentre solo en la Obra!»

Nos dijo entonces que el Colegio Romano tendría en el futuro su propia sede, con campo de deportes, y zona de vivienda adecuada; pero «vosotras tenéis más gracia de Dios». Le agradecí haber llegado en esos momentos; la mayor gracia era vivir cerca del Fundador y recibir el espíritu de la Obra directamente de sus labios.

Con un dinamismo incisivo nos habló de la expansión de la Obra por otros países: un inmenso campo de trabajo se abría ante nosotros, lo que debería ser un estímulo a nuestro esfuerzo para ser fieles al compromiso adquirido. El Padre se paró por unos instantes y, dirigiéndose a mí con una mirada muy penetrante, rebosante de cariño, me preguntó: «¿Me vas a ser fiel, hija mía?». «Sí, Padre», le contesté con toda mi alma.

Nisa Guzmán vivía en Roma en aquella época. Era, con Encarnita Ortega, una de las primeras mujeres del Opus Dei desde 1941. De cualidades extraordinarias para la España de aquellos tiempos: muy deportista, sabía varios idiomas y había viajado mucho. En 1950, se fue a Chicago para dar a conocer el espíritu de la Obra a las mujeres de Estados Unidos; ahora se estaba preparando con igual finalidad para ir a Montreal. Recuerdo que me comentó, riéndose: «Soy muy friolera, espero no congelarme.»

Mis padres vivían entonces en Montreal, y yo les escribí para hablarles de ella. Poco tiempo después, llegaba Nisa a Montreal, donde se uniría a otras, para empezar un Centro de la Obra. Mis padres las acogieron en su casa, hasta que la nueva residencia de estudiantes estuviera acondicionada. Mi madre apreció el privilegio de tener guardados en un armario los ornamentos y los vasos sagrados. Nisa sabía que mi madre era artista, y le pidió una pintura para el retablo del oratorio. Sin decir palabra, el día 24 de diciembre, horas antes de la Misa de medianoche, les dio la sorpresa de presentarse con un cuadro de *La Virgen adorando al Niño*, copia de un pintor italiano discípulo de Boticelli, que se exhibía en el Museo de Bellas Artes.

Estaba claro que la expansión prevista por el Padre nos afectaba personalmente. Catherine iba y venía a Francia, su país de origen, y Lourdes repetía que debíamos estar preparadas para lo que la Obra pudiese necesitar de cada una de nosotras. Este consejo cobró una nueva dimensión el día en que nos anunció: «El Opus Dei empieza la labor en dos países de continentes nuevos: Japón y Kenia. En este momento están aquí personas de la Obra que los han visitado, y el Padre les ha pedido que os den unas charlas.»

El primer conferenciante nos habló de Japón. «Es un país de cultura ancestral y con una ética del trabajo muy firme. Tanto la lengua como el estilo de vida son distintos de los de Occidente. Es un mundo nuevo, con grandes posibilidades en la universidad.»

La charla despertó numerosas especulaciones: «¿Quién crees que irá?» «Tengo entendido que el japonés es muy difícil.» «Don Alvaro lo estudió durante la guerra civil española, ¿recuerdas?» «Está muy lejos, pero ¡es apasionante!»

La segunda charla versaba sobre Kenia, el primer país del continente africano donde el Opus Dei comenzaría su trabajo. «El cristianismo es todavía reciente en Kenia, data sólo de unos sesenta años atrás; es como vivir en la época de los primeros cristianos.» Unas a otras nos echamos un furtiva mirada, intuyendo fugaces imágenes de catacumbas y de cristianos arrojados a los leones.

«En las zonas de misión -continuó el conferenciante, sin darse cuenta de nuestra reacción-, la llamada a los fieles para Misa se hace con tambor». Me imaginé un tambor colgado en un árbol a modo de gong, y un hombre golpeándolo con un palo. «En Kenia no existe todavía una universidad, y la mujer recibe escasa o nula educación cultural y social. Las que vayan a trabajar allí encontrarán una gran tarea por delante». Se me

ocurrió que quizás pudiera ser yo una de esas mujeres. Durante el resto de mi tiempo en Roma, soñé con esos dos lejanos países.

Los meses pasaron volando, y ya las ventanas y contraventanas se abrían de par en par para dejar paso a la luz y al calor de la primavera romana. Todo parecía cobrar nuevo brío; yo me sentía como en mi casa, con mi trabajo, tratando de dominar el idioma y los estudios, unida a las demás, y especialmente al Padre. Cada día suponía un nuevo regalo digno de aprecio, pues el curso estaba llegando a su fin. Mis sentimientos se entremezclaban; me iba a ser difícil salir de Roma, dejar al Padre, y a todas las que regresarían a sus países, y... por otra parte, había tanto que hacer en todo el mundo.

Un buen día, me llamó Encarnita:

-¿Qué te parecería volver a Dublín mañana? -me preguntó sonriente.

Todos mis castillos en el aire se desvanecieron, y bajé de golpe a la realidad.

-Con mucho gusto -respondí con franqueza.

Pronto se concretó la organización del viaje, y sólo me faltaba la bendición del Padre. Impaciente, esperaba aquel momento con mezcla de alegría y tristeza. Costaba marcharse de Roma; aunque sabía que en la Obra nunca nos decimos adiós, pues estamos siempre espiritualmente unidos, como el Padre solía recordarnos.

«Esperad en la *Galeria degli uccelli* -advirtió Encarnita a las cuatro que viajábamos al día siguiente-, por si el Padre puede recibirlos después de la cena.» Allí nos reunimos mucho tiempo antes, y estuvimos paseando arriba y abajo sobre el suelo de mármol marrón; el techo, salpicado de luces, estaba pintado con pájaros de colores brillantes que daban nombre a la galería.

Se abrió, por fin, la puerta contigua al área de servicio. «¡Corred, Encarnita os espera!» Nos apresuramos hasta la estrecha y empinada escalera que conducía al comedor de Villa Tevere, al pie de la cual estaba Encarnita; siguiéndola, subimos en fila de una en una hasta el rellano de arriba. Ella abrió la puerta, y nos encontramos frente al Padre, que nos esperaba, sentado a la cabecera de una mesa larga rodeada de sillas tapizadas en rojo, con Don Alvaro a su lado.

«Sentaos, sentaos», nos invitó el Padre. Nos sentamos alrededor de la mesa. Una por una, nos fue mirando detenidamente con cariño paterno. Luego, dio a Lolita Iñiguez una pata grande de cerámica china para Eigelstein, residencia de estudiantes en Colonia, y encargó a Encarnita que nos dieran a cada una algo para llevarnos a casa. Le preguntó a Don Alvaro si ya estaban secas las estampas de la Virgen que acababan de salir de la imprenta. Don Alvaro asintió y le entregó cinco. El Padre escribió detrás de cada imagen: «*Cor Mariae dulcissimum, iterpara tutum!* Roma, 28-V-58» (Corazón dulcísimo de María, prepáranos un camino seguro). A medida que las terminaba nos las iba dando. Nos sugirió que, al decir aquella jaculatoria, encomendáramos a la Virgen nuestra fidelidad al camino para el que el Señor nos había llamado.

Después de arrodillarnos y recibir su bendición, el Padre se marchó rápidamente. Me di cuenta de que le costaba separarse de sus hijos, y a mí también se me escapaba el corazón. No sospechaba entonces lo pronto que le vería de nuevo.

Mucho trabajo me esperaba en Dublín. Fui nombrada subdirectora de Northbrook Residence, obra de apostolado corporativo del Opus Dei, lo que significa que el Opus Dei responde de la dirección espiritual y doctrinal que allí se imparte. Pilarín Lázaro, María Teresa Valdés y yo formábamos el equipo directivo del Centro.

«El gobierno de la Obra es siempre colegial -me habían enseñado en Roma-; está formado por tres personas al menos, como un banco con tres patas. Si faltase una pata, no podría mantenerse derecho». Yo me encargaría más directamente de las residentes y actividades para estudiantes.

Un sacerdote venía a diario para celebrar Misa, y atendía las necesidades espirituales de todas las que vivíamos en la casa.

Al año siguiente -1959- un martes, 18 de agosto, el Padre llegó a Irlanda, la única vez que viajó a este país, al que tenía un gran cariño. Vino a visitar Northbrook con Don Alvaro del Portillo y Don Javier Echevarría. En el cuarto de estar colocamos tres sillas frente a la chimenea de mármol sobre la que colgaba un espejo ornamental; las restantes se habían distribuido alrededor o nos sentábamos en la alfombra. Yo me sentía de nuevo en Roma.

El Padre nos animó a hacer mucho apostolado, porque hacían falta muchas vocaciones para extender el Opus Dei a otros países, como Kenia, Japón, Austria.

«Irlanda tiene una misión en el mundo, especialmente en todo el mundo de habla inglesa... que es medio mundo. Hacen falta muchas irlandesas, por aquí... por allí... Irlanda, este país que es una maravilla, que es el consuelo de Dios, con esta gente tan buena, tan espléndida... Yo vendré el año que viene por este tiempo, pero os habéis de multiplicar por diez... Alegres, hambrientas de ir por todo el mundo a servir a Nuestro Señor, enamoradas de Jesucristo...».

El Padre tenía pasión por las almas, y la infundía en las nuestras. «En Dublín, en Roma, en Madrid, como en medio de África: ¡almas!»... «Eso es lo que importa. Si amas al Señor, serás necesariamente consciente de la bendita carga de almas que necesitan orientación hacia Dios.» Me impresionaba oírle decir en Dublín las mismas cosas que tan a menudo nos había dicho en Roma.

Al comienzo del año académico, una estudiante de África occidental -de Gambia- solicitó plaza en la residencia. Me correspondía decidir, y no sabía qué hacer, ya que nunca habíamos tenido una residente africana, y me preguntaba cómo encajaría con el resto. Consulté a Pilarín y

M^a Teresa, y Pilarín me dijo sin vacilar: «Claro que debe venir. El Padre nos ha dicho siempre que nuestros Centros están abiertos a todo el mundo.» Así que Harriet Joof vino a vivir a Northbrook.

Harriet era sencilla, directa y natural, con un gran corazón y tremendo sentido del humor; pronto se hizo amiga de las demás residentes. Alta, delgada, siempre andaba envuelta en jerseys y chaquetas gruesas, con la cabeza embutida en una bufanda; el clima frío y húmedo le resultaba muy duro. Pronto descubrí que la bufanda era como un termómetro: cuanto más bajo el ánimo, más se cubría la cabeza, hasta casi tapar los ojos, y cuando se sentía animosa, su bufanda se asentaba garbosamente sobre el cuello. Nos

enseñó con nostalgia fotografías de la aldea de su familia en África Occidental, situada en el claro de un bosque, resplandeciente de luz y sol, con chozas de barro rodeadas de palmeras.

En diciembre, Don José María Hernández Garnica vino a visitarnos de nuevo. No le había vuelto a ver desde aquel 24 de octubre de 1955, en que celebró Misa en nuestro oratorio. Esta vez llegó en bicicleta, con la sotana remangada. Ante mi sorpresa, entró por la puerta de la cocina, donde Maire y yo estábamos preparando la cena. «Llamad a las otras, nos dijo. Podemos reunirnos aquí, en el comedor».

Subí corriendo para avisar a todas y, en un momento, estuvimos allí. Cogimos unas sillas, y nos sentamos en semicírculo.

«¿Cómo estáis?, empezó preguntando. Pilarín le fue contando cosas y, entre otras, mencionó a nuestra residente africana.

«Sabéis que ya hay hombres del Opus Dei en Kenia y en Japón. Es hora de que vayáis vosotras también. Necesitamos gente de lengua inglesa, y Kenia necesita profesoras.» Echó una ojeada alrededor, sonriendo con picardía, y añadió: «¿Alguna voluntaria?».

Todas -yo también- contestamos: «¡Sí!»

5. Preparativos para África

-Pilarín quiere verte enseguida -me dijo Olive con ademán de urgencia una tarde de marzo de 1960, mientras secaba los platos después de cenar.

Entré en el despacho de Pilarín con la sensación de un algo en el ambiente fuera de lo ordinario; me estaba esperando con aire de contenida emoción.

-Entra y siéntate -me dijo con cariño mientras se levantaba de la mesa y acercaba las dos butaquitas frente a la puerta-. Ya sabes que el Padre quiere que las mujeres del Opus Dei empiecen pronto la Obra en Kenia y en Japón...

Fácilmente podía adivinar la frase siguiente: ¿sería Ke-nia o sería Japón?

-El Padre quiere saber si te gustaría ir a Kenia.

Me quedé de piedra. Comprendí que se trataba de un asunto serio, y la envergadura del proyecto representaba todo un desafío para mí. Soñar con abrir brecha en un nuevo continente era una cosa; decidirse a ir allí era otra. Kenia me parecía desconocida y lejana. ¡Qué aventura! El Padre tenía grandes esperanzas en la expansión de la Obra en África, y pedía mi colaboración. ¿Sería yo capaz? Me veía tan joven y sin experiencia ninguna. ¿Qué sabía yo de

África? Ni siquiera podía situar Kenia en el mapa. Mi corazón latía a ritmo veloz. Si el Padre me lo pedía, es porque pensaba que yo podía hacerlo... entonces, podría. Mientras estos pensamientos me rondaban la cabeza, Pilarín me observaba.

-No es necesario que contestes inmediatamente. El Padre quiere que lo pienses despacio y, después, le escribes para darle una respuesta totalmente libre.

Disipando mis recelos, le dije con toda firmeza:

-Sí, quiero ir. Escribiré al Padre esta noche.

La suerte estaba echada. No tenía la menor duda de que quería ir, pero ya sentía el dolor que se avecinaba al dejar atrás todo lo familiar. Una vez más me enfrentaba a una nueva separación; esta vez era yo quien dejaba a mi familia de Northbrook.

Poco después Pilarín me confirmó que yo me iba a Ke-nia y María Teresa a Japón; es decir, que estábamos en la misma situación. Al día siguiente, en el desayuno miré a María Teresa, al otro lado de la mesa y, de repente, me llamó la atención lo japonesa que parecía: cara redonda, ojos un poco inclinados, las manos curvas y delicadas.

Pilarín tenía reservadas más novedades. Otras dos se nos unirían desde Londres: Kathleen Purcell iba a Japón, y Margaret Curran a Kenia. Dirigiéndose a mí, con afectuosa comprensión, nos dijo:

«El Padre desea que vayáis todas a Roma para una convivencia, antes de salir hacia vuestros nuevos países».

Esta estupenda noticia me dio sensación de alivio y de auténtica seguridad. Me dolía separarme de mi familia de Northbrook, y el Padre, con todo cariño, nos llamaba a la gran familia de Roma, para que pudiéramos cobrar nuevo ánimo, fortalecernos, profundizar nuestro conocimiento del espíritu de la Obra, y prepararnos mejor para el trabajo de expansión, antes de emprender viaje hacia lo desconocido.

Harriet no podía contener su alegría al saber que yo iría a África. Se sintió responsable de contarme todo lo que se le ocurría; juntas nos dedicamos a ver las fotos de su aldea.

-Allí la vida transcurre al aire libre -me explicaba-. Las mujeres preparan la comida y cocinan sobre piedras, fuera de las chozas, y luego la tomamos bajo las palmeras. La choza sólo se utiliza para dormir. Las mujeres hacen todas las tareas del hogar: van a buscar agua, recogen leña para el fuego, cocinan, siembran y se ocupan de la cosecha, compran en el mercado, cuidan a los niños...

-Y los hombres, ¿qué hacen? -le pregunté.

-Se reúnen y, sentados, beben y hablan; deciden lo que debe hacerse, y son muy respetados. La mayoría tiene varias mujeres. Cada una vive en su propia choza con sus hijos, dentro del recinto de su marido.

Aquello me desconcertaba:

-¿Y no se pelean entre ellas?

-No mucho. Es sabido que si un hombre prospera, se puede permitir tener más esposas. Las necesita para cultivar su terreno, y ellas le dan más hijos.

-Parece como si las mujeres fueran posesiones -aventuré a decir, incrédula.

-Es verdad, así es. Las hijas significan riqueza porque aportan una dote al hogar paterno, por eso se casan generalmente muy jóvenes; mientras que a los chicos se les procura la mejor enseñanza posible, especialmente al mayor, que luego ayuda a educar a los más pequeños. Él es el futuro jefe o líder. Los padres no se preocupan de instruir a las chicas, ya que ellas pasarán a formar parte de otra familia; una mujer pertenece siempre al clan de su marido. Allí llevarán a cabo el trabajo tradicional del hogar y criarán a sus hijos.

-¿Y todas las mujeres tienen que casarse?

-No tienen otra opción. Primero pertenecen a su padre, y después a su marido. Es inconcebible que una mujer permanezca soltera.

-Harriet, tú estás aquí estudiando. Seguro que hay otras chicas educadas, como tú.

-Muy pocas, aunque con el cristianismo las cosas están cambiando. Mi padre es un hombre excepcional. Se da cuenta de la importancia de la educación, y me animó a completar la enseñanza secundaria y continuar mis estudios en una universidad europea. La educación es la única esperanza para que las mujeres africanas se liberen de su condición servil; pero la mayoría ni se da cuenta.

-¡Oh Harriet! -exclamé- ¡qué contenta estoy de ir a enseñar allí.

Estaba convencida del poder de la educación para cambiar el rumbo de una vida. Y entusiasmada de tener ocasión para llegar a influir en un área de importancia tan vital

como la educación de las mujeres en África.

Me dediqué a visitar a gente que pensaba me podría ayudar en el proyecto; entre otros, Mr. Digby, un prestigioso hombre de negocios, amigo de la familia de Therese Dwyer. Fui a verlo a su oficina y le conté mis planes para ir a Kenia. Me escuchó atentamente, y me dijo:

-Permíteme ofrecerte el billete de avión -y me extendió un cheque, añadiendo:- Cuando llegues a Nairobi, ve a ver a un amigo mío, John Hughes, y dile que vas de mi parte.

Tal como las cosas salieron luego, razón tenía entonces para agradecerle esta presentación.

Sin embargo, Mr. John Hughes no fue nuestro primer contacto en Nairobi.

Mrs. Agnes Lavelle, irlandesa, estaba ya impaciente esperando la llegada de las mujeres del Opus Dei a Kenia. Durante meses había mantenido correspondencia con Teddy; los típicos sobres de avión azules, con sellos de Ke-nia y dibujos de animales salvajes, siempre atrajeron mi atención.

«Los sacerdotes del Opus Dei han organizado retiros mensuales para mujeres en Nairobi, nos había comentado Teddy. Mrs. Lavelle dice que tienen lugar en la capilla de un colegio para niñas, y asisten una docena de señoras».

Teddy escribió a Mrs. Lavelle, diciéndole que yo iría a África, y le contestó con una carta entusiasta, y con una información de lo más útil. «Dile a Olga que no traiga gabardina, porque no la va a necesitar. Aquí, o no llueve, o la lluvia es torrencial y la gabardina no sirve para nada».

A medida que la hora de marcharse se acercaba, el corazón se me encogía ante la idea de abandonar a tantas personas y cosas queridas, y quizás para siempre. Había crecido en Irlanda; aquí había estudiado y forjado mis amistades. Amaba el país y a su gente, y en Irlanda había descubierto la razón de mi vida. La actividad de Northbrook seguía su ritmo habitual, pero pronto yo ya no formaría parte de ella.

En medio de la agitación que supone preparar el equipaje, una tarde experimenté un fuerte sobresalto al darme cuenta de que, de verdad, me iba hacia un destino desconocido. Mientras las demás subían ruidosamente las escaleras, yo me quedé rezagada, y paseé una nostálgica mirada por el comedor tan familiar, testigo de tantos felices recuerdos. De pronto, me sentí abrumada, y apretando la cara contra la vieja puerta de madera, rompí a llorar. Me repuse en seguida y, de nuevo, estaba ya dispuesta para la marcha.

Kathleen había venido a Irlanda para despedirse de su familia, y embarcaríamos juntas en el barco-correo de la noche, que salía del puerto de Dun Laoghaire.

Con un cálido y sentido abrazo, nos despedimos de Pilarín, Beatriz y Olive, que permanecieron en el muelle, ondeando el pañuelo mientras el barco zarpaba del puerto.

La orilla retrocedía rápidamente ante nuestra vista. Anocheecía ya, pero aún se podía distinguir la forma de las casas por encima de las calas rocosas con el fulgor centelleante de las luces en la lejanía. De repente, claramente se perfiló la casa donde habíamos vivido antes de que mis padres se trasladasen a Canadá.

-¡Mira -exclamé, señalando el litoral-, allí está Beulah!

-¿Dónde? ¿Qué es? -preguntó Kathleen.

-Es la casa en Dalkey, donde viví cinco años con mi familia. Desde la ventana de mi habitación, he contemplado cientos de veces este barco-correo en sus idas y venidas...

«Beulah» era una casa pintada de azul celeste, laberíntica, y con muebles ya bastante usados; dos columnas macizas flanqueaban la entrada; un sendero curvilíneo entre descuidados jardines se enderezaba luego hasta llegar frente al mar. El interior se componía de varios graciosos salones con mirador, y un amplio vestíbulo junto a un espacioso vestidor.

La casa era perfecta para fiestas. En mi segundo año del Trinity College, mi madre organizó un baile por todo lo alto, incluso con orquesta, para celebrar mi dieciocho cumpleaños. Empleó tiempo y trabajo para prepararlo con mucha ilusión. El camino de entrada estaba decorado con faroles chinos; los salones de la primera planta, abiertos y comunicados entre sí para dar cabida a la pista de baile, y la orquesta tocando a placer. Todas las chicas recibían un carnet de baile con un dibujo pintado por mi madre, distinto para cada una, un lápiz colgando de una cinta, y la lista de bailes escrita con el debido espacio para que los chicos pusieran su nombre. Los hombres vestían chaqueta y corbata de smoking, y trajes largos las mujeres. Mis padres abrieron el baile con un vals; yo me sentía orgullosa de verlos danzar airoso, al unísono, en un perfecto giro que lanzaba al viento las colas del chaqué de mi padre. La fiesta tuvo un gran éxito, y aún hoy me la recuerdan mis amigas.

«Beulah» era una casa abierta a todas nuestras amistades. «Mrs. Marlin, ¿cuántos vienen a comer hoy?», preguntaba a diario la cocinera, con las manos en la cadera. Peggy era una mujer robusta, de cara sana como una manzana, originaria del Condado de Wexford. «Si aciertas, sabrás tanto como yo, Peggy», contestaba mi madre con un resignado suspiro.

Mis compañeros de universidad venían habitualmente a casa, y mi hermana Brigid -mi mejor amiga-, un año más joven que yo, estudiaba en la Academia de Bellas Artes y era muy popular entre ellos. Mientras charlábamos o escuchábamos música, Sheila -otra de mis hermanas-, con sus trece años, entraba y salía, ocupada en sus cosas o seguida de sus amigos de colegio. Liz, de ocho años, era una apasionada de la época de la caballería andante y de las nobles aventuras de los Caballeros de la Mesa Redonda, y compartía sus gustos con su amigo Paschal Greaves. Mis hermanos, Randal y John, venían a Beulah en vacaciones. Estudiaban en Inglaterra, y solían llegar con uno o dos amigos. La casa resonaba con música, risas, bromas y, de vez en cuando, alguna que otra pelea...

«Esto es como un saludo de despedida al pasado», expresé en voz alta, mientras veía desvanecerse las luces a compás del barco surcando las aguas de alta mar.

* * *

«Parioli, Via di Villa Sacchetti, trentasei, per favore!», ordené, al mismo tiempo que Kathleen y yo tomábamos asiento en un taxi de la Stazione Termini. El voluminoso equipaje incluía muchos regalos para los nuevos Centros en Kenia y Japón. El Fiat corría a bandazos entre el nutrido tráfico, pegando unos frenazos, que ponían en evidencia la

extraordinaria pericia de los conductores italianos. «¡Qui! ¡Qui!», le indiqué al torcer la esquina de Villa Sacchetti. Allí estaba la fachada color ocre -ahora sin andamios- con el recuadro de la puerta pintado de verde oliva. Mientras llamábamos al timbre, Kathleen y yo nos miramos sonriendo de satisfacción. ¡Qué estupendo estar aquí de nuevo!

Exclamaciones, abrazos de bienvenida, y manos dispuestas a cargar con nuestros bultos. «¿Habéis hecho un buen viaje?» «Sí, muy bueno. ¿Cómo está el Padre?» «Muy bien, y deseando veros.» Saludamos al Santísimo en el oratorio, antes de subir a nuestras habitaciones.

Cuando acababa de abrir mis maletas, alguien me dijo: «Tere Temes quiere verte, pero está en cama con gripe. ¿Podrías ir a verla?» Ya me habían dicho que Tere -sobrina de

Don José María Hernández Garnica- iba también a Kenia. Fui corriendo a su habitación.

La encontré sentada en la cama, esperándome, rodeada de libros y revistas sobre Kenia. Previo el normal saludo, nos quedamos mirándonos en silencio. Tere y yo íbamos a compartir más de treinta años de vida en Nairobi. Tenía un aspecto muy pálido, abundante cabello oscuro, cejas rectas, nariz aristocrática; la boca presta a romper en alegres carcajadas; unos ojos castaños muy vivaces, que parecían absorber todo su entorno. Manifestaba gran confianza en sí misma; enérgica y decidida, siempre tenía algo que decir. En aquel momento, con una amplia sonrisa deseaba enseñarme lo que había encontrado en las revistas. Tere era licenciada en Historia, y no había perdido un minuto para familiarizarse con la cultura de nuestro nuevo país. Me quedé muy impresionada y me dio seguridad contar con que una persona como ella vendría a Kenia con nosotras.

Unos días más tarde Mary Mahoney llegó de Boston. Era enfermera militar y había prestado servicio en el ejército americano, con el rango de comandante. Conoció el Opus Dei por su madre, gran amiga de Nisa González de Guzmán. Curiosamente, acababa de regresar de una misión en Japón. Mary parecía algo tímida, atenta a las demás, con espíritu de aventura e ilusión por viajar.

Margaret era muy irlandesa: hoyuelos en las mejillas, pelo oscuro, corto y rizado, ojos castaños. De temperamento desenfadado, poseía un fantástico sentido del humor, que contribuyó luego a salvar más de una situación. El hecho de que hubiera estudiado Secretariado resultó ser providencial.

Con veinte años, Marlene, portuguesa, era la más joven. Había vivido temporadas con sus padres en Angola. Alta, pelo y ojos negros, guapa y de figura elegante; ecuaníme y muy artística.

Rosario, Encarnación, Elisa, profesionalmente cualificadas en hostelería, vendrían también con nosotras, para trabajar y enseñar en Kenia. Rosario tenía el don de la sencillez, muy sociable, con un incansable espíritu de servicio. Encarnación, trabajadora vigorosa y constante, particularmente ahorradora, y una excelente cocinera y costurera. Elisa, con su personalidad apasionada, temperamento sensible y sentido poético, poseía una instintiva comprensión de la gente y de las situaciones.

Las tres iban a causar un tremendo impacto en el concepto de entonces sobre las tareas del hogar. El Padre les había infundido un profundo orgullo por la profesionalidad de su trabajo y el cuidado de las personas, para conseguir en la casa un ambiente acogedor. Como simientes eficaces, arrastrarían tras de sí un auténtico batallón de Numerarias Auxiliares kenianas. Estas Numerarias son absolutamente esenciales para la buena administración de los Centros de la Obra, que así son verdaderos hogares de familia; y también para todo el apostolado del Opus Dei, pues este ambiente es lo primero que atrae a la gente que no lo conoce, y se expande luego al conjunto de la sociedad.

«No puedes imaginarte cómo están todas de interesadas en la preparación de nuestros viajes, me comentó Tere. La oficina de María Luisa ha recibido pilas de libros y material didáctico, enviados por otros países para las escuelas de Nairobi y Osaka. El plan es establecer un centro de enseñanza con una amplia gama: idiomas, literatura, economía del hogar, manualidades, y cultura general, abierto a niñas y jóvenes de todas las razas, para darles una adecuada preparación cara a su futura posición en la sociedad. Las mujeres africanas no han gozado, hasta ahora, de las mismas oportunidades que los hombres respecto a la educación y la vida social».

Los hombres africanos estaban entonces intelectualmente mejor preparados, se iban introduciendo en el mundo occidental, y tenían ocasión de aprender su cultura. Por el contrario, las mujeres tendían a permanecer en la aldea, con poca o ninguna oportunidad para mejorar su formación; se encontraban perdidas cuando debían acompañar a sus maridos que desempeñaban una función pública. Me daba perfecta cuenta de la importancia de la educación para la mujer; al recordar lo que Harriet me había contado sobre su restringida libertad, abrigaba la esperanza de que, al menos unas cuantas, pudieran frecuentar nuestra escuela.

El primer día de la convivencia especial para nosotras, el Padre vino a vernos a La Montagnola. Nos dijo lo contento que estaba porque se iba a empezar el trabajo de la Obra en tres nuevos países -Kenia, Japón y Austria-, con entusiasmo, alegría y fidelidad inquebrantable. Insistió en la importancia de identificarnos con la mentalidad y costumbres de nuestros nuevos países, sin anclarnos en la añoranza de lo que habíamos dejado detrás. «No vamos a en-quistarnos en un país. Vamos a fundirnos. Si no, no va: porque lo nuestro no es hacer nacionalismo, es servir a Jesucristo y a su Iglesia santa». Esto suponía adaptarse a las costumbres locales en la manera de comer y de vestir, sin imponer nuestro modo de hacer extranjero.

El Padre subrayó que íbamos a aprender. Nuestra misión consistía en ser buenos rodrigones para que los árboles jóvenes crecieran fuertes y rectos, hasta sostenerse por sí mismos. La labor más honda sería realizada más tarde por las personas del país a las que hubiéramos formado antes. Nos habló con gran cariño de África y su gente: «Los han tratado mal. ¡Tienen derecho a que se les trate maravillosamente! Y la mejor manera es tratarles como a iguales. ¡Somos iguales! ¡No podemos hacer ni la más pequeña diferencia!».

Una y otra vez insistió en que todos los humanos estamos hechos del mismo barro, y hablamos la misma lengua -la del corazón-, y tenemos el mismo color, como hijos de un

mismo Padre. «¡Sólo hay una raza: la raza de los hijos de Dios!».

Al Padre le preocupaba la situación de las mujeres africanas: «¡Las tratan como objetos!», se lamentaba. Nuestra tarea sería fomentar el cambio por medio de la educación, y defender el punto de vista cristiano de la dignidad de la mujer.

El domingo de Pascua asistimos a la Misa del Padre, y nos dijo que la ofrecía por nosotras. En la homilía nos encareció el cuidado de nuestra vida de oración. Y añadió, con entera convicción: «No vais solas, porque vais con Cristo, y con Cristo estamos todos».

También el Padre pensaba en nuestras familias, al vernos marchar tan lejos; nos pidió que les escribiéramos desde Roma, enviándoles fotografías. Tere era la mayor de doce hermanos, y la pequeña tenía sólo tres años. Cuando comunicó a su familia que se iba a Kenia, un hermano de doce años le escribió: «¡Joroba! ¡Qué suerte: te vas a la selva!». Al Padre le hizo mucha gracia cuando se lo contó.

Los últimos días en Roma parecían pasar más rápidos. Tuvimos que vacunarnos contra el cólera, y contra la fiebre amarilla. Agradecemos la sugerencia de Encarnita: «Si queréis, Catherine os puede acompañar al Istituto di Sanita.» Estas enfermedades sonaban temibles, y yo era aprensiva, especialmente al ver la reacción de Tere con todo el brazo hinchado.

Llegaron varios sobres azules de Agnes Lavelle. Con unas amigas había encontrado la casa para nosotras en Nairobi, y la estaban decorando: «Esperamos que os guste. La hemos alquilado por un año, y es lo bastante grande para albergar la escuela.»

Casi al mismo tiempo, recibí la aprobación del Ministerio de Educación a mi solicitud para obtener un puesto de profesora, y me lo ofrecían en un colegio de enseñanza secundaria *Kenya Girls High School*. Margaret no tendría dificultad en conseguir trabajo como secretaria, ni Mary, de enfermera, si bien era necesario que se presentasen personalmente. Con estas perspectivas, preveíamos poder mantenernos económicamente.

Reservamos plaza en un vuelo que salía de Roma el domingo, 12 de junio, solemnidad de la Santísima Trinidad en 1960. En la homilía, Don José Luis Soria sacó partido a la lectura del evangelio para ese día, que resultaba de lo más apropiado: «Id por todo el mundo, y haced discípulos en todas las naciones...» (Mt 28, 19)

Me sentía presa de emociones diversas. Por una parte, dejar de nuevo Roma y al Padre -quién sabía por cuánto tiempo-, mi responsabilidad por las que venían conmigo, las circunstancias desconocidas que nos esperaban al final del viaje; por otra, la confianza que el Padre había depositado en nosotras, la aventura de empezar la Obra en un nuevo continente, el gran deseo de vivir y trabajar entre africanos, por los que el Padre demostraba tan clara predilección.

Sin embargo, no había demasiado tiempo para emociones. El día estuvo lleno de los encargos y recomendaciones de último minuto. Y, en cualquier momento, podían llamarnos para recibir la bendición del Padre. Cuando llegó la hora, nos reunimos en el cuarto de estar de La Montagnola, con Encarnita y las demás de la Asesoría Central. No me parecía real lo que estaba viviendo; tenía como un nudo por dentro.

El Padre entró y nos preguntó si estábamos contentas. Una vez más nos instó a cuidar especialmente la vida de oración, recordándonos que todo lo restante era secundario. Nos traía unos regalos. Nos mostró y bendijo dos medallas de San José de oro con una cadena de oro y perlas, para la llave de los sagrarios de los dos primeros Centros de las mujeres en Osaka y Nairobi. Le entregó una a María Teresa y otra a mí. Volviéndose luego hacia Don Alvaro, le dijo: «¿Qué más podemos dar a estas hijas?»

Nos miró a todas con inmenso cariño; pensé que nos habría bajado la luna si hubiera podido. Después de darnos su bendición, repitió que estaba contento y muy orgulloso, y que íbamos a realizar un trabajo colosal.

Antes de marcharnos aquella noche, las ocho fuimos a rezar ante la Madonna de la Colonnata, en uno de los patios de Villa Sacchetti. Yo había ido a menudo a encender la lamparilla como signo de protección de la Virgen, para dejarla alumbrando durante la noche. Juntas rezamos un «Acordaos», y le confié toda la gente que nos estaba esperando en nuestro nuevo país: Kenia.

Encarnita Ortega vino con nosotras hasta el aeropuerto de Ciampino. Pidió a Mary Rivero, que conducía: «Pasa por San Pedro, para que echen una última mirada a la Basílica.» Le estuve muy agradecida, y estiré el cuello para seguir viendo la cúpula iluminada el mayor tiempo posible. Finalmente, llegamos al aeropuerto; un frenesí de billetes, maletas, despedidas y, casi enseguida, la compañía aérea British Airways llamó a los pasajeros para embarcar en el avión rumbo a Nairobi.

6. Comienzo de una aventura

Ninguna de nosotras consiguió dormir aquella noche; la agitación nos invadía. Yo continuaba reviviendo las impresiones del último día en Roma, y pensaba en que el Padre nos acompañaba con su oración.

Hicimos escala en Khartoum, cuando aún no había amanecido y todo estaba oscuro. «¿Qué tal si comemos algo?», sugirió Marlene. Rebuscó en el equipaje de mano, y exclamó entusiasmada: «¡Turrón y queso!» Nos tomamos unos trozos, agradeciendo el cariño con que lo habían preparado las que habíamos dejado atrás.

El avión -un jet- despegó pronto para lanzarse de nuevo a toda velocidad. Llegó un momento en que, en medio de la oscuridad, apareció una línea brillante en el horizonte. Rápidamente se fue ensanchando hasta cubrir la bóveda celeste de un intenso resplandor; la luz del día, iridiscente, se abrió paso con destellos translúcidos, tan refulgentes que me deslumbraron, y tuve que bajar la persiana de la ventanilla. Era nuestra primera imagen del radiante amanecer africano, increíblemente bello.

Finalmente, el avión aterrizó en el aeropuerto de Emba-kasi. Recogimos el equipaje de mano y, como los demás pasajeros, caminamos con la dificultad impuesta por la estrechez de la salida, donde casi nos retuvo una bocanada de aire caliente y seco.

La inmensa extensión de un cielo azul claro, con ligeros flecos de nube aquí y allí, desplegaba su amplitud y parecía más alto que en Europa. Hasta donde la vista podía alcanzar todo era llanura de tierra amarilla. Reinaba una gran quietud, rota sólo por el esporádico grito de un pájaro. «El aire que se respira aquí es muy bueno, y estimulante», comentó Mary aspirando profundamente. Yo me sentía agobiada por la responsabilidad de aquel pequeño grupo, dispuesto a trabajar en un continente desconocido; esperaba la bienvenida del Consiliario, el representante del Padre en Kenia.

Mientras caminábamos por la pista hacia la miniatura de aeropuerto, de dos pisos, yo miraba a la sala de llegada, con la esperanza de encontrar a alguien. Estaba vacía.

-Parece que no ha venido nadie a recibarnos -le dije a Mary, contrariada.

-Quizás estén dentro -me contestó.

Al entrar nos encontramos con los agentes del aeropuerto, vestidos con camisas blancas abiertas, pantalón corto blanco y calcetines hasta la rodilla; maleteros descalzos, con largas camisolas blancas y un fez de color castaño. El ambiente era informal y relajado. No había barrera alguna que impidiera el paso, y en cuanto papeles y equipaje estuvieron listos, nos quedamos libres para marcharnos. Pero nadie había venido a

buscarnos. Permanecimos un rato, todas juntas, indecisas sobre lo que debíamos hacer: un agente se acercó y nos indicó un pequeño autobús que nos llevaría hasta Nairobi.

El autobús no tenía prisa; la mañana gozaba de un sol radiante; nosotras mirábamos atentamente por las ventanillas, deseando otear una cebra o una jirafa, pero sólo veíamos la seca sabana circundante, desplegándose hasta el horizonte.

Cerca ya de la ciudad, la autopista Princess Elizabeth Highway se bifurcaba, y el tráfico seguía en un solo sentido, bordeando un macizo longitudinal tapizado de buganvillas y palmeras muy altas. A ambos lados de la carretera, árboles floridos y, a intervalos, un espino en forma de sombrilla con las finas ramas extendidas.

«¡Qué belleza!, exclamó Marlene. Esta ciudad parece colocada en medio de un jardín.»

Pasamos varias glorietas, rodeando jardines muy cuidados, con cactus y plantas tropicales sobre tendido de rocas. El autobús circulaba por la parte exterior, hasta girar a la derecha para detenerse frente a la terminal del aeropuerto en Hardinge Street. Nos bajamos, con todo el equipaje, y nos encontramos en tierra, al extremo de una larga y polvorienta avenida, alineada con edificios de una sola planta, desiguales unos de otros.

-Parece una película del oeste americano. Sólo falta el poste para amarrar los caballos -murmuró Mary en voz baja.

-¿Qué vamos a hacer? -inquirió Elisa, con inquietud.

-Voy a llamar a Mrs. Lavelle -le dije, dirigiéndome a la puerta de la terminal.

Entramos en una oscura, estrecha y pequeña oficina, y pedí la guía de teléfono. Allí estaba el número de Agnes; llamé, pero nadie contestó. Busqué el nombre de Mrs Hearn, a la que había conocido en Roma, y obtuve la deseada respuesta.

-¿Mrs. Hearn? Soy Olga Marlin. ¿Se acuerda de mí? Nos conocimos en Roma...

No me dejó terminar la frase.

-Pero, ¿qué hacéis en Nairobi? Os esperábamos la semana próxima. Es terrible: no ha ido nadie a recibirnos en el aeropuerto. ¡No os mováis de donde estáis! Ahora mismo se lo digo al Consiliario.

Poco después, llegaban tres coches. En uno de ellos venía el Consiliario y otro sacerdote. Nos dieron la bienvenida, lamentando que nos hubiéramos adelantado al telegrama.

-Perdonad. Hoy es lunes, y todavía temprano por la mañana; el telegrama debió llegar a nuestro apartado el viernes por la tarde, y no solemos recoger el correo durante el fin de semana -explicó el Consiliario.

«Qué raro, pensé. Siempre había visto que el correo se llevaba a las casas».

-Lo siento de veras, pero vuestra casa no está totalmente preparada -se disculpó-; espero que os guste. Podéis ir en los coches con Mrs. Lavelle y Mrs. Hearn, y allí nos encontramos.

Tomé asiento al lado de Agnes, que nos fue haciendo un reportaje en directo:

«Ahora está todo seco, porque no ha llovido, y estamos atravesando una gran sequía».

De hecho, la tierra roja estaba agostada y agrietada, con parches de hierba amarillenta y alguna que otra caña de maíz marchito. Las ruedas levantaban nubes de polvo rojizo, y

varias veces tuvimos que subir la ventanilla del coche. Pasamos por un conjunto de comercios, a la derecha: «Esto es Westlands», nos informó Agnes. «Magner's, en la esquina, es una tienda de comestibles, el negocio familiar donde trabaja mi hermano».

-¿En qué trabajas? -le pregunté.

-Soy secretaria en una empresa de subastas; en realidad, paso la mayor parte del tiempo buscando muebles y preparando la subasta. Es muy interesante, pero agotador.

Entre árboles y construcciones, se divisaba la aguja de una iglesia: «Es la Iglesia Católica de Saint Austin. Ahora pasamos el Loreto Msongari, un colegio de religiosas para niñas y, justo detrás, se encuentra un colegio para chicos dirigido por los Padres del Espíritu Santo. Estos colegios son para estudiantes europeos católicos, y tienen también internado. Mi hija Mau-reen termina este año en Msongari. ¿Veis la loma de al lado? Allí es donde están construyendo Strathmore College»¹.

Forzamos la vista para hallar algún rastro de la futura universidad, pero nada se podía apreciar en la elevación del terreno, salvo la maleza y un árbol solitario.

«Ya se han cavado los cimientos; desde aquí no se puede ver nada», aclaró Agnes.

Conocía el nombre de Strathmore. El Padre nos había contado que algunos profesionales del Opus Dei estaban comenzando una escuela preparatoria para chicos, que sería la primera multi-racial de nivel secundario en África, y que el proyecto había tenido una oposición frontal. Acentuó entonces su constante enseñanza de que de cien almas nos interesan las cien. «A los ojos del Señor, no hay diferencia de nación, raza, clase, nivel social... Todos somos hermanos, y hemos de tratarnos así».

«Mis dos hijos, continuó Agnes, estarán entre los primeros estudiantes de la nueva escuela. Quiero que se relacionen con chicos de otras razas, sin bajar el nivel académico o cultural. Eso es lo que la gente teme. Strathmore apunta alto, y tienen un equipo de excelentes profesores. Todos van a tener igual oportunidad: se admite un tercio de europeos, un tercio de asiáticos y un tercio de africanos. Al principio tuvieron gran oposición, ahora todo el mundo está observando cómo van las cosas.»

Escuchando, yo me preguntaba cómo iban a reaccionar ante nuestro centro cultural multi-racial para chicas.

La voz de Agnes irrumpió en mis pensamientos. «Por aquí hay que girar para llegar a vuestra casa.» Los tres coches enfilaron una vereda de superficie accidentada con la señalización: Invergara Road. Flanqueando el camino, árboles, arbustos, setos espesos, cubiertos de polvo rojizo. Dejamos atrás el Invergara Club, lanzando una ojeada a las pistas de tenis, y enseguida entramos en un sendero polvoriento alrededor de un terreno seco. El coche paró frente a un vasto bungalow de piedra gris con tejado de tejas rojas. Todos nos bajamos.

La puerta principal se abrió inmediatamente, y apareció un señor inglés, vestido con shorts y camisa, que nos miró consternado.

-Lo siento mucho -le dijo el Consiliario-. Han llegado antes de lo previsto. Luego, volviéndose hacia nosotras:

-Os presento a Mr. Dave Bolland. Está haciendo el altar para el oratorio, y quería haberlo terminado antes de vuestra llegada.

Nos saludamos, estrechando la mano, y le seguimos al interior de la casa.

-¡Mirad, qué suelo tan bonito! -exclamó Mary, inclinándose a tocarlo.

Era de parquet y brillaba como un cristal. Las dos señoras intercambiaron miradas:

-Acabamos de encerarlo -dijo Agnes.

El bungalow formaba como los lados de una herradura, con la puerta en medio y una terraza corrida a lo largo de la parte circular. En el centro interior, un patio triangular con acceso directo al lavadero y cocina, y salida al jardín.

Era una casa preciosa. Un gran cuarto de estar con chimenea, un muro con ventanales y puerta de cristal que abría a la terraza, muy ancha, limitada por persianas de tablilla. Un pasillo largo daba acceso al comedor, habitaciones y cuartos de baño. Entrando por la puerta principal, a la izquierda, un pasillo corto conducía al oratorio y, siguiendo adelante, a una espaciosa cocina, office y lavandería, con suelo de terrazo. El ocre suave de las paredes brillaba a la luz que se filtraba por las ventanas desde el patio.

Mary expresó su asombro, con admiración:

-Quién iba a pensar que encontraríamos una casa tan bonita esperándonos en África.

Mrs. Lavelle nos fue mostrando el mobiliario.

-Sólo hemos conseguido unas cuantas cosas de primera necesidad, hasta el momento -explicó en tono de disculpa-. Hay camas en las habitaciones, un tresillo en el salón, y en el planchero hemos colocado una mesa de mimbre con sillas a juego. Pienso que os gustará desayunar aquí, pues le da el primer sol de la mañana.

Antes de marcharse, quedamos con Mrs. Hearn:

-Vendré mañana, por si necesitáis algo; y podemos ver cuándo os va bien que os lleve de compras.

Al quedarnos solas, no nos atrevimos a salir fuera. Todas las ventanas daban a un enorme jardín que se perdía entre árboles y setos. No se veía casa alguna, y creímos no tener vecinos. Yo me sentía casi a la espera de que un león u otro animal salvaje saltara del matorral para hacernos una visita. Transcurrieron varios días, hasta comprobar que estábamos rodeadas de muchas otras casas en fincas como la nuestra, y que deberíamos alejarnos una considerable distancia para encontrar un león. Tenía que aprender muchas cosas sobre mi nuevo país.

Para empezar, nos pusimos a deshacer el equipaje; colocamos el marco con la fotografía del Fundador de la Obra sobre la repisa de la chimenea, con un burrito de cerámica al lado.

A las seis y media, ya oscurecía, y sobre las siete, era de noche.

-Así sucede en el trópico -informó Marlene-. Por la mañana, te levantas a oscuras y, cuando acabas de vestirte, ya es pleno día. Pasaba lo mismo en Angola.

Cenamos con las provisiones que habíamos traído de Roma, y nos reunimos en una breve tertulia antes de acostarnos.

-Más vale que nos vayamos pronto a la cama -aconsejó Mary- Hemos tenido un día muy agitado, y ninguna de nosotras durmió bien anoche.

Sin embargo, la agitación del día no había terminado aún. Estábamos sentadas en el cuarto de estar, alrededor de la chimenea, comentando los acontecimientos del día

cuando, de repente, el suelo comenzó a temblar y se apagó la luz.

-¡Madrecita! -exclamó Elisa asustada.

Nos quedamos todas sin habla, hasta que Mary rompió el silencio:

-Ha sido un temblor de tierra. En Japón los sentíamos a menudo.

Había llegado preparada para encontrar leones y otros animales salvajes, pero aquello era totalmente inesperado. Aparentemente, nuestro nuevo país estaba lleno de sorpresas.

¹ Strathmore College se inició en el año 1961 como A-Level College; al desaparecer este sistema, se convirtió en colegio de enseñanza primaria y secundaria para chicos. A principios de 1990 se abrió Strathmore Post-Secondary Training College, en el que se integró Kianda Secretarial College. Actualmente es Strathmore University.

7. Kenya High School

Al día siguiente, el Consiliario celebró Misa en el oratorio -aún sin terminar- del primer Centro de mujeres del Opus Dei en el continente africano.

Aquella misma mañana recibimos dos llamadas de teléfono. La primera, para mí, de Miss Thompson, directora de «Kenya High School», un colegio estatal de enseñanza secundaria.

Yo había solicitado plaza como profesora en este colegio del gobierno, antes que en uno de la misión católica, porque la formación cristiana que había recibido era totalmente secular; la del laico que se esfuerza por ser fermento de santidad en cualquier sitio donde se encuentre: la fábrica, el hospital, la escuela pública, o lo que fuere. Era esencial que, desde el inicio, quedara clara la naturaleza radicalmente secular de nuestro apostolado; aunque al principio, el entenderlo fue difícil para muchos buenos católicos.

-Bienvenida a Kenia -Miss Thomson me acogió afectuosamente-. Tengo aquí su programa de clases, y me gustaría verlo con usted. Como sabe, estamos en el segundo trimestre y, si fuera posible, debería empezar mañana mismo. ¿Tiene usted medio de transporte?

-No, lo siento mucho -respondí.

-Entonces, la llamaré esta tarde y encontraremos un arreglo. Vive usted en la casa de Monnas, en Invergara Road, ¿no?

La segunda llamada venía de Mrs. Hearn; se ofrecía para ir con Mary de compras, al día siguiente. Hasta entonces, todavía teníamos lo suficiente para comer.

Mary y yo establecimos un plan para dividarnos el trabajo. «¿Con cuánto dinero contamos?», quise saber. En total, teníamos 20.000 libras italianas y 295 dólares, que Mary cambiaría en el Banco.

«¿Quién se encargará de las cuentas hasta que llegue Tere?» Tere había aprendido mucho en las clases que Mary Rivero nos dio en Roma durante nuestra convivencia, mientras que yo me enredaba bastante; nos explicó cómo calcular la media mensual de cocina, e insistió una y otra vez en la importancia de la contabilidad por partida doble.

«Si tú haces las cuentas generales de la casa, yo me encargo de las nuestras personales...», le pedí suplicante. Mary sabía mucho más de contabilidad que yo; suspiró resignada, y aceptó la propuesta.

Miss Thomson se presentó en casa por la tarde, para mostrarme el horario de clases y otros encargos en el colegio; yo tendría que enseñar Inglés, Francés, y... Matemáticas.

-¡Nunca se me han dado bien las Matemáticas! -exclamé.

-Lo siento, pero me temo que ya es tarde para hacer cambios -afirmó Miss Thomson-. Este trimestre usted es profesora suplente porque tenemos que rellenar los huecos. Mire el programa, seleccione lo que usted pueda hacer y, si tiene dificultad, acuda al jefe del departamento de Matemáticas, Mr. Brown, que le echará una mano.

Después continuó informándome:

-Kenya High es un colegio europeo. Fue construido para las hijas de los colonos y misioneros que vivían en otras zonas del país. Anteriormente, los padres tenían que enviar a sus hijos a un colegio en Inglaterra, y les resultaba demasiado caro; además, estaban separados de ellos durante largos períodos de tiempo. Ahora, el Kenya High para chicas, con el Prince of Wales y el Duke of York para chicos, les ofrecen la misma educación que recibirían en Inglaterra. Estamos muy satisfechos del nivel académico conseguido, y que seguimos manteniendo. Tenemos más de cuatrocientas niñas internas distribuidas en pabellones, y también hay chalets para alojar al profesorado. Tiene que venir a tomar el té conmigo, una vez que se haya asentado.

Miss Thomson había quedado con una profesora que vivía cerca en que me recogería por la mañana.

-Si los horarios no coinciden alguna que otra tarde, podrá volver a pie, pues el colegio no está lejos de aquí -añadió antes de marcharse.

Inmediatamente me fui a buscar a Mary:

-¿Qué voy a hacer? -le dije consternada-. Me han propuesto enseñar Matemáticas, y no soy capaz.

Todas me miraban con cariñosa comprensión.

-Yo estaría nerviosa de todos modos el primer día de colegio, y, además, tener que enseñar una asignatura que no dominas... -dijo Marlene, estremecida-. ¿Te sentirás a gusto con las otras?

-Supongo que sí. Pero todavía no tengo libros, y no he podido estudiarlo. Afortunadamente, mi primera clase no es hasta última hora de la mañana, y me dará tiempo de prepararme en la sala de profesores.

-Espero que conozcas pronto a tus alumnas. Quiero empezar enseguida el club para enseñarles manualidades y darles a conocer la Obra -sus grandes ojos negros brillaban de entusiasmo.

-Puedes contar conmigo para las clases de costura -se ofreció Elisa-. Aunque todavía no tenemos máquina de coser.

Eché una significativa mirada a Mary: también la necesitaríamos para nuestra escuela...

Rosario intervino:

-¿Sabéis lo que estoy pensando? Llevaremos la administración doméstica de Strathmore cuando se trasladen a la nueva sede, pero, ¿por qué no empezar a encargarnos del planchero y de los lienzos de oratorio? He observado que la parte de arriba de la mesa de mimbre es como una bandeja que puede separarse. Ponemos ahí las cosas y el sacerdote podría llevárselas en el coche.

La idea fue bien recibida. «A fin de mes, nos enviáis la factura para cubrir los gastos y vuestro trabajo», añadió el sacerdote. Rosario obtuvo así un puesto remunerado, sin salir de casa.

Al volver a Invergara, después de mi primer día en el colegio, todas deseaban saber cómo me había ido.

-¿Qué pasa con las Matemáticas? ¿Podrás arreglártelas? -a Mary le preocupaba el asunto.

-Hablé con Mr. Brown, y se mostró muy comprensivo. Quedamos en que me centraría en explicar la parte del programa que conozco mejor, y en cualquier caso, me prometió su ayuda si tengo dificultades.

-¿Cómo es el colegio? ¿Son simpáticas las profesoras?

-Sí, pero me he sentido muy tímida, pues era la única nueva. Miss Thomson me presentó a todo el mundo. Son unos cincuenta profesores, todos mucho mayores que yo. Miss McDonald, la jefa del departamento de inglés, me dio los libros y me explicó el programa.

-¿No has conocido a ninguna africana? -se interesó Marlene.

-No. Realmente es como enseñar en un colegio inglés. Los únicos africanos que he visto eran hombres que servían el café en la sala de profesores, y los llaman «boys», y a los jardineros «shamba boys».

-¿Y por qué los llaman «boys», si son hombres? -preguntó Elisa.

-Éste es el modo de llamar aquí a los sirvientes. No he visto ninguna mujer africana.

-¿Has tomado el lunch con las niñas?

-Sí. En cada mesa se sienta un profesor. Entre el ruido de los platos y la algarabía de las niñas, es prácticamente imposible seguir una conversación; es una pena, porque me hubiera gustado hablar con Ann White, una de mis alumnas de francés. Me ha dicho que su madre asiste a los retiros que dan los sacerdotes del Opus Dei, y ha sido una de las señoras que ha colaborado en el arreglo de la casa. Marlene, creo que Ann vendrá a tu club.

-Ya tenemos tres, hasta el momento: la hija de Mrs. Hearn, Susan, va a venir con una amiga, Dorothy du Plessis. Estoy deseando que llegue Tere para hacer el plan de clases juntas.

Las cartas de Roma nos daban noticias de las viajeras. Tere, Margaret y Encarnación habían salido en barco hasta Mombasa, y allí cogerían el tren a Nairobi. El grupo con destino a Japón estaba todavía en alta mar. El Padre había encendido una lamparilla frente a la vidriera de la Virgen, en la galería de Villa Sacchetti, rezando por ellas, e indicó que no se apagara hasta que llegasen sanas y salvas al puerto de Kobe. Pidió a Encarnita que les escribieran para que encontrasen una carta esperándoles en cada puerto donde hicieran escala.

Al cabo de poco tiempo, llegué a habituarme a mis responsabilidades en el Kenya High School. A fines de junio, recibí mi salario, y le propuse a Mary:

-¿Qué te parece si enviamos a Roma mi primer sueldo? Los ojos de Mary brillaron de alegría:

-Me parece una idea estupenda. Sus necesidades son mayores que las nuestras, y podemos pasar sin él.

8. Crisis en el Congo

30 de junio de 1960. Bélgica accede a la independencia del Congo. La noticia provoca una acalorada discusión en la sala de profesores de Kenya High School. La opinión general afirma que el traspaso de autoridades se ha hecho de un modo repentino, que los congoleños están terriblemente divididos entre sí, y que la situación sólo hace prever un tremendo desastre.

-Se dice que los africanos no están preparados para la independencia, y que seguramente habrá problemas -comenté en mi casa-. El primer ministro británico, Harold Macmillan, ha excitado los ánimos con su discurso sobre «los vientos de cambio» que soplan por todo el continente, y la gente anda preocupada.

-Mrs. Hearn me ha dicho que también aquí los nativos están promoviendo la independencia -añadió Mary-. Los líderes exigen la libertad de Kenyatta.

Se refería a Jomo Kenyatta, jefe de los Mau Mau (guerrilleros por la libertad), y en aquel momento en prisión; había protestado violentamente contra la excesiva expropiación de sus terrenos a favor de los colonos británicos.

-Los profesores del colegio temen a Kenyatta. Dicen que el gobernador le llamó «guía hacia las tinieblas y la muerte»; nadie quiere quedarse por aquí si le dejan libre.

Miss MacDonald me preguntó por qué venía yo al país justo cuando tantos estaban pensando en marcharse.

-¿Qué le contestaste?

-Le dije que yo me interesaba por la educación de las mujeres africanas, y rezaba para que hubiera paz y pudiera dedicarme a ello.

Los presagios del profesorado de Kenya High School estaban fundados. Seis días después, la Fuerza Pública del Congo se enfrentó a los oficiales belgas, y varios civiles europeos resultaron muertos en el motín. El 11 de julio, en represalia, la marina belga bombardeó el puerto de Matadi: fue la chispa de una violenta revancha, que provocó ataques por todo el país contra los blancos.

El 13 de julio, al llegar al colegio, la sala de profesores era un hervidero de noticias desgarradoras sobre la brutalidad infligida a los civiles belgas en el Congo. Se estaba evacuando al mayor número posible a los países vecinos, incluyendo Kenia.

-Mañana, el colegio estará cerrado -anunció la directora-, porque el gobierno necesita alojamientos de urgencia para unos mil refugiados que van a llegar por tierra o aire. Las niñas deberán permanecer en sus casas hasta que se les diga otra cosa, excepto las que preparan los exámenes de fin de curso para el certificado escolar o el de grado superior.

Como yo no daba clase a estos grupos, eso significaba que no me iban a necesitar en el colegio. Por otra parte, mis preocupaciones inmediatas me impedían calibrar la importancia de los acontecimientos externos. Llevábamos en Ke-nia un mes escaso, con la mente y el corazón empleados en asentar el comienzo de la Obra. Tere, Margaret y Encarnación llegarían al día siguiente, por lo que agradecí no tener que ir al colegio como un regalo de Dios.

Por la mañana temprano, Mary y yo fuimos a esperarlas a la estación de tren. Acabábamos de comprar un coche de segunda mano, pagando a plazos: un Fiat, de color crema tostada. Nos costó ponernos de acuerdo para ver quién iba a conducirlo.

Mary conducía desde hacía muchos años, pero no estaba acostumbrada a la izquierda. Como no tenía el permiso internacional, tuvo que pasar el examen local, y la suspendieron. «¡Pero si llevo quince años conduciendo!, protestó indignada. ¡He atravesado los Estados Unidos conduciendo, de Boston a Los Ángeles!» El examinador se mostró inflexible: debía intentarlo de nuevo a los tres meses.

En cuanto a mí, tenía el carnet irlandés, pero nunca lo había usado. Escribí a la escuela de conducir solicitando el permiso internacional; aunque temía que no me lo dieran, si tenían en cuenta lo ocurrido en mi última lección. Cuando volvíamos a la escuela, después de recorrer Phoenix Park, en medio del tráfico del mediodía, el instructor me dijo: «¡Muy bien! Ahora, ten ya cuidado detrás de este coche...» Yo pisé el acelerador en lugar del freno, y me empotré en la parte trasera de un camión estacionado... Sin embargo, me enviaron el permiso. Así pues, decidimos que Mary condujera, y que yo sería la responsable legal.

Finalmente, apareció la enorme locomotora negra, resoplando y pitando, seguida de una larga fila de vagones relucientes. En seguida divisamos a las tres, saludando con la mano por la ventanilla.

-¿Qué les pasa? Tienen muy mal aspecto -comentó Mary al verlas desde lejos.

En cuanto bajaron del tren, comprobamos que tenían la cara hinchada y roja.

Después de los abrazos entusiastas, Tere explicó que su barco había permanecido muchas horas en el Canal de Suez bajo un calor sofocante, para dar primacía de paso a las embarcaciones que se dirigían a los Juegos Olímpicos en Italia.

-Era como un horno. A la pobre Encarnación le ha salido un sarpullido; vámonos a casa cuanto antes.

-Mary ha ido a buscar el coche y nos recogerá en la entrada -informé mientras cogía uno de los bultos-. Un camión nos traerá los baúles más tarde.

-¿Ya tenemos coche? -exclamó Tere, asombrada.

-Y muchas otras cosas. Ya verás la casa.

Marlene, Rosario y Elisa salieron corriendo a recibirlas, en cuanto oyeron el motor.

-¡Bienvenidas a Invergara House! ¿Qué tal el viaje? ¡Qué rojas estáis!

-Creo que las tres deberían acostarse -me aconsejó Mary-. Están agotadas. Voy a buscar polvos para el sarpullido.

Hasta después de cenar no pudimos reunirnos para que nos contaran sus aventuras.

Tere empezó:

-El Padre nos dio la bendición antes de salir de Roma. Dijo que África era un continente maravilloso, y que nuestro trabajo aquí va a ser una bendición de Dios.

Fuimos en tren hasta Génova, donde embarcamos hacia Mombasa. Ninguna de las tres habíamos viajado antes en barco, y estábamos muy nerviosas. Afortunadamente, había un sacerdote entre los pasajeros, y pudimos oír Misa; establecimos un plan, combinando trabajo y descanso. Todos los días estudiábamos inglés y español, y confeccionábamos los manteles para la nueva casa.

Nos hicimos amigas de un matrimonio africano, el Doctor Ang'awa y su esposa. Él ha estado estudiando en Inglaterra y regresaban a Kenia. Tienen un hijo pequeño, y lo estuve cuidando porque su madre estaba muy mareada.

-No sabes cómo quería a Tere -interrumpió Margaret-. Se ve que tiene mucha experiencia con niños.

-¿Qué otra cosa podría esperarse con 11 hermanos menores que yo? -Tere se reía a gusto-. El primer día metí la pata. Pregunté al Dr. Ang'awa si pertenecía a la tribu de los Mau Mau. Le divertió mucho y me explicó: «Los Mau Mau son guerrilleros; nosotros somos Luos, de la provincia de Nyanza». Me sentí una perfecta ignorante -le daba vergüenza sólo recordarlo.

Era un barco inglés, y todo lo previsto se sucedía con orden y puntualidad. Durante nuestra espera en Aden, una pasajera británica se acercó al Dr. Ang'awa y le dijo: «Ustedes seguramente tendrán costumbres tribales interesantes. ¿Por qué no nos habla de ellas? Con amable cortesía, el doctor le replicó: «Puedo asegurarle, señora, que no tenemos costumbres tribales tan curiosas como la británica de vestirse de etiqueta para cenar en medio del Mar Rojo».

Todas se rieron.

-¿De verdad se vestían de etiqueta para la cena? -preguntó Rosario

-Oh, sí, todas las noches. Durante el día podíamos ponernos todo lo informal que quisiéramos, pero a la hora de la cena, los hombres bajaban con smoking, y las señoras con traje largo, o con lo mejor que tuviéramos. Para despertarnos por la mañana nos traían una taza de té, hasta que conseguimos convencer al camarero de que realmente no la queríamos. Cuando el barco atracó en el muelle, vino a buscarnos un oficial inglés, amigo del Consiliario. Gracias a él pasamos la aduana rápidamente. Nos llevó a su casa en Mombasa, y pasamos la tarde tranquilamente con él y con su mujer, sentados en una terraza que daba al mar.

-El viaje en tren fue lo mejor -intervino Encarnación-. Vimos cebras, antílopes, gacelas, avestruces, e incluso un león.

-¡No! -exclamaron las oyentes, con envidia-. ¡Nosotras no hemos visto aún ni un solo animal!

-No puedo entender cómo dejan a las cebras correr en libertad -continuó Encarnación, al hilo de su propio pensamiento-. En Cataluña, les pondríamos encima unos arreos, y las dedicaríamos a hacer algún trabajo útil.

-¿Conseguisteis dormir en el tren?

-Sí -contestó Margaret-. Es francamente agradable viajar en ese tren. Tuvimos un compartimento para nosotras solas, con asientos cómodos que podían transformarse en literas por la noche. El coche restaurante tenía las paredes recubiertas con paneles de caoba perfectamente acoplados a las banquetas tapizadas; los manteles, de un blanco impecable; la vajilla de plata con las iniciales EAR&H -East African Railways and Harbours- y un pequeño florero sobre cada mesa. Los camareros africanos subían y bajaban descalzos, sin hacer ruido, vestidos con túnicas blancas y un fez morado; nos servían una comida de cuatro platos.

-Este tren fue conocido antiguamente con el nombre de «El Expreso Lunático» -interrumpió Mary-. Mrs. Lave-lle me contó que, a comienzos del siglo, todo el mundo decía que era una locura intentar construir una línea de ferrocarril entre Mombasa y el Lago Victoria. Pero lo consiguieron, pese a todos los peligros, incluso de leones que devoraron a hombres.

Terminamos la conversación para acostarnos, soñando con radiantes playas blancas y traqueteo de trenes entre leones y cebras enjaezadas.

Por la mañana temprano, me sobresalté al oír la voz de Tere:

-¡Olga! Tu padre te llama por teléfono.

-¿Mi padre? -corrí hacia el teléfono, en el hall, con el corazón acelerado.

-¡Papá, papá!, ¿dónde estás?

-Aquí, en Nairobi. ¿No te has enterado de que el Congo está en crisis? Voy allí como representante del Alto Comisariado para refugiados en Ginebra, y pensé que podría hacer una parada en Nairobi para ver a mi hija.

-¡Oh, papá! -exclamé emocionada.

De repente me pareció que Kenia no estaba tan lejos. Comimos en el Hotel Norfolk, y le conté nuestros planes de iniciar una escuela multi-racial de hogar y cultura. Fuimos después a Invergara House, para que conociera a las demás, y se divirtió practicando español con Tere.

Le enseñamos la casa, a medio amueblar aún. Me preguntó si conseguiríamos un piano en Nairobi.

-Si lo encontráis, compradlo y yo os mando el dinero. ¿Qué más necesitáis?

-Estábamos pensando en una estantería para la sala de estudio -apuntó Mary tímidamente-. Hemos visto un modelo en una revista, y teníamos la idea de copiarla. ¿Le gustaría verla?

-Por supuesto.

Mary trajo la fotografía: un armazón de barras metálicas negras y estantes de madera a diferentes niveles. A mi padre le gustó:

-¡Adelante, que os la fabriquen! Será un regalo mío -concluyó, guiñándome un ojo para ocultar su propia timidez.

Mi padre se interesó mucho por nuestros planes. Más tarde, escribió a mi madre:

«Palacio de las Naciones, Ginebra, 17 de julio de 1960

Estoy orgulloso de Olga por todo lo que se proponen hacer. Realmente, ella está en la vanguardia, mientras que yo me mantengo en la retaguardia, dirigiendo unas cuantas

tropas. Le guste o no a mucha gente, los africanos van a ser independientes y se gobernarán por sí mismos; hay que procurarles educación y técnica, y cuanto antes, mejor.»

Regresé al colegio, en cuanto se normalizó la situación. Me encontré con un frío recibimiento, pues esperaban que hubiera acudido a ayudar como intérprete de los refugiados de habla francesa, cosa que no se me había pasado por la cabeza. Además, estaban preocupados: corrían rumores de que Jomo Kenyatta iba a ser puesto en libertad, y Kenia pasaría a ser otro Congo. Muchos de los profesores hablaban de marcharse del país.

9. Una llamada del Padre

-¿Cuántas sillas necesitaremos? -preguntó Mary.

Estábamos preparando el salón para una charla que daríamos a las señoras durante el día de retiro mensual.

-He contado doce -respondí-. Pero algunas quizás lleguen tarde; pongamos tres o cuatro más. Me encanta que venga Rosemary, la madre de Ann White. El sacerdote está a punto de terminar la meditación en el oratorio.

En aquel momento ya teníamos el Santísimo Sacramento en el sagrario que el Padre nos había enseñado en Roma: era cuadrado, con piedras de azabache. Los candeleros se erguían sobre el altar barnizado; Mr. Bolland lo había terminado el día anterior. Escrito con letras de color oro en el frontal se leía: «Consummati in Unum», palabras de la Sagrada Escritura (Jn 17, 21) que el Padre había utilizado refiriéndose a nosotras, y que parecían particularmente adecuadas para nuestro país.

Un paquete cilíndrico, cuidadosamente envuelto, nos llegó de Roma. Con sólo verlo, adivinamos su contenido: el óleo que el Padre nos había prometido. Un tríptico con escenas de la vida de la Virgen; la central presentaba a un magnífico Rey Mago negro con una capa verde y calzas de color rojo vivo, en actitud de acercarse para ofrecer al Niño una vasija de oro.

-Estoy segura de que a las africanas les va a gustar -musitó Elisa-. Pero aún no conocemos a ninguna, excepto Nyawira.

No era fácil conocer africanas, porque en Nairobi las razas estaban segregadas. Los autobuses se dividían en dos secciones -la delantera, para los europeos-, y las zonas residenciales también estaban establecidas según la raza. Nosotras vivíamos en un área europea llamada Lavington; los asiáticos también tenían sus propias zonas, y los africanos vivían en las afueras de la ciudad, en «reservas».

Nyawira, perteneciente a la tribu de los kikuyu, de mediana edad, era nuestra jardinera, y trabajaba ya en el jardín de la casa cuando la alquilamos. Tenía la cabeza rapada, y unas orejas extraordinariamente largas; a veces, se hacía una especie de bucle con el lóbulo inferior; otras, lo utilizaba para enganchar imperdibles. En ocasiones especiales, se adornaba el interior de la oreja con aros y abalorios multicolores, que sobresalían a ambos lados de la cabeza. Su piel, suave y reluciente, era de color chocolate con leche. Vestía una túnica de color azafrán sujeta a la cintura, hasta los tobillos y por debajo de los brazos cubriendo, como en drapeado, uno solo de sus

hombros, y que carecía de costura pero se sostenía con imperdibles. Siempre iba descalza.

Nyawira no sabía inglés, pero a base de gestos y sonrisas, mantenía largas conversaciones con Elisa, que era muy intuitiva. La cocina, de la que ésta se encargaba, daba al jardín, y se veían mientras trabajaban.

Al principio, mirábamos con recelo la «panga», su instrumento de jardinería: una hoja de acero ancha y plana con filo cortante y mango de madera, que manejaba con sorprendente habilidad. Me maravillaba ver cómo segaba la hierba bajo sus pies, sin cortarse nunca. Terminado el trabajo diario, se acercaba al caño de la fuente, y dejaba correr el agua fresca sobre la cabeza. Luego, se echaba al hombro una enorme pila de leña que había recogido y atado con unas correas, se pasaba una correa por la cabeza a fin de que la parte más fuerte reposara sobre la espalda inclinada, y se marchaba tambaleándose con un alegre «*Niuguo tukonana ruciu*», adiós, hasta mañana.

Un día, Nyawira se ofreció a rapar la cabeza de Elisa -ante el estupor de ésta- con su «panga»: así podría lavársela con mayor facilidad... Sentía curiosidad por saber cómo habíamos llegado hasta Kenia; al explicárselo, Elisa descubrió que la misma palabra, «ndege», significaba avión y pájaro...

Me di cuenta de que todos los días, nada más llegar, Nyawira cogía una piedra pequeña y la ponía en un rincón del jardín. Las piedras se iban amontonando día tras día, hasta final del mes; entonces las cogía todas juntas para decirnos los días que había trabajado y recibir su salario.

Al comienzo de las vacaciones, Marlene inauguró su club con varias niñas de familias inglesas: Susan Hearn, Ann White, Dorothy du Plessis, Tessa Ratclyffe y Patricia Roche. Las niñas venían a la casa con frecuencia; los sábados, D. José Gabiola les dirigía una meditación en el oratorio.

Yo escribía al Padre todas las semanas, y desde Roma seguían nuestra actividad con interés. Poco después de nuestra llegada al país, Encarnita Ortega nos pidió fotografías para que el Padre viera dónde vivíamos. Llamamos a un fotógrafo profesional, un indio con un gran turbante, acompañado por un ayudante que transportaba una cámara y un trípode, y tomaron las primeras fotos buenas que, muy ufanas, enviamos a Roma para el Padre.

-Debemos preparar la casa para las clases -nos urgió Tere, inquieta-. Hemos quedado en comenzarlas dentro de cinco meses y no tenemos mobiliario para la escuela.

-¿Dónde podremos conseguir el dinero? -se preguntaba Mary.

-Tendremos que gestionar un préstamo del Banco y comprar cosas en las subastas -recomendé yo-. Estoy segura de que Agnes Lavelle podrá ayudarnos.

El Banco Ottoman acordó concedernos un crédito por tres años; Tere y Marlene aprendieron a pujar en las múltiples subastas, repletas de muebles de los europeos que abandonaban el país.

Volvían a casa encantadas con sus gangas. «El sofá y las dos butacas no nos costaron nada, porque se les sale el relleno de los cojines. Hemos comprado una tela fuerte de

algodón con colores grises, azules y beige para tapizarlos, y una arpillera naranja para las cortinas. La sala quedará bonita».

«También hemos encargado la estantería que nos regala tu padre, y si tú pudieras pintar unas cuantas bailarinas en la pared...», me insistía Tere. Y no había manera de negarse. Así me encontré copiando a carboncillo tres figuras danzantes de un dibujo que me dio.

Las visitas a las subastas se multiplicaron tan pronto como las dos aprendieron a desenvolverse sin la ayuda de Mrs. Lavelle. Un día trajeron una máquina de escribir Underwood, prehistórica en opinión de Margaret, y otra de coser manual Singer, con un placa en que se leía la fecha de 1886. «Prima hermana de la de escribir», declaró Margaret bromeando con fingido desdén.

Pese a su antigüedad, la máquina de coser funcionaba bien, y pronto se dejó oír su ruidoso traqueteo para fabricar cortinas y colchas, conducida por la mano firme de Rosario, con la ayuda de Susan y Ann, alumnas del club. Do-rothy, Tessa y Patricia, martillo en mano, clavaban filas de chinchetas para tapizar el sofá, bajo la dirección de Tere.

Llegó la estantería, y cubrió la pared debajo de mi reciente pintura; enseguida colocamos una artística colección de libros y algunos objetos decorativos. Con el mobiliario, la habitación era otra; Susan se paró en el quicio de la puerta para ver el efecto, mientras exclamaba:

-¡Qué bonita está nuestra sala!, ¿no os parece?

-El otro día vimos un piano en la subasta. ¿Por qué no vienes a probarlo? -me invitó Tere, en tono convincente-. Ya es hora de que hagas alguna compra. Podemos ir en coche.

Aunque no solía hacerlo, yo podía conducir cuando se necesitase. Después de unos intentos para arrancarlo, conseguí estacionarlo cerca de Bazaar Street y de las subastas Kurji Karsanji.

Bazaar Street parecía transportada de la India. Algunas *dukas* -tiendas- abrían a la calle, con sacos de arroz en tela de yute, judías secas, diferentes especias que esparcían al aire su aroma y hacían cosquillas en la nariz. Vimos hombres con turbantes, algunos con largas barbas recogidas en una redecilla. Las mujeres vestían sarís de coloridas sedas y sandalias brillantes; aquí y allí se veía una con un punto rojo en la frente o un diamante en la nariz.

El piano estaba en buenas condiciones. «Esperemos que podamos conseguirlo. ¡Va a quedar estupendo en el cuarto de estar!» Dos semanas después nos lo entregaron, y empecé a dar clases.

Margaret encontró trabajo en una agencia inmobiliaria, Tyson's, y solía regresar a casa con el periódico del día y las últimas noticias que corrían por la ciudad. Pronto hizo buenas amistades; una de ellas, Anne King, empezó a asistir a los retiros mensuales.

-Todas las secretarias son europeas -nos contó Marga-ret-. La mayoría son las esposas de funcionarios del gobierno o de empresarios. Prácticamente no se ven mujeres africanas en la ciudad, excepto en el mercado.

El horario de Mary en la Clínica Fairfield era irregular. Pasaba noches de guardia y dormía en casa durante el día. Era la enfermera de los ancianos europeos. Tanto ella como Margaret ganaban un buen sueldo.

El Consiliario, con otro sacerdote, venían a visitarnos periódicamente para ver cómo iba nuestra actividad, aconsejarnos, y compartir con nosotras las experiencias que habían adquirido. En una de estas reuniones, Don José Ga-biola se ofreció para presentarme a Jemimah Gecaga, la primera mujer africana en el Consejo Legislativo del país. «No es católica, pero sí es una buena cristiana, y se ha interesado mucho por vuestra labor en el país».

Mrs. Gecaga era kikuyu, emparentada con Jomo Kenyatta. Pequeña de estatura, nada escapaba a sus ojos, y su mirada detectaba lo que le parecía bien o mal, traducido rápidamente en una sonrisa de aprobación o en un severo gesto de censura. Tenía un aire de bien determinada autoridad y una gran dignidad. Desde nuestro primer encuentro mereció todo mi respeto. Ella conocía ya algo del Opus Dei por Don José, y pronto nos hicimos muy amigas; además, fue una eficaz consejera. Tenía un firme sentido de la justicia, y su principal preocupación, entonces, era conseguir la libertad política para los africanos, un interés cercano a la emancipación de la mujer.

-Habéis llegado en el momento oportuno para abrir una escuela de chicas -me dijo-. Nuestras mujeres necesitan educación para sentirse seguras, respetarse a sí mismas y hacerse respetar. Y esto sólo puede darse si son económicamente independientes. Vuestra escuela deberá ofrecerles la enseñanza de todas las técnicas necesarias.

Comuniqué a Tere y Mary esta conversación:

-¿Creéis que nuestras alumnas podrán ganar dinero con lo que nos proponemos enseñarles?

-Bueno, aprenderán costura y manualidades -contestó Tere. Y añadió, pensativa:- Pero veo lo que Mrs. Gecaga dice. Quiere que las mujeres africanas sean capaces de ocupar un puesto de trabajo.

-Pero ni conocemos aún a chicas africanas para venir a las clases -apostilló Mary.

Desgraciadamente, eso era verdad: Susan Hearn, Do-rothy du Plessis, Tessa Ratclyffe, Patricia O'Shea, Marlene e Imelda Hanrahan, Elvira Tonolo, Heather Darling y Patricia Roche, se habían inscrito ya, y esperábamos que otras lo hicieran antes de fin de año; pero todas eran europeas.

Visitó de nuevo a Mrs. Gecaga, y le expuse esta cuestión, que no la desconcertó:

«Los diferentes grupos étnicos están segregados, y también las escuelas, pero cuando tengamos la independencia esto va a cambiar. Es importante para el país que Kenyatta sea liberado lo antes posible, y nos pueda guiar a regirnos por nosotros mismos. Le necesitamos. Mi hermano, el Dr.

Nyoroge Mungai, ha abandonado el ejercicio de la medicina para unirse con otros líderes africanos y conseguir traerlo a casa. Entretanto, ten paciencia, pronto llegará el momento en que haya en vuestra escuela más alumnas africanas de las que podáis admitir».

Mrs. Lavelle fue la primera persona que nos sugirió incluir asignaturas de secretariado en nuestro programa de clases.

-Algunas madres me han preguntado si vais a enseñar mecanografía y taquigrafía; desearían que sus hijas pudieran acceder a un puesto de trabajo, más adelante. ¿Por qué no pensáis en esto?

-No sé nada de esas materias -le contesté dubitativa-. Lo hablaré con Margaret, que es secretaria.

Reunida después con las otras en casa, les expuse el asunto:

-No sé cómo podríamos darles esa enseñanza; la mayoría no tenemos la preparación necesaria ni la experiencia de trabajo.

Después de unos minutos de silencio, Tere se mostró decidida:

-Me gusta la idea. Hemos de tener amplitud de mente, Olga. Así no sólo las madres se sentirán satisfechas, sino que aportamos a las africanas el tipo de formación de que te habló Mrs. Gecaga.

Tuve que admitir el argumento, sin duda, certero.

-Y ¿cómo nos organizaremos?

-Yo puedo enseñar mecanografía -se ofreció Margaret-. Para taquigrafía tendremos que buscar una profesora. Conozco el método Gregg, pero aquí los certificados que otorga el gobierno requieren el Pitman. ¿Por qué no hablas con la directora de alguna escuela de secretariado, Olga? Probablemente nos pueda aconsejar.

La directora de una reconocida escuela de la ciudad me recibió amablemente, y confirmó que solamente los estudiantes que presentaban certificados de taquigrafía con el método Pitman, aprobados por Londres, eran considerados como candidatos para conseguir empleo. Pero no sabía de ninguna profesora que buscara trabajo.

«En Nairobi hay un representante de Pitman; es quien prepara los exámenes y los envía a Londres. Supongo que no pretenderás que las africanas aprueben estos exámenes, ¿verdad?», afirmó con incredulidad.

Salí de su oficina decepcionada, sintiendo la precariedad de nuestra situación; nos estábamos lanzando precipitadamente en un campo de enseñanza que desconocíamos, y comprometiéndonos a preparar y formar a chicas africanas que fueran capaces de asimilarla con éxito.

Tere hizo un cálculo:

-Si conseguimos ocho máquinas de escribir, podemos admitir veinticuatro estudiantes, y cada una practica dos horas al día. ¿El dinero?...

-Mary Mahoney acudió en ayuda:

-En el hospital donde trabajé en Estados Unidos tengo un dinero que se va acumulando para mi jubilación, y se puede sacar en cualquier momento. ¿Por qué no reclamarlo ahora?

Así lo hizo; compramos ocho máquinas de escribir nuevas, y Margaret preparó sus clases.

Una tarde, Mrs. Gecaga me invitó a ir con ella al Parlamento, donde se reúne el Consejo Legislativo. Entramos por un espacioso vestíbulo; los parlamentarios, con traje

de ejecutivos, iban y venían; se saludaban o permanecían en grupo manteniendo una animada conversación. Ella sonreía y hacía un gesto amistoso con la cabeza.

-Ven, quiero presentarte a Tom Mboya.

La seguí con timidez; me impresionaba conocer al secretario general elegido para la recientemente constituida Unión Nacional Africana de Kenia.

Nos aproximamos a un grupo que charlaba amigablemente. Tom era un hombre joven, corpulento, de piel muy negra, con cara redonda y expresión seria, y unos ojos rasgados y penetrantes, bajo una frente ancha.

-Permíteme presentarte a esta señorita. Es americana, y ha venido al país con otras jóvenes, con la idea de establecer una escuela de hogar y cultura multi-racial para chicas en Nairobi. Quizás tú podrías ayudarles.

Mr. Mboya se volvió hacia mí esbozando una sonrisa, a la par que estrechábamos las manos.

-Me da alegría oír esto. Tenemos realmente necesidad de estas escuelas; le deseo un gran éxito -y añadió-: cuando vayan a empezar, les enviaré, sin duda, algunas estudiantes.

Mrs. Gecaga nos llevó, a Mary y a mí, a una reunión de mujeres en el recién formado United Kenya Club. Por primera vez en la historia se encontraban juntas mujeres de todas las razas. Se palpaba la creciente ola de independen-tismo y toma de conciencia nacional, así como el ardiente deseo de aquellas mujeres por crear una sociedad nueva, libre, sin discriminación alguna.

Entre las pocas europeas que ejercían presión para la unidad de Kenia estaba Mrs. Dorothy Hughes, miembro del Consejo Legislativo por Uasin Gisu. El 13 de julio de 1960, decía en una entrevista: «Comparar los sucesos del Congo con lo que sucederá en Kenia cuando la independencia sea una realidad, es ridículo y falso. Los europeos que, de modo pacífico, quieran quedarse, cultivar granjas, construir su hogar y establecer sus negocios, son la verdadera voz de Kenia. Otra actitud diferente, causaría perjuicio a la comunidad europea, y aún mayor, a los africanos que nos consideran sus colegas y amigos».

Había conocido a Mrs. Hughes casi a nuestra llegada a Kenia, cuando llamé por teléfono a Mr. John Hughes y nos invitaron a tomar el té en su casa.

Fuimos Mary y yo. Construida sobre una colina, cerca de la iglesia de St. Austin, la casa de los Hughes tenía una impresionante entrada, con verja de hierro forjado y un camino amplio y asfaltado, flanqueado por árboles que llegaban hasta unos jardines, situados a un nivel más bajo, con plantas tropicales. El terreno se extendía a uno y otro lado, cubierto con árboles de jacarandá y matas de buganvilla.

Llamé tímidamente golpeando la puerta con la aldaba de latón, y nos abrió una señora más bien baja de estatura, rubia y con pecas, de modales amables y acogedores.

-Entren, entren -animó alegremente-, mi marido las está esperando.

Nos condujo a un salón grande y cómodo, artísticamente decorado, con una espléndida vista sobre los jardines a través de un ventanal que ocupaba toda la pared al

extremo de la habitación. John Hughes era un irlandés corpulento y colorado, que mantenía un negocio floreciente como concesionario de la marca Ford en Kenia.

-Encantado de conocerlas -saludó con jovialidad, extendiendo la mano-. ¿Cómo se encuentra mi amigo Digby?

Le conté lo poco que sabía, mientras Dorothy nos servía el té.

-¿Son sus hijos? -se interesó Mary, mirando con atención los retratos hechos a pastel colgados en la pared.

-Sí, tenemos seis. Y mi mujer es arquitecto -añadió con auténtico orgullo.

-¿Cómo vinieron a Kenia? -pregunté a Dorothy.

-Mi familia vivía en Sudáfrica, y vino aquí en una carreta de bueyes cuando yo tenía tres años. Se establecieron en Eldoret, en una granja. Fui al colegio en Inglaterra y estudié Arquitectura, pero mi corazón estaba en Kenia. ¿Y qué les ha traído a ustedes a este país?

Le hablé del Opus Dei y de nuestros planes para iniciar una escuela multi-racial de hogar y cultura con secretariado. Se mostró muy interesada:

-La independencia se va a producir antes de lo que mucha gente espera, y necesitaremos africanos instruidos. Cuánto me alegro de que quieran trabajar con mujeres africanas; reciben un trato muy duro.

Además de dirigir su Estudio de Arquitectos, y ser miembro de la Corte Legislativa, Dorothy trabajaba en una serie de comités de servicios sociales. Era católica conversa. Comenzó a asistir a los días de retiro espiritual en Invergara y, más tarde, fue cooperadora del Opus Dei; esto quiere decir que ayudaba con su consejo profesional, con su oración y aportación económica, al mismo tiempo que participaba de los beneficios espirituales del Opus Dei.

El Padre estuvo en Londres en el verano de 1960. Un día recibimos un sobre con sellos británicos, dirigido a nosotras con letra de Encarnita Ortega. Nos preguntaba nuestro número de teléfono, escribiendo una breve nota: «¿No os parecería estupendo poder hablar con el Padre?»

Desde ese momento soñábamos con la llamada. En las tertulias después de cenar, Tere sacaba un cronómetro y practicábamos cuántas cosas se podían decir en tres minutos, diciendo algo cada una.

El jueves, primero de septiembre, llovió durante toda la tarde, y hacia las siete se cortó la electricidad. En ese momento sonó el teléfono. Tere descolgó el aparato y escuchó a la operadora: «Hay una llamada para ustedes de su padre.» Sin dudar de quien se trataba, Tere nos llamó a todas. Con la emoción y la oscuridad, nadie recordó la nota que tan cuidadosamente habíamos escrito. La voz del Padre, cálida y vibrante, nos llegaba a través de la línea. Nos preguntó cómo estábamos, y quiso hablar con cada una, por turno. Animándonos a ser fieles, nos envió su bendición. «¡Gracias, Padre, gracias!» También Encarnita nos dijo unas palabras: «Escribid al Padre y contadle todo, escribidle a menudo; está siempre pidiendo noticias vuestras».

Colgamos el receptor y nos quedamos un rato de pie, como abrumadas. Supimos luego que el Padre había hablado esa misma tarde con las del Japón. Las llamadas

internacionales eran entonces extraordinarias y caras; apenas adivinábamos los sacrificios que habrían supuesto estas llamadas que tanta alegría y ánimo nos habían proporcionado.

10. Primeras experiencias

Una de nuestras primeras excursiones fuera de Nairobi fue al Convento de Loreto en Limuru, un colegio de enseñanza secundaria con internado para chicas africanas. Era uno de los pocos colegios del país donde podían estudiar para obtener el Certificado de Cambridge. El coche renqueaba subiendo la cuesta hasta la misión, situada en la parte más alta de las colinas, como anidada entre cultivos de té y café. Tere y yo fuimos recibidas por la directora, Madre Colombier, una irlandesa alta y dinámica. Nos dio la bienvenida, invitándonos a una taza de té, y escuchó atentamente los planes para nuestra escuela.

-Deben darse cuenta de que no son muchas las chicas africanas que cursan estudios secundarios -recomendó-. Generalmente se casan en cuanto se gradúan de primaria, o incluso antes. Las que terminan los ocho años en el colegio, se presentan al examen oficial Kenya African Primary Education Certificate; en cambio, los niños europeos y asiáticos están sólo siete años en la escuela primaria con un programa diferente que les conduce al Kenya Primary Education Certificate. La finalidad es procurar a los africanos un año más de estudios, ya que son tan pocos los que continúan después. Comienzan mucho mayores que los niños de otras comunidades, y es corriente que un africano termine la escuela primaria a la edad de dieciocho o veinte años.

-¿Qué años tienen las niñas cuando se casan?

-Depende de sus padres; a menudo las casan a los quince o dieciséis años.

-¿Cómo consiguen entonces estudiantes para este colegio? -insistí, recordando las que había visto al entrar, con blusas blancas y jerseys rojo vivo.

-Las cosas van cambiando lentamente; tratamos de animar a los padres para que envíen a sus hijas a la escuela secundaria. Ellas tienen empeño; algunas son conscientes de su responsabilidad en hacerlo bien y abrir camino para las que vienen detrás.

-¿Cree usted que alguna de las chicas estaría interesada en seguir la carrera de secretariado? -se informó Tere-. Nos proponemos iniciar una escuela profesional.

La Madre Colombier lo pensó por unos minutos, antes de decirnos:

-No quiero desanimarlas, pero la mayoría de las familias no disponen de medios económicos para pagar la matrícula. Y, sobre todo, será difícil convencer a los padres de que sus hijas estarán seguras, si trabajan con hombres en una oficina.

Eran éstas dificultades graves. Tere y yo fuimos discutiéndolas por el camino de vuelta a casa, sin llegar a ninguna conclusión. Limuru dista diecisiete millas de Nairobi; habíamos preparado unos sandwiches y decidimos buscar un sitio adecuado para nuestro

picnic. A lo largo de Ngong Road, llegamos a Langata Forest, un bosque más bien abierto, vegetación poco densa, y árboles altos que dejaban entre ellos atractivos espacios de pradera llana. Estacionamos el coche en la ladera de la carretera asfaltada, y nos dirigimos a un claro del bosque muy bonito y atrayente, donde nos sentamos para tomar el lunch.

De repente, cuando ya habíamos terminado, apareció, como por arte de magia, un africano de mediana edad; llevaba una larga gabardina beige, y blandía ¡una *panga*! (cuchillo grande y afilado). Se apoderó de mi chaqueta y del bolso de Tere con alguna otra cosa, y salió corriendo. Yo me quedé petrificada, pero Tere corrió tras él con gran indignación. Le grité asustada: «Tere, ¡vuelve aquí, vuelve aquí!», temiendo que el hombre la atacara. Por fin, abandonó la carrera, furiosa. De pie y descalzas, pues en la carrera habíamos perdido los zapatos, nos pusimos a considerar la situación. El coche estaba allí, pero el riesgo era grande, ya que las llaves estaban en el bolso de Tere.

Caminamos hacia la carretera con sensación de desamparo. Casi inmediatamente, una señora inglesa paró su coche; le explicamos lo sucedido, y le pedimos si podía llevarnos a casa para recoger otro juego de llaves, cosa que hizo amablemente. Entramos sigilosamente para no alarmar a nadie, recogimos las llaves y regresamos al coche con la señora. Antes de despedirse nos aconsejó: «Deben dar parte del robo en seguida en la comisaría». Y señaló un cercano bungalow pintado de blanco.

Cuando contamos nuestra historia, el agente de policía, un europeo, nos oía horrorizado: «Señora, ¿quiere usted decir que fueron de excursión al Langata Forest? Pero, ¡cómo se les ocurrió, si el sitio es conocido por su peligrosidad! Son muchos los hombres que podrían haberles atacado, y podría haberles sucedido cualquier cosa. Han tenido mucha suerte».

Al día siguiente, por la mañana temprano, Agnes Lavelle telefoneó muy agitada: «¿Qué es lo que leo en el periódico de hoy?» La noticia del episodio aparecía detallada, y nuestros nombres completos.

La Navidad estaba ya próxima, y seguíamos sin encontrar profesora de taquigrafía. Nadie quería dejar un empleo bien remunerado para dedicarse a la enseñanza, sobre todo en una escuela nueva, y multi-racial. Agnes se ofreció a enseñarme, a la salida del trabajo; invertimos muchas horas en el manual de Pitman, pero eso no me convertía en profesora de taquigrafía.

-Es difícil creer que Navidad está ya a la vuelta de la esquina -comentó Mary abanicándose.

El clima continuaba siendo caluroso, seco y polvoriento durante el día, si bien por la noche refrescaba mucho a causa de la altitud.

-Marlene y yo -dijo Tere- hemos visto hoy en Nairobi la primera decoración navideña. Un carnicero indio ha escrito «Feliz Navidad», con algodón pegado al cristal por dentro del escaparate. He escrito a mi madre para contárselo. Sólo he encontrado unas pequeñas figuras del Belén en la oficina de Alitalia; la verdad es que nunca he pasado unas fiestas sin colocar el Nacimiento.

-Ni yo tampoco -corroboré, soñando con nostalgia en las esculturas de barro modeladas por mi madre; las desenvolvíamos con todo cuidado año tras año, y las colocábamos dentro de un establo de madera, sobre una mesa en el salón cubierta con una sábana blanca salpicada de bolas de algodón dorado.

Para Invergara House fabricamos nuestras propias decoraciones: ramas secas plateadas y hojas de todos los colores.

Margaret y Rosario se parapetaron en la cocina, y a nadie le permitían la entrada. Tere y Marlene ocuparon el salón, y cosían regalos para cada una, ante la constante amenaza de verse interrumpidas en su tarea.

La víspera de Navidad por la mañana temprano, Tere recibió una llamada telefónica del aeropuerto de Embakasi: «Tenemos un paquete para usted, con la indicación de que deberá recogerlo hoy».

Tere y Mary salieron en coche sin perder un minuto, mientras las demás esperábamos reteniendo la curiosidad. Volvieron pronto con una caja grande rodeada de letreros: «Fragil»; dentro, treinta figuras para el Nacimiento. La madre de Tere nos las enviaba por medio de un piloto que volaba a Nairobi, para tener seguridad de que llegarían a tiempo.

Fuimos desempaquetando con cuidado cada una de las imágenes familiares: la Sagrada Familia, los tres Reyes Magos, ángeles, pastores, rebaños, lavanderas, incluso Herodes y su palacio. Las mirábamos en silencio: era la Navidad que llegaba hasta nosotros en África... No importaba que el sol cayera a plomo desde un cielo sin nubes y la tierra yaciera abrasada y reseca, mientras en Irlanda el viento y la lluvia arreciaban, y en Canadá la nieve alcanzaba metros de altura: ¡Navidad era Navidad!

Muy contentas, recogimos troncos, cortezas de árbol y ramaje del jardín para fabricar el portal, flanqueado por hojas de banana sobre tierra esparcida; Mary adaptó una bombilla en un ángulo, colocamos las figuras en el sitio adecuado, y nos alejamos para admirar el efecto.

-¡Está precioso! -exclamó Rosario con un suspiro de satisfacción-. Ahora ya estamos de verdad en Navidad.

Algunos amigos vinieron a visitarnos durante las vacaciones, Mrs. Hannah Rubia y sus seis niños, entre otros. Mrs. Gecaga me había llevado antes a conocer a los Rubia en Kangemi, un suburbio para africanos. Vivían en una casa de piedra de buena calidad en medio de la «reserva» africana, rodeados de las tradicionales cabañas y chozas.

Mr. Charles Rubia me presentó a su mujer sin disimular su orgullo. Pequeña y delicada, de trato amable y aspecto inteligente, se interesó inmediatamente en nuestros planes de la escuela multi-racial.

«Es urgente que nuestras mujeres adquieran conocimientos. Necesitan aprender a mantener un hogar moderno, a hablar inglés, a relacionarse con gente de otras razas. Cuando obtengamos la independencia, tendrán que dirigir su casa y alternar con otras personas a la altura de la posición de sus maridos. Hemos construido una buena casa aquí, en medio de la reserva, con la intención de mostrar a otras familias que esto es posible, y motivarles a elevar su nivel de vida».

Los vecinos de Hannah Rubia deseaban «ver vuestro Belén», según decían; así nuestro círculo de amistades africanas se ensanchó considerablemente.

Pasadas las Navidades, guardamos cuidadosamente envueltas las figuras del Nacimiento y demás decoraciones. Entre ellas quedó una pequeña rama plateada de *frangipani* (arbusto con cuyo fruto se elabora un pastel). Meses después, abrí esta caja, y ante mi asombro, la encontré con hojas verdes y a punto de florecer. Naturalmente, saqué la valiente ramita para plantarla en el jardín.

Nuestra escuela debía abrir sus puertas el 13 de enero del nuevo año, 1961. Ya teníamos preparados los cursos de secretariado y economía del hogar, y nuestras habitaciones se habían transformado en aulas de clase, con camas plegables que se ocultaban en armarios durante el día, y pupitres portátiles. Aún nos faltaba profesora para la asignatura de mayor prestigio en la sección de secretariado, pese a anuncios y gestiones entre los amigos para conseguirla.

-¿Qué podemos hacer? -me preguntaba impotente, buscando respuesta en las otras-. ¡Las clases comienzan dentro de diez días!

-Tendrás que sustituirla tú hasta que encontremos la indicada -sugirió Margaret.

-Eso no es solución. Las alumnas perderían confianza en el profesorado y abandonarían los estudios. Hay demasiada competencia entre las escuelas de secretariado para europeas; una de las madres me ha advertido que se les aconsejaba no enviar a sus hijas a una escuela nueva para ser conejillo de Indias.

De pronto, Margaret abrió los ojos como sobresaltada, pero no dijo nada. Frunció el ceño, y apretó los labios, con un gesto de decidida determinación.

Al día siguiente por la tarde, nos anunció triunfalmente:

-¡Ya tenemos profesora de taquigrafía!

-¿Quién? ¿Cómo? -preguntó Tere asombrada.

-Se llama Audrey Leitch, y es una de mis colegas en Tyson's. Sabía que yo dejaba la agencia para dedicarme a enseñar mecanografía y que nos faltaba una persona para el método de Pitman. Le pregunté esta mañana si quería ser nuestra profesora de taquigrafía y... ¡aceptó!

-¡Hurra! -gritamos todas, abrazando a Margaret.

-Me puso una condición: traer con ella a su hijo, bebé aún. Le prometí que no habría problema. ¿Os dais cuenta de que debe perder un mes de sueldo, y el que le podemos pagar es mucho más bajo del que ahora recibe?

Gracias a Audrey, ahora podíamos abrir la escuela con todo el personal necesario.

Diecisiete estudiantes habían sido admitidas, europeas todas. Sólo una chica india, de Goa, había solicitado la admisión. Cuando fui al registro para inscribir la escuela en el Departamento de Educación, me advirtieron de que, antes de aceptar a una alumna que no fuera de raza blanca en una escuela situada en nuestra zona residencial, debería obtener el permiso escrito de todos nuestros vecinos. Les escribimos una carta, que Tere y yo llevamos casa por casa, pero todos se negaron a firmarla.

Tuve que llamar a la madre de la niña para decirle que no nos era posible admitir a su hija. Esto iba totalmente contra todos nuestros principios, y me sentía francamente mal.

La señora se limitó a contestar con sequedad: «Lo entiendo», y colgó el receptor. Con el tiempo, muchos años después, esta señora pidió la admisión en el Opus Dei, y su nieta fue una de las primeras alumnas de Kianda School...

Entretanto, nos sentíamos obligadas a trasladarnos, lo antes posible, a un sitio donde pudiéramos admitir estudiantes de todas las razas. Con la ciudad segregada por el color de la piel, ¿dónde podríamos encontrar el lugar adecuado?

-Hablemos con Mr. Roche -pensó Tere en voz alta-. Dirige una agencia inmobiliaria en Westlands, y estoy segura de que puede aconsejarnos.

Paddy Roche, como buen irlandés, tomó como suyo el asunto y prometió buscar algo apropiado.

Mrs. Lavelle también trató de ayudarnos. Nos acompañó a ver una propiedad en venta en Valley Road, muy cerca del centro de Nairobi. Tan bien situada estaba que ya nos imaginábamos allí; al pensar en un nombre para la escuela, busqué la palabra «valle» en el diccionario de kikuyu y encontré «kianda». La finca en Valley Road resultó luego excesivamente cara para nuestros medios, pero nos gustó el nombre, y lo conservamos. A Mrs. Gecaga le pareció muy bien: «Kianda es el nombre perfecto para un colegio; significa un valle donde todo lo que se planta crece bien y fuerte».

-¿Necesitas ayuda? -preguntó Tere la víspera del primer día de clases, echando un vistazo a la sala de mecanografía donde Margaret protegía con un plástico gris la última máquina de escribir.

-Creo que ya todo está preparado -le respondió Marga-ret, con cara sonrojada-. Estoy muy nerviosa pensando en las clases de mañana, ¿no estás nerviosa tú?

-Sí. Da miedo empezar algo nuevo. Menos mal que ya conocemos a alguna de las chicas, y eso lo facilita. Ven a ver la sala de taquigrafía.

La habitación más grande, al final del pasillo, había sido ocupada por unas filas muy rectas de sillas con mesa abatible, destinadas a las alumnas de taquigrafía. Las clases de costura y manualidades se darían en la sala de cortinas color naranja con la estantería y las bailarinas pintadas en la pared. Al lado de la terraza, se situaban las mesas y sillas para las clases de idiomas y cultura general.

-¿Por qué no redactamos un cuestionario para que las niñas lo contesten mañana? -propuse a las profesoras-. Puede ser un buen modo de conocerlas mejor.

Así pues, nos pusimos a la tarea y determinamos unos puntos que nos permitieran saber algo más del ambiente en que se movían, y de los intereses de nuestras estudiantes.

A las siete de la mañana del siguiente día, vinieron ya algunos padres para traer a sus hijas; aunque las clases no empezaban hasta las ocho. Audrey Leitch llegó con su niño, Andrew, un bebé feliz en su pequeña hamaca que colgó de la rama de un árbol, bajo la vigilante mirada de Elisa.

-Tere -llamó Susan-, ¿por qué no enseñas a Elvira «la dormilona» que hemos hecho?

Tere trajo una muñeca confeccionada en pana roja con una cremallera en la espalda, para dar cabida a la ropa de dormir; la cara muy expresiva, con largas pestañas de fieltro negro, un botón por nariz, y la boca fruncida.

-¡Qué pelo tan suave! -exclamó Elvira, mientras acariciaba la piel blanca y beige que ribeteaba la capucha de pana, coronada por un pompón.

-Es un recorte de piel de antílope que me regalaron en una tienda -le dijo Tere-. También encontré piel de astracán para las muñecas africanas. Hicimos muchas para Navidad y Mrs. Erica Boswell nos las vendió en su tienda. Aprenderás a hacerlas en las clases de manualidades.

En Jax, una boutique moderna, frente al Nuevo Hotel Stanley, Erica vendía ropa de vestir de diseño propio. Nuestras muñecas de aspectos diversos -negras, blancas, morenas- dormían tranquilamente en el escaparate, y se vendieron bien.

A las ocho ya habían llegado todas las niñas, vestidas con blusas largas de algodón puro y faldas a la moda; se saludaron con entusiasmo. Por todos lados se veían cabezas rubias, a excepción de Elvira, italiana, y Rosemary Homan, judía, de cabello oscuro. Tere fue dirigiendo a cada una a la clase correspondiente y, en pocos minutos, estaban sentadas y en silencio, mordiendo la pluma mientras pensaban sus respuestas al cuestionario.

Las alumnas eran alegres y vivaces, y la atmósfera cálida y simpática. Nos llamaban por nuestro nombre de pila, y pronto se sentían parte de la casa. Dorothy, Susan y Elvira eran católicas y venían más temprano para asistir a Misa con nosotras; después ayudaban a recoger las cosas del oratorio. Dorothy venía a diario en su *piki-piki* (motocicleta). Su familia era de Sudáfrica y había vivido en África toda su vida; nos hacía conocer los nombres de árboles, flores y pájaros.

Paddy Roche nos telefoneó una mañana: «Creo que he encontrado la casa apropiada para vosotras. Si venís a mi oficina, os llevaré a verla». Tere y yo salimos inmediatamente hacia allá; le seguimos por la calle Sclater -la arteria principal de Nairobi-Nakuru- entrando en la avenida Churchill, donde tomamos la primera esquina a la derecha.

Un paseo estrecho flanqueado por árboles, plantas tropicales y flores, conducía a una rotonda con un enorme árbol de jacarandá en plena floración sobre un florido tapiz de color violeta. Próximo a la rotonda, se hallaba un bungalow de piedra gris construido al estilo colonial, con techos bajos, ventanas pequeñas en marco de madera, y un tejado rojo de zinc ondulado. Unas veinte hectáreas de terreno lo rodeaban. Desde el frontal de la terraza se podía ver la loma opuesta ocupada por chozas africanas, perteneciente a la demarcación de la Reserva Kangemi; a lo lejos, las colinas Ngong dibujaban nítidamente la línea del horizonte.

-Nos parece estupendo, pero, ¿no estamos en una zona europea?

-Sí, así es. Y esto es lo asombroso. Tenéis suerte. Me he informado en el Ayuntamiento de Nairobi, y el funcionario descubrió que es uno de los edificios en las cercanías del consulado japonés que han sido designados multi- raciales, por deferencia con el cónsul.

Nos gustaba mucho, y nos pusimos a negociar los cambios imprescindibles para adaptar el bungalow a su uso como vivienda y como escuela. El propietario, europeo,

tenía gran empeño en venderlo, pues veía el futuro incierto y se proponía marcharse del país; por eso lo ofrecía a un precio muy ventajoso para el comprador.

Para los trámites legales, Tere y yo hablamos con un abogado, Mr. Frank Addly.

«¿Cuál es su opción: un patronato, una fundación, una compañía limitada por garantía...?», nos preguntó en tono de jurista.

Nos quedamos pensativas, sin saber qué decir. Mr. Addly nos miraba de reojo, por encima de sus lentes, y terminó diciéndonos con abierta sonrisa: «Les aconsejo que constituyan un patronato de educación con tres de ustedes como primeros socios». En consecuencia, diseñó la escritura de la Kianda Foundation Trust, creando así una sociedad sin fines lucrativos, destinada a la promoción educativa, social y espiritual de la mujer en Kenia; incluía la nueva propiedad de Kianda y otros proyectos futuros. En esta Fundación se iría acumulando lo que pudiéramos ahorrar, u obtener a fondo perdido o como préstamo.

Nos encontrábamos en el mejor momento para iniciar la andadura.

11. Creando un hogar

Un paseo de unos veinte minutos a pie por el bosque, partiendo de Invergara, nuestra casa, conducía hasta un punto desde donde se podía apreciar el progreso de la construcción de Strathmore College.

«¡Increíble!, exclamó Mary. El edificio está ya levantado.» Era enero -1961-, y Strathmore College of Arts and Sciences debía abrir sus puertas el 7 de Marzo.

El principio de una nueva aventura. Las mujeres del Opus Dei se iban a encargar de la administración doméstica de la residencia aneja al College, a la vez que enseñaban las tareas del hogar a jóvenes africanas.

La noticia de nuestros planes se propagó con rapidez, y nuestras amigas europeas nos decían que era una locura. «Las mujeres africanas no tienen idea de lo que es una casa moderna», decían unas. «No son capaces de aprender; se escaparán», nos advertían otras. Incluso Agnes Lavelle, que nos apoyaba en todo, se mostraba escéptica:

«Siempre hemos empleado *house boys* (hombres), y el Ayuntamiento exige que cada casa cuente con un alojamiento para ellos. Es lo normal».

Pese a todas las opiniones, nosotras habíamos venido a trabajar con mujeres.

El Consiliario nos habló de la Misión Consolata, en Tetu, Nyeri; las religiosas dirigían una escuela para chicas africanas. «Llevan allí muchos años, y tienen gran experiencia. Os podrán aconsejar.»

Mary y yo pasamos un día entero en la misión. Las religiosas enseñaban entonces técnicas domésticas a las que finalizaban la escuela primaria. Sister Germana nos hizo visitar todo el complejo; allí las jóvenes aprendían cocina, costura, y agricultura. Los distintos bloques consistían en hileras adosadas de clases y dormitorios - sencillos, funcionales y limpios- con una sola planta y suelo de cemento, que abrían a un patio rectangular, y se asentaban en exuberantes jardines llenos de árboles en flor y de arbustos.

Sister Germana nos invitó a comer. Mary y yo le expusimos nuestros planes para Strathmore, y el escepticismo de nuestras amigas. «Esas señoras están equivocadas, nos dijo con un gesto expresivo. Las chicas africanas trabajan bien, y veréis con qué rapidez aprenden. Además, la costumbre de emplear hombres para estos trabajos debe ser abandonada. No es bueno para la familia, porque los hombres acaban teniendo una mujer campesina en el poblado y otra en su alojamiento en la ciudad». Al escucharla, sentí un gran alivio.

Luego continuó: «Si a las primeras chicas les gusta, otras les seguirán. Hablaré a las que están a punto de terminar nuestro curso y, si alguna quiere ir a trabajar con vosotras, yo misma animaré a los padres para que se lo permita».

Explicué el proyecto a Mrs. Rubia, y le entusiasmó, pues coincidía con su propio empeño por educar a las mujeres en el cuidado del hogar. Nos prometió buscar las chicas adecuadas.

-Me gustaría ver el sitio -nos dijo- con algunas amigas que también podrían ayudar.

Fijamos la hora, y Mary y yo enseñamos la futura área de la administración doméstica a Jemimah Gecaga, Marga-ret Kenyatta, Mrs. James Gichuru, y Hannah Rubia. A pesar de que el edificio estaba lleno de andamios, se quedaron muy impresionadas.

-¿Estáis diciendo que las chicas vivirán en la misma casa que vosotras? -preguntó Mrs. Gichuru con incredulidad.

-Sí, naturalmente -le respondió Mary-. Somos una familia, y vienen a formar parte de ella.

Poco tiempo después recibimos una carta de Sister Germana: cuatro chicas de la misión de Tetu estaban dispuestas a trabajar con nosotras. Sólo necesitábamos decirles cuándo tenían que venir y lo que debían traer. Mrs. Rubia había encontrado también a dos chicas. Es decir, podíamos contar con seis alumnas.

Hacíamos cálculos sobre el modo de atender las dos actividades -Kianda y la incipiente administración doméstica de Strathmore-, cuando nos llegaron noticias de Roma. El Padre enviaba tres personas más a Kenia: María de los Ángeles Canel («Cuca») venía de España; Obduli Martín, de Roma, y Carlota Díaz, de Inglaterra. Mary, que ya conocía algo del país iría con ellas a Strathmore, y Marlene ocuparía su puesto en la dirección de Invergara. Las tres llegarían a Kenia el 21 de febrero. Así pues, escribí a Sister Germana para que las chicas vinieran el 22 de febrero.

Encarnación y yo fuimos al aeropuerto para recibir a las viajeras; aunque llegamos con antelación, las encontramos esperándonos. Después de los entusiastas abrazos de bienvenida, Cuca se lanzó a contarnos sus aventuras mientras nos dirigíamos al coche.

-Perdimos el avión, por eso llegamos tan pronto. Hemos venido en un vuelo directo de la compañía South Afri-can que ha aterrizado aquí antes que la British Airways. Todo fue por la pintura...

-¡El Padre nos manda un tríptico para el oratorio! -interrumpió Obduli, ilusionada. Era sevillana, muy dinámica, pequeña de estatura; habíamos trabajado juntas en Villa Sacchetti, en Roma- Los agentes de aduanas se empeñaron en abrir la caja cilíndrica en Fiumicino, y pudimos ver la pintura de la Virgen con dos ángeles mofletudos a cada lado, uno blanco y otro negro.

-Esto fue lo que nos retrasó -Cuca retomó el hilo, deseosa de continuar su historia-. Se da la circunstancia de que varios cuadros de pintores antiguos han sido robados y sacados de Italia de contrabando hace sólo unas semanas, y los policías sospecharon, especialmente porque el panel central está húmedo aún y pintado sobre un lienzo usado. Se lo llevaron y rascaron un poco de la pintura anterior para analizarla. Les advertimos que íbamos a perder el avión, pero no nos hicieron caso. Para cuando la situación se

hubo aclarado, nuestro vuelo había despegado. Nos pidieron excusas, prometieron reservarnos plaza en el siguiente vuelo a África, y nos invitaron a una cena de primera clase a las dos de la mañana. Como colofón, hemos llegado antes del vuelo programado - los oscuros ojos de Cuca brillaban de contento por el feliz desenlace de su aventura.

Tan pronto como el coche frenó ante Invergara, todas corrieron a darles la bienvenida. Rosario y Elisa, abrazaban a Obduli, mientras Tere exclamaba: «¡Cuca!, ¿quién nos iba a decir que nos volveríamos a encontrar en Kenia?», Marga-ret retenía a Carlota, acosándole a preguntas sobre las personas que acababa de dejar en Inglaterra.

Cuando el alboroto cedió un poco, Mary consiguió intervenir:

-¿Cómo está el Padre? ¿Lo habéis podido ver?

-¡Oh, sí! -afirmó Cuca. «Hemos pasado diez días en Roma. Ayer asistimos a la Misa que celebró en su oratorio, y nos dijo que la ofrecía por nosotras. Lo vimos varias veces, y os manda su bendición. Está al corriente de todo lo que hacéis por vuestras cartas. Antes de marcharnos nos recordó que debemos identificarnos con la gente del país.

Esa misma tarde, Josephine Nyakarandu, Euphrasia Wagiatha, Esther Nyaguthie y Veronica Wambui, llegaban en el autobús de Tetu; y Mrs. Rubia, traía a Mary Nyambura y Veneranda Wanjiru. Veronica venía descalza, y le di unos zapatos que había comprado en Irlanda. Era la primera vez que los usaba; como eran estrechos de punta estuvo arrastrando los pies bastante tiempo, hasta que fue capaz de levantarlos para caminar normalmente.

Aquella noche durmieron sobre los colchones apilados en nuestra zona de trabajo en Strathmore, aunque todavía había obras. Por la mañana volvieron a Invergara, pues los obreros ocupaban toda la casa durante el día. Hasta el 25 de febrero no pudieron trasladarse a su nuevo edificio y empezar a organizarse.

Tenían por delante una tarea importante. Gran parte de lo que contribuye a que los Centros del Opus Dei sean verdaderos hogares de familia, es el esmero y la dedicación de quienes trabajan profesionalmente en ellos. La madre del

Fundador de la Obra y su hermana Carmen se ocuparon de la administración doméstica de los primeros Centros del Opus Dei, y crearon un hogar de familia acogedor, pese a la pobreza y privaciones de la postguerra española. Iniciaron así una tradición que Carmen enseñó a las primeras mujeres de la Obra, y que se mantiene cuidadosamente.

El Padre valoraba y estimaba enormemente este trabajo; lo llamaba «el apostolado de los apostolados», por su esencial aportación al bienestar físico y espiritual de las personas. A menudo, nos recordaba que detrás de estos servicios que recibimos, cada uno debía descubrir la mano cariñosa de su madre, de su hermana mayor... de la propia Virgen María. Ahora, era responsabilidad nuestra convertirlo en una realidad en Strathmore, para los setenta y cinco estudiantes, y los profesores que vivirían en la residencia.

Las recién llegadas pasaron los tres primeros días situándose en la casa, un edificio de tres plantas construido alrededor de un gran patio central cuadrado, que llegaría a constituir como el eje material de la actividad diaria. Pavimentado con losetas de piedra

roja, recogía la luz de un sol radiante que caía a plomo durante todo el día. En una parcela de césped frente a la fachada de piedra grisácea del comedor de las alumnas, crecían plantas tropicales: cactus, flores y un par de árboles recién plantados. Cocina, lavadero, planchero y office, daban al patio, así como el piso de los dormitorios para las alumnas. Las paredes estaban pintadas de blanco y la madera en rojo; el aspecto del conjunto era luminoso y alegre. La comunicación resultaba fácil: bastaba con dar el mensaje en alta voz desde el patio.

Algunas de las chicas no habían visto nunca una escalera interior. Tampoco conocían el uso de los instrumentos de limpieza, ni habían utilizado cubiertos de metal o una vajilla de loza. Tenían que aprender a emplear la cámara frigorífica, la máquina pela-patatas, la freidora, el horno eléctrico o de gas, el lavavajillas, la lavadora, y el complejo funcionamiento de una cocina de carbón grande; en la misión sólo habían aprendido a cocinar en *jikos*, estufas de latón portátiles para fuego de leña.

Carlota era la encargada de la cocina, con la ayuda de Mary Nyambura y Josephine Nyakarandu. Una tarde, Mary preguntó a Carlota:

-¿Me podría avisar cuando hayan pasado cinco minutos, por favor? (Ninguna de ellas tenía reloj).

-Sí -contestó Carlota-, ¿para qué quieres saberlo?

-Es que quiero ver cuántas patatas se fríen en cinco minutos, para calcular a qué hora debo comenzar a freír las patatas de la cena.

Éstas eran las africanas que no aprenderían nunca..., según se decía.

Las alumnas solían sentarse en el patio para pelar los guisantes o cribar el arroz; los cubos y las fregonas se colocaban sobre las baldosas para secarse. Otras veces, el patio se convertía en el escenario de animadas tertulias. Se ajustaban a la cintura *kangas* de todos los colores (vistosos trozos de tela de algodón); con cuerdas se ataban al tobillo chapas de botellas o latas de conserva aplanadas con piedras dentro, y golpeaban el suelo con los pies mientras se balanceaban e inclinaban graciosamente, cantando y danzando al ritmo del «toque de tambor», como llamaban al sonido de los desaguaderos de metal del office.

También el patio fue testigo de conflictos de cultura. Habían regalado a Cuca una bolsa de caramelos envueltos en papel, y decidió dar a las chicas una sorpresa. Un día, cuando estaban bailando, se asomó a una ventana, llamó su atención y, mientras miraban hacia arriba, les lanzó los caramelos. En lugar de manifestar el esperado entusiasmo, las chicas se pararon en seco, dieron media vuelta y se alejaron, dejando los caramelos en el suelo.

-¿Qué ha pasado? -les preguntó Cuca boquiabierta.

Nadie le daba respuesta, ni le dirigía la palabra, hasta que Josephine, le dijo con enfado:

-¡Sólo se echa de comer a los animales!

Otro día, Euphrasia provocó una protesta, a la que todas se unieron. Ninguna se levantaría por la mañana. No querían trabajar, ni hablaban con nosotras, sólo entre ellas y en kikuyu. Cuca no conseguía adivinar la causa. Josephine -que era la mayor y la más

madura del grupo- tímidamente le confesó que lo habían comentado, y no acertaban a comprender por qué les trataban tan bien; habían concluido que debía existir algo sospechoso detrás de ello. Aclarado el asunto, Josephine disolvió la «huelga» y las cosas volvieron a la normalidad.

Los sábados por la tarde, salían al jardín, se sentaban en la hierba, y dedicaban el tiempo libre a la costura o a arreglarse el pelo unas a otras. Hacían verdaderas obras de arte; se sentaba una con las piernas rectas delante de otra que se arrodillaba detrás, para estirarle el pelo con un peine de madera provisto de un mango largo, y lo iba entrelazando en cientos de trencitas.

Cuca deseaba celebrar el cumpleaños de las chicas, pero ninguna sabía la fecha. No existía nada semejante a un certificado de nacimiento. Se identificaba el año en que se había nacido por algún suceso importante ocurrido por entonces, y que incluso podría haber sido añadido a su nombre: una gran inundación, una cosecha especialmente rica, la muerte de alguien célebre, la visita de un famoso... Con ocasión de la venida de la Reina Isabel II a Nyeri en 1952, por ejemplo, a muchas niñas se les dio el nombre de «Queen».

A falta de cumpleaños, Cuca decidió celebrar el día del santo, puesto que todas tenían nombres cristianos. Todo fue bien, hasta tropezar con el de Veneranda; no había ninguna santa con este nombre. Cuca le sugirió escoger para su fiesta un día del año que a ella le gustase, pero Veneranda no se consolaba: se sentía privada de su día propio.

Escribí al Padre y se lo conté. Ante mi gran sorpresa, nos llegó poco después un correo urgente de Roma, diciendo que el Padre había pedido a Don Alvaro que buscara a una Santa Veneranda en los archivos vaticanos, y había encontrado una martirizada en Francia, cuya fiesta era el 14 de noviembre. Cuando se lo dije a Veneranda, saltaba de alegría: no sólo tenía día de su santo, sino que el mismo Padre se lo había encontrado. Muchos años más tarde, cuando trajo a su hija para el curso de *catering*, Veneranda decía a Cuca con los ojos llenos de lágrimas: «Todos los años celebramos en mi familia el 14 de noviembre porque es mi santo, y San Josemaría fue quien me lo encontró».

Mientras todo esto sucedía en Strathmore, la vida en Invergara House seguía su curso con clases durante el día, y actividades para señoras y chicas por la tarde y los fines de semana.

Marlene era la más joven de nosotras; muy vital, femenina, y celosa de mantener su buen tipo; por eso, cuando empezó a adelgazar no le dimos gran importancia. Observé también que volvía muy cansada cuando salía de casa, pero lo atribuí a la intensidad del sol. Notamos que tenía unas ojeras poco habituales en ella, y que tosía a menudo. Tere, con quien compartía habitación, bromeaba con ella en el desayuno, preguntándole, «¿Cómo va tu tuberculosis?»

Una tarde, Marlene fue a cenar a Strathmore. Cuca me telefoneó en seguida:

-Me preocupa mucho Marlene. ¿Por qué no le dices que se ponga el termómetro cuando vuelva a casa? Tose mucho y tiene mala cara.

Estas palabras me alarmaron. En ese momento relacioné todos los síntomas que había ido notando, y me pareció algo grave. En cuanto llegó Marlene se puso el termómetro, y tenía fiebre. A la mañana siguiente, la acompañé a nuestro médico, el Dr. Batey, que la

examinó cuidadosamente. Me llevó aparte y me dijo con solemnidad: «Esto parece muy serio». Hizo varias llamadas telefónicas discretamente, y le indicó que se hiciera unas radiografías de pulmón. Mientras íbamos en el coche, traté de tranquilizarla, pero el «muy serio» resonaba en mis oídos, y me costaba pensar con coherencia.

Aquella misma tarde, el Dr. Batey me llamó por teléfono, y me informó sin preámbulos:

-Marlene tiene tuberculosis. Probablemente incubada hace tiempo.

-¿Qué dice? -contesté con voz entrecortada, como herida por un rayo.

-Sí. Tiene una gran cavidad en el pulmón.

Me dio las oportunas instrucciones: aislarla, subir los pies de la cama, tomar todas las precauciones posibles para evitar el contagio. Y añadió:

-Estoy haciendo las necesarias diligencias para su inmediato ingreso en el hospital de enfermedades infecciosas.

Marlene... Tuberculosis... ¡La gente moría de tuberculosis! ¿Cómo podía permitir que la internaran en un hospital para infecciosos en África?

-¿No podríamos enviarla a Portugal? -supliqué al Dr. Batey.

-No -me respondió con absoluta determinación-: Ninguna compañía aérea aceptaría una persona en sus condiciones; tampoco su propio estado de salud lo resistiría. ¿Sabe dónde está el Hospital para Infecciosos, IDH (Infec-tious Diseases Hospital)?

Lo conocíamos porque Mary había estado trabajando allí una temporada.

-Llevad a Marlene mañana, a primera hora de la tarde. Yo me encargaré de arreglarlo.

Colgué el teléfono y, durante unos segundos, me quedé aturdida. Fui a buscar a Tere, que estaba echando una mano en la cocina:

-Ven un minuto -le dije con voz temblorosa-. Vamos fuera; tengo algo que decirte, y no quiero alarmar a las otras.

Tere palideció. Salimos al jardín, en la semi-oscuridad del crepúsculo, nos sentamos bajo un árbol, y le conté lo que el médico había dicho. Las dos nos echamos a llorar. Tere no dejaba de lamentarse:

-¡Sólo tiene veintiún años! ¿Cómo se me ocurriría aquella desgraciada broma?

Seguimos las indicaciones del médico, e instalamos la cama de Marlene en la salita de la entrada. Acostada, pálida e inmóvil, estaba atemorizada. Aunque hablaba inglés perfectamente, se le escapaban frases entrecortadas en portugués. «Mi madre murió de tuberculosis... ¿Me voy a morir?»

Todas rondábamos alrededor de su cama. Tere, ocultando su preocupación, trataba de animarla contando algún chiste, y dando a la situación un toque de humor, hasta hacerle recuperar la paz y esbozar una débil sonrisa.

Al día siguiente Tere y yo llevamos a Marlene al Hospital de Enfermedades Infecciosas. Estaba formado por tres pabellones independientes y separados, uno para cada raza. Marlene fue admitida en el europeo, que era el más alejado. El suelo era de cemento gris; por un lado, la vista se perdía en la inmensa e ininterrumpida extensión de la sabana que se prolongaba hasta el horizonte; por el otro, una hilera de puertas

conducía a las habitaciones de cada enfermo. Parecía que no había nadie alrededor, y el sitio era verdaderamente deprimente.

Tan deshechas estábamos, que cuando apareció el médico de turno, nos miró una por una antes de preguntarnos: «¿Quién de ustedes es la paciente?»

La encargada de aquel pabellón era una enfermera inglesa que tomó mucho cariño a Marlene. Nos permitieron acomodar la habitación de al lado como un pequeño cuarto de estar, donde se podría sentar durante el día cuando mejorase un poco. Ibamos a verla mañana y tarde, y el sacerdote le llevaba la Comunión a diario.

En cuanto el Padre tuvo noticias de lo que sucedía, nos escribió una carta larga, diciéndonos que estaba encomendando la salud de Marlene por intercesión de Montserrat Grases, una joven estudiante del Opus Dei, fallecida santamente hacía dos años, a los diecisiete de edad. Además, nos anunciaba que nos enviaría refuerzos desde España. Así, poco después, en mayo de 1961, Conchita Kaibel y Mila Santurino llegaron a Kenia.

Marlene permaneció en el hospital casi cinco meses. Afortunadamente, el médico que Tere había conocido en el barco, Dr. Ang'awa, fue el especialista de pulmón que la trató. Consiguió obtener la más reciente medicación, logró su curación, y Marlene pudo regresar a Portugal.

Para Tere y para mí no fue fácil recuperarnos de la conmoción. Yo me sentía culpable de no haber detectado los síntomas de la enfermedad, para llevar a Marlene al médico antes. Aprendí, sin duda, a prestar mayor atención en casos similares.

12. Kianda College

Junio estaba próximo, y también el vencimiento de nuestro contrato de alquiler en Invergara House. Las reformas de Kianda no verían su fin hasta septiembre, y era necesario buscar un sitio donde vivir durante tres meses.

Leyendo el periódico, Tere tropezó con un anuncio: «Expatriado ausente por tres meses, busca inquilino de confianza. Completo amueblado; alquiler temporal».

Rápidamente enviamos la solicitud. Se trataba de un chalet con tres pisos, en una bocacalle de Ngong Road, con jardín, y un gran terreno por detrás que llegaba hasta la vía del tren. El contrato era increíblemente ventajoso, y aceptamos hacernos cargo de la casa en ausencia del dueño. Cuando llegó el momento, las siete que vivíamos en Invergara empaquetamos nuestras cosas y cerramos la puerta. Informamos, claro está, a nuestras estudiantes de que el nuevo local estaba situado en Churchill Avenue, donde se reanudarían las clases en septiembre.

Los avatares del año habían dejado huella en mi salud. Al día siguiente de llegar a nuestra vivienda provisional, iniciamos un período de tres semanas de estudio y descanso; pero al segundo día, sentí un extraño malestar que me recordó la enfermedad de mi madre a raíz del fallecimiento de mi hermano pequeño, Gerard...

Me encontraba nerviosa y desorientada. Tere me acompañó a la consulta del Dr. Batey, que comprendió en seguida la situación, y diagnosticó sin vacilar: «Te hace falta un inmediato cambio de ambiente. Los europeos necesitan bajar de la elevada altitud de Nairobi con cierta frecuencia. Tienes que ir a la costa y quedarte allí unas tres semanas». Nos dio instrucciones al respecto, y Tere tomó nota, mientras yo permanecía sentada escuchando embobada.

«Podéis viajar en coche, así veis un poco el país. Sugiero que vayáis vía Moshi, en Tanganika, y paséis allí la noche. Está al pie del Monte Kilimanjaro; hay mucha caza por toda esa ruta».

Parecía una aventura arriesgada, y no me habría atrevido a emprenderla sin el apoyo de Tere. Con ella, y con Mary, nos pusimos en camino a los dos días, saliendo de Strathmore donde vivía Mary. «¡Qué suerte tenéis de ir a un safari!», exclamó Cuca, mientras nos despedía, saludándonos con la mano.

A la salida de Nairobi, la carretera se estrechaba y se convertía en suelo de tierra roja y rugosa. El coche levantaba espesas nubes de polvo; Mary, provista de sus guantes de conducir americanos, trataba de manejar el volante para sortear los baches.

Pasadas unas horas, Tere propuso:

-Paremos para refrescarnos un poco; debéis tener sed, yo por lo menos estoy sedienta.

Alcanzó el cesto de las provisiones mientras Mary arrimaba el coche a la escasa sombra de un espino, y salimos para estirar las piernas.

-Escuchad el silencio -susurró Mary en voz baja.

Sólo el canto de los grillos o el grito ocasional de un pájaro rompía la quietud de un mediodía radiante, suspendido sobre la sabana que, trémula de calor, se extendía hasta perderse de vista.

-Aquí no hay un alma en muchas millas a la redonda. No me gustaría tener una avería por aquí -comentó Tere.

Al llegar a Moshi, a media tarde, el paisaje cambiaba drásticamente. El pueblo, al pie del Monte Kilimanjaro estaba rodeado de selva, con una exuberante vegetación, y fluidos arroyuelos de agua clara. La montaña, oculta entre nubes, no se dejaba ver.

Pasamos la noche en el Hotel Kibo; Tere y Mary me animaron, y cenamos en el comedor. Al día siguiente era domingo, y al salir del hotel para ir a Misa, encontramos en el vestíbulo un grupo de montañeros europeos, cansados pero jubilosos; acababan de bajar del Kilimanjaro, donde habían pasado tres días, y lucían en el sombrero unas flores secas rosas y blancas que sólo crecen en la cima.

Recorrimos a pie un sendero terroso a la sombra de árboles floridos, hasta el santuario de la misión. Grupos de gente, vistiendo ropa de vivos colores, parecían surgir de las veredas trazadas entre plantaciones de plátanos, y se acercaban sonriendo tímidamente, y saludándonos en swahili. «*Jambo, habari gani?*» -Hola, ¿cómo están?-. «*Nzuri, na wewe je ?*» -Muy bien, ¿y ustedes?-, les contestamos.

La iglesia estaba repleta de gente; los bancos, muy toscos, fijos al suelo de cemento. La Misa era en swahili, lengua que el sacerdote irlandés hablaba muy bien. Todos los asistentes se unían a los cantos, dirigidos por un grupo de hombres con tambores y maracas de bambú llenas de semillas secas, que agitaban de arriba abajo balanceando los brazos al compás, y producían un atractivo susurro musical. Voces claras, en perfecta armonía, cantaban: «*Pokea, Baba, zawadi...*» Tere me dio un codazo: «Baba quiere decir Padre». «Sí, están diciendo: Presenta tus ofrendas al Padre», asentí con la cabeza. Al final, entonaron un himno a «*Maryamu Bikira, Mama wa Mungu*», la Virgen María, Madre de Dios.

Desde Moshi reanudamos el viaje por la carretera de Nairobi-Mombasa, pasando por Tsavo, la cuna de los elefantes. Miramos ansiosamente por la ventanilla para divisar uno y, finalmente, fuimos recompensadas:

-¡Allí, allí! -gritó Mary, señalando.

-¿Dónde, dónde? -replicó Tere-. ¿No veis las trompas marrones cerca de aquellas rocas?

Eran elefantes pequeños, diferentes al conocido tipo de «Jumbo», pero elefantes al fin y al cabo, a plena vista desde la carretera. También vimos cebras y alguna jirafa. A Tere le encantaban: «¡Son tan coquetuelas, con sus pestañas largas!»

Avanzada la tarde, entramos en el Kikambala, un hotel en la playa recomendado por el Dr. Batey. En un pequeño chalet pintado de blanco, rodeado de palmeras, deshicimos a

toda velocidad el equipaje, y nos lanzamos hacia el mar.

-¿Os dais cuenta? ¡Todo esto para nosotras solas! -exclamó Mary.

No había nadie más en la playa. Al retirarse las olas, cientos de cangrejos emergían y se escapaban en todas direcciones con sus torpes andares. A Tere le gustaba atraparlos, mientras Mary y yo contemplábamos el cielo de color oro, rosado, violeta, azul índigo, que se teñía de mayor intensidad progresivamente a la par que asomaban las estrellas, una por una primero y luego en racimos, hasta que toda la bóveda celeste lucía con destellos de diamantes.

-¿Dónde estará la Cruz del Sur? -se me ocurrió preguntar, recordando las historias románticas de marineros que se guiaban por ella. Ninguna lo sabíamos, pero aprendimos a identificarla.

A los quince días de tomar el sol y bañarnos en el mar, Tere regresó a Nairobi, impaciente por seguir la marcha de las obras de Kianda, y Margaret vino en su lugar. Nos trasladamos a un apartamento que nos prestaba una amiga suya, Anne King, en la zona Tudor de Mombasa. Pasadas tres semanas, yo me sentía mucho mejor y estaba deseando volver a casa.

Volver «a casa» era un decir, pues aún debíamos estar casi dos meses en la casa alquilada en Ngong Road, antes de trasladarnos a Kianda. Descubrimos entonces la razón de pagar tan poco y encargarse del cuidado de aquella casa. Llegué de Mombasa, con ánimo sereno y renovado. La primera noche me sentía tan segura que dejé la ventana de mi habitación -en el segundo piso- completamente abierta, y me acosté con toda tranquilidad. A medianoche, me despertó un ruido en la puerta de mi cuarto. Pensando que alguien necesitaba algo, pregunté: «¿Qué quieres?» Un silencio tenso, una respiración ahogada, y alguien que salta sobre mi cama y por la ventana... Aterrada, quise gritar, pero mi garganta, paralizada, no producía sonido alguno. Por fin logré arrancar una voz ronca: «¡Conchita! ¡Conchita!». En cosa de segundos, la luz se encendió, y todas entraron en mi habitación asustadas. «¿Qué ha pasado?» Deslumbrada, miré a mi alrededor y, de pronto, me di cuenta de que mi bolso había desaparecido. ¡Un ladrón!

Denunciamos el robo en la comisaría, pero la policía poco podía remediar. Los ladrones continuaron sus intentos; nosotras tomamos nuestras precauciones para protegernos por la noche. Una mañana, muy temprano, Conchita estaba mirando por una ventana del piso más alto, y vio asomar dos manos agarradas al alféizar. Dio un golpe, e inmediatamente desaparecieron las manos con escalera incluida...

Una noche, entraron por el piso de abajo. No habíamos oído nada. Sólo al día siguiente encontramos una ventana rota, cuadros y objetos diversos esparcidos por el jardín.

-¡Qué extraño! -comentó Tere-. No se han llevado nada, ni siquiera la plata, y hay mucha. Debían buscar algo concreto.

-Quizás los propietarios tuvieran armas. Mucha gente las tiene -observó Margaret.

No conseguimos averiguar lo que buscaban los ladrones, pero desde entonces no volvieron a aparecer.

En septiembre nos trasladamos a nuestro nuevo Kianda. Los muros de piedra de color crema, los marcos de las ventanas pintados de rojo, el tejado de zinc rojo, flores y arbustos rodeando la casa: todo un conjunto muy atractivo. El período de lluvia se anunciaba ya, y el cielo del amanecer estaba encapotado; las lilas acampanadas del gran árbol de jacarandá frente al bungalow contrastaban con el gris profundo de las nubes. Me gustaba ponerme bajo aquel árbol alto, bajo sus ramas extendidas, escuchando el suave rumor de las flores que formaban un tapiz a mis pies. El estimulante viento fresco soplaba silencioso y, de algún modo, me recordaba la caída de la nieve.

Aunque habíamos podido admitir a varias estudiantes asiáticas, sólo doce de las diecisiete europeas volvían a

Kianda. Las otras cinco se habían cambiado a un instituto en el centro de la ciudad, al final del primer trimestre. Esto suponía un buen golpe; y aún nos quedaba por superar la prueba del examen londinense de Pitman, en diciembre. La falta de confianza demostrada nos causó una gran inseguridad a Tere y a mí. Sin embargo, nos sirvió a todas de acicate para hacer las cosas bien. El trimestre empezó con buen pie: con el máximo número de matrículas. Tere perfeccionó sus lecciones de mecanografía, marcando el ritmo con un martillo de madera; de vez en cuando castigaba a una alumna traviesa con un severo: «¡Vete al jardín y cuenta las flores!»

Yo daba las clases de idiomas en una minúscula sala multiuso con vistas al jardín; el sol era tan intenso que hacía palidecer los brillantes colores de la buganvilla y el verde jade de las hojas de jacarandá. Los colibrís de color azul irisado y amarillo, revoloteaban de flor en flor clavando su pico curvo en busca de néctar; el vuelo del pájaro tejedor dibujaba círculos en el aire transportando briznas de paja y hierba en el pico para construir sus nidos, que colgaban en racimos de las ramas de los árboles. Mientras las alumnas escribían, yo miraba de vez en cuando por la ventana, fascinada por el chorro de color y la incesante actividad del exterior: un contraste radical a la monotonía de los tejados urbanos que se veían desde el aula de clase en mi niñez.

Un año entero tardó en inscribirse en Kianda la primera estudiante africana. Mrs. Gecaga me llamó para decirme: «Creo haber encontrado una alumna para Kianda. Me gustaría que la conocieras. Es hija de una buena amiga mía». Nos citamos para el día siguiente en su oficina.

Cuando llegué, una joven de unos dieciocho años esperaba sentada en un banco de la calle; vestía un traje sencillo, y se agarraba materialmente a su bolso de plástico sobre las rodillas. No levantó la cabeza para mirarme. Mrs. Gecaga salió, sonriente, y nos invitó a entrar:

-Te presento a Evelyn Karungari. Quiere hacer el curso de secretariado en Kianda, ¿no es así, Evelyn? -ella asintió con la cabeza, con aire muy serio, un tanto rígido-. Evelyn es la segunda de nueve hermanos -continuó Mrs. Gecaga-, y su padre estaría muy contento de que pudiera estudiar en Kianda. Es un hombre adelantado a su tiempo. Habla inglés en casa con sus hijos, porque quiere que sepan comunicarse con extranjeros. Podrás comprobar que Evelyn es competente; North Caroline College, de los Estados Unidos, ofrece patrocinar sus estudios.

Les advertí de que no sería fácil para Evelyn, pues las demás estudiantes eran europeas y asiáticas, habían terminado la secundaria y hablaban inglés como primera lengua. La determinación reflejada en la cara y el mentón respingado de Evelyn demostraban claramente que estaba decidida a correr el riesgo. Y así lo hizo.

Evelyn pasó dos años en Kianda. Entonces estaban en la escuela las hijas de Jack Block, Lyn y Liz, y también Julie Manji, Aruna Shah y otras de conocidas familias en Kenia. Muchas de ellas venían en coche con chofer, y eran capaces de hacer grandes progresos sin dificultad. A Evelyn le suponía un gran esfuerzo.

Después de las horas normales de clase, Margaret le enseñaba taquigrafía según el método Gregg, más sencillo que el Pitman, y pasaba más tiempo practicando mecanografía y estudiando inglés. Aunque era la única alumna africana, se relacionaba con el resto como una más, y era bien aceptada por todas. Al poco tiempo de comenzar el trimestre,

Doria Block me llamó: «Quiero decirte que mis dos hijas están muy contentas. Se han hecho amigas de una alumna africana, y me da mucho gusto, porque así aprenderán a no estar sólo con su reducido grupo».

Ninguna de las estudiantes se percataba de lo difícil que resultaba para Evelyn ser una más. Tuvo que afrontar muchas privaciones, pero estaba decidida a superarlas. Estudiaba mucho en Kianda y, por la noche, a la luz de un farol, leía revistas que su padre le traía.

Invitamos a sus padres a tomar el té, y les enseñamos la escuela. Evelyn les hizo una demostración de sus conocimientos de mecanografía, y tomó un dictado en taquigrafía que luego leyó. Ellos estaban orgullosísimos de su hija. Había adquirido seguridad en sí misma y sonreía con naturalidad.

Cuando Evelyn terminó el curso de secretariado en Kianda, Margaret la acompañó a una entrevista, y fue aceptada: era la primera secretaria africana empleada por la Administración Pública de África Oriental (East African Common Services).

Tampoco Tom Mboya había olvidado nuestra escuela. En cuanto su prometida, Pamela Odede, regresó de los Estados Unidos con un diploma del Western College para mujeres, en Ohio, la envió a Kianda para aprender economía del hogar y cocina occidental.

En ese momento, Margaret dirigía un curso de cocina europea para señoras, al que Pamela se unió. Alta y esbelta, Pamela pertenecía a la tribu Luo. Era más o menos de mi edad, con una sonrisa y unos modales muy atractivos. Se sentía un poco abrumada frente a su inmediato matrimonio, porque Tom era una personalidad y, además, católico practicante, mientras que ella era anglicana. Se iban a casar en la Iglesia Católica y quería conocer mejor la doctrina. Le di unas clases y fue recibida en la Iglesia Católica poco antes de la boda.

Pamela puso pronto en práctica las lecciones de Margaret en las recepciones que tuvo que organizar por motivo del cargo de Tom. «El Gobernador, Sir Patrick Renison, viene a tomar el té en casa la semana próxima. ¿Qué creéis que debería ofrecerle?» Margaret le hizo unas sugerencias. En cuanto se marcharon, Pamela le llamó para decir que todo

había salido muy bien. No me sorprendió en absoluto, pues Pamela, además de ser una anfitriona encantadora, poseía un gran sentido práctico.

Nos hicimos muy amigas, y seguí de cerca el proceso de su embarazo y nacimiento de la primera hija: Maureen. Yo solía visitar a los Mboya con cierta frecuencia, y me entretenía contemplando al bebé cuando ya se mantenía de pie en la cuna, con sus manecitas agarradas a la barra, y una carita seria coronada de *matutas* (manojos de trencitas cortas).

A Maureen le siguieron los gemelos Peter y Patrick. Patrick nació con anemia falciforme. Sus padres hicieron lo imposible, llevándolo a los mejores médicos de Kenia y del extranjero, pero no pudieron curarle. A menudo sufría fuertes ataques de dolor que volvían loca a su madre. Poco tiempo antes del tercer cumpleaños de los gemelos, Patrick tuvo que ingresar en el hospital, y unos días después Pamela me llamó para decirme que había muerto.

Me apresuré a ir a su casa. Pamela acababa de regresar del hospital y estaba desconsolada, sentada en la cama, con el cuerpo del niño cubierto junto a ella. Me senté a su lado, y me preguntó con tristeza: «¿Te gustaría verlo? Parece dormido». Más tarde, llegó un sacerdote, y la liturgia de difuntos tuvo lugar en su casa. Patrick yacía en un ataúd forrado de seda amarilla con sus juguetes alrededor.

La vida seguía su curso. Pamela tuvo otra hija, y le puso de nombre Susan. Lo pasó muy mal los primeros meses, ante el temor de que tuviese la misma enfermedad, que es hereditaria, pero no fue así. Susan era una niña graciosa, menos seria que Maureen, cariñosa y expresiva. Conservo vivo el recuerdo de mis llegadas a su casa tocando el claxon para que me abrieran la cancela, y una personita vestida con traje de lana rosa corriendo hacia mí con los brazos abiertos y gritando: «¡Tita Olga está aquí! ¡Tita Olga está aquí!»

Algunas veces Tom volvía a casa cuando yo estaba con Pamela. Era un hombre extraordinario: poseía un verdadero carisma. Siempre me sentí impresionada por su presencia, que parecía colmar la habitación cuando entraba. Invariablemente me preguntaba: «¿Cómo va la escuela?» Casi siempre iba directamente a su despacho; alguna vez se quedaba a charlar con Pamela y conmigo sobre sus hijos, sobre los últimos acontecimientos de su trabajo o sobre Kianda. En alguna ocasión hablaba de sus experiencias de discriminación racial en el período colonial.

-Una vez -nos contó-, uno de mis colegas en el Departamento de Sanidad, se había ido de vacaciones; yo estaba analizando muestras de leche, y entró una señora con una muestra para hacer la prueba. Miró por todas partes sin decir palabra. Le dije: «Buenos días, señora.» Volvió la cabeza, y me preguntó, mientras me atravesaba con la mirada: «¿No hay nadie aquí?» Otro día, un inspector me pidió acompañar a una señora hasta la oficina que buscaba; cuando hice ademán de entrar en el ascensor, exclamó furiosa: «¿Cree usted que voy a subir en un ascensor con ese *boy*?» (*Boy* tenía entonces una connotación despectiva).

Resonaba en mis oídos la enseñanza del Padre: todos somos iguales, y los africanos merecen que se les trate maravillosamente bien. Yo quería poner todo mi empeño en

compensar aquellos indignos menosprecios.

13. *Uhuru!*

En la primera década de los años cincuenta, la lucha por la independencia se extendió a todo el continente africano. Cuando alcanzó Kenia, los ataques de los guerrilleros Mau Mau contra los colonos británicos fueron particularmente violentos; muchos de los Mau Mau se habían adiestrado en lugares lejanos, como Birmania, donde fueron reclutados por los propios británicos durante la segunda guerra mundial.

En 1952, el gobierno colonial declaró el estado de emergencia, y en 1953 encarcelaron a Jomo Kenyatta, por considerarlo una especial amenaza. El gobernador Patrick Renison lo definía como «líder que conduce hacia las tinieblas y la muerte.» Con él fueron también detenidos otros defensores de la libertad: Bildad Kaggia, Achieng Oneko, Paul Ngei... Lo cual sólo sirvió para unificar a todo el país tras Kenyatta, provocando un gran clamor por su libertad. Libertad que no tuvo lugar hasta 1961, después de las elecciones generales.

¿Qué tipo de persona era Kenyatta? ¿Por qué producía semejantes reacciones?

Era un hombre fuerte, corpulento, con ojos penetrantes, amplia frente y facciones duras; irradiaba un aura de poder que llegaba a ser intimidante. Era un auténtico líder, dotado de una personalidad magnética. La gente le reverenciaba, y le llamaba «*Baba Taifa*» (Padre de la Nación) o «*Mzee*» (el Veterano, el «*Eider*», Patriarca y Jefe del pueblo).

Mrs. Gecaga vino a vernos a los pocos días de la liberación de Kenyatta, en agosto de 1961. «No creo que haya ninguna revuelta, nos dijo, pero si la hubiera, todas vosotras os venís a mi casa». Pese a los temores, la transición se llevó a cabo pacíficamente.

En enero de 1962 Kenyatta fue elegido para formar parte del Consejo Legislativo, como diputado por Fort Hall (Murang'a) cuando el titular le cedió su puesto. Inmediatamente, empezó a arengar al pueblo en pro de la reconciliación entre razas y grupos étnicos. Kenyatta dio prueba de ser no un líder hacia las tinieblas y la muerte, sino más bien el padre y símbolo de la nueva nación.

Kenia llegó a tener gobierno propio el 1 de junio de 1963, dirigido por la Unión Nacional Africana de Kenia (KANU), con Kenyatta como Primer Ministro, y Tom Mboya, Ministro de Justicia y Asuntos Constitucionales. La fecha para la proclamación de la total independencia se fijó en el 12 de diciembre de 1963.

Una atmósfera de euforia se dejaba sentir por doquier, y el pueblo se preparaba para la celebración de su anhelada libertad. Kenyatta apelaba a «*uhuru na kazi*», libertad y trabajo; pero no todos lo entendían. Se decía, por ejemplo, que se estaban vendiendo

fotografías de casas y coches pertenecientes a europeos, con esta frase: «para ti después de la independencia». Aquello no dejaba de ser alarmante; rezar era lo único que nosotras podíamos hacer para que, con el tiempo, el pueblo llegara a comprender que sólo por el trabajo esforzado se consigue forjar una nación fuerte.

A causa de estos acontecimientos, una cierta inseguridad flotaba en el aire. Una tarde de los primeros días de diciembre, el Consiliario llamó para decirnos:

«El Padre quiere que os trasladéis a vuestra casa, en la zona de la administración doméstica de Strathmore College. Le preocupa la vulnerabilidad de vuestro bungalow, tan cerca de la *reserve*. Deberíais ir allí esta misma noche». Aquella casa era uno de los pisos de las tres plantas del edificio de piedra de Strathmore, que constituía una verdadera fortaleza.

Transmití enseguida la noticia a Tere y a Cuca:

—El Padre quiere que vayamos a vivir ahí; iremos esta misma noche.

-¿Todas vosotras? ¿Por qué? -exclamó Cuca, atónita.

Empaquetamos los efectos domésticos y nuestras cosas personales, y lo transportamos a Strathmore College en varios viajes; luego cerramos las clases con llave. Cuando llegamos a última hora de la tarde, recibimos una calurosa bienvenida y, con buen humor, nos instalamos en las habitaciones individuales que, desde ese momento, alojarían a tres personas.

Todas las mañanas íbamos a Kianda, y volvíamos por la tarde, después de dejar todo cerrado con llave y un guardián de vigilancia. Un día, cuando aún estábamos desayunando, recibimos una llamada urgente de Absalom, el vigilante: los ladrones habían entrado por la noche. A toda prisa, fuimos en coche a Kianda, preguntándonos cómo había podido ocurrir, ya que todas las ventanas tenían barrotes.

Absalom nos estaba esperando en la puerta, pero no vimos nada extraño. Él nos llevó a la parte de atrás, y señaló dos grandes agujeros en las ventanas y los barrotes forzados, con el espacio suficiente para pasar las máquinas de escribir: las ocho que teníamos habían desaparecido. Absalom estaba avergonzado, pues no había oído nada.

La mecanografía era el punto fuerte del programa de secretariado, y comprar otras resultaba caro. «Supongo que las tendrías aseguradas, ¿no?», afirmó Agnes Lavelle después de oír lo sucedido. No era éste el caso, y aprendimos la lección.

Además de reemplazar los barrotes, hicimos instalar contraventanas de madera en las clases de mecanografía; Mr. Singh, el contratista, convirtió una de las duchas en caja fuerte, con estanterías y puerta de acero. A diario, por la tarde, Tere y yo llevábamos a cabo la ceremonia de transportar las nuevas máquinas de escribir en un carrito, desde la clase a las estanterías de la caja fuerte, y repetíamos la operación inversa, por la mañana. Desde entonces ninguna desapareció.

A medida que el 12 de diciembre se acercaba, el júbilo del que disfrutaba el país crecía con ímpetu. Jomo Kenyatta supervisaba los preparativos y animaba a todos. «No cejemos en nuestros esfuerzos por construir el país -repetía sin cesar-. Trabajemos para crear una nación nueva con una sola alma, sin diferencias de raza, tribu, clase, cultura o lengua. *Harambee!* (¡Todos a una!)».

Era muy emocionante asistir al nacimiento de una nación. Cada día surgía algo nuevo.

-Hoy ha salido una edición especial de sesenta y cuatro páginas -anunció Carlota agitando el periódico-. Reproduce el dibujo de la bandera nacional -y siguió leyendo-: «El Presidente Kenyatta diseñó personalmente los colores de la bandera mucho antes de que los kenianos supieran que iban a ser independientes. Los escogió como símbolo para toda África: negro, para significar el pueblo africano; verde, la fertilidad de la tierra que les sustenta; rojo, por la sangre de los africanos defensores de la libertad derramada para liberar a la Madre África de la esclavitud colonial».

Conchita transcribió las palabras del himno nacional y, en cuanto tenía un rato, se iba al cuarto de estar, para oír el disco y aprender la letra con la música. «Escucha», me decía, reteniéndome cuando pasaba por allí, y me leía los versos, cuya traducción dice:

Oh Dios de toda la creación,
Bendice esta nuestra nación.
Sea la justicia nuestra defensa y escudo.
Háznos permanecer en la unidad,
En la paz y en la libertad.
Grandes riquezas encierran nuestras fronteras. Levantémonos unánimes,
Con corazón noble y fuerte.
Que servir sea nuestro sincero afán,
A Kenia, nuestra patria,
Patrimonio de esplendor,
Y firmes nos mantengamos en defenderla.
Al unísono todos,
Unidos en lazo común,
Construyamos juntos nuestra nación
Y la gloria de Kenia,
El fruto de nuestra labor,
Colme de gratitud nuestro corazón.

-¿Verdad que es precioso? -afirmaba Conchita-. Los kenianos respetan a Dios. Dios debe quererles mucho, porque no ha parado de llover en todos estos días, y la lluvia es para ellos señal de su bendición. Esperemos que cese de caer agua para la celebración del día 12. Va a venir el Duque de Edimburgo y tendremos tres días de fiesta. Toda la ciudad está llena de banderas y carteles; han colocado grandes arcos en las carreteras ostentando la inscripción «UHURU» (libertad).

El 11 de diciembre, Jomo Kenyatta se desplazó hasta el aeropuerto para recibir al Duque de Edimburgo. Llevaba en la solapa el emblema de KANU (Unión Nacional Africana de Kenia): un gallo, el que anuncia el amanecer del día. El Duque lo observó con interés, y Kenyatta, con una amplia sonrisa, se lo quitó para prenderlo en su chaqueta.

«Medianoche. La bandera ondea en lo alto. ¡KENIA ES LIBRE! Una inmensa multitud concentrada en la *Independence Arena* de Nairobi da la bienvenida, con estruendosas aclamaciones, a la nueva nación de África. A las doce y un minuto de la

noche, Kenia ha entrado a formar parte de los Consejos del mundo; simultáneamente la enseña verde, roja, negra y blanca, irrumpe ondeante donde unos minutos antes enarbolaba el emblema de la Union Jack». Así se leía en el periódico *Daily Nation*, en su edición del 12 de diciembre.

Todas juntas, en nuestro cuarto de estar, permanecíamos como pegadas al asiento frente a la televisión en blanco y negro. El locutor transmitía: «A las doce en punto, las luces se apagan de repente en el Estadio. En completa oscuridad, dos militares hacen descender el emblema de la Union Jack. Unos minutos después, las luces brillan de nuevo y, en su lugar, se iza lentamente la bandera de Kenia».

En este momento, Encarnación despliega una gran bandera hecha por ella, y todas vitoreamos alegremente. La banda militar, con uniformes de gala, yelmos con penachos de piel de mono *colobus*, y sus instrumentos de cobre relucientes, entonan el himno nacional. Los fuegos artificiales estallan, y mucha gente rompe a llorar de emoción.

-¡Conchita, estás llorando! -exclamó Mary.

-¡Claro! -contestó Conchita, impertérrita.

Mrs. Gecaga nos había traído invitaciones para la celebración en el jardín del palacio gubernamental. Allí pude saludar al Presidente Kenyatta y a su esposa, Mama Ngina. Me impresionó la mirada penetrante de sus ojos, que parecían taladrar. Era, sin lugar a duda, un gran estadista. Durante los quince años de su gobierno, Kenia se desarrolló a pasos agigantados, consiguió un cierto grado de unión nacional, y toda la región gozó de un oasis de paz.

Al grito de «*Harambee*» -eslogan asociado para siempre al padre de la nación- Kenyatta invitó a todos los no-africanos dispuestos a cooperar con el nuevo gobierno a permanecer en Kenia, y a trabajar codo con codo para construir nuestro país.

Veinte años después de su muerte, aún representa una formidable figura para historiadores y estudiosos. Kristina Kenyatta, antigua alumna de Kianda, manifiesta sus propias reflexiones en una conversación grabada, que me autoriza a citar aquí.

«Mi madre, nos cuenta, había ido a verle a Lodwar -en el Norte de Kenia, donde estaba la prisión-, y me reuní con ellos un poco más tarde. [...] Yo tenía sólo siete años. Cuando llegamos allí nos tuvieron que presentar, porque no sabía quién era mi padre entre aquellos cinco hombres; había estado encarcelado desde que yo tenía seis meses. Lo que recuerdo con mayor claridad es cómo consiguió recuperar el tiempo perdido en tan difíciles circunstancias, y sin ningún medio económico. A las chicas nos enseñó a realizar tareas que habitualmente sólo aprenden los chicos. No discriminaba en absoluto: quería que sus hijas y sus hijos recibieran igual preparación para la vida. Otro de sus intereses era la Educación. Dedicaba horas a leernos libros, y nos exigía corrección en el lenguaje, especialmente en inglés (...) A pesar de su intensa actividad -Kenia era entonces una nación muy joven-, él pasaba mucho tiempo con su familia».

Al parecer, Kenyatta era un hombre con gran sentido religioso. «Era madrugador, relata Kristina, solía levantarse a las cinco de la mañana, subía al torreón, que gozaba de una magnífica vista sobre el Monte Kenya, y se quedaba solo un buen rato (...). Dedicaba este tiempo a meditar. Nunca quiso adherirse a ninguna religión o iglesia concreta, pues

se sentía vivamente el representante de las aspiraciones de todos y cada uno: él era el padre de la nación».

¡Y qué nación!

Kenia es un país de extraordinaria belleza con asombrosa variedad de paisajes. Sus inmensas sabanas alojan una de las más impresionantes faunas del mundo: leones, leopardos, guepardos, elefantes, jirafas, toda clase de antílopes. Innumerables especies de aves. Los flamencos del Lago Na-kuru ofrecen un espectáculo increíble. El Cañón del Gran Valle divide Kenia en dos partes; sus escarpadas pendientes, colinas y lagos, salpicados a lo largo y a lo ancho del terreno superan toda posible descripción: hay que verlos.

Sin embargo, para mí lo más importante han sido siempre las personas, entre las que he forjado amistades profundas y verdaderas a lo largo de los años. Kenia se compone de más de cuarenta grupos tribales cuyas cultura y costumbres, tradición y religiones, son tan diversas y ricas como sus integrantes.

Con el paso del tiempo, los africanos han aprendido a valorar la educación. Un maestro de escuela -*mwalimu*— es muy respetado. Por ejemplo, el Presidente del vecino país, Tanzania, Julius Nyerere, se preciaba de ser profesor, y era conocido como Mwalimu Nyerere. Los que habíamos venido al país como colaboradores en la enseñanza estábamos en buena posición para imprimir un cambio real en las vidas de un amplio sector de gente. El espíritu del Opus Dei -cristianismo vivido en las circunstancias ordinarias de la vida corriente y en el trabajo- convergía admirablemente con la llamada a *uhururu na kazi*, libertad y trabajo, y *harambee*, todos unidos.

La escuela profesional -nutrición, cuidado del hogar- en Strathmore, había llegado a ser una especie de «Harambee», con treinta alumnas de tribus diferentes. Florence Auma, Frida Mudimo y Priscila Nekesa eran Luhyas, procedentes del Lago Victoria; Mary Nduku, Mary Mumbua y Anastasia Ka-titi, de la tribu Kamba; Roselida Atieno y Margaret Akinyi, Luos, de la provincia de Nyanza. En un primer momento se sentían retraídas y temerosas de vivir y trabajar con chicas de otras tribus, tribus que desconocían y sólo habían oído mencionar como enemigas. No tardaron en olvidar sus diferencias, y se unieron entre sí con absoluta libertad, intercambiando el aprendizaje de canciones y danzas típicas de cada región.

Por aquel entonces, no era corriente la mezcla de razas o tribus, y las chicas llamaban la atención en sus salidas por la ciudad. Alguna vez se oía comentar de paso a a alguien que se las daba de enterado: «Son de Strathmore». Un día, Willi-mena Indakuli, Luhya, charlaba y reía animadamente con otra alumna; se encontró con una amiga, que le cogió del brazo para apartarla, y le dijo: «Pero, ¿cómo puedes reír tan a gusto con *esa* chica Kamba?»

Las excursiones en furgoneta siempre terminaban con el mismo tono alegre. En cuanto divisaban la piedra gris de Strathmore, empezaban a cantar a pleno pulmón el «*Home again*»:

En casa, de nuevo en casa,

Vuelvo a ver de nuevo mi casa,

Vuelvo a ver mi querido hogar,
Nunca olvidaré mi hogar.
Cuca está ahí,
Mila está ahí,
Florence está ahí...

La canción continuaba hasta nombrar a todas las que les esperaban, o hasta que el coche se paraba a la puerta.

Florence Auma venía de una tribu Luhya. Un tío suyo la había traído. Cuando llegó a Strathmore, se manifestó un tanto distante un cierto tiempo, pero pronto se rompió el hielo y vino a ser una más en la casa. «Al principio no me gustaban las clases prácticas, porque me parecían un trabajo demasiado duro, le dijo a Cuca esbozando una tímida sonrisa. Pero luego conocí el Opus Dei y aprendí que el trabajo se puede ofrecer y santificar. Nunca olvidaré este sitio. Los africanos nos queremos mucho porque somos africanos; creía que los europeos no nos querían, pero aquí es diferente. Ustedes nos quieren incluso más de lo que nos queremos entre nosotros. Esto lo he visto yo».

El período de Navidad se acercaba, y las alumnas debían tener vacaciones. Sin embargo, el trabajo de la casa continuaba como de costumbre.

-¿Cuándo queréis ir a casa para las vacaciones? -preguntó Tere a Florence Auma y a Mary Mumbua.

-¿Se van ustedes a sus casas? -fue la respuesta.

-No -contestó Tere, sorprendida.

-Bueno, pues nosotras tampoco nos vamos -concluyó Florence con determinación.

El 6 de enero de 1963, Florence y Mary fueron las dos primeras africanas que decidieron pedir la admisión en el Opus Dei. La semilla recién plantada daba ya sus primeros frutos. Al Padre le dio gran alegría; la noticia le llegó el día de su cumpleaños, el 9 de enero, y dijo que éste había sido el mejor regalo que podría haber recibido.

Cuando las primeras alumnas terminaron sus prácticas profesionales, les ayudamos a buscar empleo en escuelas u hospitales de los pueblos, pues en Nairobi sólo los hombres ocupaban estos puestos. Era sólo un comienzo, pero el éxito de estas chicas fue estimulante; a una la ascendieron en seguida a supervisora en su escuela. Se mantenían en contacto con nosotras y, de vez en cuando, llamaban para pedir consejo: «La semana que viene hay una reunión de directores, y han pedido que sirvamos unos refrescos. ¿Qué debemos ofrecerles?».

El curso práctico iniciado con la administración doméstica de Strathmore dio origen a Kibondeni School of Institutional Management, (escuela para la formación profesional en Administración de Instituciones), la primera de su género en Kenia.

Invité a Pamela Mboya -la esposa del Ministro de Justicia- a visitar Kibondeni, y se quedó muy impresionada.

«Tenemos que vernos más a menudo - me dijo después-. Estoy asombrada de cómo todas vosotras estáis empeñadas en ayudar. Quiero saber por qué hacéis todo esto».

Me hizo muchas preguntas aquel día: «¿No te importa haber dejado tu país para venir al nuestro, donde todo está por hacer y en medio de tantas dificultades?» «¿Tú crees que

habrá aquí muchas personas que se unirán a vosotras?» «¿Qué haréis cuando haya muchas africanas en el Opus Dei?». Y añadió: «Sentiría mucho que os marchaseis, porque sois parte de este país: habéis contribuido a poner los cimientos». De todo corazón le aseguré que quería mucho al país, y tenía toda la intención de quedarme.

14. *Uhuru* también para las mujeres

Kenia era un país dominado por hombres; aunque me di cuenta de que, por encima de sus modales modestos y callados, las mujeres constituían la espina dorsal de la sociedad africana. A mí me parecía heroico el duro trabajo que llevaban a cabo en silencio, con reciedumbre y paciencia, empeñadas en sacar adelante la familia a toda costa. Sin embargo, en general, los hombres no valoraban a las mujeres, y sus sacrificios se daban por supuestos, excepto en el caso de sus propias madres.

La primera vez que pude comprobar esta excepción fue cuando Mrs. Jemimah Gecaga me llevó a visitar a su hermano, el Dr. Njoroge Mungai. Vivía en una casa muy elegante en las afueras de la ciudad, y su madre había ido a pasar una temporada con él. De la tribu Kikuyu, era una mujer del campo, sencilla, iletrada; pero su hijo la trataba con gran respeto y deferencia, y ella era claramente el centro de la familia. Su rostro curtido por la intemperie y las manos callosas daban prueba de una vida de trabajo duro, pero su corazón maternal seguía entregándose.

-Los hombres respetan mucho a sus madres, ¿verdad? -comenté después a Mrs. Gecaga.

-Sí -me respondió-. Suele ser la madre la que cría a los hijos, y paga su educación con las ventas de la *shamba* (huerta). Los hombres deben aprender a respetar a sus mujeres, y esto sólo puede suceder cuando las mujeres sean libres, y no estén supeditadas a los hombres. Hasta ahora, la libertad ha sido para los hombres, pero *uhuru* es también para las mujeres. Nuestras mujeres necesitan cultura, porque ¿de qué sirve ser libre si la ignorancia y la pobreza les mantiene todavía atadas?

El tema de la educación surgía una y otra vez. Kenyatta, por ejemplo, según nos contaba Kristina, trataba a sus hijas como si fueran chicos, preparándolos igualmente para la vida. Tom Mboya en su libro *Freedom and After* (London: Andre Deutsch, 1963), «Libertad y Futuro», expresa su inquietud por la educación de las mujeres: «Cuando se estudia la ‘pirámide’ escolar en Kenia -y en cualquier país de África-, lo más triste es constatar el elevado número de los que abandonan a los cuatro, ocho o doce años porque no hay escuelas -y menos aún profesores- capaces de conducirlos a un nivel superior».

Con referencia a la mujer, leemos: «Deberíamos ser conscientes del papel que la mujer puede jugar en el momento de la independencia. Tendrán un puesto que desempeñar en la enseñanza, en el desarrollo agrícola, en las empresas, en hacerse cargo de responsabilidades civiles, en los sindicatos, en los partidos políticos en los que, ellas

especialmente, pueden alentar un ánimo estimulante. Yo veo el papel de la mujer africana, no sólo en el reto individual de crear una familia y una sociedad culta, especialmente en las áreas rurales, abandonadas por los hombres que se trasladan a la ciudad; a las mujeres corresponde también la tarea común a todos los ciudadanos de tomar parte en el desarrollo global del país».

Entre las responsabilidades civiles estaban las secretarías; pero Kianda tenía aún pocas estudiantes africanas. Conseguida la independencia, los Servicios Civiles Coloniales habían cesado, y tanto el gobierno como las empresas amenazaban sucumbir por falta de personal cualificado. El pequeño número de alumnas formadas en Kianda se encontró de repente muy solicitado, y fueron pronto promocionadas a puestos de responsabilidad como secretarías personales. Aun cuando esto fuera sólo una gota en el océano.

«Se necesitan secretarías africanas, nosotras podemos formarlas, pero ellas no tienen medios para costear el curso: ésta es la cuestión», comenté un día con Tere y Cuca, mientras estudiábamos la situación. Cuca formaba ahora parte del personal de Kianda, desde que Margaret se puso enferma y tuvo que regresar a Inglaterra.

«Algunos padres podrían pagar, si realmente quisieran -observó Tere-, pero, ¿cómo convencer a un campesino granjero de que pague una matrícula para que su hija sea secretaria, y trabaje luego en una oficina con hombres? Esto va contra todas las tradiciones. Las chicas no deben aparecer en compañía de hombres hasta que se casan».

«Es un círculo vicioso, ¿verdad? -asentí yo-. Aprender para ser libre, libertad para recibir educación...» Recordé entonces mi conversación con Jemimah Gecaga.

«Evelyn Karungari fue becada por North Carolina College. Quizás podamos obtener otras subvenciones semejantes -anotó Cuca.

«Sí, pero se trata de casi todas las africanas que deseen venir a Kianda -añadí-. ¿Qué esperanzas hay de conseguir becas para todas ellas?»

Poco después, Tere encontró un anuncio en el periódico: la Compañía de Ferrocarriles y Puertos del Este Africano (EAR&H) ofrecía enseñanza gratuita para la formación de técnicos, con la condición de permanecer luego como empleados en la compañía por un cierto tiempo. «¿No os parece que Kianda podría participar de este programa?». Era, sin duda, una buena idea.

Fuimos a ver al gerente de EAR&H, Mr. Hobson; aceptó incluir el secretariado como parte de su programa e, inmediatamente, acordó financiar diez plazas. Las condiciones eran increíblemente favorables. Ellos sufragaban todo el coste de la enseñanza y estancia, incluso el dinero para gastos personales, y las estudiantes tenían la seguridad de contar con un puesto de trabajo al terminar el curso. «Sólo les pido -nos dijo- que ustedes mismas hagan una primera selección y nos envíen a las mejores candidatas para elegir. Tengan en cuenta que trabajamos en el Este Africano y, por lo tanto, nos interesa personal de todas las regiones».

«Esto quiere decir que hemos de visitar escuelas en diferentes partes del país e informarles sobre nuestro curso en Kianda». Cuca estaba entusiasmada con la idea. «Es otra cosa que las chicas tengan todo pagado, incluso el dinero para sus gastos. Podemos explicar a los padres que esta carrera profesional es muy respetable, y que sus hijas

estarán seguras con nosotras...» De pronto, se quedó callada, y luego preguntó: «¿Dónde residirán las estudiantes? Es lo primero que querrán saber».

Me acordé de que la residencia del Royal Technical College, donde yo había enseñado, estaba medio vacía. «Hablaré con Miss Janisch, la supervisora de los dormitorios. Quizás nos pueda alquilar uno de los pisos en una de las residencias femeninas».

Miss Janisch se mostró receptiva, y aceptó arrendarnos uno de los pisos, siempre y cuando una persona de Kianda actuase como supervisora, y se hiciese responsable del cuidado y disciplina de las estudiantes.

Las circunstancias concurren a efectos de encontrar la persona adecuada.

Desde el comienzo de la escuela, estuvimos constantemente amenazadas con el problema de no encontrar profesora de taquigrafía permanente. Audrey Leitch se despidió a los dos años porque trasladaron a su marido a Nigeria; desde entonces no habíamos conseguido emplear a nadie de manera estable. No podíamos seguir así, y decidimos solicitar una profesora de Irlanda.

Constance Gillan, oriunda de las islas Aran, era Agregada del Opus Dei, es decir con la misma vocación que una Numeraria, sólo que más condicionada en su actividad por obligaciones familiares o profesionales. Constance aceptó venir a Kenia, aunque no era secretaria sino profesora graduada, y tenía más de cuarenta años. A fin de prestarnos la ayuda requerida, debería pasar un año en Dublín, estudiando el método Pitman y preparando el examen para obtener el Diploma de Profesora de Taquigrafía, además de aprender a conducir. Cuando viniera a Kenia, podría vivir en el apartamento de la residencia destinado a la supervi-sora, y ocuparse de las estudiantes.

-¿Cómo podrán ir y venir a Kianda desde la residencia? -comenté con Cuca- El transporte público no es muy de fiar, y estamos a seis millas del centro de la ciudad.

-Sí, ya he estado pensando en eso -contestó Cuca. Necesitamos un mini-bus. Sé de uno que está en venta. El problema va a ser encontrar un conductor.

Compramos la furgoneta, y Cuca se dirigió a la Oficina de Empleo en busca de conductor. Allí descubrió a Cefa Ndeda, del oeste de Kenia, quien en seguida se integró con el resto del personal. Conducía la furgoneta de color azul marino como si el honor de Kianda estuviese en juego, enorgulleciéndose de que no le rozara ni un araño. Las estudiantes le llamaban «el Rapidillo», por su lentitud y prudencia.

Ndeda, como todos los hombres de Kenia, estaba ávido de noticias. El día que escuchó en la radio la llegada del primer hombre a la luna, manifestó abiertamente su indignación: «¡Han recorrido todo el camino hasta la luna, sólo para recoger *mchanga*, (¡un puñado de polvo del suelo!)»

Tere y Cuca viajaron con él para visitar las escuelas de las diferentes misiones a orillas del Lago Victoria, en busca de alumnas; al cabo de tres días regresaron, contando sus múltiples aventuras.

-¡Estuvimos de pie sobre la línea del Ecuador! -repetía Cuca entusiasmada-. Está señalada sobre un gran tablero con un mapa de África. Hice algunas fotos, y espero que salgan bien.

-Ndeda, condujo con mucho cuidado -dijo Tere-, y nos protegió continuamente. Cuando le sugeríamos parar un rato en un sitio que no le parecía conveniente, Ndeda se negaba: «no es un lugar seguro», afirmaba.

Cuca sonreía con aprobación.

-En las misiones reina una gran hospitalidad -continuó Tere-. Tienen siempre una casa y un plato en la mesa preparados para los huéspedes. Hablamos con las directoras de las escuelas, y les explicamos el curso de secretariado y las oportunidades que podría abrir a las chicas, así como la formación cultural y espiritual que les ofrecíamos, tanto por medio de la capellanía de la residencia como por la relación con estudiantes de otras razas y tribus. Les gustó mucho la idea, al ver la posibilidad de dar así continuidad a su propia labor.

Nos dejó realmente impresionadas la labor realizada por los misioneros. Pese a obstáculos increíbles, su intrepidez había logrado poner los cimientos del cristianismo, de la educación y del desarrollo humano, sobre los que otros, incluido el gobierno, podían ahora edificar. Los misioneros han trabajado durante más de cincuenta años por toda Ke-nia, trayendo consigo el cristianismo desde Mombasa a Nairobi y al oeste keniano. Cada una de las misiones tenía su propia iglesia, construida con ayuda de los aldeanos, junto a una rectoría, una escuela, y a veces un dispensario y un convento. Todos los pueblos del entorno se preciaban de mantener una floreciente comunidad cristiana.

-¿Qué tal las niñas? ¿Tuvisteis ocasión de hablar con ellas? -pregunté a Cuca, a punto de explotar por contarnos todas sus experiencias.

Fue Tere quien contestó:

-Sí, y ellas nos interrogaron a nosotras. Después de darles una charla seria, nos quedamos en la sala para responder a sus dudas, y no pararon de hacernos preguntas: «¿Es verdad que hay *wazungus* (chicas europeas) estudiando en Kianda? ¿Dónde viven las estudiantes? ¿Hay que ponerse uniforme?». Les dije que no era necesario llevar uniforme, porque se esperaba que vistiesen como lo harían en una oficina, y eso constituía una parte de su aprendizaje. Mostraban curiosidad sobre nuestra manera de vestir, nuestro peinado y arreglo personal, porque las únicas *wazungus* que conocían eran las misioneras.

-¿Alguna de las chicas quería inscribirse?

-¡Oh, sí! Creo que todas van a hacer la solicitud. Kianda les ha abierto un nuevo mundo. Pasado el año de estudios, esas chicas van a ganar un salario superior a lo que los padres hayan podido soñar. El problema va a estar en la selección.

-¡A ver cómo podemos admitir más estudiantes! ¿No creéis que sea posible conseguir un mayor número de becas para Kianda? -sugirió Cuca-. ¿Qué tal si vamos a ver al alcalde de Nairobi? Seguramente se necesitan secretarias en el Ayuntamiento.

Mr. Charles Rubia era ahora el alcalde. Tere y yo pedimos cita para verle, y nos recibió como a viejas amistades. Cuando le propusimos patrocinar la formación de futuras secretarias, aceptó inmediatamente la idea. «Esto puede resolver un grave problema, pues la mayor parte de nuestras secretarias eran extranjeras residentes en

Kenia y han abandonado el país. Lo voy a consultar con los concejales, y creo que podéis contar con obtener una subvención de nuestra parte». Le quisimos expresar nuestro agradecimiento, pero nos cortó en seco, diciéndonos: «Nos conocimos cuando vosotras no erais nadie y yo no era nadie».

El Concejo Municipal de Nairobi aceptó patrocinar el programa y me pidieron formar parte del comité de selección. Fue ésta una penosa experiencia para las jóvenes. Venían directamente desde sus escuelas en el interior del país para participar en las entrevistas, que tenían lugar en el primer piso del imponente Ayuntamiento. Esperaban en los bancos que había en el pasillo, y les hacíamos pasar, una por una, a la gran Sala de Juntas revestida de paneles de madera. Cada una de ellas entraba sola, debía caminar un buen trecho sobre la alfombra de color rojo, hasta sentarse frente a una enorme mesa de caoba; al otro lado de la mesa, una fila de caballeros bien plantados y varias señoras -yo entre ellas- las observábamos.

Cada componente del jurado le hacía una o dos preguntas, y tomaba notas en su cuaderno: «¿Por qué quieres hacer el curso de secretariado? ¿Sabes lo que es el Ayuntamiento? ¿Piensas casarte pronto?». Yo hacía todo lo posible para mostrarme acogedora y darles ánimo, y preguntaba cosas sencillas; las chicas sudaban, retorcían los pañuelos contra la falda, y raramente levantaban la mirada.

En abril de 1965, el alcalde y unos cuantos concejales vinieron a Kianda en visita oficial. Para divertir a las estudiantes, Mr. Rubia se puso a escribir a máquina, y Cuca le dio una lección improvisada. Después hizo un pequeño discurso, que fue difundido por radio y televisión: «Si Kianda está hoy en la vanguardia de las más avanzadas instituciones dedicadas a la educación de las mujeres, es porque ha trabajado con todos y para todos».

El plan de becas y subvenciones fue acogido por muchas compañías y organizaciones afiliadas al gobierno en todo África del Este y más allá; cientos de chicas africanas recibieron instrucción en Kianda. Asimilaron, además, los valores que les transmitimos con el espíritu del Opus Dei, de tal modo que los empresarios que las contrataban, comentaban sobre la «disciplina» -por no encontrar palabra mejor- de las secretarias formadas en Kianda. De aquí salían jóvenes educadas, mujeres competentes, de integridad cabal; y las oportunidades que se abrían ante ellas aumentaban constantemente. Las primeras beneficiadas eran las familias; una secretaria en casa suponía el inmediato ascenso en el nivel de vida, y la posibilidad de cursar estudios para todos los hermanos.

Las estudiantes estaban muy sensibilizadas con las necesidades de su familia; mientras seguían el curso, enviaban a sus casas prácticamente todo el dinero que recibían para sus gastos ordinarios.

Lucy Karigi, una joven kikuyu inteligente, con una encantadora y tímida sonrisa y ojos color caramelo, recibió una beca del Ayuntamiento de Nairobi. Le pregunté una vez:

-¿Qué piensas hacer cuando termines en Kianda y empieces a trabajar? ¿Tienes algún plan para el futuro?

-Sólo pretendo una cosa -respondió sin titubeo-, quiero ganar el dinero suficiente para construir una casa de piedra para mi madre.

Las solicitudes nos llovían, curiosas algunas de ellas. Una chica pidió «plaza en su legendaria escuela»; otra deseaba subvención porque su padre «sufría epilepsia financiera». Otros padres, en cambio, representaban el extremo opuesto de la escala económico-social. En una solicitud se leía: «Ocupación del padre: magnate de negocios», y Kris-tina Kenyatta escribió en la misma línea: «Presidente». Cuca guardó cuidadosamente la fotocopia de un cheque firmado de su puño y letra: «Jomo Kenyatta». Kristina siguió el curso en la misma clase que la hija de nuestro jardinero.

Nuestras estudiantes aprobaban con buena nota los exámenes oficiales del Pitman Institute, y Kianda recibió una carta de felicitación de la oficina de Pitman en Londres. Sin embargo, era mucho el tiempo que tardaban en calificar los ejercicios y devolverlos a Kenia; las jóvenes tenían que esperar meses hasta recibir sus certificados para poder obtener empleo.

-Es desalentador para las chicas -protestaba Cuca-. ¿No podríamos pedir al Ministerio de Educación su autorización para que Kianda pueda otorgar sus propios certificados?

-Creo que podríamos intentarlo -le contesté-. Después de todo, Kianda tiene ya una buena reputación. Pediré una entrevista con el Ministro de Educación y se lo propondré.

El Ministro, un kikuyu de mediana edad, me recibió en su despacho con gran cortesía.

Acababa de empezar a explicarle el propósito de mi visita, y, echándose hacia atrás en su asiento, me interrumpió para decir:

-Usted es americana, ¿verdad?

-Sí -respondí, sorprendida.

-Todos los americanos tienen mala dentadura -continuó el Ministro, mientras me observaba de cerca-. Enséñeme sus dientes.

Yo era sensible al tema de los dientes, ya que toda la vida había tenido problema con los míos. Ahora sentí que el Ministro me hacía participar en las humillaciones que los africanos habían sufrido tantas veces. Lo acepté y no se comentó más sobre los dientes. Continué exponiéndole mi solicitud sobre los certificados de Kianda. El Ministro me aseguró que lo estudiarían, y me informarían a su debido tiempo. El mes siguiente la *Kenyan Gazette*, incluía la noticia de que «La Escuela de Secretariado Kianda había sido autorizada para otorgar sus propios certificados». Kianda era ahora una escuela profesional independiente.

«Polacas, italianas, irlandesas, inglesas, kenianas, americanas, oriundas de Goa, kikuyus, luhyas, tavetas, luos, is-maelíes, hindús, punjabis, ¿qué pueden tener en común todas estas nacionalidades, tribus y sectas?». Así comenzaba un artículo sobre Kianda College publicado en un diario de Nairobi. El Padre nos había dicho que nuestra escuela debía ser multi-racial, sin discriminación alguna respecto a raza, religión o lengua: esto era ahora una realidad tangible.

Parviz Merali y otra estudiante eran ismaelíes; durante el Ramadán, que tiene lugar en el noveno mes del calendario musulmán, guardaban un estricto ayuno, sin comer ni

beber nada en todo el día. Esto podía ser especialmente costoso durante los meses de mayor calor.

-Vosotras lo ofrecéis por vuestra religión, ¿verdad? -les pregunté.

Ambas asintieron con un movimiento de cabeza, y Par-viz dijo:

-Los católicos también ayunáis, ¿no? Es bueno que todos hagamos sacrificios por Dios.

Una tarde, mientras las chicas estaban calculando la velocidad de su mecanografía en un examen, Tere asomó la cabeza a mi despacho, y dijo con una sonrisa: «¿Sabes de lo que me acabo de dar cuenta? Por bien que una persona hable otro idioma, cuando se trata de contabilidad, cada una lo hace en la lengua materna. Shobhna cuenta en un dialecto indio, Helen Nzuki en kikuyu, Maitena en francés, Pramila en cathchi, Robinah en luo, Alicja en polaco, Rose Munubi en kikamba, Agnes Kwenge en luganda, Celine en swihili... ¡De veintitrés estudiantes, sólo tres están contando en inglés!»

A fin de informarles sobre temas de actualidad y oportunidades del momento, procurábamos invitar a conferenciantes cualificados. Mrs. Elise Rockart, de Boston, vino a hablarnos sobre IBM. Se interesó vivamente por el trabajo de la escuela y ofreció su colaboración, como voluntaria, para las clases de Prácticas de Oficina. Pequeña de estatura, impecable en su arreglo personal, enérgica y ejecutiva, alegre y afectuosa, Elise supuso un preciado elemento entre el profesorado. Se tomaba muy en serio la preparación de sus clases y les exigía un buen rendimiento. Ponía verdadero empeño en que las estudiantes trabajaran bien, y ellas correspondían con su esfuerzo.

Elise aprovechaba cualquier oportunidad para que las jóvenes aprendieran, aunque sus métodos eran, a veces, poco ortodoxos. Por ejemplo, la manera de cortar por lo sano la tendencia de las alumnas a quitarse los zapatos en clase, echarlos a un lado de un puntapié y, mover cómodamente los dedos de los pies. Elise no hizo comentario alguno, sino que un día entró en clase despreocupadamente, con sus libros, el aire habitual de eficiencia y control, y... descalza. Se sentó, abrió el libro y comenzó a menear los dedos. Las chicas, como hipnotizadas, no podían quitar la vista de sus pies, hasta que Elise levantó los ojos del libro y les preguntó: «¿Qué pasa?» «¡Usted no lleva zapatos!» «¿Cómo os parece mejor: con zapatos o sin zapatos?» «Con zapatos», respondieron. Y desde entonces, ninguna se los volvió a quitar durante la clase.

Otro día Elise entró en la sala con un montón de lápices enganchados en el pelo (ignoro cómo consiguió mantenerlos sujetos en su pelo liso), aparentemente impasible. Como ya la conocían, las alumnas soltaron la carcajada al verla, y... en adelante nadie volvió a colocarse los lápices en el pelo.

Corría el año 1965. Estando en un cocktail en casa de los Mboya, conocí a una señora rubia, alta, con una simpática sonrisa, que acababa de llegar de Holanda, Carlette Roeske. Su marido, Pim, había sido comisionado temporalmente como asesor del Ministro de Hacienda. Carlette estaba aburrida porque no conocía gente ni tenía mucho que hacer.

Le hablé de las clases de Kianda, y manifestó interés en enseñar francés. La invité a visitar la escuela. Después de pasar por las clases y conocer a las profesoras, Carlette

comentó: »Aquí se respira un ambiente de dedicación y entrega«. Además de dar clases de francés -también como voluntaria-, participó activamente en las iniciativas organizadas por los cooperadores del Opus Dei y amigos, para obtener fondos: tómbolas, fiestas para los niños con sus familias, meriendas...

Cuando Pim terminó su trabajo, los Roeske regresaron a Holanda. Con tristeza nos despedimos de Carlette. Poco imaginaba yo en aquel momento la gran ayuda que más adelante este matrimonio iba a suponer para nosotras.

El plan de becas y subvenciones nos puso en contacto con gente de lo más variado. Por un lado, las empresas y las instituciones gubernamentales que concedían las becas; por otro, los padres y las directoras de diferentes escuelas, sacerdotes y religiosas, que tenían alumnas que querían estudiar en Kianda. Así es como conocí al Padre Rafael Ndingi, de la diócesis de Machakos, al final de los años sesenta.

El Padre Ndingi me dijo que se iba a Washington, D.C. para continuar sus estudios.

Mis padres vivían entonces allí; así que le di su dirección y les escribí, para advertirles que quizás les llamaría. Cuando lo hizo, mi padre le invitó a pasar unas semanas con ellos; mi madre disfrutó hablando con él sobre temas de religión, y le encantó comprobar que compartían las mismas ideas. Se creó entre ellos una fuerte relación de cariño, y mis padres le consideraban como un hijo. Mi madre pintó un retrato del Padre Ndingi para su madre, y él me dijo que lo habían colocado en un sitio preeminente en el hogar de su familia. El Padre Ndingi es ahora el arzobispo de Nairobi.

Con el paso del tiempo, Kianda ha dejado huella en la vida de muchas mujeres kenianas. Y no sólo por la formación profesional, sino por la sincera y profunda amistad que se forjó entre nosotras, y que nos enriqueció personalmente a cada una. La amistad con las profesoras realzó su autoestima, la conciencia de ser personas dignas de consideración y de respeto, capaces de intercambiar una relación mutua a nivel de igualdad.

15. Kianda Residence

«Kianda es la gallina de los huevos de oro -comentó Tere en enero de 1965, mientras paseábamos en torno al edificio poco antes de comenzar el trimestre-. Cada año hay más estudiantes, abrimos un aula nueva, e incluso ahora tenemos un frondoso patio».

Así era. Un seto alto de poinsetias, que antes estaba justo fuera del bungalow, extendía ahora sus hojas rojas sobre la parcela de hierba en el centro de un patio, rodeado por una galería cubierta, con puertas que daban acceso a tres aulas de clase y otras tres de mecanografía. Parras verdes de racimos dorados, con flores agostadas de color naranja relucientes de sol, trepaban por las columnas de piedra, reptaban por el tejado rojo ondulado y caían esparcidas sobre los muros de color crema.

«Kianda es precioso, ¿no te parece? -continuó Tere-. Pase lo que pase, debemos conservar siempre este sitio». Temía el «monstruo» que estábamos a punto de construir.

Con el número de chicas que solicitaban venir a Kianda de todo África del Este y de más lejos, gracias al plan de subvenciones, el ala de uno de los pabellones del Royal Technical College resultaba ya insuficiente; sobre todo desde que esta institución tenía también más alumnas. Disponer de una residencia propia era ya un imperativo para Kianda, y decidimos construir un edificio de planta en el que se alojarían cien estudiantes, con el consiguiente personal para atenderlas. Comprometidas ya en el proyecto y aprobados los planos, teníamos que obtener los fondos. Uno de los sitios a los que nos dirigimos fue la Fundación Ford, donde Mr. Frank Sutton nos ofreció una inapreciable colaboración. Tenía fe en nuestro proyecto y nos enseñó a presentarlo en el lenguaje de los donantes.

Pronto nos dimos cuenta de que la mayor parte de las contribuciones habrían de venir del extranjero. Así pues, enviamos la solicitud a diversas organizaciones de Alemania que contribuían a financiar proyectos para la promoción de las mujeres en países del Tercer Mundo. También hicimos algunos contactos en España. Sin embargo, el dinero tardaba en llegar.

-Uno de estos días nos meterán en la cárcel por no saldar nuestras deudas -afirmó Tere, medio en broma medio en serio.

-¿Por qué no va Tere a Europa para seguir los trámites de todas nuestras peticiones -sugirió Cuca-. Explicar las cosas de palabra resulta mucho más eficaz.

-Sí, me gustaría ir -asintió Tere-. Lo peor es quedarse sentada esperando a que algo suceda.

Tere y Cuca fueron a ver al director de nuestro Banco, Ottoman Bank, para solicitar un préstamo. Era un escocés muy pragmático, y tuvieron que esforzarse para convencerle. Finalmente, les propuso: «Si consiguen financiación de otros países, el Banco aportará la otra mitad a título de préstamo».

Así se zanjaba la cuestión, y Tere preparó su viaje a Europa. El día que emprendió el vuelo en busca de ayuda monetaria, sentía el nerviosismo propio de la situación; le prometimos acompañarla con nuestras oraciones.

De camino hacia Alemania, hizo escala en Roma, donde repitió su comentario de terminar en prisión por las deudas. Alguien debió transmitírselo al Padre, porque esa tarde, cuando fue a darle su bendición, le trajo un montón de patitas de cristal de Murano y las puso en las manos de Tere, diciéndole que le recordarían las futuras vocaciones de la residencia... y que no iríamos a la cárcel.

El viaje fue todo un éxito. Una fundación alemana, constituida por aportaciones privadas, aceptó asumir la financiación del edificio, y Tere regresó con un cargamento de papeles que debíamos estudiar. En España también recibió donativos, empezando por su propia familia.

«Al final de una exposición del proyecto -nos contó-, un matrimonio me entregó un sobre, y me dijo: “lo hemos hablado con nuestros hijos, y todos pensamos que podemos prescindir del veraneo este año para que el dinero se dedique a Kianda”».

Nuestras amistades kenianas contribuyeron con su aportación y su oración. Una tarde me llamó por teléfono Pamela Mboya: «Pensé que te gustaría saber que anoche, al rezar con los niños las oraciones antes de acostarlos, Mau-reen me recordó: ¡Mamá, que no hemos pedido por la escuela de la tita Olga!»

Passy Roche, la hermana de otra amiga mía Luo, estaba muy enferma de corazón, incapacitada para salir de casa. Para ayudar a la construcción de Kianda Residence, pidió a gente conocida que le trajeran botellas vacías y periódicos usados, que luego vendía. Todos los meses, me apretaba en la mano unos cuantos chelines con una sonrisa radiante, «para Kianda».

Nuestras alumnas ayudaban también. Elizabeth Wan-jera había vuelto a Kianda para asistir a un «Refresher Course»; al llegar una mañana, entró en mi oficina con un sobre, y me dijo:

-Te traigo la mitad de mi salario del mes para Kianda.

-Pero, ¿cómo te las vas a arreglar, Elizabeth? -le pregunté-. Tu familia necesita el dinero. Puedes ayudarnos con tu oración.

-Eso ya lo hago -me contestó-. Quiero ayudar económicamente. Si no hubiera sido por Kianda y todo lo que aquí he aprendido, no tendría ningún sueldo.

Escribí a las antiguas alumnas, dándoles a conocer los planes de la residencia y solicitando su colaboración. Una de ellas, Mary Maina, respondió: «Me encantó que me pidieras ayuda para vuestros futuros planes, porque siempre sentí en mi corazón que debo a Kianda todo lo que soy, como secretaria y como mujer. ¿Qué otra cosa podría hacer además de decir “gracias”? Mis padres también me han preguntado muchas veces: “¿Cómo podemos manifestar nuestro aprecio a Kianda por todo lo que han hecho por

ti?”, y no sabía qué contestarles. Cuando recibí tu carta, me dio un vuelco el corazón. Es la ocasión de ofreceros lo poco que tengo. Adjunto la mitad de mi sueldo de este mes, y el próximo te enviaré otra mitad. Mi madre os manda verduras de la huerta».

El sábado, 26 de febrero de 1966, el contratista llegó a pie de obra; sus excavadoras empezaron a funcionar y a remover la tierra. Nosotras observábamos con admiración cómo se iban asentando los cimientos, se implantaban las columnas bien rectas, y se levantaba paulatinamente el edificio. Los planos arquitectónicos, sin relieve sobre el papel, iban adquiriendo su forma tridimensional. Mientras tanto, nosotras dábamos nuestras clases al compás de tractores y excavadoras.

Poco después del inicio de las obras, el capataz, un indio Singh tocado con un gran turbante, vino a pedirnos información sobre la escuela: «He visto lo contentas que están aquí las estudiantes, y quiero enviar a mi hija el próximo trimestre».

Cuando la residencia estuvo prácticamente terminada, pensamos en hacer una inauguración oficial, y lo hablé con Mrs. Gecaga.

«En semejante ocasión -me dijo-, podrías invitar a Su Excelencia Mama Ngina Kenyatta para llevar a cabo la ceremonia de apertura. Estoy segura de que aceptaría gustosa.»

Con la colaboración de Mrs. Gecaga y Mrs. Rubia hicimos los trámites oportunos, y obtuvimos la confirmación: la Primera Dama vendría a Kianda para descubrir la lápida conmemorativa, el 28 de octubre de 1966. El acontecimiento fue organizado desde la sede del gobierno y programado hasta el último detalle. Se trataba del primer compromiso público de Mama Ngina, después de la toma de posesión de Jomo Kenyatta como Presidente de la República de Kenia, en 1964.

Enviamos invitación a los dignatarios y a nuestras amistades, e hicimos colocar la placa, con una cortinilla roja y el cordón apropiado, para que Mama Ngina pudiera recorrerla fácilmente en su debido momento. Frente al edificio se situó el estrado con un dosel de flores.

El día 28 por la mañana, Kianda era un enjambre de actividad: funcionarios del gobierno que iban y venían, nuestros jardineros (incluyendo a Nyawira, que seguía con nosotras desde Invergara) colocando filas de sillas frente al estrado, Cuca haciendo pruebas con su cámara fotográfica, el personal de Kibondeni -la escuela de hostelería- con algunas estudiantes preparando el té. Llegó la unidad móvil de televisión y estacionó a una discreta distancia del estrado.

A las tres de la tarde, el sitio estaba lleno de gente de toda edad, raza y clase social, charlando animadamente, mientras admiraban el edificio y esperaban la ceremonia de inauguración. Me dio alegría ver a Mrs. Rosemary White, en primera fila, con su amiga Lady Madge Harragin, y me acerqué a saludarlas. Había coincidido con Lady Harragin en diversas ocasiones, y ella admiraba el trabajo que estábamos haciendo. Muy emocionada, me dijo entonces: «¡Es maravilloso conocer a personas que sueñan y convierten esos sueños en una realidad!».

A las tres en punto, Tere y yo nos situamos a la entrada de Kianda College, para salir al encuentro de la Primera Dama. Conforme transcurrían los minutos, yo me ponía más y

más nerviosa. El principal discurso corría a cargo del Adjunto al Ministro de Educación, Mr. John Konchellah, y no había llegado todavía. Por mi parte, tenía preparado el de agradecimiento -sostenía las hojas entre mis manos sudorosas-, pero si él no venía, yo tendría que ocuparme de los dos; sólo pensarlo me hacía temblar.

De pronto, los motoristas de la escolta presidencial aparecieron en la puerta del jardín y subieron por el camino de entrada con los faros encendidos y el claxon a todo volumen, seguidos a marcha más lenta por una limusina con bandera ondeante que conducía a Mama Ngina. Nos adelantamos a recibirla y, justo cuando extendía la mano para saludarla, encontré a Mr. Konchellah de pie a mi lado, satisfecho y radiante, como si nada hubiese ocurrido. Suspiré aliviada. Mama Ngina estaba muy elegante, poseía una encantadora sonrisa y un aire desenvuelto. Anduvimos por el sendero hacia el estrado, frente a la residencia, y le presenté a todo el personal de Kianda. Mama Ngina les estrechó la mano sonriendo cordialmente a cada una.

El Adjunto al Ministro de Educación, dijo en su discurso: «Es un gran honor para mí estar aquí esta tarde, junto a los amigos de Kianda College, para añadir un paso más a su rápido progreso que, en pocos años, ha establecido el patrón de la enseñanza en este tipo de institución... El Gobierno, y especialmente, el Ministerio de Educación, desea no sólo dar las gracias a sus dirigentes, sino ofrecerles también nuestra estima y nuestro apoyo».

Luego tocó el turno a mis palabras: «Kianda -dije- es un hogar de familia, en el que cada una es estimulada a ejercer sus derechos y sus deberes con responsabilidad personal. La meta del profesorado no se limita a formar secretarías eficientes; se propone, además, educar a las estudiantes a fin de que sean capaces de desempeñar su función en la sociedad, tanto en la oficina como en su familia».

Había llegado el momento de que Mama Ngina descubriera la lápida conmemorativa. Juntas nos dirigimos hacia la puerta principal de la nueva residencia, mientras los demás permanecían expectantes. Nos quedamos de pie, al lado de la cortina; Mama Ngina tiró del cordón y... no pasó nada. Lo intentó varias veces, mientras mi sonrojo crecía en intensidad, y riendo con simpatía, cogió la cortina con la mano y la descorrió, dejando ver la piedra, entre los aplausos y vítores de los asistentes.

Tere y yo acompañamos a la Primera Dama a visitar los cuatro pisos de la residencia, hasta la terraza desde donde se puede ver la ciudad de Nairobi y las colinas Ngong. «¡Un edificio precioso!», exclamó repetidas veces. En el hall de entrada, le presenté al arquitecto, y éste al contratista y a todos los involucrados en la construcción de la residencia. Luego fuimos a Kianda College para tomar el té.

Después de estar un rato con nosotras, Mama Ngina volvió a su limusina, y la escolta presidencial inició la marcha haciendo sonar el claxon. Aquella noche la TV transmitió un reportaje de diez minutos sobre el acontecimiento, y al día siguiente la noticia fue ampliamente publicada en todos los periódicos.

Ahora que el edificio estaba en pie, empezaba el trabajo de amueblar y decorar. Tere solía mantener actualizado un archivo de subastas, almacenes de muebles, diversos contactos con personas del gremio, así como listas de objetos disponibles con precios. «Si yo me muero, ahí tenéis toda la información», solía decir a Cuca.

Tere y Cuca calcularon un presupuesto para la instalación de la residencia. Pasaron horas con los planos arquitectónicos desplegados en el suelo, colocando trozos de papel de varios colores recortados al tamaño adecuado, que representaban camas, mesas, sillas, mesillas de noche, etc., para ver lo que se podía poner en cada habitación.

Sol Goyoaga y Pilu de la Herrán eran las encargadas de la decoración interior. Dirigían la confección de las cortinas a juego con las colchas, y elegían los cuadros que debían enmarcarse. Las habitaciones, para tres o cinco ocupantes, eran amplias y aireadas, con un armario para cada una.

El cuarto de estar ocupaba toda la longitud del pasillo principal, con ventanas a lo largo de este lado. Las losetas rojas del suelo, especialmente tratadas para evitar las marcas de tacones puntiagudos, combinaban con azulejos de diseño italiano. El muro frente al pasillo tenía ventanales que daban a un jardín interior. En el centro de este muro se situaba la atracción fundamental: una gran chimenea de piedra que dominaba toda la sala.

Las sesenta primeras residentes llegaron en enero de 1967. De todas las razas, y pertenecientes a diferentes tribus de Kenia y otros países africanos. Siete mil estudiantes pasarían por Kianda en los treinta años siguientes, de cuarenta y ocho países, incluyendo diecisiete africanos.

Chicas de distintas razas compartían habitación, a fin de facilitar la relación entre ellas. Una inglesa se manifestaba reacia a dormir con una africana. «No me gustan las africanas», nos dijo abiertamente. Un par de semanas después le pregunté cómo iban las cosas y si aún pensaba lo mismo: «Sí, siento lo mismo, sólo que la chica africana de mi habitación es diferente. Nos llevamos muy bien».

Otra residente europea comentaba confidencialmente que se había sentido avergonzada: «Anoche estábamos discutiendo sobre el dinero para nuestros gastos personales, y yo me quejaba de que mi padre no me da lo suficiente. Pregunté a Wanjiru, y me dijo que lo recibe con la subvención, y lo envía a su casa para los estudios de sus hermanos pequeños».

Había varias estudiantes de Tanzania en Kianda Residence, entre ellas «dos Anastasias». No sólo tenían el mismo nombre, sino que procedían de la misma pequeña isla en el

Lago Victoria, y ambas eran tímidas y retraídas. No conseguíamos conocerlas a fondo, y no seguían bien el curso. Un día, en la tertulia después de cenar, propusimos que cada una demostrara alguna de sus habilidades. Las dos Anastasias desaparecieron por un rato, y volvieron engalanadas con el traje largo típico de Tanzania bailando y cantando en swahili con tal energía, ritmo y entusiasmo, que todas se animaron a participar. Desde ese momento, fueron otras personas: vivarachas, interesadas en las clases, y relacionándose con las demás.

Las tertulias musicales llegaron a ser una de las características de Kianda Residence. Pilu sacaba su guitarra y cantaba canciones mexicanas; antiguas alumnas de la escuela en Limuru, encabezadas por Mary Kibera, bailaban danzas irlandesas, ataviadas con faldas tableadas, blusas blancas y las típicas bandas de color cruzadas en diagonal sobre

el hombro; dos residentes griegas se movían airoso al irresistible ritmo de la canción *Zorba el Griego*; las indias interpretaban sus bailes, luciendo magníficas sedas de deslumbrantes tonalidades, descalzas y con los brazos cubiertos de brazaletes y campanitas; las dos Anastasias, provistas de *kangas* (telas de algodón) de vivos colores, dirigían las danzas africanas.

En 1968, debíamos hacer nuestro primer pago sobre el préstamo del Banco Ottoman, y no teníamos el dinero. Todo el mundo se puso a rezar a San Nicolás, nuestro intercesor, al mismo tiempo que buscábamos los medios para conseguirlo.

Las residentes nos propusieron:

-Se nos ha ocurrido que podíamos dar un concierto para obtener fondos, perfeccionando un poco los cantos y bailes de las tertulias.

-¡Magnífica idea! -les dije, emocionada por su interés en el asunto-. Pero, ¿dónde? El cuarto de estar es demasiado pequeño.

-Habíamos pensado pedir prestado el salón del colegio Hospital Hill.

-Estupendo. Adelante, vosotras lo organizáis.

Así lo hicieron, y el concierto fue un gran éxito desde todos los puntos de vista. Los ingresos contribuyeron a resolver el problema económico, y la audiencia gozó del espectáculo. Una señora, productora de la radiodifusión keniana -Kenya Broadcasting Company- estuvo presente, e invitó a las estudiantes a actuar en televisión.

La Navidad era todavía poco recordada por los medios de comunicación; así pues, pensamos en preparar un programa de Navidad para la televisión. Pedí cita para ver a Eulalia Onyango, una de las realizadoras, y nos estimuló en el proyecto. «Escribid un guión, escoged la música y las imágenes visuales, recomendó, y venid a verme otra vez».

El ambiente de los estudios KBC me fascinaba, y la idea de preparar en Kianda un programa que pudiera ser televisado me enardecía. Encontré una colaboradora igualmente entusiasta en Ernie Vanderlin, madre de seis niños, de Madison, Wisconsin, que enseñaba inglés en Kianda College, como voluntaria. Entre las dos elaboramos un ambicioso plan, un programa en dos sesiones, bajo el nombre de «La alegría de la Navidad».

Eulalia Onyango aprobó el guión y reservó las fechas para la grabación y el pase de visión, y nosotras nos pusimos a trabajar en serio. Las estudiantes se lanzaron con entusiasmo a la aventura, poniendo en juego todos sus talentos. Linda Aves dirigía el coro que iba a interpretar villancicos polifónicos en varias lenguas. Serah Mwangi sería la presentadora. Marilyn D'Souza haría una demostración de cómo poner un Nacimiento, con la ayuda de Rose, hermana de Mary Kibera, y de la hija pequeña de Ernie, Pammie. Ernie enseñó a una de las estudiantes a fabricar y a presentar una «guirnalda dulce»: se toma una simple percha y se dobla en forma de círculo, con un cordel se van atando *peremende* (caramelos envueltos) hasta rellenarla del todo, y luego se cuelga del gancho un par de tijeras, a fin de que cualquiera pueda cortar un dulce durante las fiestas. Las chicas hicieron demostraciones de repostería navideña, decoración del árbol tradicional, fabricación casera de tarjetas de Navidad... No se omitió nada.

La grabación en los estudios de TV fue sumamente interesante. Desde casa transportamos todo lo necesario para colocar nuestro escenario: el Portal y la cuna con las figuras, el árbol, las decoraciones. Cuando todo quedó situado en distintos ángulos del suelo del estudio cada cual ocupó su puesto; el coro, de pie sobre unas gradas. Adaptaron la iluminación y la megafonía, mientras Eulalia daba las instrucciones de último minuto antes de subir a la cabina de control. Las enormes cámaras se movían, silenciosas, de un lado a otro del estudio deslumbrante de luz, tomando los planos que Eulalia indicaba. Desde mi sitio entre bastidores, podía oír su voz a través de los audífonos de los operadores, dando rápidas instrucciones. Ernie y yo, sentadas, observábamos casi conteniendo la respiración hasta que todo terminó.

Los programas salieron en televisión, y además de llevar el mensaje de Navidad a muchos hogares, numerosas personas se informaron sobre Kianda College. Recibimos una inesperada gratificación: un modesto cheque de KBC por nuestro trabajo.

Unos días antes de Navidad, me encontré con dos amigas en una tienda; iban a comprar unas tijeras sin punta. «Para la guirnalda dulce -exclamaron-. Nuestros hijos y sus amigos van a disfrutar con esto».

No había más que una tienda en toda la ciudad que vendiera figuras para el Nacimiento, y tenía muy pocas en el almacén. «La próxima vez que anuncien la Navidad, díganmelo con tiempo -nos dijo el propietario-. Los envíos desde Europa tardan seis meses en llegar, y estos días todo el mundo nos pide esas figuras».

El Programa Navideño de Kianda se estableció como costumbre anual: uno de los muchos sueños hechos realidad en Kianda con el paso de los años.

16. Tom Mboya

Tom Mboya continuó siendo un buen amigo de Kianda College. Como Ministro de Planificación Económica y Desarrollo firmó muchas cartas de recomendación para nuestros proyectos. Cuando la situación para los permisos de trabajo se hizo difícil y decidí solicitar la nacionalidad ke-niana, él fue quien me avaló.

En 1968, Tom Mboya vino a Kianda en visita oficial, con su mujer, Pamela, y obsequió a las estudiantes con un tocadiscos. En su discurso, les dijo:

«La tarea más importante es la de ayudar al crecimiento sano, inteligente y creativo de la juventud; esos jóvenes que jugarán un papel fundamental en el desarrollo de nuestra nación, y el progreso de nuestra nación incluye su desarrollo moral y espiritual.

Todo hombre debe respetar ciertos valores, ciertos principios, ciertos ideales y ciertas normas de conducta. Nosotros, en el Gobierno, estamos muy satisfechos con los resultados de Kianda College, en todos los departamentos en que han empleado a sus alumnas. No he oído ni una sola crítica. Kianda College tiene ya su sitio entre las más distinguidas escuelas de secretariado».

Por aquel tiempo me presentaron a Joan Argwings Kodhek, esposa de un miembro del gobierno de Kenia, que era católico. Como ella no era católica, Joan deseaba aprender la religión de su marido para poder dar educación religiosa a sus hijos.

Había asistido ya a varias clases de doctrina cuando, de repente, leí en el periódico que su marido había fallecido en circunstancias extrañas. Aunque no lo había conocido, me impresionó, y fui a su casa a darle el pésame. Esta muerte fue la primera de otras que iban a conmocionar al país.

Joan vivía en el área residencial de Lavington. Al acercarme en coche, oía gritos y lamentos por las calles, pues las plañideras con agitadas contorsiones caminaban hacia la casa; aquello me producía miedo y espanto. Entré para dar el pésame a Joan, recostada en su cama, y rodeada de atentas mujeres enlutadas. No me quedé mucho tiempo porque no sabía qué hacer. Una semana más tarde, asistí a la Misa de funeral en la Catedral de la Sagrada Familia. Había tanta gente que tuve que estar de pie todo el tiempo aplastada contra una columna, incapaz de ver nada.

Todo el conjunto me produjo una sensación de tristeza, y lo comenté con Pamela en cuanto nos vimos.

-Hay muchas tradiciones y costumbres en relación con los funerales Luo -me dijo-. Las mujeres se lamentan para manifestar su dolor, y la viuda y los hijos se afeitan la cabeza en señal de duelo. Como la mujer pertenece al clan del marido, y una mujer

nunca debe quedarse sin protección, ella y sus hijos, con todas sus posesiones, han de pasar al mayor de los hermanos del difunto.

-¿Quiere eso decir que pasa a ser su esposa?

-Sí -afirmó Pamela.

-Y, ¿si ya está casado?

-Pues pasa a ser la segunda o la tercera esposa. Y se supone que tendrá otro hijo en honor del marido fallecido. Las mujeres no tienen nada que decir al respecto; no tienen ningún derecho. La mujer debe comportarse como el clan espera de ella.

La situación me parecía muy triste.

-¿Ella no tiene nada que decir sobre sí misma, ni sobre su propiedad ni sobre sus hijos?

-No -afirmó Pamela-. No se le concede poder para poseer nada propio. Entró a formar parte del clan por su matrimonio y, generalmente, no puede abandonarlo. La mujer más desgraciada del mundo es la viuda Luo -añadió moviendo la cabeza.

Poco sospechábamos entonces que unos meses más tarde ella misma enviudaría de un modo tan trágico.

En junio de 1969, Maureen, a punto de cumplir siete años, iba a hacer la Primera Comunión. Mi madre me envió para ella una cruz de oro con cadena. Pamela no podría asistir a la ceremonia debido a un compromiso en Europa. Dejó todo preparado -el traje blanco, el velo, los guantes-y me pidió que me encargara de la niña. El domingo fui a casa de los Mboya para vestir a Maureen, y le colgué la cadena al cuello. Se metió en el coche de Tom, con Peter y Su-san, y yo les seguí hasta la Catedral de la Sagrada Familia para la Misa. Ésta fue la última vez que vi a Tom.

El sábado, 5 de julio, yo estaba trabajando en Kianda Residence cuando, justo pasadas las 12, una amiga Luo, Margaret Arara, telefoneó. Claramente conmovida, sólo conseguía exclamar:

-¡Han disparado a nuestro amigo! ¡Han disparado a nuestro amigo!

Al principio no pude entender lo que quería decir, pero en seguida caí en la cuenta de que hablaba de Tom Mboya.

-¿Está muy mal? -pregunté estremecida.

-Sí, muy mal.

-Voy inmediatamente -dije. Y salí a toda prisa hacia su casa.

La gente llegaba con mucha rapidez al apartamento del piso bajo de los Arara en Nairobi Sur «B», y allí me enteré de todo lo sucedido.

Tom había sido asesinado al salir de una farmacia en Government Road. Lo habían trasladado al hospital a toda velocidad, pero nada se pudo hacer; el proyectil le había atravesado la aorta, y murió en el transcurso de una hora. Tenía treinta y nueve años. Recé por él y por su familia, al mismo tiempo que intentaba asimilar el hecho: las fuerzas del mal nos habían arrebatado a Tom. Uno de los visitantes me dijo que se habían llevado a los niños a casa de un pariente, y me fui allí para acompañarlos.

Esa tarde, Pamela envió un chofer a Kianda para buscarme. Cuando llegué a su casa, la encontré recostada en la cama, aturdida y desconsolada, mientras los visitantes

entraban y salían, dándole el pésame. Hablamos un poco, me repitió lo que había ocurrido, y me pidió que cuidara de los niños. Le dije que ya había ido a verlos, pero que volvería de nuevo. Después de darle todo el ánimo posible, fui a rezar junto al cuerpo de Tom, que yacía en el ataúd colocado en el salón. Multitud de gente se había reunido gimiendo y llorando, y yo recé el rosario frente al ataúd abierto. Su cuerpo parecía encogido y su rostro como de nácar. De vez en cuando, un hombre se acercaba y lo acariciaba: la mayor muestra masculina de duelo.

Me sentía impresionada por el acontecimiento y profundamente afectada. Desde los comienzos, Tom había apoyado Kianda y todo lo que representaba para nosotras; su influencia había sido decisiva en muchas ocasiones. Siempre había estado a nuestro lado, y ahora sólo quedaba un vacío. Aquella noche me acosté tarde, para escribir una carta larga al Padre contándole todo lo ocurrido. Sabía que sufriría con nosotras y rezaría por Tom y su familia.

Al día siguiente volví a casa de Pamela, donde todo era agitación. En la calle se oían sollozos y lamentos. Había llegado gente del interior del país; horrorizada, vi cómo se llevaban toda clase de recuerdos familiares: una fotografía de Tom, bibelots, sillas... Me parecía como una profanación.

El día del funeral fui con el Secretario de Turismo y Bosques (Wildlife and Tourism), Alois Achieng, y su mujer, Mary. Las calles estaban abarrotadas, y la multitud crecía a medida que nos acercábamos a la catedral. Una multitud apenada y amenazadora al mismo tiempo, un potente signo de descontento siempre latente bajo la superficie de un país que aún debía encontrar la conciencia nacional sobre las afiliaciones tribales. La frágil unidad entre comunidades tribales cercanas no había fraguado aún en nuestra joven nación. La gente tenía que aprender a ser keniano. Tom era un verdadero keniano.

Conseguimos entrar en la catedral, que se llenó pronto. Cuando todos estábamos dentro, las enormes puertas de cobre se cerraron, cosa que casi nunca sucede. Sentados unos cuantos bancos delante de mí, estaban el Presidente Kenyatta y Mama Ngina, y al otro lado del pasillo central, la familia Mboya. El féretro yacía sobre el suelo de mármol de la iglesia, cubierto de coronas de flores. Dentro de la catedral el ambiente era muy digno, pero el exterior era un caos.

La multitud gritaba furiosa. Motines y alborotos, con disparos y gases lacrimógenos que penetraron en la catedral. Los asistentes tosían y utilizaban sus pañuelos; los que seguían la ceremonia por la televisión pensaban que todos estaban llorando. Atemorizada, pregunté tímidamente a Alois: «¿Crees que saldremos de aquí?» «No lo sé», me susurró al oído. Respuesta que no me tranquilizó.

La actuación del Arzobispo John Joseph McCarthy fue admirable. Celebró la Misa con gran solemnidad, y predicó la homilía sin prestar la mínima atención a la agitación exterior. Cuando finalmente salimos de la catedral no había nadie fuera; una especie de manto cubría la ciudad, mezcla de gases, pólvora, y esa atmósfera particular que pende del aire después de una tragedia. Aquí y allí se veía un zapato olvidado, unos trozos de tela desgarrada... La verdad es que me alegré de encontrarme de vuelta en casa aquella tarde.

El asesino fue detenido y llevado a juicio; pero esto no podía devolver la vida a un hombre de semejante inteligencia y talla humana. La herida infligida a la nación tardaría mucho tiempo en sanar. Porque se había roto la confianza, y la confianza es una cosa frágil.

17. La familia crece

En 1971 Kianda Residence había pasado a ser el núcleo central de todas nuestras actividades. Tere, Charo Basterra y yo constituíamos la Asesoría Regional, es decir el órgano de gobierno de las mujeres del Opus Dei en Kenia. Vivíamos y teníamos las oficinas en tres habitaciones independientes en el primer piso. Allí colocamos una pequeña talla de madera de la Virgen Reina de Kenia, que nuestro Padre había bendecido especialmente para nosotras, y a sus pies pusimos las patitas que le había dado a Tere. Las personas que habían pedido la admisión en el Opus Dei sobrepasaban ya el número de patas.

Ursula Okondo, Luhya del oeste keniano, había sido educada en una familia católica piadosa. Su padre fue el primer catequista de su zona, y tenía el honor de haber recibido una medalla de parte del Papa. Gaitano y su mujer habían formado una familia de nueve hijos. Ursula oyó hablar de Kianda College por primera vez cuando Tere y Cuca visitaron Mukumu Girls' Secondary School (escuela femenina de enseñanza secundaria), de donde era alumna, y decidió presentar su solicitud. Su hermano mayor, Peter, vino con ella a la entrevista, y Ursula comenzó sus estudios en Kianda el trimestre siguiente.

Ursula se hizo muy amiga de Tere y le preguntaba muchas cosas sobre la Obra.

«Cuando yo era pequeña -le confió-, solía decir a mi madre que deseaba quedarme para siempre con ella y con mi padre, porque quería trabajar por Dios, pero no como una *Sister* (religiosa), y no sabía de qué modo. Ella me dijo que estaría feliz de tener a una de sus hijas en casa, si no quería casarse, pero luego me preguntó: “¿qué harías si te quedaras aquí conmigo toda tu vida?” Le contesté: “Quizás podría dedicarme a educar niños huérfanos para que sean buenos católicos”. Entonces yo no había oído hablar del Opus Dei».

Ursula escribió a sus padres para decirles que estaba pensando pertenecer a la Obra, y su padre vino a Nairobi para informarse. Ella y Tere le explicaron lo que era el Opus Dei; él escuchaba, muy prudente y no totalmente convencido. Sólo al salir por la puerta, cuando le enseñaron una fotografía del Papa con el Padre, exclamó: «¿El Santo Padre lo aprueba? ¡Entonces te doy mi bendición!» El 8 de diciembre de 1965, Ursula pidió la admisión en el Opus Dei.

Dorina Telaide tenía ascendencia italiana, pero había nacido en Etiopía; vino a vivir a Kenia con su familia cuando tenía tres años de edad. Terminó el colegio al final del 64, y estaba indecisa sobre su futura carrera. Una de sus amigas italianas, Wanda La Magna, le habló de Kianda College, en donde ella estudiaba.

«Este sitio debe tener algo muy especial, pensó Dorina, porque Wanda no para de hablar de él».

Wanda le trajo una hoja de solicitud, y le urgió a rellenarla: «No lo pienses dos veces. Las clases te serán siempre útiles, aun cuando luego te dediques a la enseñanza, según tus planes». Y Dorina presentó su solicitud. El día antes del comienzo del curso, Wanda invitó a Dorina a pasar el día en Kianda. «Pero, ¿qué vamos a hacer allí? Todavía no han empezado las clases», le dijo Dorina. Wanda se echó a reír: «Ya te he dicho que no es un *College* corriente. Allí te sientes en casa y siempre te dan algún encargo. ¡Aburrida no estarás, no te preocupes!»

Wanda tenía razón, Dorina no se aburrió. Nada más llegar se encontraron colgando cortinas en un aula nueva, recientemente añadida para dar cabida a un mayor número de alumnas. Había mucho trabajo por hacer, pues el contratista había retrasado la entrega de esta sala, y las dos chicas se quedaron hasta última hora de la tarde para ayudarnos a completar todos los detalles: «Tinta, tiza, borrador... Contemos las mesas y sillas. Esta clase es para treinta estudiantes...», indicaba Tere, que dirigía la operación. Dorina estaba sorprendida de ver cómo, pese a la rapidez con que se debía hacer todo, se ponía atención en detalles como colocar un cuadro derecho, poner una decoración en su debido sitio, flores en jarrones...

Los meses pasaron volando. El 2 de octubre, aniversario de la fundación del Opus Dei, Dorina asistió a la conferencia de la Directora del *College* sobre la Obra.

-Estoy segura de que esto es lo mío -le dijo confidencialmente a su amiga Pilu.

-¿Habías pensado alguna vez en la vocación? -Pilu le hizo reflexionar.

-No -replicó Dorina-. Pero hasta ahora yo no sabía nada del Opus Dei.

-Hay un curso de retiro el mes próximo. ¿Por qué no vas? -sugirió Pilu-. Después podemos charlar más sobre esto.

Dorina fue al retiro, y el 6 de diciembre de 1965, escribió una carta al Padre pidiendo la admisión en la Obra.

A Dorina no le gustaba la idea de marcharse de Kianda al terminar el curso. Le propuse si le interesaría estudiar para el certificado de enseñanza en taquigrafía y mecanografía, después de adquirir experiencia con unos meses de práctica en una oficina. Le encantó el plan. «Y puedo volver a Kianda -dijo- y ser también lo que siempre he deseado: ¡profesora!».

Otras antiguas alumnas siguieron el ejemplo de Dorina, y estudiaron para sacar diplomas de profesor en comercio. Entre las que formaron parte del personal de Kianda, algunas solicitaron ser admitidas en la Obra. Diez años después de su llegada a Kenia, Constance Gillan podía comentar, con un pícaro guiño de sus brillantes ojos azules típica-mente irlandeses: «Yo enseñé a estas chicas, y ahora tengo el placer de ver que son mejores profesoras que yo».

En una reunión del Centro Cultural «Nairobi Classical Society», Mila conoció a Joan Gilmartin. Era veterinaria y había venido a Kenia desde Queensland, Australia, para trabajar en una investigación. Mila la invitó a Kianda, y se quedó impresionada del

trabajo que aquí se hacía. Empezó a tomar parte en los días de retiro y en otras actividades y, finalmente, solicitó su admisión en el Opus Dei.

Joan pasó a ser la directora de Kianda Residence, y las chicas le tenían mucho cariño. Generalmente se la podía encontrar de pie a la puerta de su despacho, haciendo punto, dispuesta a escuchar a cada una.

Ursula viajó a España para continuar los estudios en la Universidad de Navarra. Allí conoció al Padre. Como Ursula era la única africana de la residencia universitaria y estaba tan lejos de su casa, Merche Goyorrola escribió a sus padres, que vivían en Bilbao, pidiéndoles que se ocuparan de ella. Fueron a visitarla en Pamplona, la invitaron a su casa, y la trataron como a una hija. Merche recibió una carta de su madre diciéndole: «Tener aquí a Ursula es casi como tenerte a ti». Cuando Ursula regresó, la madre de Merche se quejaba: «Kenia nos está robando a todas nuestras hijas».

Mientras Ursula estaba en España, su hermano Peter, que ahora era el cabeza de familia desde la muerte de Gai-tano, convocó una importante reunión familiar en la que todos sus miembros debían estar presentes. Llamó a Tere para que asistiera en nombre de Ursula, pues para él éramos verdaderamente su familia.

Visitamos, y conseguimos conocer, a las familias de las nuevas personas en la Obra, y tuvimos la alegría de constatar que muchos padres comprendían que, al entregar una hija a Dios en el Opus Dei, habían ganado otra familia.

El interés del Padre alcanzaba todos los aspectos de esta familia. En el período siguiente al *uhuru* (independencia, libertad) el concepto de «house-boy» desapareció, y el trabajo doméstico o de *catering* podía ser un empleo tanto para hombres como para mujeres. Sin embargo, las condiciones de habitabilidad no estaban adaptadas a la nueva situación, ya que los alojamientos para los «house-boys» ofrecían una habitación por persona, pero las cocinas y los aseos eran comunes. El Padre nos pidió encontrar el modo de proporcionar alojamientos dignos para las alumnas de Kibondeni que trabajaran en Nairobi.

El marido de Margaret Arara era concejal del Ayuntamiento, y pensé que podría sugerirnos algo. Los dos se quedaron atónitos cuando les dijimos lo que buscábamos y por qué lo hacíamos.

«¿Quieres decir que el Padre conoce a las chicas de Kibondeni, e incluso se preocupa por su alojamiento?» A Margaret le superaba aquello. «Déjalo en nuestras manos. Mi marido y yo buscaremos el sitio adecuado».

Los Arara «peinaron» prácticamente el área donde ellos vivían, y finalmente descubrieron una antigua clínica privada, ahora en desuso, no lejos de su propia casa.

Éste fue el inicio de Watani Hostel, una residencia para empleadas jóvenes.

En enero de 1971, recibimos una invitación para participar en el *Incontro Romano*, congreso internacional de la juventud, que tendría lugar en Roma en Pascua. El programa incluía una audiencia con el Papa y una tertulia con el Padre. El *Incontro* se había realizado ya varios años, pero nunca habíamos considerado nuestra participación, pues el viaje en avión resultaba prohibitivo.

Una mañana, mientras esperaba la luz verde para cruzar Mama Ngina Street, esta idea me rondaba en la cabeza, pensando en que podríamos dar al Padre la alegría de conocer a un grupo de sus hijas kenianas. Joan era la primera australiana y, si pudiera ir, el Padre se encontraría, por primera vez, rodeado de hijas suyas de los cinco continentes.

De repente, un gran anuncio de neón situado en lo alto de un edificio atrajo mi atención: «VUELE CON EAST AFRI-CAN AIRWAYS». Se me ocurrió que podíamos proponer a la compañía un intercambio: ellos facilitaban el vuelo a Roma para un grupo y nosotras les hacíamos publicidad. Podíamos preparar un programa para la emisora KBC (donde ya éramos conocidas por nuestros programas de Navidad) en el que las participantes contaran sus experiencias en Roma, y agradecieran a East African Airways por haberles hecho posible el viaje. Apenas podía esperar para llegar a casa y sugerir la idea a las otras.

-Una idea estupenda -dijo Tere pensativa-, pero ¿a quién conocemos en East African Airways? No puedes presentarte así como así sin que alguien nos avale.

-¿Qué tal Pamela Mboya? Conoce a mucha gente.

Se lo dije a Pamela, quien llamó a una de sus hermanas, y me dio el nombre del director de EAA, que era Luo. Después de repetidas visitas y diferencias de opinión nos ofreció quince plazas: cinco de tarifa normal, cinco a la mitad y cinco gratis.

Tuvimos que hacer juegos malabares para que las quince participantes -fieles de la Obra y amigas- pagaran una parte y se beneficiaran de la ayuda obtenida. La agitación estaba en su punto culminante en Kianda mientras las chicas hacían los preparativos de su viaje, el primero para muchas de ellas: Worke y Azeb Fesseha, dos hermanas de Etiopía; Marilyn D'Souza y Sylvia D'Souza, de origen indio; Joan Gilmartin, australiana; Serah Mwangi, Berni Okondo, Teresia Wairimu Njuguna, Christine Gichure, y Rosemary Mboya, kenianas; Charo Basterra, de España...

Las africanas y las indias prepararon sus trajes típicos y sus sarís, para lucirlos en las grandes ocasiones, y organizamos un *harambee* para reunir ropa de abrigo, pidiéndola prestada a nuestras amistades. En dos vuelos diferentes partieron hacia Europa, el 2 y el 4 de abril.

Estuvieron una semana en Roma; se alojaban en albergues juveniles con estudiantes de muchas otras partes del mundo. Participaron en las actividades del congreso -el

Incontro-, asistieron a los oficios de Semana Santa en San Pedro, visitaron lugares históricos en Roma, y tuvieron una audiencia con el Papa. Además, el Padre recibió a los estudiantes en grupos reducidos, y elogió los trajes africanos tan llenos de color de las kenianas.

En la tertulia, Serah Mwangi le dio las gracias por haber enviado la Obra a Kenia, y él respondió: «El Señor es el que ha mandado el Opus Dei a África. Yo soy un pobre instrumento de Dios, y tenéis que rezar para que sea un instrumento fiel y bueno. Es necesario que ahora el Opus Dei se extienda por África, pero con africanas: vosotras debéis llevar el amor de Dios por todo vuestro continente, con generosidad. Sed piadosas, seguid el camino de Dios, el que sea: el matrimonio, si os llama Dios a ese

estado; y no digáis que no a la gracia cuando sintáis la inquietud de daros por entero, porque el Señor os está haciendo ver entonces que quiere más».

«Padre, hemos venido de los cinco continentes -dijo Marilyn-. ¿Cómo se explica que la Obra se haya extendido tan lejos y con tanta rapidez?»

«¿Sabéis por qué el Opus Dei se ha desarrollado tanto? Porque han hecho con la Obra como con un saco de trigo: le han dado golpes, lo han maltratado, pero la semilla es tan pequeña que no se ha roto; al contrario, se ha esparcido a los cuatro vientos, ha caído en todas las encrucijadas humanas donde hay corazones hambrientos de Verdad, bien dispuestos...».

«¿Cuándo vendrá a Kenia, Padre?» -le preguntó Ma-rilyn con una sonrisa persuasiva.

«Cuando el Señor quiera, pero puedo asegurarte que tengo muchas ganas de ir».

«A Etiopía, Padre ¿cuándo irá la Obra?», añadió Azeb.

«Necesitamos más vocaciones de Etiopía. Mirad el milagro que ha hecho Dios Nuestro Señor en Kenia: han ido allí americanas y europeas..., y nos ha dado vocaciones africanas. Pero hay que procurar no obligar a Dios a hacer milagros. Por eso hacen falta muchas vocaciones de Kenia, de Nigeria, de Etiopía, ¡de toda África!, para sembrar la paz y la alegría en vuestro continente».

Cuando el Padre ya se levantaba para marcharse, Rose-mary Mboya se adelantó y le puso en las manos una pata de piedra de jaboncillo que había llevado desde Kenia. El Padre se conmovió, y dijo: «¡Hija mía, si no os puedo querer más!, ¿por qué me regalas esto?»

El grupo regresó de Roma exultante. Además, Charo nos trajo un mensaje del Padre totalmente inesperado.

18. Expansión hacia el oeste

—El Padre quiere que hagas escala en Roma de paso para Estados Unidos -me informó Charo, con una amplia sonrisa-. Y también quiere que visites Nigeria al regreso.

-¿Qué? -me senté de golpe en la cama, junto a mi maleta abierta, y miré fijamente a Charo.

La agitación del regreso de Roma del primer grupo se había calmado, y yo me preparaba para viajar aquella misma noche a Inglaterra, y luego a los Estados Unidos para ver a mis padres.

Tere estaba detrás de Charo con los ojos abiertos de par en par:

-Tendrás que obtener un visado para Nigeria -dijo-. ¿No es una suerte que tengamos una estudiante nigeriana en Kianda? Estoy segura de que Rhona te presentará a gente que pueda ayudarte.

No era la primera vez que me hablaban de Nigeria. Poco después de que Audrey Leitch se estableciese allí en 1963, recibí una carta suya, describiendo su casa en Lagos y sus impresiones sobre el país. «Es caluroso y húmedo, más tropical que Kenia. No tenemos flores en el jardín, pero hay unas enormes plantas con hojas de todos colores...

...Tenéis que venir. Creo que una escuela de secretariado como Kianda sería muy bien acogida en Lagos».

Más tarde, recibimos otra carta de Carlette Roeske -que tan inestimable ayuda había supuesto para Kianda-: su marido, Pim, había sido destinado a Lagos y se trasladaban allí. Le envié la dirección de Father Gabiola para que se pusiera en contacto con él. Así lo hizo, pero continuaba escribiendo insistentes cartas:

«¿Por qué no venís vosotras a Lagos? Podéis estar en nuestra casa. Necesitamos un Kianda en Nigeria».

Y ahora era el Padre quien quería que fuéramos a Nigeria.

-Debo escribir a Carlette -dije-. Estará encantada -y añadí-: ¿Te imaginas, Tere? ¡Voy a Roma!

-¡Menuda suerte tienes! -exclamó.

Rhona Nabeta me presentó al Alto Comisario, Mr. Ignatius Olisemeka, y a su mujer, Gloria. Estuvieron muy serviciales y me dieron ánimos. «Una escuela de secretariado como Kianda puede suponer una buena contribución a la educación de las mujeres en Nigeria -me dijo Gloria-; pero debéis considerar qué tipo de diplomas vais a ofrecerles. Nuestra gente está acostumbrada a estudiar en el extranjero y quiere certificados británicos. Los diplomas de *City & Guilds* son los que tienen mayor prestigio en Nigeria,

según tengo entendido». Me dio cartas de presentación para la mujer del Presidente, Mrs. Victoria Gowon, y para el director de la escuela de secretariado del gobierno.

El 15 de mayo de 1971 salí para Roma, primera etapa de mi viaje. «Dile al Padre que le enviamos nuestro cariño y que estamos rezando por Nigeria», dijo Tere al despedirme, con Charo, en el aeropuerto Jomo Kenyatta.

No pude evitar recordar la canción de Strathmore «De nuevo en casa» al salir del taxi y tocar el timbre de la puerta de Villa Sacchetti. Aunque había muchas caras nuevas, el ambiente era el mismo de antes. Todo el mundo comentaba el reciente *Incontro* con la novedad de las kenianas que participaban por primera vez, y la ilusión que le había hecho al Padre. «¿Cuándo podré verlo?», pregunté. «Probablemente mañana», me dijeron.

Al día siguiente, estaba rezando en el oratorio, cuando alguien entró a buscarme. «El Padre quiere verte en la sala de sesiones dentro de cinco minutos», me dijo.

Me apresuré hacia esta sala, y esperé de pie al lado de la gran mesa rodeada de sillas tapizadas con terciopelo rosa; pronto oí la inconfundible voz del Padre. Entró acompañado por Don Alvaro, Mercedes Morado y Marlies Kücking.

«¡Olga, hija mía! ¡Qué alegría me da verte!». Nos invitó a sentarnos alrededor de la mesa.

El Padre nos dijo la alegría que le había dado el grupo de Kenia, y mencionó que las dos etíopes habían traído una cruz procesional de su país. Comentó lo bien que lo estaban haciendo nuestras kenianas en Roma. «¡Son espléndidas!», fueron sus palabras.

Luego me preguntó por mis padres con gran interés, qué edad tenían, cómo estaban, dónde vivían ahora. Yo estaba encantada de poder hablarle de ellos. Le dije que mi padre era judío y que, por esta razón, había sufrido mucho.

Inmediatamente el Padre exclamó: «¡Jesús y María eran -son- judíos!» Me encargó dar un abrazo muy fuerte a mi padre, y decirles que les quería mucho, y que rezaran por él y por África. Tomó un rosario y un medallón de bronce, los bendijo, y me dio el rosario para mi padre, para guardarlo como un regalo suyo aunque no lo usara, y el medallón para mi madre, diciendo que como estaba bendito, ganaría indulgencia cada vez que lo mirara elevando a Dios su corazón. Antes de darme su bendición, el Padre me dijo que rezara mucho por la labor de Kenia y de Nigeria.

En Wickenden Manor, me encontré con Anna Barret y Carmen Torrente, que iban a hacer conmigo el curso de verano, a fin de profundizar en nuestra formación cristiana y en el contenido del espíritu de la Obra. Las dos vivían y trabajaban en Inglaterra. Carmen me habló de una ugandesa amiga suya, Catherine Omaswa. «Ella y su marido son médicos, me dijo, unas excelentes personas. Acaban de regresar a África y viven en Nairobi. ¿Podrías ponerte en contacto con ella?». Le prometí hacerlo.

Durante mi estancia en Wickenden recibí varias cartas de señoras desde Ibadan. Fola Olumide me envió una información completa sobre el sistema de educación en Nigeria, y añadía: «Tengo esperanza de convencerte para que vengas a Ibadan, y conozcas a mi familia y amistades. Hace mucho tiempo que estoy interesada por el Opus Dei, especialmente desde que he sabido que las mujeres casadas pueden ser admitidas. A

todas nos gustaría que vinieras a visitarnos. Los sacerdotes de la Obra están haciendo un buen trabajo. Espero verte pronto y que me cuentes cómo te hiciste tú del Opus Dei».

Llamé por teléfono a la oficina de *City & Guilds* desde Wickenden para concertar una cita, a fin de estudiar los posibles cursos para el *College* en Lagos. Al dar mi nombre, la secretaria exclamó: «¿Miss Marlin? ¿De Kenia? ¡Yo he sido alumna suya en Kianda!» Y me dio toda clase de facilidades.

En Londres, logré reunirme con mis tres hermanas, que estaban casadas y vivían allí. Había quedado con Brigid en una librería; mientras observaba tímidamente las estanterías, apareció en la puerta con atuendo de artista, y para mi gran desconcierto, se lanzó hacia mí con los brazos abiertos, gritando: «Olgie, Olguita». Luego las dos nos echamos a reír. Pasamos todo el día juntas, tan a gusto y tan cercanas como en nuestros viejos tiempos. «¿No es divertido?, dijo Brigid. Pasen los años que pasen, cada vez que nos vemos, empalmamos justo donde lo habíamos dejado».

A la hora del té, nos dirigimos hacia el hospital de Liz. «No debemos interrumpir durante las horas de trabajo, me había recomendado Brigid. Es una persona muy importante, ¿sabes?» En el camino, me iba preparando para el encuentro con esta hermana pequeña, que ahora estaba casada y era una prestigiosa doctora en medicina. Entramos en la oficina y allí estaba ella, detrás de la mesa con su bata blanca. Tras la emoción del primer saludo, nos miramos tímidamente la una a la otra. No parecía haber cambiado desde los doce años, la última vez que la había visto: la niña de ojos castaños, penetrantes y serenos, con rasgos firmes, y aire de seguridad en sí misma. Liz descolgó el teléfono: «Por favor, encargue que suban un té para tres personas». Después, en un arrebato de alegría, añadió : «¡Mi hermana que vive en África está aquí!».

Sheila me llevó a cenar a su casa en Berkhamsted. «Lo siento, pero la casa está patas arriba en este momento, se excusó; las niñas participan en muchas actividades, y con mi colegio Montessori justo al lado, me es imposible mantener la casa en orden». Medio riendo y con un suspiro, se sacudió el pelo de la frente. Sheila era una ejecutiva nata. Siempre había emprendido más cosas de las que parecía posible ocuparse, y las había sacado adelante.

Volé con Pan American a Washington D.C.; mis padres me esperaban impacientes en el aeropuerto. Mi padre me envolvió en sus brazos mientras mi madre me daba un par de besos, sonriendo satisfecha: «¡Esto es maravilloso!», exclamaba.

Hacía mucho calor y humedad, y una bruma amarillenta flotaba en el aire. «Atravesamos una ola de calor», aclaró mi padre mientras conducía, sorteando el tráfico. Yo trataba de reconocer las señales que me indicaba, pero todo me resultaba extraño. Por el intervalo de tiempo transcurrido, mi cuerpo acusaba la debilidad del amanecer, pero el reloj marcaba claramente las primeras horas de la tarde. Tenía la sensación de las «noches en blanco».

En cuanto entramos en casa, mi madre anunció: «Tengo una sorpresa para ti». Se fue a la cocina y volvió con un gran frutero de cerezas. «Apuesto a que no las has comido nunca en África», afirmó triunfante. Y así era.

«También yo tengo otras sorpresas para vosotros». Entonces les conté mi encuentro con el Padre y les entregué los regalos con sus mensajes. A mi madre le encantó el medallón y lo colocó inmediatamente en su mesilla de noche. Las fotos de sus cuatro hijas juntas en Inglaterra también les gustaron mucho.

Mi padre nos llevó en coche, a mi madre y a mí, a Nueva York para visitar al resto de la familia: John, con su novia, Alice; y Randal, que había venido de Canadá con su mujer, Elaine, y su hija, Christine, un bebé todavía. Me di cuenta -no sin cierta pena- de que mis hermanos tenían ahora vida y familia propia. Al igual que yo tenía también mi propia vida...

Cuando embarqué en el vuelo de Pan American rumbo a Lagos, suponía que el viaje hacia oriente sería menos cansado pues la noche era más corta, mas no fue así. La primera escala prevista era Rabat, en Marruecos, pero debido a un golpe de Estado, nos desviaron a Lisboa con el consiguiente retraso de seis horas.

Cuando el avión aterrizó finalmente en Lagos en un atardecer de calor sofocante, nos dirigimos hacia el largo hangar que constituía el aeropuerto de Lagos. Superadas las formalidades legales, fui al encuentro de una Carlette, radiante de alegría, que con Pim me estaba esperando: «¡Bienvenida a Nigeria!, me dijeron. ¿Qué tal el viaje?»

Amontonamos el equipaje, y nos metimos en su Volks-wagen azul; mientras Pim atravesaba la ciudad, yo miraba por la ventanilla, fascinada. Era muy diferente de Nairobi: las calles estaban repletas de gente ruidosa que se movía gesticulando, y había carteles por todas partes.

-Todos tienen caras africanas -comenté sorprendida.

-¡Oh, sí! Nigeria es totalmente africana -corroboró Carlette.

Lagos se unía al continente y a las islas Victoria e Ikoyi por medio de puentes, y el tráfico era tan denso que estuvimos retenidos un buen rato en uno de ellos.

-Deshacer estos embotellamientos puede costar unas dos horas -dijo Pim-. Yo voy al trabajo muy temprano por la mañana, así puedo salir pronto, y evitar la hora punta. Atravesar Lagos lleva diez minutos el domingo, y tres o cuatro horas los días laborables.

Nadie parecía impaciente. Los conductores apagaban el motor, y salían del coche; muchos de ellos vestían el típico traje nigeriano, despegado y cómodo para el calor tan pegajoso. Se quedaban de pie, charlando, mientras los vendedores ambulantes iban y venían pregonando su mercancía, que incluía de todo, desde pastillas Vicks para la tos hasta cubos de basura. Había incluso gente a los lados de la calzada con máquinas de coser manuales, dispuesta a hacer arreglos allí mismo.

-Las mujeres nigerianas son grandes negociantes -comentó Carlette-, y constituyen una gran fuerza con la que hay que contar. Algunas incluso son jefes de su clan.

Esto me parecía difícil de imaginar.

Una vez fuera del puente y ya en la isla de Ikoyi, no tardamos mucho en llegar a la casa, rodeada de árboles y jardín.

-No hay flores, lo siento -suspiró Carlette-. Hace demasiado calor para flores. Pero los árboles y los setos tienen hojas exóticas que podrás ver desde la terraza. Mañana te las enseño. Ahora, voy a llevarte a tu habitación.

Mientras subíamos, Carlette me explicó las peculiaridades de la casa.

-Sólo hay agua en el primer piso, pero te acostumbras. Tenemos un sistema que funciona bien.

La ducha tenía un taburete de madera para sentarse, un cubo de plástico color naranja lleno de agua, y otro más pequeño azul, a modo de cazo, para bañarse. Todo era brillante y alegre, como la misma Carlette.

Aquella tarde, en el salón, me dijo en tono de complicidad:

-¿Te das cuenta de que tú y yo somos las primeras representantes de las mujeres del Opus Dei aquí? ¡Esto merece un brindis!

Sacó unas bebidas, y brindamos por la futura labor en Nigeria.

Al día siguiente, Father Gabiola vino a vernos para estudiar con nosotras los planes de mi visita. Vivía en Ibadan, donde se concentraba la mayor parte del trabajo apostólico, y nos repitió lo que Fola Olumide me había escrito: las señoras estaban deseosas de conocer a alguna mujer del Opus Dei. Decidimos, pues, incluir Ibadan en el itinerario. Mi visado tenía validez para diez días.

Carlette me acompañó con su coche a todas partes, incluso a Misa temprano por la mañana. Visité la escuela de secretariado del gobierno y otra privada; y después comí en el palacio de la presidencia con Victoria Gowon. Le mostré los folletos de Kianda, y estudiamos la posibilidad de una escuela semejante en Lagos. «Nos es necesario elevar el nivel de eficiencia, tanto en las oficinas del gobierno como en el sector privado -afirmó-, por eso un *college* de estas características sería bien acogido. Sin embargo, debes hablar con el Comisario de Educación. Él te recomendará cómo proceder». Ella misma nos pidió una cita para ir a verle.

En Kenia habíamos heredado el estilo británico de hacer las cosas; por lo que yo creía que en las visitas oficiales lo correcto era ir directamente al asunto, a fin de ocupar el mínimo tiempo de la persona importante. Cuando me hicieron pasar a la oficina del Comisario, recorrí con paso rápido el largo tramo de alfombra roja hasta la enorme mesa de despacho, detrás de la cual se sentaba un imponente caballero nigeriano vestido con la túnica blanca y el tocado tradicionales. Después de saludarnos, abrí mi cartera y empecé a contarle mi cometido.

El Comisario me paró con un ondeante movimiento de mano y, recostándose en su sillón, me advirtió en tono paternal que estaba planteando las cosas de un modo erróneo.

«Si quiere usted hacer algo en Nigeria, debe seguir las costumbres nigerianas -me aconsejó-. Usted ha venido de Ke-nia a visitar Nigeria. Yo le pregunto si le gusta nuestro país, cómo vino de Kenia... Yo le ofrezco un refresco... y después de charlar un rato, entonces usted puede hablarme de su asunto».

Agradecí mucho aquella lección, una de las muchas sobre relaciones humanas que aprendí de los refinados modales de los africanos. Después del refresco, le enseñé los folletos de Kianda, y pareció interesarle la idea de promover un *college* semejante en Lagos. «¿Cuándo piensan empezar? Necesitan inscribirse en el registro»...

Le expliqué que ésta era una visita preliminar, y me invitó a volver cuando nuestros planes estuvieran mejor definidos.

Tomé el avión de las Líneas Aéreas Nigerianas hasta Ibadan, y me alojé en la residencia de la Universidad de Iba-dan, donde Fola me esperaba para darme la bienvenida. «He invitado a las otras señoras a mi casa mañana; tienen gran ilusión en conocerte -me dijo-. Yo vendré a buscarte».

Al día siguiente, el salón de la casa de Fola estaba lleno de señoras nigerianas con sus vistosos trajes nacionales. Terminadas las presentaciones, tomamos el té, y pasamos luego a la sesión de preguntas y respuestas.

-Eres la primera mujer del Opus Dei que conocemos -inició Adeline Oseni-. ¿Cómo hiciste para ser de la Obra?

Les conté que había conocido la Obra en Irlanda, y decidí pedir la admisión cuando todavía era estudiante.

-¿Qué me dices de las casadas de la Obra? -preguntó Fola-. ¿Qué hacen?

-Se llaman Supernumerarias, pero el espíritu es el mismo para todos nosotros -expliqué-. Cada cual trata de santificar su trabajo y hacer apostolado de acuerdo con su estado personal de vida, soltero o casado. Casi siempre viven con sus familias, y procuran que su hogar sea luminoso y alegre, para su familia y para sus amistades.

-Entonces, ¿puedo ser de la Obra? -preguntó con sincero interés.

-Primero tiene que haber un Centro en el que vivan unas cuantas mujeres del Opus Dei para dirigirlo, y transmitir el espíritu de la Obra.

Les enseñé unas diapositivas sobre Kianda College y otras actividades en Kenia, y se quedaron muy impresionadas.

-¿Cuándo tendremos aquí algo parecido? -preguntó Adeline-. ¿Podemos empezar a trabajar ahora?

-Sí -añadió Fola-, escribenos y dinos lo que hemos de hacer, y lo haremos.

Y las demás señoras dijeron lo mismo. Les conté lo mucho que el Padre estaba rezando por ellas y por el comienzo de la labor de las mujeres del Opus Dei en Nigeria.

Antes de salir para Lagos encontré en mi habitación un abultado paquete. Contenía varias calabazas decoradas, con una nota de Adeline: «Para el Padre, de sus hijas nigerianas».

Carlette y Pim me esperaban en el aeropuerto de Lagos, impacientes por saber cómo habían ido las cosas. «Debes volver pronto -dijo Carlette-, para poner las cosas en marcha».

Al día siguiente, los Roeske me acompañaron hasta el avión rumbo a casa.

19. Lagoon College

Era ya de noche cuando el avión tomó tierra en el aeropuerto Jomo Kenyatta. Charo y Joan me esperaban, rebosantes de entusiasmo y hablando las dos a la vez: «¿Qué tal el viaje?» «¿Qué hiciste en Nigeria?» «¿Cómo le va a Carlette?». Y luego... «Olga, ¿sabes qué?... ¡Nosotras dos vamos a Nigeria!»

Así pues, el comienzo de la labor en Nigeria era inminente. ¡Qué contentas iban a estar las señoras! De camino a casa en el coche, seguimos charlando agitadamente, y me enteré de que Father Robert Lozano también se marchaba de Kenia para ir a Nigeria y sería el Consiliario de aquella región.

Durante los meses siguientes, Charo y Joan fueron conociendo a un buen número de señoras nigerianas por mediación de Gloria Olisemeka, que organizó un *party* en el jardín de la residencia del Alto Comisario para presentarles a gente que pudiera ayudar. Fola y Adeline escribieron desde Ibadan, y Carlette de Lagos: «¿Cuándo venís de nuevo? Ya sabéis que contáis siempre con nuestra casa».

El 17 de mayo de 1972, Charo y yo partimos hacia Lagos para preparar los cimientos del nuevo *college*. Sabíamos que sería difícil, porque Pim nos había advertido que las cosas en Nigeria llevan mucho tiempo, y no teníamos ese tiempo. Los hombres del Opus Dei estaban allí desde 1966, y ya era hora de empezar el trabajo con mujeres.

Mientras contemplaba el exterior por la ventanilla del avión que nos llevaba a Lagos, tuve un momento de pánico. ¿Qué podíamos hacer nosotras, dos mujeres? ¿Por dónde íbamos a empezar? ¿Y si fracasábamos? Sabía que el Padre, y todos los que habíamos dejado en Kenia, estaban rezando, pero ¿cómo se presentaría la situación? No tenía la menor idea y, de repente, me sentí abrumada por la responsabilidad de todo aquello. Volví la cabeza hacia Charo, que me dirigió una sonrisa serena y reconfortante.

Carlette y Pim nos recibieron, dándonos la bienvenida, y nos condujeron a su casa.

Después de cenar, les explicamos lo que esperábamos llevar a cabo: «Tenemos que registrar el *college* en el Ministerio de Educación, y encontrar un local adecuado para que también vivan allí las que vendrán». Pim, movió la cabeza en son de duda: «Conseguir que los papeles pasen por el Ministerio lleva siglos -nos dijo-. Conozco gente que ha esperado años y, al final, ha desistido».

Al día siguiente por la mañana vino el Consiliario. Nos dijo: «Os dais cuenta de la importancia de conseguir todo esto, ¿verdad? La labor del Opus Dei en Nigeria está paralizada sin las mujeres».

Nos dio el nombre de una persona en el Ministerio de Educación, y nos advirtió de la lentitud de las negociaciones. Ahora era asunto nuestro.

Los Roeske pusieron a nuestra disposición su Volkswagen azul, en el que íbamos a Misa por la mañana temprano. Después, desayunábamos con Carlette antes de empezar nuestras gestiones en el centro de la ciudad.

El primer día fuimos a ver a Mr. Badmos, el encargado del registro en el Ministerio de Educación. Nos explicó que para inscribirnos debíamos presentar una información completa sobre el *college*, incluyendo el número, identificación y diplomas del personal. Las que no eran nigerianas necesitarían permiso de trabajo, aunque esto dependía del Departamento de Inmigración. A cada uno de los trámites se adjuntaba un papel que requería el sello y la firma de la persona responsable; solamente cuando todos los papeles estuvieran en regla podíamos volver a verle para la inscripción.

Salimos de la oficina con sensación de vértigo ante el trabajo que teníamos por delante.

El panorama se presentaba muy complicado. El *college* que nos proponíamos debía tener un nombre, un lugar físico, una comunidad de propietarios o una fundación sin ánimo de lucro, un currículum, una lista de los nombres y diplomas de sus profesores, los permisos de trabajo, y había que considerar el tema de la financiación. Pim nos aconsejaba no ser demasiado optimistas. Además de la lentitud de la maquinaria gubernamental, existía el problema de que las negociaciones en Nigeria, solían estimularse con el acostumbrado «dash» (un cierto soborno, aunque Fola decía que muchos nigerianos lo interpretaban en sentido amplio como una forma tradicional de hacer un regalo semejante al que se hace a un jefe).

Fue Pim quien propuso el nombre para el *college*. Estábamos hablando sobre esto una tarde, después de cenar, y dijo, como reflexionando en alto: «Lagos... lagoon... ¿por qué no lo llamáis Lagoon College?» A Charo le gustó, y a mí también. Desde ese momento, el *college* tuvo personalidad propia, y pudimos hablar con toda seguridad de «La-agoon Executive Secretarial College».

Establecimos las bases del currículum, y llamé por teléfono a Mercedes Morado, una de las directoras del Opus Dei en Roma, para obtener detalles sobre las ocho mujeres que vendrían a empezar la labor de la Obra en Nigeria, junto con Charo y Joan.

Desde aquel momento pasábamos los días de oficina en oficina. Hora tras hora esperábamos para ver a la persona que debía aprobar nuestros papeles. Por fin, cuando la aprobación parecía abrirse camino, un importante funcionario del gobierno murió en Inglaterra, y todos los del Ministerio volaron a Londres, a fin de acompañar el cadáver de vuelta a Nigeria para su entierro. Toda una semana de tiempo perdida.

Mientras tanto, el Consiliario y el otro sacerdote habían estado buscando un local conveniente para alquilar. Finalmente, encontraron una casa de reciente construcción en la zona continental, en un área residencial que se llamaba Surulere. Charo y yo fuimos a verla, y nos gustó. Pero, antes de hacer el contrato de arrendamiento, necesitábamos tener una comunidad de propietarios. Una nueva complicación.

«Estoy segura de que las señoras de Ibadan podrán ayudarnos», le dije a Charo.

Nos desplazamos hasta allí, alojándonos en la residencia de la universidad. Cuando llegamos, el sacerdote predicaba un día de retiro para señoras en la capilla de la universidad; Charo les dio una charla y, después, hablamos con Fola sobre la necesidad de una Junta o Comunidad de Propietarios. Lo entendió enseguida: «Me pondré en contacto con las otras -dijo-, y nos reuniremos mañana por la tarde en la residencia».

Media docena de señoras acudieron a la cita, incluyendo a Adeline. Charo les informó de lo que habíamos hecho hasta el momento, y de que ahora se necesitaba constituir una entidad sin fines lucrativos para el arrendamiento del edificio de la futura escuela de secretariado: Lagoon Executive Secretarial College.

Naturalmente que podemos hacer esto -intervino Ade-line-, hablando en nombre de todas.

Fola añadió:

-Formo parte de varios consejos de arquitectura, y conozco el procedimiento. ¿Qué nombre le daremos? -ella misma lo sugirió-: ¿Por qué no lo llamamos Lagoon College Women's Executive Board? (Junta directiva femenina de Lagoon College).

Todas lo aprobaron, y prometió ponerse a trabajar en ello de inmediato.

De vuelta en Lagos, las visitas al Ministerio continuaron, con la frustración de intentar obtener los papeles de un sitio a otro, firmados y sellados. Charo y yo solíamos esperar en la misma oficina y observábamos a la misma gente entrar y salir, intercambiando las noticias del día, sacando un refresco del frigorífico, y quejándose de que la fotocopidora no funcionaba. Alguna vez, alguien nos dirigía una mirada de simpatía, pero, en general, lo mismo podíamos haber sido parte del mobiliario.

La espera en oficinas nos ocupaba todas las horas hábiles de cualquier día laborable, y no llegábamos a casa para tomar el *lunch* antes de las 4.30 ó 5 de la tarde. Apenas acabábamos de salir del coche, Carlette acudía a abrir la puerta, sonriente y deseosa de saber cómo había ido el día. Nos cuidaba como una madre y se adelantaba a prever más de lo que nosotras suponíamos. Una tarde, volvíamos exhaustas y desanimadas; parecía que nada se movía. En cuanto Charo estacionó el coche, Carlette se acercó corriendo, radiante de alegría: «Tenéis una sorpresa en vuestra bandeja: ¡una carta de Roma!» Nos apresuramos a entrar, y encontramos una carta de Mercedes, en la que nos decía que el Padre estaba rezando mucho por el trabajo que estábamos haciendo en Nigeria, y por todo el fruto que aquello iba a producir. La carta nos remontó el ánimo.

La tensión del trabajo era fuerte, y cada una reaccionábamos a nuestra manera. De vez en cuando Charo y yo nos enfadábamos. Una tarde que nos habíamos quedado solas en casa, yo me fui a la cama mientras Charo se desahogaba tocando en el piano la sonata «Claro de luna».

Carlette y Pim, viendo que estábamos tirando de la cuerda más de la cuenta, se esforzaban por sorprendernos con diferentes planes. Un sábado, Carlette nos llevó a nadar. No puedo recordar de dónde sacamos los trajes de baño, pero lo que sí recuerdo bien es la sensación de ahogar todas mis preocupaciones en el agua fresca y clara de la piscina. Otro día, Pim sugirió, con su calma habitual: «Estas señoras necesitan una excursión», y nos invitaron a cenar en un hotel que daba al mar, en un ambiente

totalmente distinto. Un domingo alquilaron una lancha motora y cruzamos la laguna hasta una playa en la orilla opuesta.

Llegó el momento en que el local tenía que pasar la inspección antes de ser declarado lugar seguro para una escuela. Puesto que el edificio era nuevo y amplio, pensamos que se trataría de una mera formalidad, pero no fue así. El primer inspector anduvo de acá para allá varias veces para comprobar los riesgos de incendio, hasta que dio su veredicto: «Esta casa necesita treinta y seis extintores antes de que pueda ser declarada lugar seguro». «¡No es posible! -exclamó Charo indignada-. ¡Nos está pidiendo más de cuatro extintores por habitación!» El inspector se mostró inflexible. Incluso nos dio la dirección del sitio donde debíamos comprarlos.

El segundo inspector declaró peligroso todo el edificio, porque todas las puertas y ventanas habían sido colocadas en mala posición, y debían ser nuevamente emplazadas antes de que pudiera dar su aprobación. Esta vez, el contratista estaba presente, y como Charo y yo no reaccionábamos a las insinuaciones sobre «dash», tomó él aparte al inspector y, después de una conversación en privado, se acabaron las trabas sobre puertas y ventanas.

Finalmente obtuvimos el permiso escrito para utilizar el local como lugar docente. El curriculum y el personal también fueron aprobados, y presentamos nuestros papeles debidamente cumplimentados. Sin gran demora, Mr. Badmos nos llamó a Charo y a mí, y nos recibió en su despacho para entregarnos la documentación del registro, con sus mejores deseos de éxito para la nueva escuela. Toda la operación había llevado dos meses.

Lo siguiente fue solicitar los diez permisos de trabajo en la Oficina de Inmigración, presentando una completa información sobre Lagoon College, ya oficialmente registrado. Después de esto ya sólo nos quedaba esperar la respuesta; por nuestra parte, habíamos hecho todo cuanto se podía. Así pues, en julio regresamos a casa.

Le contamos al Consiliario el resultado de nuestro viaje, y le pedimos que rezara para que se nos concedieran los permisos de trabajo.

-¿Qué haréis si no los autorizan? -preguntó.

Con un profundo suspiro le respondí:

-Pues volver a empezar de nuevo.

Pero no tuvimos que reanudar ningún trámite. En agosto, Charo recibió una llamada telefónica, para informarle de que ¡los diez permisos habían sido aprobados! Era más de lo que habíamos osado esperar.

Charo y Joan se marcharon en noviembre con las otras ocho (entre ellas estaban Florence Auma y Mary Mumbua), para empezar Lagoon College y las actividades de apostolado de las mujeres de la Obra en Nigeria.

Carlette me escribió para decirme que ella y su marido habían recibido una carta del Padre agradeciéndoles todo lo que habían ayudado al comienzo de la Obra en Nigeria. Esta ayuda continuó hasta que los Roeske regresaron a Holanda unos años más tarde. Dejaron a Charo su Volkswagen azul, para Lagoon College.

En diciembre de 1973 estuve con el Padre en Roma, y me dijo lo agradecido que estaba por el modo en que los ni-gerianos nos habían abierto sus puertas.

Tuve ocasión de contarle nuestros planes para un colegio de enseñanza secundaria en Nairobi. El Padre se interesó mucho y nos preguntó a qué universidad podrían ir después. Como el Royal Technical College había pasado a ser Universidad de Nairobi en 1970, le dije que prepararíamos a nuestras estudiantes para ir allí.

Entonces el Padre añadió: «Te voy a dar la piedra angular para ese colegio», y me dio un cáliz para traer de vuelta a Kenia.

20. El Padre en el cielo

-¿Estáis todas ahí? -era el Consiliario, que llamaba por te-léfono-.Vamos inmediatamente. Tenemos algo que deciros.

Eran las 7:15 de la tarde, del 26 de junio de 1975, y estábamos cenando en Roshani, el Centro de la Asesoría Regional. A los pocos minutos llegaron los sacerdotes. «Vamos al oratorio», dijo el Consiliario, dirigiéndose hacia allí. Nos miramos entre nosotras con inquietud mientras nos colocábamos en los bancos. Nunca había sucedido nada semejante. El Consiliario subió al lado del altar y, después de un momento de indecisión, nos dijo con voz temblorosa: «El Padre ha fallecido hoy».

Hubo un momento de intenso silencio, hasta que algún contenido sollozo se dejó oír. Un frío entumecimiento me invadió. El Padre nos había dejado, ya no le veríamos nunca más; ya no le podría contar nada; nunca más nos aconsejaría... El Padre se había marchado.

Los sacerdotes dirigieron un responso por el alma del Padre, al que todas contestamos, y salieron del oratorio. Tere y yo fuimos detrás para preguntarles más detalles: «¿Qué ocurrió?» «¿Estaba enfermo?» «¿A qué hora murió?» «¿Dijo algo?»

«No sé nada más», murmuró el Consiliario. Y nos pidió preparar lo necesario para la Misa de Requiem al día siguiente por la mañana.

Cristina Cabello y Tere fueron a los diferentes Centros para comunicarles personalmente la noticia que nos había dejado destrozadas, mientras Ursula y yo poníamos los ornamentos para la Misa del día siguiente. Sacamos todas las cosas de fiesta: el mantel de altar de encaje, la palia con el sello de la Obra bordado en oro... Pensé con tristeza en la que estaban confeccionando en Kibondeni, con perlas y piedras semi-preciosas, para la tan deseada visita del Padre a Kenia. Ahora ya no habría visita.

Fue difícil arrancarnos del cuarto de estar para acostarnos aquella noche. Dábamos vueltas por el hall, desconsoladas, intentando imaginar lo que estaba pasando en Roma.

-¿Hay algo que podamos hacer por el Padre? -preguntó Tere-. ¡Ya sé, podemos mandar flores! -se contestó ella misma.

Enviamos setenta y tres rosas rojas, una por cada año de la vida del Padre, junto con mis últimas palabras al Padre en la tierra: «Para el Padre, con todo el cariño y agradecimiento de sus hijas de Kenia».

En medio de su propio dolor, Don Alvaro escribió una carta larga a los miembros de la Obra, describiendo los últimos días del Padre en este mundo.

El 26 de junio por la mañana, el Padre había estado en Castelgandolfo, cerca de Roma, con sus hijas del Colegio Romano de Santa María. Les había dicho: «Vosotras tenéis alma sacerdotal, os diré como siempre que vengo aquí. Vuestros hermanos seglares también tienen alma sacerdotal. Podéis y debéis ayudar con esa alma vuestra sacerdotal; y con la gracia del Señor, y el sacerdocio ministerial en nosotros los sacerdotes de la Obra, haremos una labor eficaz». «Me imagino que (...) de todo sacáis motivo para tratar a Dios y a su Madre bendita, nuestra Madre, y a San José, nuestro Padre y Señor, y a nuestros Angeles Custodios, para ayudar a esta Iglesia Santa, nuestra Madre, que está tan necesitada, que lo está pasando tan mal en el mundo, en estos momentos. Hemos de amar mucho a la Iglesia y al Papa, cualquiera que sea. Pedid al Señor que sea eficaz nuestro servicio para su Iglesia y para el Santo Padre».

A los veinte minutos o poco más, el Padre comenzó a sentirse indispuerto, y se suspendió la tertulia. Después de un breve descanso, regresó a Roma con Don Alvaro del Portillo y Don Javier Echevarría, como de costumbre. Estaba contento y sereno. Al entrar en Villa Tevere, minutos antes de las 12, fue a saludar al Señor en el sagrario, «con una genuflexión pausada, devota, acompañada por un acto de amor, como solía hacer», escribe Don Alvaro.

«A continuación, subimos al cuarto donde habitualmente trabajaba (...) y, pocos segundos después de pasar la puerta, llamó a Don Javier: ‘¡Javi!’»

En esta habitación había un cuadro de Nuestra Señora de Guadalupe, que el Padre miraba siempre cuando entraba. Ella recibió su último saludo de cariño antes de caer desplomado al suelo: Dios le había concedido su deseo de morir mirando a una imagen de la Virgen.

«Para nosotros, escribió Don Alvaro, ha sido un acontecimiento repentino. Pero el Padre, sin duda, presentía su muerte hacía tiempo - más en su alma que en su cuerpo, diría yo- porque cada día con más frecuencia ofrecía su vida por la Iglesia».

El 27 de junio, el Padre fue enterrado en la cripta de la iglesia de Santa María de la Paz. Sobre la losa de mármol con el sello del Opus Dei, se escribieron dos palabras sintetizando su vida: «EL PADRE». Debajo, la fecha de su nacimiento, «9-I-1902», y la del fallecimiento, «26-VI-1975».

Desde ese momento, la oración y las expresiones de agradecimiento de sus hijas e hijos, así como de innumerables personas que se han acercado a Dios por el ejemplo y la enseñanza del Fundador del Opus Dei, han sido una constante junto a sus restos mortales.

El 29 de junio se celebró una Misa funeral en el oratorio de Kianda Residence. Parientes y amigos de las personas de la Obra vinieron con sus familias, y la asistencia desbordaba al pasillo. El sacerdote utilizó los ornamentos que el Padre había bendecido en 1960, cuando vinimos a Kenia. A los lados del altar había grandes ramos de gladiolos y rosas rojas.

Después de la Misa, la gente se quedó en casa charlando. Agradecí su presencia a una de mis amigas, y me replicó: «¿Cómo podría no venir? El Opus Dei me ayuda desde hace años, y todo se lo debo al Padre».

Unos días después, más de un millar de personas asistía a la Misa funeral en la Catedral de la Sagrada Familia de Nairobi. También se dijeron otras Misas en distintos sitios de Kenia.

Una de éstas fue celebrada por el Obispo Urbanus Kioko, y la ofreció «especialmente por su canonización, que ojalá sea pronto». Al más puro estilo keniano, retó a la juventud con una fábula: «¡Vosotros, jóvenes, sed generosos con Dios! Dejaos de perder el tiempo pensando: quizás podría hacer esto o aquello, casarme con uno o una, o con otro u otra. Mirad, os voy a contar un cuento. Había una vez un burro tan hambriento que estaba a punto de morir. Un hombre lo vio, tuvo compasión de él, y le ofreció dos batatas. El burro las aceptó encantado y agradecido, y empezó a pensar: ¿Cuál de las batatas me comeré la primera? Si me como ésta primero, estoy seguro de que me quitará la otra. ¿Y si me como la otra primero? Lo mismo. Entonces, ¿qué hago? ¿Cuál debería comer la primera? Bueno, ¿sabéis lo que le ocurrió al burro? Murió de hambre, sin haber tocado ninguna de las dos batatas».

Acudí a Roma para el congreso electivo. El 15 de septiembre, Don Alvaro fue elegido primer sucesor del Fundador del Opus Dei, por unanimidad. Poco después, se fue transmitiendo un mensaje que no se había oído durante tres meses: «¡El Padre quiere vernos a todas en la escalera de La Montagnola!».

Toda la casa se reunió allí, con mezcla de alegría y de dolor, a la espera de que se abriese la puerta del oratorio. Dentro de unos momentos entraría por esta puerta el Padre, pero no sería nuestro Fundador... Sin embargo, cuando apareció visiblemente emocionado, supe que verdaderamente teníamos un Padre.

«No habéis elegido a Alvaro del Portillo -nos dijo-. Al elegir a la persona que más tiempo llevaba al lado del Padre, habéis querido elegir otra vez al Padre. El período fundacional ha terminado. Comenzamos ahora el período de la continuidad».

Continué el viaje a Londres para visitar a mis padres, que entonces vivían allí. Después de abrazarme cariñosamente, mi padre me preguntó: «¿Qué has hecho en Roma? ¿Quién es la nueva cabeza en el Opus Dei?». Cuando le conté que Don Alvaro del Portillo era ahora el Padre, asintió con gesto de aprobación: «Naturalmente. Es el que más tiempo ha estado al lado del Fundador».

21. Kianda School

«*Tazama, tazama, ni vema na vizuri ndugu kuishapa-moja kwa umoja...*» (Venid y ved, es justo y necesario que los hermanos vivan juntos en unidad...)

Así cantaba el coro del colegio, acompañado por tambores y *kayambas* (maracas de bambú), mientras sesenta niñas de nueve años con blusa blanca y *kangas* de colores, bailaban en dos largas filas hacia el campo de hockey, encabezando la entrada procesional para la Misa solemne de acción de gracias. Su silencio, la reverencia de sus movimientos se integraban en una unidad glorificando a Dios. Se inclinaban hacia el suelo con los brazos extendidos, lentamente los subían en alto como signo de que Él es dueño de cielo y tierra, y sus manos cubiertas de guantes blancos aleteaban como mariposas ofreciendo a Dios toda la gloria.

Kianda School celebraba sus veinte años de existencia.

Los tres primeros capellanes del colegio concelebraban la Misa bajo un dosel, frente a unas dos mil personas allí congregadas, de todos los colores y de todos los credos, sentadas en las gradas del campo de hockey. Muchas de ellas eran alumnas de Kianda College y de Kianda School, con sus maridos y sus familias.

No podía dejar de recordar los comienzos de todo aquello. Un día de 1973, Naomi Waiyaki, una antigua alumna de Kianda College, me dijo: «Mi hija está todavía en la escuela primaria, pero yo desearía que ella se beneficiara de la atención personal que se da en Kianda, como lo hice yo. ¿No podríais iniciar un colegio de enseñanza secundaria? Otras antiguas alumnas dijeron lo mismo. Cuando se presentó la oportunidad, le informamos al Padre, que se alegró mucho.

En 1977, se matricularon las cuarenta y ocho primeras alumnas. Las situamos en la parte trasera de la residencia, alejadas del *college* y de las residentes. Sin embargo, a pesar de nuestros esfuerzos, a veces una profesora se tropezaba con una adolescente traviesa, patinando alegremente por el pasillo encerado que da acceso a la entrada principal. Comprendimos que esto era sólo el principio y que tarde o temprano invadirían Kianda.

Hacia 1987 se impuso la necesidad de tener una sección de enseñanza primaria, de la que algunas alumnas pasarían al nivel secundario. La primera tanda de seis años apareció en escena en 1989, y toda la casa se llenó de una permanente vivacidad con sus cantos y saltos, con su alegría de vivir.

Conseguimos que Margaret Roche viniera del Kenia High School para ser la directora del colegio. Margaret es irlandesa, y vino a Kenia en 1969, poco después de su

graduación en Galway University. Fue profesora en diversos colegios de Nairobi, incluyendo Kenia High, muy diferente entonces de lo que había sido en 1960, en gran parte porque ahora era casi enteramente para chicas africanas. Conoció la Obra mientras estaba enseñando allí.

Margaret es aún la directora de Kianda School. La sub-directora, su ayudante, es Mary Kibera, antigua alumna de Kianda College, que continuó sus estudios en Nairobi University, y obtuvo diplomas en Francés y Pedagogía. Decidió ser de la Obra cuando era residente en Kianda. La científica del trío para dirigir el colegio es Lina Sequeira, de Goa (India), que empezó a tener contacto con la Obra cuando era estudiante en Nairobi University...

Margaret Roche, sonrojada y visiblemente emocionada, hizo la introducción:

«Comenzamos esta celebración con una Misa para dar gracias a Dios por Kianda, y por el Fundador del Opus Dei que lo ha hecho posible. Hace veinte años que dio a Olga Marlin la piedra angular de este colegio, el cáliz que va a ser utilizado en esta Misa.

Olga, Tere Temes y Cuca Canel son parte del valiente grupo de mujeres que vinieron aquí las primeras, hace más de treinta y cinco años, cuando sólo existía un pequeño chalet y campos de hierba ondulante. Tuvieron una visión clara de cómo la educación sería el camino para preparar a nuestras mujeres para los desafíos de la vida. En cierto modo, Kianda es hoy la culminación de aquellos sueños.

Como todos los que estamos aquí reunidos sabéis, el principio sobre el que se basa la filosofía de Kianda es la estrecha relación entre padres, profesoras y alumnas. Fue el mismo Fundador del Opus Dei quien nos enseñó que las personas más importantes en el colegio son los padres, después los profesores, y luego los estudiantes».

La multitud que llenaba el campo de hockey guardó un respetuoso silencio, y siguió atentamente las ceremonias.

Después de la Misa, la Presidenta de Kianda Past Students' Association (Asociación de Antiguas Alumnas de Kianda), Ann Muigai, habló sobre lo que Kianda significaba para ella. Había sido una de las primeras alumnas del colegio; ahora era Supernumeraria del Opus Dei. Ann es catedrático de biología molecular en Jomo Kenyatta University; de hecho, es la directora del departamento y el miembro más joven de la Junta Directiva de la Universidad. Casada y con dos niños, está estudiando para obtener el doctorado.

«Me siento orgullosa de haberme graduado en Kianda -empezó, y todos aplaudieron-. Lo que más aprecio de esta escuela es la formación personal que se nos ha dado. Nos han ayudado a tener seguridad en nosotras mismas, por medio de tutorías y actividades como teatro y oratoria.

A cada una se la ha tratado individualmente y se le ha estimulado a ser ella misma. Hemos aprendido a ser independientes, a hacer las cosas porque queríamos, no porque nadie nos forzara. Todo esto me ha ayudado mucho más tarde en mi carrera universitaria.

No se conoce el mundo exterior hasta que no se sale del colegio. Te acostumbras a que te traten como una persona, y es un duro golpe darse cuenta de que en la universidad

nadie se ocupa de ti. Te encuentras con una gran indiferencia. Nosotras, las antiguas alumnas de Kianda, queremos contribuir a que eso cambie.

Las propias niñas habían preparado la coreografía de los bailes tradicionales y modernos que siguieron, como parte del programa. Cuando la representación terminó, la gente no tenía prisa en irse, y muchos se quedaron charlando y recordando antiguas amistades. Me era difícil ir de un lado a otro entre el gentío.

Maureen Mboya, ahora Mrs. Otero, vino a saludarme acompañada por sus hijas, Diana y Nancy, alumnas de Kianda School.

«Tita Olga -me dijo-, Diana hace la Primera Comuni3n el domingo próximo. ¿Podrás venir?»

Al mismo tiempo que le prometía asistir, recordaba vivamente las circunstancias que rodearon la Primera Comuni3n de Maureen muchos años antes.

Cuca me llamó para saludar a Eva Beuttah, una de las primeras estudiantes del *college* de secretariado. «¿Te imaginas? -me decía Cuca cogiéndome del brazo-, ya no me siento como la madre de las alumnas, sino como la abuela. Eva está aquí con Ella, su hija, y con su nieta Maysara, que empieza ya la escuela primaria. ¡Tres generaciones de estudiantes en Kianda!

Eva, que es Supernumeraria, me dio un abrazo fuerte. «Los padres de Kianda nos sentimos orgullosos en un día como hoy -me dijo-. ¿Te acuerdas de la entrevista de Margaret y Mary Kibera en la televisión en 1976, antes del comienzo del colegio? Explicaron las ventajas del colegio externo, la importancia de que los niños vivieran en casa con sus familias y de que los padres mantuvieran contacto con sus hijos. La mayoría de los padres querían enviar a sus hijos a colegios con internado.

Ahora sucede lo contrario. Tratan de sacarlos, porque los padres se dan cuenta de que en los internados pueden perder a sus hijos. No saben lo que ahí pasa; los niños se educan entre ellos, y si los valores de sus iguales son diferentes a los de los padres, los niños pierden los valores que les enseñaron sus padres».

Uno de los padres oyó de lejos estas palabras y se acercó a nosotras. «Una de las cosas que más me costaba de este colegio era las frecuentes reuniones de padres. Ahora comprendo que el compromiso merece la pena; ahora venimos motivados, por interés en la educación de nuestros hijos, no sólo para saber sus notas. Somos participantes, no sólo espectadores».

A medida que la población estudiantil aumentaba año tras año, crecía también la necesidad de aulas, laboratorios, y transporte. Pedimos la colaboración de los padres para obtener fondos con destino a Kianda Foundation, y en seguida pusieron manos a la obra. El resultado fue un edificio de dos pisos de color crema con tejado rojo y terraza, que se construyó frente al recinto de Kianda, con cuatro laboratorios, ocho salas de clase, y otras aulas para economía doméstica y para el profesorado.

Lina Sequeira enseña biología. Antes de venir a Kianda trabajó con el Dr. Thomas Odhiambo en el International Center of Insect Physiology and Ecology. La conocí cuando todavía era estudiante en Nairobi University.

«Vivimos en una sociedad competitiva -me comentó-, y sin títulos que acrediten los conocimientos no se va muy lejos. Es una pena, porque a veces es tanta la presión por conseguir buenas notas, que las chicas no tienen tiempo de disfrutar lo que aprenden. Todo el mundo está empezando a considerar la necesidad de una educación más humana. Los niños no son máquinas. Deben tener holgura para desarrollar virtudes al mismo tiempo que trabajan.

La gente tiene hambre de educación. No conozco otro país en el que los exámenes nacionales se conviertan en titulares del periódico todos los años. El país entero funciona en torno a ellos, los profesores se ponen nerviosos, los chicos sudan de miedo, a la par que los políticos se recriminan entre ellos».

«¿Estás contenta con los resultados de Kianda?» -le pregunté.

«Sí -me respondió-, especialmente considerando que somos un colegio sin internado. En 1982, cuando nos presentamos al examen nacional por primera vez, nuestro nombre no se incluyó en las listas, y este año somos las segundas del país. El Ministro de Educación, Mr. Joseph Kamotho, dijo a los padres que pensarán en enviar a sus hijos a un colegio externo, porque estos colegios pueden también sobresalir, *como Kianda*».

Mary Kibera es el alma del departamento de tutorías. Su interés se centra en la formación de la familia, por la influencia que la familia tiene en la educación del carácter y en el futuro de los hijos. La mayoría de los padres de Kianda son jóvenes, -la mayor parte de las alumnas están en primaria-, y Mary es consciente de la importancia de orientarles en su función de padres, para crear familias en las que los valores son enseñados y vividos. Los padres del colegio que ya son maduros le ayudan en esta tarea. Ellos han pasado por los mismos problemas y pueden aconsejar a los más jóvenes.

Con palabras de un gran educador y padre de familia, Tomás Alvira -que fue el primer Supernumerario del Opus Dei-, «cada uno de nuestros hijos es un ser muy complejo con una enorme riqueza de matices, pero formando una unidad. Los educadores no debemos olvidar esto nunca. A los padres nos debe interesar la educación de los hijos en el hogar y en el colegio. Hemos de buscar tiempo para dedicarlo a la familia, pero se impone también que lo busquemos, aunque sea poco, para dedicarlo al colegio de nuestros hijos, con el fin de ayudar a su mejor funcionamiento, lo cual, en definitiva, es ayudar a nuestros hijos, meta que debemos señalarnos todos los padres» (*Cómo ayudar a nuestros hijos*. Ed. FERTJ).

Era ya tarde cuando partió el último coche, con sus ocupantes saludando por la ventanilla.

Nosotras estábamos de pie, en el sitio donde todo había comenzado. Ahí estaba el antiguo chalet, empequeñecido ahora por las nuevas construcciones pero conservando su encanto. Me acordaba de nuestra primera africana, hace treinta y seis años, caminando hacia la escuela con los zapatos en una bolsa, decidida a mejorar su vida y la de su familia. Tantas otras chicas siguieron sus pasos, y hoy, la educación no supone para sus hijas el duro esfuerzo que ellas hicieron. Ahora, mujeres como Ann Muigai no sólo dirigen departamentos sino que aspiran a doctorados, y viven su llamada al Opus Dei como madres de familia y como profesionales.

Vino a mi memoria lo que San Josemaría nos había dicho antes de venir a Kenia: que «cuando empezamos nuestro trabajo en un país, no podemos aislarnos, sino que debemos echar raíces en él»; que nuestra misión era como la del rodrigón al lado de un árbol joven para ayudarlo a crecer recto y fuerte, y el trabajo en profundidad lo harían después las personas del país a las que nosotras formáramos.

Me di cuenta de que el arbolillo había crecido y era ya un árbol robusto.

22. La clínica de la Universidad de Navarra

El Dr. Batey dejó sobre la mesa la radiografía, se recostó en su silla, y me miró pensativo. «Tu columna está en muy mal estado, me dijo por fin. Debes tratarla como si fuese de cristal».

En Pascua de 1975 (el año en que San Josemaría Escrivá se nos fue al cielo), mientras estaba sentada en una silla, inclinada hacia delante y pintando huevos de Pascua, sentí un pinzamiento de vértebras; desde entonces el dolor había ido en aumento. Al regresar de Londres en septiembre, fui a ver al Dr. Batey; me mandó hacer una radiografía, y éste era el resultado.

Yo no sabía cómo manejarme con una columna vertebral «de cristal», y para noviembre llegó hasta tal punto que se aconsejaba una intervención quirúrgica. Ingresé en el Hospital de Nairobi para hacerme una laminectomía, y a los quince días me dieron de alta, advirtiéndome que debía hacer reposo durante un cierto tiempo. Sin embargo, a los dos meses mi espalda no mejoraba, y el cirujano recomendó pasar unos días en la costa.

Cuca y Pilu me acompañaron a Mombasa; allí paseamos y nadamos, pero el dolor continuó. La vuelta a casa en avión fue una tortura. Sentía como si la fresa del dentista me taladrara la columna. Me vi obligada a permanecer en cama dos semanas, incapaz de poner el pie derecho en el suelo. Por fin, Tere me ayudó a entrar en el coche y, con gran cuidado, me llevó de nuevo a la consulta del cirujano. En el camino se le escapó decir: «¡Espero que no necesites otra operación!» Esa horrible posibilidad no se me había pasado por la mente, pero así fue. En febrero de 1976 me hicieron una segunda laminectomía.

Pasaron los meses y no parecía capaz de reponerme. Tere me llevó a la consulta del Dr. Batey, y él me recomendó ir a un especialista en Londres. Mientras volvíamos a casa, Tere me dijo: «¿Por qué no llamas a tu padre? Tu hermana es médico y está allí, seguro que sabe lo que se debe hacer».

Me ayudó a marcar el número, y las dos esperamos ansiosas mientras se oía la llamada del teléfono. Mi padre contestó. «¿Papá?», le dije. Estaba débil y se me quebraba la voz, a la par que imaginaba su presencia reconfortante y su fortaleza, que me infundía esperanza en aquella situación de impotencia física. «Tengo mal la espalda y debo consultar a un especialista en Londres». Hubo un momento de silencio, y después una firme exclamación de mi padre, con la voz temblorosa y su acento neoyorquino más acusado que de costumbre: «¡Te vienes a casa inmediatamente!, ¿me oyes?» Con Tere a

mi lado, lloré lágrimas de consuelo y de alivio. Llevaba ya mucho tiempo fuera de combate.

Mientras Tere organizaba el viaje, mi padre habló con mi hermana Liz, y ella se encargó de que una especialista amiga suya me viera en cuanto llegara a Londres. Virgina Camp, la especialista, meneó la cabeza al ver la cantidad de hueso que me habían quitado, e inmediatamente me reservó plaza en el sanatorio de rehabilitación Farnham Park, en Slough. Tenía buena comunicación con Woodlands, un Centro del Opus Dei en Ealing; residía en el sanatorio los cinco días laborables, y pasaba el fin de semana en Woodlands.

Farnham Park, una antigua mansión aristocrática, poseía amplios terrenos convertidos ahora en campos de deporte, pistas de carreras, un taller de carpintería, salas de ejercicios, un gimnasio... Muchos de los pacientes eran jugadores de fútbol con las articulaciones dislocadas. Había un policía que se había dañado la espalda, al saltar una muralla persiguiendo a un ladrón. Varias mujeres se recuperaban de operaciones de hueso.

Fue una experiencia nueva para mí. Las enfermeras británicas -muy eficientes- llevaban un uniforme almidonado y sus modales eran serios y expeditivos. El primer día me coloqué vacilante en la cola de las admisiones, y después de que una de las impresionantes enfermeras me hiciera pasar todas las formalidades, una asistente social me enseñó amablemente el sitio. Me quedé perpleja. En los talleres, los pacientes estaban ocupados en toda clase de actividades, y mi guía me dijo alegremente. «Mañana empezarás a trabajar en el taller de carpintería». Retrocedí ante la perspectiva, pues no sabía nada de carpintería, pero ella fingió no darse cuenta.

Pronto me acostumbré a la rutina cotidiana: tratamiento de calor bajo una lámpara, seguido de ejercicios sencillos, y muchas horas de carpintería, de pie, trabajando en distintos proyectos sobre una mesa muy alta. El horario del día en Farnham Park era apretado, y no había mucho tiempo para la relación social, excepto a las horas de las comidas, y en los descansos para tomar el té por la mañana y por la tarde. Un día entablé conversación con una señora muy simpática que se llamaba «Chippy» Green. Me enteré de que ella también estaba interesada en la enseñanza. Su campo era la educación especial. Ayudaba a jóvenes con problemas a integrarse en el sistema normal. Para Chippy no existían casos irremediables, y había conseguido enderezar a muchos jóvenes, a veces con métodos originales. Tenía caballos, y uno de los modos en que sus estudiantes revivían era relacionándose con un caballo, y luego con Chippy. Charlamos largamente sobre nuestras experiencias en Londres y sus suburbios, y en Kenia.

Chippy era metodista, y me atrevería a decir que tenía una constante presencia de Dios. Un día le pedí un favor. Mientras estuve en Farnham Park no podía salir para asistir a Misa, y el sacerdote de la parroquia accedió amablemente a traerme la comunión cuando le fuera posible. Como era la única paciente católica y la enfermera irlandesa no estaba libre para acompañarme el primer día que vino el sacerdote, se lo pedí a Chippy. Aceptó, y recibí la comunión en una de las salas de visitas, con Chippy sentada detrás de

mí. La vez siguiente no me decidía a pedírselo; pero Chippy se acercó, diciendo: «¿Podría tener el privilegio de acompañarte cuando recibas de nuevo la comunión?»

A medida que mi salud mejoraba, aumentaba mi aprecio por Farnham Park y su personal. El lugar ya no me parecía tan tristón ni las enfermeras tan tremendas, y realmente disfrutaba con la carpintería, haciendo el trabajo a mi ritmo, hasta apoyarme sobre la mesa más baja. (Las mesas estaban calculadas a distintos niveles de altura para ir aumentando gradualmente la inflexión de la espalda). Al final de mi estancia había hecho todo lo que allí podía hacerse, además de algunos extraordinarios como un caballete para el taller de ornamentos de Lina Fernández en Woodlands. Resultó un tanto complicado, y otras pacientes me echaron una mano.

También encontré instrucciones para fabricar un burrito de madera tirando de un carro, y me puse a hacerlo como regalo para el Padre. Después de dos meses en Farnham Park, mi columna se había reforzado, compensando los músculos la pérdida de hueso. De hecho, había adquirido tal fuerza que era peligroso tenerme cerca. En Woodlands apreté tanto el grifo de la ducha, que nadie pudo abrirlo hasta que volví la semana siguiente y lo aflojé. También cerré el tintero tan fuerte, que no pudieron usarlo.

Cuando finalmente Farnham Park me consideró en condiciones de irme a casa, estaba ya deseosa por volver. Imaginaba el exceso de trabajo que todas tenían; además recibí una conmovedora carta de Tere. «Leí la noticia de que estás bien y de que pronto regresas a casa -decía- en el momento de un corte de electricidad; y más vale así, para que mis lágrimas de alegría pasaran inadvertidas».

Durante diez años mi espalda se mantuvo firme, haciendo fielmente los ejercicios a diario; de pronto empecé a sentir como si algo se hubiera soltado. Un día me di cuenta por primera vez de que la espina dorsal parecía girar a nivel de la cintura, como si se hubiera roto en dos pedazos. Fue una sensación muy extraña.

El Dr. Batey ordenó hacer más radiografías; Conchita y yo fuimos a buscar los resultados. La espalda estaba de nuevo en malas condiciones, y el médico no me lo ocultó:

-Tu columna vertebral sufre una sub-luxación. Dicho de otro modo, la parte inferior de la espina dorsal ha sufrido un colapso. Lo siento pero quizás tendrás que resignarte a un futuro en silla de ruedas.

Le miré horrorizada.

-Entonces, ¿qué hago ahora?

-Vete a casa y échate en la cama. Cuando menos muevas esta espalda, mejor.

Me quedé aturdida; al volver a casa me sentí incapaz de contestar a las palabras de ánimo de Conchita: «Ya verás como las cosas no irán tan mal... »

Mientras permanecía acostada, las demás se ocupaban de hacer gestiones.

-Estamos considerando lo que te conviene -me dijo Tere-, pues debes ir a un especialista. Podrías volver a Londres. Pero, por otro lado, Father James Planell tiene un amigo que es un traumatólogo de renombre y trabaja en la clínica de la Universidad de Navarra. ¿Qué te parece si vas allí?

A menudo había oído hablar de la clínica adjunta a la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra, una obra corporativa del Opus Dei en España. Allí recibiría cuidado médico y ayuda espiritual.

-Me gustaría ir a la clínica -respondí.

El especialista, Dr. José Cañadell, estaba dispuesto a verme; así que arreglamos las cosas para marcharme lo antes posible. El Dr. Batey insistió en que debía viajar como minusválido, acompañada por Conchita, utilizando silla de ruedas en todo momento y tomando la fuerte dosis de medicamentos que él prescribiera. Por mi parte, estaba decidida a cualquier cosa con tal de alejar el fantasma de un futuro en silla de ruedas.

El viaje fue largo y cansado; entre los medicamentos y Conchita conseguí llegar entera al aeropuerto de Pamplona, y me sacaron por la puerta en silla, sintiéndome totalmente inválida. Mi primera sorpresa se produjo al encontrarme con la propia personificación de una enfermera inglesa. Inmediatamente se hizo cargo de todo. Con ayuda del conductor, me colocó en el asiento delantero del taxi, y vino con nosotras a la clínica. Se trataba de Carmen López, era del Opus Dei, y Conchita ya la conocía. Mientras charlaban animadamente, yo me di cuenta de que Carmen no dejaba de mirarme con ojo clínico, compadeciéndose de mi estado.

A la entrada de la clínica me pusieron de nuevo en una silla de ruedas y me llevaron, con Conchita, a recepción. Carmen nos dijo que esperásemos allí, y se marchó rápidamente.

Pasado un rato, que me pareció muy largo, volvió para decirnos que faltaban camas, por lo que estaría en la segunda planta la primera noche, antes de trasladarme a la quinta.

-¿Y Conchita? -le pregunté.

-¡Oh! -dijo Carmen-, no te preocupes. Todas las habitaciones tienen un sillón que se transforma en cama para el pariente o acompañante del paciente.

Lo agradecí mucho. La habitación era acogedora. En realidad, toda la clínica tenía el ambiente de familia de un Centro de la Obra.

No se perdió ni un minuto. Aquella misma tarde, un joven y fornido doctor con una bata blanca inmaculada vino a examinarme. Me puse de pie contra la pared, y empezó a percutir la columna vertebral, desde el cuello. Al llegar a la cintura, vi las estrellas y lancé un grito; se excusó y dio por terminada la exploración. Después, me hicieron radiografías en todas las posiciones posibles. De pronto uno de los radiólogos me preguntó: «¿Ha sufrido usted un accidente?». Me quedé muy inquieta.

Al día siguiente, el especialista, Dr. Cañadell, vino a verme, con las radiografías en la mano. Cogió una silla, se sentó a la cabecera de mi cama y explicó con exactitud lo que sucedía con mi columna. Yo me perdía en los detalles técnicos, pero no me importaba; lo único que quería era mejorar. Cuando acabó de hablar, me volví hacia él temblorosa: «¿Me puede salvar?». Hubo un momento de silencio; después, con extrema amabilidad deslizó el brazo por el cabezal de la cama, e inclinándose hacia mí dijo con firmeza: «Ya estás salvada». Sentí una ilimitada confianza en el Dr. Cañadell; como si olas de alivio se vertieran sobre mí. Me explicó que debía operar e insertar unas barras llamadas Harrington para sostener la columna. Todo me pareció muy bien; él sabía lo que hacía.

La operación tuvo lugar un par de días después, el 22 de febrero. Tendida en la cama, inmóvil durante tres semanas, tuve amplio tiempo para observar todo el movimiento a mi alrededor. Un equipo de mujeres llegaba a diario, con batas rosas impecables, empujando un carrito cerrado que contenía toda clase de artículos de limpieza. No sé cómo se las arreglaban, pero nunca había olor a detergente, ni siquiera en el cuarto de baño y, sin embargo, en esta clínica se daba el porcentaje de infección más bajo de toda Europa.

La camisola blanca que yo llevaba lucía un toque femenino: un pequeño reborde de encaje alrededor del cuello. Se lo comenté a Carmen: «Esto es iniciativa de las mujeres que se ocupan del área de servicios de la clínica, me dijo. Están siempre pensando en nuevos detalles para hacer la enfermedad más llevadera, y personalizar el cuidado de los pacientes. Les comentamos que los hombres se sentían incómodos con las camisolas blancas, y en seguida diseñaron otras para ellos en tono beige con el cuello en pico, un bias marrón y una apariencia de bolsillo con las iniciales «CUN» en marrón oscuro; parece la chaqueta de un pijama. El área de servicios es el corazón de la clínica; es lo que le da el ambiente de familia que la distingue. El Padre dejó perfectamente claro que la clínica no empezaría a funcionar sin el departamento de servicios».

En la clínica había una capilla, y a cada planta le estaba asignado un capellán; así yo podía confesarme cuando quería, y recibía la Sagrada Comunión a diario. La Misa del domingo se transmitía por el circuito cerrado de TV, y podía seguirla desde la cama.

Los enfermeros, con uniformes blancos, movían a los pacientes de un lado a otro en silla o camilla de ruedas. Eran hombres fuertes pero delicados, como pude comprobar cuando me trasladaban de la cama a la camilla para llevarme al departamento de rayos-X. Me manejaban con tanto cuidado como a un niño recién nacido, y mullían la camilla para que no sintiera ningún bache; por el camino mantenían una animosa conversación, y saludaban a los colegas que se encontraban. Supe que muchos de los enfermeros o celadores eran de la Obra.

Pasadas las tres semanas, el joven y fornido doctor vino a visitarme. Trabajaba en el equipo del Dr. Cañadell, y le había visto bastante a menudo desde la primera percusión. Carraspeó un par de veces y, después de tomar posición con los brazos a la espalda, me expuso el caso hipotético de una persona en mis condiciones: su columna ha sido firmemente reforzada pero, pasado el tiempo le causa problemas porque estaba débil por delante... Una amable introducción a la siguiente visita del Dr. Cañadell, en la que me explicó que sería necesaria una segunda operación para consolidar la columna por la parte delantera. No era fácil aceptarlo, pero no tenía opción.

Se fijó la operación para el 19 de marzo, y el Dr. Cañadell la pospuso al 20 «para que puedas disfrutar el día de San José en paz». La enfermera nos trajo, a Conchita y a mí, una bandeja muy bien presentada con aperitivos y bebidas, y una comida especial. Celebramos la fiesta; pero yo temía esa segunda operación porque comprendía que era muy delicada, y también porque apenas me había recuperado de la primera.

Al día siguiente, Carmen bajó conmigo a la sala de operaciones y me dijo, como de pasada: «Por cierto, no te preocupes si te encuentras en la UCI cuando te despiertes. Es

sólo por precaución». Yo estaba aterrada. Rodaron la camilla hasta la plataforma dentro de la sala de operaciones, y la colocaron en su sitio; de pronto reconocí frente a mí la mirada cariñosa del Dr. Cañadell detrás de la mascarilla verde, y me sentí segura.

Cuando me desperté, no estaba en la UCI. Una enfermera me hablaba suavemente, y de pronto me di cuenta de que estaba en mi habitación, rodeada de tubos y botellas, y Conchita a mi lado. Unos días después retiraron los tubos y las botellas; ahora se trataba de permanecer tendida en la cama hasta que me recuperara. Conchita se quedó el tiempo suficiente para ver que todo iba bien, y regresó a Kenia.

Mis padres vinieron de Londres a verme, y se quedaron admirados por todo. Les gustó la decoración: los cuadros y lámparas, el cómodo mobiliario que procuraba rincones tan acogedores en los pasillos.

-Hay un equipo de decoradores -explicó Carmen-, y ellos mismos hacen los trabajos de tapicería. Otros objetos son donaciones de cooperadores del Opus Dei y amigos.

-Es tan diferente de otros hospitales que he visitado -dijo mi madre-. Suelen ser tan blancos y fríos -y a mí me comentó-. Aquí se trata a cada uno como *persona* importante. Recepcionistas, empleados de limpieza, y obreros son tan respetados como los médicos.

El Dr. Cañadell invitó a comer a mis padres, y luego les enseñó la universidad. Mi madre me dijo lo impresionado que estaba mi padre. «Está profundamente agradecido, y deseaba ofrecerle un regalo, pero el Dr. Cañadell solamente consintió en aceptar un donativo para el nuevo oratorio que están construyendo en la clínica. Se lo dio, naturalmente, agradeciéndole de todo corazón».

Otro día, mi padre pidió al Dr. Cañadell si podía ver las radiografías. El doctor mandó traerlas y, sosteniéndolas contra la luz, fue explicando lo que había hecho. Mi padre preguntó: «¿Puede darme las radiografías para mostrárselas a mi hija médica en Londres?» Me sentí avergonzada, pensando que no era correcto pedir a un médico eminente que se desprendiera de su trabajo para que otro médico pudiera escudriñarlo. Sin embargo, el Dr. Cañadell no dudó un momento. «Por supuesto», contestó. Papá lo apreció de veras. Mi madre me dijo que la visita a la clínica había contribuido grandemente a que él entendiera mejor el Opus Dei, y que le había dicho a ella lo contento que estaba de que yo formase parte de él.

Mi madre estuvo presente cuando me puse de pie por primera vez pasadas unas semanas. Las enfermeras me habían preparado elevando la cama un poco cada día, hasta que, finalmente, el doctor dijo que podía levantarme. Me dieron unas gotas para evitar el mareo, y luego entró el Dr. Cañadell con todo su equipo. Se sentó en una silla para observar el proceso, mientras mi madre miraba con atención. Poner los pies en el suelo fue un lento y penoso esfuerzo que requería mucha ayuda; por fin, lo conseguimos, y exclamé con aire triunfal: «¡Estoy más alta!» Me volví hacia el Dr. Cañadell, que discretamente enjugaba una lágrima, y di un par de pasos para mirar por la ventana. No resistía estar mucho tiempo de pie debido al dolor, y me acostaron de nuevo. A mi madre le conmovió que el médico con todo su equipo hubieran venido a verme, «como una familia contemplando los primeros pasos del bebé».

Me hicieron un corsé de plástico a medida y, encasquillada en él, comencé el lento proceso de aprender a andar de nuevo. Animada por las sonrisas del personal, me paseaba por los pasillos de la clínica empujando mi andador, repitiéndome como un estribillo las estrictas instrucciones de Carmen: «firme, despacio, segura». Me sentía como la Sire-nita con las piernas como espadas, y me deprimía comprobar el poco progreso que hacía; Carmen me encontró una tarde echa un mar de lágrimas.

A la mañana siguiente, temprano, entró en mi cuarto con rapidez y decisión.

-Te vas a venir a casa ahora -anunció-, vamos a ver cómo nos las arreglamos.

-¿Qué? -exclamé sorprendida y consternada.

-Sí, he hablado con el Dr. Cañadell y dice que, si tomamos toda clase de precauciones, podemos irnos a casa.

La casa era Mendilaz, el Centro donde Carmen vivía.

Ante la novedad y el jaleo de salir de la clínica, olvidé mi desánimo. El traslado a Mendilaz marcó mi cambio de inválida a convaleciente.

Pasados unos meses en Mendilaz -una temporada llena de alegría por los cuidados y atenciones de Carmen y de las otras que vivían en el Centro, además de la visita de Chippy con su marido y de mi madre y Brigid-, al final de septiembre acudí de nuevo a la consulta del Dr. Cañadell, quien me consideró en condiciones para regresar a casa, siempre y cuando continuase llevando el corsé un cierto tiempo.

Así pues, el primero de octubre, ya estaba de vuelta en casa. Ocho meses antes, de camino al aeropuerto, Pilu había hecho cálculos sobre cuánto tiempo estaría fuera. Yo no me atreví a aventurar un cálculo...

Fui a ver al Dr. Batey a su consulta para mostrarle el trabajo que el Dr. Cañadell había realizado y se quedó asombrado. Examinó las cicatrices, observó mi modo de andar, me hizo inclinarme todo lo posible, expresando su admiración por todo ello. Por entonces, el Dr. Batey tenía ya cáncer, y poco después falleció en Escocia, su tierra natal. Me conmovió profundamente el hecho de que, estando él mismo tan enfermo, fuese capaz de interesarse de aquella manera por mí y de alegrarse conmigo de mi recuperación.

23. Centro Cultural Fanusi

Una de las situaciones más angustiosas que pueden producirse en Nairobi es encontrarse frente a una revuelta de estudiantes universitarios, yendo a pie o, peor aún, en coche. Los desenfrenados estudiantes bloquean los caminos, lanzan piedras contra los motoristas, queman coches y, generalmente, provocan destrozos y estragos en los alrededores. No obstante, una universidad que genera una potencia de trabajo de calidad es esencial en cualquier país.

En la universidad de los años 70, era fácil ser admitido, siempre y cuando se obtuvieran buenas notas. El gobierno estimuló a todos los que pudieran para continuar sus estudios, y la matrícula en la universidad era gratis, incluyendo libros de texto y pensión completa. Incluso les daban el dinero para sus gastos personales. Aun así, las estudiantes eran pocas.

Durante mi estancia en Roma, en 1973, comenté a Monseñor Escrivá nuestro deseo de abrir un colegio de enseñanza secundaria en Kianda. Le gustó la idea, e inmediatamente me preguntó: «¿Tendrán esas chicas acceso a seguir sus estudios a nivel superior?» Me impresionó su previsión, tan lejana en aquel momento, pero le aseguré que podrían ir a la Universidad de Nairobi.

Sin embargo, cuando las primeras estudiantes de Kianda High School terminaban este ciclo en 1982 y estaban preparadas para acceder al *College*, la situación había cambiado totalmente. La población estudiantil se había multiplicado año tras año, y las residencias universitarias estaban hasta los topes. Las aulas rebosaban, y algunos estudiantes tenían que seguir la clase desde fuera y tomar notas sobre las rodillas.

El gobierno ya no podía afrontar el gasto de su educación y, poco a poco, los privilegios que los aspirantes a la licenciatura habían llegado a considerar un derecho fueron abolidos. Ya no recibían el «boom» (dinero para los gastos personales), ni la ración diaria de comida (*porridge* o judías con maíz), ni los libros de texto y, además, había un «cost sharing», es decir que el costo de la enseñanza se compartía con los padres.

Entonces surgieron las revueltas. El punto de partida fue la reacción de los estudiantes al brutal asesinato de un popular político kikuyu, J. M. Kariuki, con lanzamiento de piedras, vuelco de coches y otros actos de vandalismo. Los estudiantes fueron reprimidos por la policía municipal y por la muy temida policía anti-disturbios, lo que provocó insultos y arrestos, y luego el cierre de la universidad por tiempo indefinido. Los estudiantes tendían a considerarse una élite (personas inteligentes que «lo habían

conseguido»), sin pensar en la responsabilidad de poner sus talentos al servicio de los demás.

Algunas de las estudiantes solicitaron plaza en Kianda Residence para escapar del caos. Al principio pudimos admitir unas cuantas; pero como la escuela primaria crecía constantemente, un piso tras otro fue convirtiéndose en aulas, y comprendimos que debíamos encontrar otro nuevo local.

Queríamos proporcionar a las universitarias una residencia y un centro cultural, un lugar tranquilo donde pudieran estudiar en paz y con seguridad. La necesidad clamaba a gritos. Las chicas que terminaban el colegio y se matriculaban en la universidad eran cada vez más numerosas; las residencias universitarias femeninas no podían materialmente procurarles alojamiento, y les ofrecían subvenciones para otras alternativas.

Unas cuantas solían asistir a los días de retiro en Kianda, aunque les quedaba bastante lejos.

-¿Por qué no conseguir un sitio cerca de aquí? -me preguntó Lina Sequeira un día tímidamente.

-Aún estamos construyendo la escuela -le expliqué, sacudiendo negativamente la cabeza.

Pero Lina insistía:

-Mira el terreno cubierto de hierba que tenemos enfrente, todo es matorral. No hay nada más que una chabola de lata sobre unos troncos, en la que nadie puede vivir.

Tere, Cuca y yo estudiamos el asunto.

-Tenemos que admitir a más estudiantes -insistía Tere-. En la residencia podemos ayudarles a crecer en esa madurez que deben transmitir a otros. Los estudiantes de hoy son los líderes del mañana. Son ellas las que influirán en la sociedad, y crearán el modelo de la mujer keniana del futuro.

Yo les conté:

-¿Sabéis lo que me ha dicho Brigitte?: «¡Ojalá pudierais admitir más estudiantes en la residencia! Aprendemos tanto aquí; pienso que otras deberían tener esa oportunidad». Le pregunté qué quería decir con esto, y me dijo que en Kianda había aprendido a tener disciplina en su vida, a estudiar en serio, y a ayudar a otras personas.

-En otras palabras, está aprendiendo a usar su libertad responsablemente -concluyó Tere-, en lugar de intentar resolver problemas con revueltas, romper ventanas y quemar coches.

Al Padre, entonces Don Alvaro del Portillo, le preocupaba la universidad porque, como lo expresó en una de las tertulias que tuvimos con él cuando visitó Kenia: «una universidad debe jugar una función primordial en la contribución al progreso humano. Los problemas que la humanidad debe afrontar son múltiples y complejos (espirituales, culturales, sociales, económicos, etc.), y la enseñanza universitaria debe cubrir todos esos aspectos».

Estaba convencido de que el deseo de trabajar por el bien común no era suficiente; que la manera de hacer ese deseo eficaz era preparar a hombres y mujeres para que

trasmitieran a otros la madurez que ellos mismos habían adquirido.

«Hemos de conseguir un sitio cerca de la universidad para residencia de las chicas, y un centro cultural -nos decíamos la una a la otra-. Tienen absoluta necesidad de una biblioteca, porque en la de la universidad no hay suficiente espacio para leer, no tienen suficientes libros para prestarles...» Hablamos sobre la cuestión una y otra vez.

-Pensemos en el sitio -sugirió Lina.

Cuca dijo:

-Esa parcela sería ideal.

-No sé -dije yo en tono de duda-. Está dentro del campus, y probablemente pertenece a la universidad. Puedo pedir información a mi amiga Damaris Ayodo. Su marido es miembro del Consejo de la Universidad, y viven cerca de la residencia femenina.

Damaris me dijo lo que sabía:

-La mayor parte de las propiedades circundantes son del gobierno, y están ocupadas por funcionarios -después añadió-: Si podéis encontrar un terreno vacío y sin explotar, quizás el gobierno considere la posibilidad de cedérselo para un centro universitario y residencia, porque la educación de las mujeres es prioritaria.

Tere y Cuca empezaron la búsqueda de propiedades gubernamentales, y visitaron al Registrador de la Propiedad, al Comisario de Fincas y Terrenos, a la Administración Territorial de Kenia. Una alumna de Kianda College trabajaba en esta última oficina, y les ayudó a identificar las parcelas posibles. Presentamos una solicitud al Registrador, enviándole un listado de terrenos y pidiéndole información sobre ellos; recibimos su respuesta diciendo que todos aquellos lugares estaban adjudicados, pero quizás nos interesara considerar la parcela número 10. Miramos en el mapa territorial... ¡era la que se hallaba cerca de la residencia universitaria femenina!

Pedimos consejo al Ministro de Administración Territorial y Distribución Parcelaria -Minister of Lands-, Mr. G. G. Kariuki, que tenía una hija en Kianda School. Nos dijo que escribiéramos una carta oficial de Kianda Foundation dirigida al Ministerio, solicitando la concesión de aquel terreno con la finalidad de establecer un centro cultural y una residencia para universitarias. Así lo hicimos; esperamos, y rezamos.

Finalmente, un buen día el sobre oficial de color marrón apareció sobre mi mesa.

-¡Tere, ha llegado! -grité.

-¿Qué ha llegado? -preguntó.

-La carta del Ministerio de Administración Territorial -le dije-. Y no me atrevo a abrirla.

Contemplamos el sobre, conteniendo la respiración por unos segundos antes de abrirlo. Fechada el 16 de noviembre de 1979, la carta nos informaba de que nuestra propuesta había sido aceptada. La leímos y releímos, para estar seguras de que lo habíamos entendido bien. ¡Así era!

Ahora que ya teníamos el terreno, gracias a la contribución municipal a nuestro proyecto, debíamos empezar a conseguir fondos para el edificio. Presentamos un informe a nuestros arquitectos e ingenieros -Architects & Engineers Collaborative-, solicitando el trazado técnico de los planos.

Decidimos dar el nombre de «*Fanusi*» al centro universitario. En swahili esta palabra se emplea para designar el farol colgado en la popa de las naves que hacen la travesía del Océano Indico; sirve de guía a los que vienen detrás. En una de sus correrías por las tiendas, Sol encontró uno de estos faroles de cobre y lo trajo a casa. «¡La primera decoración para la nueva casa!», exclamó triunfante.

Era difícil obtener fondos para un centro universitario; en 1983 el proyecto estaba todavía frenado. Tere, que había recortado una «F» en papel de plata para pegarla sobre la estampa para la devoción privada al Fundador de la Obra que tenía en su mesa, estaba casi desesperada.

«Nadie quiere apoyar un proyecto para estudiantes universitarias -se lamentaba-. Mira este montón de respuestas negativas; no ven más allá de sus narices. Estas estudiantes son las mujeres que se entregarán al servicio de los demás en el futuro por medio de su trabajo profesional y de sus actividades sociales y filantrópicas. Son ellas las que van a cambiar el país».

Escribí a mi padre exponiéndole nuestras dificultades financieras, y me ofreció asesorarme si quería pedir fondos en los Estados Unidos. Así pues, me tocó viajar en busca de dinero. El 17 de septiembre de 1983, emprendí vuelo a Inglaterra, Estados Unidos y Canadá.

La primera escala fue Londres; mi padre examinó el material que habíamos preparado. Ante mi sorpresa, frunció el ceño, y me dijo:

-Es un proyecto demasiado pequeño. Nadie lo tomará en serio. ¿Crees de verdad que vais a poder construir un centro universitario con la cantidad que aquí mencionas?

-No -le contesté-, es sólo la primera fase.

-Entonces, incluye todas las fases. Si solicitas una financiación en América, los fondos se piden por millones.

Con la ayuda de Anne Dickinson, arquitecto, que residía como yo en Dawliffe Hall, un Centro del Opus Dei en Chel-sea, reconstruimos Fanusi por entero y revisamos la Memoria adjunta. Después preparamos una docena de dossiers para los eventuales donantes. Una vez aprobado el trabajo que habíamos hecho, mi padre me dijo: «Te voy a comprar ropa. Si quieres conseguir un millón, debes aparentar como un millón». Y me compró un traje de chaqueta color burdeos muy bonito.

Mientras pasaba unos días en Berkhamsted con mis padres, Chippy Green vino para invitarme a cenar con ella y su marido en su casa de Harpenden, un pueblo cercano. Sabía a lo que había venido a Londres, y en el camino en coche le conté más detalles de Fanusi y de nuestros planes para las chicas universitarias. Le pedí que rezara por el éxito en conseguir la financiación.

Antes de llegar al pueblo, de repente Chippy estacionó el coche en el arcén, abrió el bolso, y sacó un sobre abultado que, tímidamente, me metió entre las manos, diciendo: «Esto será el comienzo, querida amiga».

Fortalecida con la ayuda de mi padre y la solidaridad de Chippy, embarqué en el avión de British Airways rumbo a Nueva York.

A la salida del aeropuerto de Nueva York, me estaban esperando Joan McIntosh y Dorothy Maloney. Todo parecía ordenado y limpio bajo el brillante sol de septiembre; se notaba un ambiente de prosperidad. Camino a casa, me contaron las últimas noticias.

«Hemos tenido una tertulia con el Padre en Hunter College para los fieles de la Obra, cooperadores y amigos -dijo Dorothy-. Father Joseph Luis Muzquiz estuvo presente, muy emocionado. Él y Father Sal llegaron a los Estados Unidos en 1948 para empezar el Opus Dei en este país. Entonces eran dos, y en esta tertulia Father Joseph ha visto más de mil personas».

Father Joseph era uno de los tres primeros sacerdotes del Opus Dei, junto con Don José María Hernández Gar-nica y Don Alvaro del Portillo.

En seguida me instalé y me puse a tirar de los hilos que me habían indicado. Pasé horas al teléfono, buscando números y concertando citas. Al final, había hecho treinta y cinco visitas en Nueva York, Filadelfia, Chicago, Ottawa, y Washington D.C. Llamé a Elise Rockart, la profesora de Kianda que tanto impacto había causado en nuestras estudiantes; se entusiasmó con Fanusi y descubrió una fundación privada que nos prometió ayudar en la financiación.

Los americanos tenían curiosidad por conocer la situación política de Kenia, pues les daba la sensación de ser demasiado dictatorial. Intenté explicarles lo que en Kenia significa «democracia de un solo partido». Aunque parezca una contradicción en términos, la «democracia de un solo partido» refleja el método tradicional, según el cual el gobierno recaía indiscutiblemente en los «Elders», y sólo era transferido a su muerte. Si bien las cosas están cambiando, la autoridad todavía ejerce un fuerte dominio sobre los ciudadanos de Kenia. A la gente con quien hablaba le era casi imposible entenderlo.

Mi hermano Randal me organizó una visita a Ottawa a fin de presentar mi proyecto a la Agencia Canadiense para el Desarrollo de Países Extranjeros. Pasé un fin de semana con él y su mujer, Elaine; tenían entonces cinco hijos, de dos a doce años. Randal es profesor en la Universidad Carleton; su familia me recordaba mucho a la nuestra.

Unos días después me encontraba en Washington D. C. con una amiga de la niñez, Lois Dean. Me contó que una vez vio un taxi que se detenía delante de nuestra antigua casa. Un hombre alto salió del coche, permaneció un rato contemplando la casa, y luego se puso en cuclillas con su máquina fotográfica para conseguir una vista como la tomaría un niño. Lois adivinó que debía ser uno de nosotros, y resultó ser Randal. Yo podía comprenderle; es una sensación extraña visitar los sitios conocidos, que siguen existiendo, cuando las personas que les dieron vida ya no están ahí.

La entrevista decisiva para Fanusi tuvo lugar en el Em-pire State Building, para mí un sitio mágico asociado a mi infancia («¡tan alto como... el Empire State Building!»), y el resultado fue mágico también. Con un golpe de su varita (un par de llamadas telefónicas), Mr. Robinson, el representante de una fundación holandesa, allanó el terreno para obtener los fondos del centro de estudios universitarios.

Cansada pero feliz, salí hacia Roma, donde tuve la suerte de estar con el Padre; me preguntó por mis padres y por mis viajes. Le conté lo que había disfrutado conociendo a tanta gente de la Obra en los diferentes Centros donde había estado, y lo contentas que

estaban con su reciente visita. Vi que al Padre le conmovía, pero sencillamente dijo: «Somos una familia». Me dio su bendición para cada una en Kenia, y regresé a casa.

Fanusi abrió sus puertas en 1987 y, desde entonces, sus directoras tratan de poner en práctica el ideal trazado por Monseñor Escrivá:

«Es necesario que la Universidad forme a los estudiantes en una mentalidad de servicio: servicio a la sociedad, promoviendo el bien común con su trabajo profesional y con su actuación cívica. Los universitarios necesitan ser responsables, tener una sana inquietud por los problemas de los demás y un espíritu generoso que les lleve a enfrentarse con estos problemas, y a procurar encontrar la mejor solución. Dar al estudiante todo esto es tarea de la Universidad» (*Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, n° 74).

Los proyectos rurales llevados a cabo durante las vacaciones de verano nos han dado una eficaz oportunidad para poner esto en práctica. Grupos de estudiantes kenianas han pasado una semana o diez días en pueblos remotos, transmitiendo a mujeres y a chicas su propio bagaje de conocimientos. La experiencia les abre siempre los ojos a la realidad, y suelen regresar diciendo que han aprendido mucho más de lo que han enseñado.

«La gente no tiene nada, pero vive feliz -decía una estudiante de Arte que había enseñado a leer y escribir a los adultos-. Los recogedores de té estaban encantados porque ahora pueden escribir su nombre en vez de poner la huella de su dedo pulgar en los recibos».

«Lo poco que pude enseñarles significó mucho para las mujeres -comentaba una estudiante de Derecho-. Les hablé sobre la posesión del terreno, el título de propiedad, y los derechos de las mujeres. De pronto, se dieron cuenta de que podían tener una cierta seguridad».

Una estudiante de Medicina que había colaborado en un dispensario, no conseguía reponerse de su impresión. «He visto tanto sufrimiento callado -decía-. Todos me dieron las gracias por lo poco que hice».

Lucy Wanjiru escribió a la directora: «En la residencia he crecido académica y espiritualmente. Yo he gozado de oportunidades que otras no han tenido, y me han hecho consciente de que debo estudiar seriamente, para poder ser, en el futuro, útil al servicio de Dios y de los demás».

Fanusi es, hoy en día, un enjambre de actividades. Las estudiantes rebosan su capacidad, y la necesidad de expansión es ya urgente.

24. *Elders* kenianos

«En sus manos tiene el mundo entero... ¡Kenia está en sus manos!», cantaban a coro con gran entusiasmo las alumnas de Kianda, aplaudiendo y bailando al mismo tiempo. Nos encontrábamos en el auditorio del colegio ensayando para la venida del Papa Juan Pablo II el 6 de mayo de 1980, su primera visita a nuestro país. Los escolares le iban a dar la bienvenida en el aeropuerto con pancartas, banderas y cantos.

«A Merche le han pedido que se ocupe de las flores en la Catedral de la Sagrada Familia, a donde se va a dirigir desde el aeropuerto. Margaret Khamisi le va a ayudar...» «¡Vaya suerte! No necesitarán tarjetas de invitación...» Cada cual por su parte estaba intentando conseguirlas para los diferentes eventos que tendrían lugar durante los tres días de estancia del Santo Padre en Nairobi.

«Quizás Pamela Mboya me pueda conseguir alguna -dije yo-. Como representante de las Naciones Unidas, es seguro que ella tendrá invitaciones».

Ante mi sorpresa, me dio todas las suyas. «Estoy tan disgustada -me dijo-, no estaré en Kenia durante la visita del Papa. Pero al menos tú podrás estar con él». No podía yo imaginar mi buena suerte.

Un grupo de universitarias -fieles de la Obra y amigas-iban a dar una serenata al Papa a la puerta de la Nunciatura la noche de la recepción, y me pidieron si podría entregar al Santo Padre el programa escrito que estaban confeccionando. Parecía temerario prometerlo, pero les dije que lo intentaría.

El Presidente Daniel Arap Moi declaró el 6 de mayo día de fiesta oficial, con el fin de que el mayor número posible de gente pudiera recibir al Papa en el aeropuerto y bordear el camino hasta la catedral. Una ola de alegre expectación se extendió por toda Kenia.

El día amaneció soleado y brillante, con aire de fiesta. La gente iba hacia el aeropuerto a pie, en *matatu* (el más popular y, a menudo, único medio de transporte: furgonetas de la marca Nissan que iban de acá para allá abarrotadas de viajeros), en autobús o por cualquier medio asequible, intercambiando saludos y haciendo gestos de alegría a su paso. Salí temprano, como las demás, para asegurarme de que las alumnas de Kianda tendrían un buen puesto en la pista de aterrizaje.

El avión debería tocar tierra a las 3 de la tarde, y para esa hora la superficie asfaltada de las pistas se había recalentado; el apiñado tropel de colegiales allí sentados sufrían el calor. Yo presenté la tarjeta de Pamela en el pabellón de los VIP, contiguo al estrado presidencial, y me encaminé hacia el sitio reservado. Cuando llegué, me encontré con

amigos y conocidos, incluyendo a la alcaldesa, Margaret Kenyatta, que me sonrió al verme ocupar el asiento de Pamela.

Poco después de las tres, un punto plateado apareció en un cielo sin nubes. A medida que se agrandaba, se elevaba el murmullo de la imponente multitud: «¡El avión del Papa!».

Todos tratábamos de contemplar el avión que se acercaba flanqueado por una escolta de las Fuerzas Aéreas Kenianas. Finalmente, el gran aparato congolés aterrizó, rodó por la pista, y vino a pararse al borde de la larga alfombra roja que se había instalado para dar la bienvenida al Papa.

El Presidente Moi y su Consejo, así como las autoridades eclesiásticas y otros dignatarios, se situaron al pie de la escalerilla para saludar a Su Santidad cuando descendiera. La puerta del avión se abrió, salieron los cardenales y el resto de la comitiva y, finalmente, el Papa. Permaneció de pie sobre la plataforma de la escalera: una figura blanca saludando con el vaivén de la mano, mientras la multitud se volvía loca de entusiasmo, agitando pañuelos, gritando, bailando y cantando para darle la bienvenida. El Papa bajó la escalerilla, se arrodilló y besó la tierra keniana.

Mientras tanto, los diplomáticos formaban una fila a lo largo del tapiz rojo para saludar al Santo Padre de camino hacia el estrado. Un VIP hacía las presentaciones; presentí que meterme en la fila me conducía a una situación embarazosa. En realidad, sólo los propios diplomáticos estaban invitados, ni siquiera sus esposas.

Mientras me mantenía junto a mi silla, indecisa, Margaret Kenyatta me llamó con su voz profunda que infundía autoridad, «¡Olga, Olga, ven!». Fui hacia ella y me colocó a su lado. Cuando el Papa llegó hasta nosotras, Margaret, me empujó hacia delante y me presentó: «La directora de Kianda College». Así pude besar el anillo del Santo Padre y expresarle la bienvenida. El Papa me miró, hizo una breve pausa y me hizo el signo de la cruz en la frente.

Aquella tarde cayó una fuerte lluvia, lo que para nosotros suponía una bendición. Me preparaba para asistir a la recepción en la Nunciatura, cuando Cuca entró en mi habitación.

-Un par de estudiantes acaban de traer este libro -me dijo-, y quieren estar seguras de que se lo entregas al Papa.

-¡Oh, Cuca! -exclamé consternada-, es tan grande. ¿Cómo podré dárselo al Papa?

-Échale sólo un vistazo -contestó.

El libro tenía la cubierta de terciopelo rojo con el escudo del Papa bordado. En el interior, todas las canciones estaban escritas a mano e ilustradas con motivos africanos a todo color.

-No puedes dejar esto aquí -continuó-. Creo que tengo un bolso grande en que puede caber.

Metimos el libro casi a presión, pero el bolso no cerraba.

-Desde luego, no voy a pasar inadvertida -añadí pesada.

La calle frente a la Nunciatura estaba repleta de alegres estudiantes, que esperaban bajo una intensa lluvia para cantar al Papa al final de la recepción. Mientras con

dificultad me abría camino hasta entrar en el hall con mi enorme bolso abierto, comprendí que era portadora de algo más que un libro.

Terminado el discurso del Santo Padre, los cien o más invitados se alinearon para saludarle, uno por uno. Dorothy Hughes, ahora viuda, estaba delante de mí, muy elegante con su banda de Dama de Malta. Mi corazón latía con mayor rapidez a medida que me acercaba. Finalmente llegó mi turno.

Besé el anillo del Papa y saqué del bolso el programa, tratando de ignorar la expresión de sorpresa del Nuncio.

-Santo Padre -le dije-, esto es de parte de los estudiantes que están ahí fuera esperando para ofrecerle sus cantos.

Miró el libro un momento, y lo entregó a su ayudante.

-¿De dónde eres? -me preguntó.

Le contesté:

-De los Estados Unidos, Santidad.

Se le iluminó la cara:

-¡Ah, Estados Unidos!

Ante su exclamación, me sentí envalentonada para continuar. Le conté que mi padre era judío, y de origen polaco, y al Papa le interesó mucho. Me impresionó profundamente que el Santo Padre me prestara toda su atención, como si fuera la única persona allí presente. Estoy segura de que rezó por mi padre mientras le hablaba de él.

Cuando se volvió para saludar al siguiente invitado, su mirada me siguió como si le hubiera gustado prolongar la conversación.

Al día siguiente, el Santo Padre celebró la Misa en Uhuru Park, con asistencia del Presidente Moi y su Consejo. Yo me quedé en casa porque no podíamos salir todas, pero pude verlo por TV.

La Misa fue seguida de una brillante ceremonia en la que el Papa Juan Pablo II fue investido *Eider* keniano. Primero, varios *Elders* le ofrecieron los símbolos de autoridad tradicionales: un taburete decorado con abalorios y el *flywhisk* o bastón de mando, una vara con penacho de crines. Le invitaron a sentarse en el taburete y le impusieron un tocado especial de piel de mono *colobus*, que distingue a la persona que ostenta el supremo poder judicial en la comunidad. El Santo Padre blandió el bastón de mando, con el consiguiente regocijo y los gritos de entusiasmo de la multitud.

El tercer día de su estancia, el Papa se marchó temprano por la mañana desde el aeropuerto Jomo Kenyatta, y la escena anterior se repitió. La Guardia de Honor apareció de gran gala (uniforme rojo, yelmo de piel de mono *colobus*), marchando en perfecta formación, al compás de la banda de música. El Presidente Moi pronunció un pequeño discurso de agradecimiento, y el Santo Padre emocionó a todos con sus palabras de despedida: «Más que nunca, ahora siento que os pertenezco. ¡Que Dios bendiga a toda Kenia! Hasta que volvamos a vernos».

El Presidente y su Consejo acompañaron al Papa hasta la escalerilla del avión Air Zaire DC 10, que le llevaría a Accra, Ghana. Ya sobre la plataforma de la escalera se volvió para bendecir a la multitud que cantaba, gritaba expresiones afectuosas, lloraba,

todo al mismo tiempo. Finalmente, entró en el avión que poco después rodaba por la pista, y se alejaba. Nuestra última imagen del Papa fue una mano que salía de la sotana blanca, saludando por la ventanilla.

* * *

El primero de abril de 1989, el Prelado del Opus Dei, Alvaro del Portillo, vino a Kenia, cumpliendo -así nos dijo- el deseo de muchos años del Fundador. El 4 y el 8 estaban previstas dos tertulias generales en el Kenyatta International Conference Center. Por aquellos días, tenía lugar una convivencia para señoras de la Obra en Tigoni Study Center; entre clase y clase, discutían sobre cómo recibir al Padre en su primera visita a África. Mary Nyongesa, una de las primeras Supernumerarias africanas, dijo que debería ser investido *Eider*, así podría hablar a los suyos, y explicó cómo debería hacerse.

La primera tertulia empezaba a las 6.00 de la tarde, y ya a mediodía muchos grupos de mujeres estaban ensayando los cantos de bienvenida con sus tambores, mientras la gente ocupaba los asientos del salón de actos principal. A las 5.45 estaba lleno, y Consolata Osianjo, con un vistoso traje africano, cogió el micrófono y, desde la mitad de una de las naves, animó a todo el mundo a entrar en el coro del primer canto. En seguida todo el salón resonó a los acordes de una canción luhya de felicitación al hijo primogénito: «*Mwana Wa Mberi*».

Al entrar el Padre con los que le acompañaban, el canto y los tambores -más de 70- elevaron el volumen hasta un sonido ensordecedor. En cuanto subieron al estrado, una fila de mujeres con trajes africanos, avanzaron por el pasillo, cantando y bailando para ofrecerle frutos de la tierra: piñas, mangos, maíz, judías, té y café. Los cestos pasaban de mano en mano y quedaban colocados sobre la tarima.

Inmediatamente tuvo lugar la solemne ceremonia del nombramiento del Padre como *Eider*. Le entregaron primero un escudo y una lanza, que significan la disposición y prontitud del *Eider* para defender a su pueblo; después, el *flywhisk* o bastón de mando, símbolo de autoridad y, finalmente, un carnero, que se ofrece a la persona digna de respeto que no puede estar a menudo entre los suyos. Dos hombres fueron necesarios para tirar del carnero que no quería subir al estrado. Allí lo sostuvieron y el Padre lo acarició con las dos manos. Luego blandió el *flywhisk* para bendecir a todo el mundo, y exclamó: «¡Ahora soy uno de vosotros!», lo que provocó una gran explosión de aplausos.

El Padre pronunció unas palabras en swahili: «*Ham-jambo?*» (¿Cómo estáis?), y «*Munguyuko nasi*» (Dios está con nosotros). Grandes aplausos de nuevo. Luego sacó del bolsillo un papel y leyó un proverbio kikuyu: «*Kwa mwendwa gutiri*

Kirima» (No existe una montaña tan alta que nos pueda separar de aquel a quien amamos), y precisó que el amado que nos espera en la cima de la montaña es Cristo Nuestro Señor.

«Contando con Él todo es posible; pero hace falta un esfuerzo de nuestra parte -dijo-. Eso es lo que vengo a pedir: un esfuerzo mayor para acercaros cada día más a Dios».

Explicó que el Fundador del Opus Dei escogió Kenia como primer país para empezar la Obra en África. Había sido providencial, y la gente me preguntaba a menudo cómo

había sucedido. Ahora me daba alegría oír contarle al Padre.

«Después de pensarlo muy bien delante de Dios, nuestro Fundador eligió Kenia. Envío a sus primeros hijos y a sus primeras hijas a este país. Desde entonces... ¡cuántas cosas han pasado!, ¡cuánto trabajo se ha hecho! Nuestro Fundador seguía paso a paso los apostolados de sus hijas y de sus hijos en Kenia. Les ayudaba con su oración y con su consejo. Tenía a Kenia, y a toda África, muy metidos en el corazón».

En la segunda tertulia, el 8 de abril, la asistencia aumentó, y nos quedamos sin suficientes auriculares para la traducción. Familia y amigos de los fieles de la Prelatura habían venido desde todos los puntos de Kenia y países cercanos para conocer al Prelado del Opus Dei.

Esta vez el Padre comenzó con una referencia al lema «*Harambee*»

«Ese *todos a una* lo decís de un modo precioso, y lo ponéis en práctica de un modo muy hermoso también, con lo que llamáis *harambee*. *Harambee!*, ¡todos a una!. Así estamos nosotros: todos a una, millares de personas rezando por vosotros y rezando por mí; pidiendo que oigáis al Espíritu

Santo que remueva vuestras almas, para que os decidáis a ser un poco mejores. Porque yo sé que sois buenos, pero todos debemos mejorar».

El Padre comentó cómo le había impresionado ver esta mañana los ríos de gente que, andando, se apresuraban para ir a su trabajo, y habló del deber de ayudar a todos a darse cuenta de que el trabajo es un camino para ir al cielo.

En los diez días que pasó en Nairobi, el Padre visitó todos los Centros, y recibió a muchas familias y amigos de los fieles de la Obra.

La enseñanza primaria en Kianda había empezado unos meses antes, con cuarenta niñas de seis años. El día que el Padre vino al colegio, le esperaron en la puerta vestidas con el uniforme de gala, chaqueta color burdeos y corbata de lazo. Le cantaron varias canciones y una de las pequeñas le entregó un ramo de flores.

El Padre les dijo: «Hijas mías, rezo mucho por vuestras familias -for *Dad and Mom*-, por papá y mamá, por vuestros hermanos y hermanas.

Quiero recordaros que la salvación de África está en la mujer. Es la que más trabaja y la que tiene que ser más piadosa para lograr que todos los africanos lo sean. Aquí aprendéis a tratar al Señor y a cumplir a conciencia vuestras obligaciones, para ser luego mujeres de una pieza, buenas cristianas. Aprovechad bien la formación que se os da».

Las alumnas del nivel secundario -Kianda High School-llenaban el patio de Kianda Residence, y recibieron al Padre con tambores y *kayambas*, cantando: «*Jambo, jambo, Baba, karibuni Kenya*» (Hola, hola, Padre, bienvenido a Kenia).

El Padre les dijo: «Me da mucha alegría que hayáis cantado esa canción tan bonita de bienvenida. Habéis dicho *jambo, jambo, Baba*, hola, hola, Padre, y os lo agradezco porque os quiero como padre. Recuerdo al Fundador del Opus Dei, que fue quien impulsó el inicio de Kianda Co-llege y que, mientras estuvo en la tierra, siendo como era un santo, os llevaba muy dentro del corazón, y rezaba por vosotras. Ahora, desde el cielo, os bendice».

«Hijas mías, estáis aquí para formaros. Poned empeño en el estudio; recibid con ánimo abierto los consejos que os den, que no son sólo para vuestro provecho personal, sino para que los hagáis fructificar y lleguéis a ser mujeres competentes, fuertes, alegres, llenas del espíritu de Dios».

Se dice que cuando alguien ha estado en África, al marcharse ya nunca pierde la añoranza, los deseos de volver; «*the cali of Africa*», la llamada, *ei mal de Africa* se apodera de él. El Padre nos dijo que él no lo padecería, «porque dejo en África mi corazón».

25. Mejorando el nivel de vida

—Frankie, ¿qué tal va vuestro «dulce viaje» a Roma? -pregunté a Francesca Gikandi, la directora de Kimlea Girls' Technical Training Center, en Tigoni.

Frankie se echó a reír.

-Cada día más dulce. Las abejas trabajan horas extraordinarias. Hay seis colmenas y estamos recogiendo cosecha continuamente. La miel de panal se vende muy bien en las tiendas de productos naturales.

Y eso no es todo. La reproducción de conejos está creciendo, y ya hay varios laboratorios que nos han encargado conejos jóvenes. Las estudiantes están haciendo y vendiendo pastas, bizcochos, y *mandazis* (un bollo típico del país), y acabamos de vender el último aguacate de nuestros veinte árboles. Una compañía de exportación nos los compró, y recogió cientos de aguacates. El otro día, una vecina inglesa se paró a mirar las *agapanthuses* que crecen a lo largo del camino de entrada, y nos pidió: «¿Me podría vender algunas? Les enviaría un hombre para cortarlas. Es que tengo un negocio de exportación». Había muchas flores, y esto ha aumentado un buen tanto nuestros ingresos.

-Entonces parece que podréis ir a la beatificación, ¿no?

-¡Por supuesto! -replicó Frankie-. Cuca y yo hemos calculado que sacaremos el dinero suficiente para cuatro viajes, dos profesoras y dos estudiantes de Kimlea. He escrito a la que fue directora en mi antiguo colegio, que está jubilada en su convento de Roma, y dice que las monjas estarán encantadas de darnos alojamiento en el ala de los huéspedes.

-¡Qué suerte tenéis! -le dije-. El alojamiento es un verdadero problema. Esperan unas trescientas mil personas del mundo entero, incluyendo trescientos kenianos.

En la carta que Don Alvaro nos escribió cuando nuestro Padre falleció el 26 de junio de 1975, nos pedía rezar y hacer rezar «por el Padre, que se ha marchado pero que no nos ha dejado». Nos dijo también que nos aprovecháramos de su intercesión, porque en el cielo estaría más activo que nunca.

Poco después, se imprimió una estampa con la oración para la devoción privada, y muchas decenas de miles se distribuyeron por toda Kenia y países vecinos. Yo nunca salía de casa sin unas cuantas en el bolsillo, pues a menudo encontraba gente que me pedía una. La oración incluía una petición por la beatificación del Siervo de Dios.

El 17 de mayo de 1992, en una memorable ceremonia en la Plaza de San Pedro, el Papa Juan Pablo II declaró solemnemente «Beatos» a dos personas: Josemaría Escrivá, sacerdote, y Josefina Bakhita, religiosa canosiana africana. La inmensa multitud rompió

en un prolongado aplauso, al mismo tiempo que se descubría la imagen impresa de los dos nuevos Beatos, y la tan conocida figura del Padre, con sotana negra, nos sonreía desde la fachada de la Basílica de San Pedro.

La Beatificación dio ocasión a un entrañable encuentro familiar. Acudió gente de todas partes del mundo; yo me tropecé con muchas personas que no veía desde hacía años. Carlette y Pim fueron desde Holanda; Charo y Joan, de Nigeria -con un numeroso grupo de nigerianas-, y de Irlanda Teddy, Maire y Olive, que se divirtió con mi recuerdo de su canción «¡Vamos, vamos, vamos, burrito perezoso!»

Eulalia Namai -de soltera Onyango- de KBC, la productora de los programas navideños de Kianda, asistió a título oficial como profesional acreditada ante la RAI -radiodifusión italiana-, para proyectar en Kenia una grabación de vídeo. Trabajó intensamente, no sólo en Roma sino a su regreso. «Nadie debe perderse esto!», decía.

El 31 de mayo toda la ceremonia fue televisada, con una audiencia de aproximadamente un millón de kenianos.

Frankie y Cuca acomodaron a los vecinos para ver el programa en Kimlea Training Center. Muchos de ellos tenían una gran devoción al entonces Beato Josemaría, y habían recibido favores de Dios por su intercesión. La mayoría eran analfabetos, pero se sabían de memoria la oración, en kikuyu.

«Miré alrededor mío a todos aquellos recolectores de té -Cuca me decía después con los ojos pegados a la televisión, mientras Frankie iba traduciendo al kikuyu-, y me acordé de las palabras de nuestro Padre: “Hay gente a la que yo quiero mucho, en diferentes partes del mundo, que están haciendo un gran trabajo entre campesinos por medio de variadas iniciativas. Su meta no es sacarles de su entorno en el campo, sino proporcionarles los medios para que puedan llevar una vida tranquila, espiritual y económicamente, a la que tienen todo el derecho”. Poco a poco, Kimlea está cambiando la vida de estas mujeres».

Todo comenzó cuando Kianda Foundation compró una parcela de terreno de la propiedad Kimlea, una plantación de café en Tigoni, a quince millas de Nairobi, para lo que iba a ser Tigoni Study Center. Cuca colaboró en la gestión de Kimlea, que se encargaría del *catering* y administración doméstica de ese centro; así fue conociendo no solamente a los granjeros vecinos, sino también la situación de los recolectores de té y café en las enormes propiedades de la zona.

«Deben ser los más miserables de Kenia -decía Cuca-, porque no tienen cobijo en ninguna parte. Me recuerdan a los recolectores que describe Steinbeck en *Las uvas de la ira*, que iban siempre de un sitio a otro para recoger melocotones. Gente sin techo de todas partes de Kenia, así como refugiados de otros países, acuden a estas plantaciones para ganar un poco de dinero recolectando. Familias enteras -siete u ocho personas- viven en un solo y reducido espacio de barro o madera sin medios higiénicos. Después de un día de trabajo, las mujeres van a buscar agua del río en *debes*, grandes recipientes de latón, y los transportan colina arriba cargados a la espalda.

La mayor parte de la recogida la hacen las mujeres y los niños. En la estación punta trabajan desde la mañana hasta la noche. Se les paga por kilo, y un buen recolector gana

como un dólar al día. Las familias no pueden mantenerse con este jornal. Los hombres recogen con más rapidez y ganan más, pero, a menudo, se van a otra parte en busca de un trabajo mejor; las mujeres y los niños se quedan abandonados en las fincas para sobrevivir como puedan».

El problema era enorme. La realidad es que más del cincuenta por ciento de los kenianos viven por debajo del umbral de la pobreza; sólo Dios sabe cómo pueden mantener juntos el cuerpo y el alma. Había toda clase de programas para aliviar la pobreza pero nunca llegaban a ponerse en marcha. ¿Qué podríamos hacer para ayudar al menos a algunos?

«Educación -afirmaba Cuca-. Lo único que esta gente sabe hacer es recolectar. Si se les pudiera enseñar un oficio, su nivel de vida se elevaría, los niños podrían ir al colegio y emprender una vida mejor».

Cuca empezó por organizar unas clases de cocina y de alfabetización, que se darían los fines de semana en el jardín de Kimlea. (En las zonas rurales, la mayor parte de lo que se cocina se hace al aire libre, bien en una estufa de latón para carbón llamada *jiko*, o sobre leña.) Al principio, las mujeres no se decidían a acudir. El aprendizaje les suponía un excesivo esfuerzo en su vida sobrecargada de trabajo. Algunas se aventuraron, y pronto descubrieron que leer, escribir, y las clases de aritmética tenían una inmediata aplicación práctica.

«¡Ahora puedo leer el número del autobús!», exclamaba una. Antes necesitaba la ayuda del vecino. Otra estaba contenta porque podía contar por sí misma los kilos de té que había recogido y comprobar el pago. Empezaron a venir, y las niñas también manifestaron su interés por asistir a clase. Esto fue un gran adelanto, ya que, hasta entonces, no se habían sentido muy motivadas.

En 1982 Kianda Foundation puso en pie una construcción prefabricada de madera para las clases, pero el número de alumnas había crecido tanto que, además, siempre había grupos en el jardín. Se les enseñaba a hacer bizcochos, *man-dazis* y *chapatis* en el *jiko*, y pronto pudieron comenzar sus pequeños negocios. Al principio pedían al cliente que trajera los ingredientes, pero pronto las chicas reunieron un pequeño capital, y fueron capaces de fabricar y vender productos que eran totalmente suyos.

Joyce Wambui Waweru había recogido té desde los diez años. Un día oyó hablar de las clases de cocina y alfabetización para adultos en Kimlea, y decidió apuntarse. Con el descubrimiento de sus nuevas habilidades, Joyce improvisó una cantina en medio de las plantaciones de té. Las ganancias le permitieron enviar a todos sus hijos, y a su hermana pequeña a la escuela secundaria. Dándose cuenta del potencial de la empresa, ella y su marido abrieron una tienda de comestibles en el centro comercial, y trasladaron a la familia desde la plantación de té a una casa alquilada en Limuru. Ahora tienen un almacén más grande y están construyendo su propia casa. Además, Joyce ha enviado a su hijo mayor a una academia de informática.

Joyce ha logrado lo que quería porque tenía un sueño y sólo le hacía falta un catalizador. No todas las mujeres son como ella. Algunas tienen sueños más cortos; otras necesitan más estímulo, más empuje.

Cuca y el resto del personal en Kimlea se vieron envueltas en otro asunto de mayor envergadura. El Ministerio de Educación cambió el sistema escolar, añadiendo otro año a la enseñanza primaria, e incluyendo asignaturas profesionales, a fin de que los niños que no podían continuar sus estudios pudieran adquirir otros conocimientos prácticos con los que ganarse la vida. Una de las materias que debía enseñarse era la economía del hogar.

La directora de una escuela primaria cerca de Kimlea vino a ver a Cuca. «Tengo entendido que ofrecéis clases de cocina -le dijo-. ¿Podrían tus profesoras venir un par de veces por semana a nuestra escuela? No tenemos a nadie preparado para enseñar la economía doméstica». La escuela tenía más de mil alumnos. Varias profesoras del personal de Kimlea -que habían cursado estudios en Kibondeni- se ofrecieron a ir dos tardes a la semana para dar clase a las niñas. Al poco tiempo, les pidieron que enseñaran también en otras once escuelas con el mismo número de alumnos, lo que resultaba imposible.

«Deberíamos abrir nuestro propio centro de enseñanza técnica -sugirió Cuca-. La mayor parte de las familias de los escolares tienen una pequeña parcela de terreno. Les podríamos enseñar agricultura, además de un oficio que pudieran llevar a cabo en casa, como corte y confección, punto de lana, bollería... Así no se sentirán atraídos hacia la ciudad en busca de dinero, lo que crea otro serio problema social».

Tere averiguó que el proyecto de una escuela técnica para chicas tenía muchas posibilidades de conseguir el apoyo de donantes extranjeros.

Kianda Foundation presentó una petición a la Comunidad Europea, conjuntamente con una ONG italiana, y fue aprobada. Entonces se construyó un edificio de buena factura, y funcional, para Kimlea Girls' Technical Training Center, donde noventa chicas de las aldeas vecinas pudieran seguir cursos de jornada completa, encaminados a conseguir el certificado profesional reconocido por el gobierno. Aprendían confección de tejidos de punto hechos a máquina, corte y confección, agricultura, cría de conejos, contabilidad, cultivos ecológicos, nutrición, cocina y mantenimiento del hogar.

Frankie Gikandi se trasladó a Kimlea para dirigir la nueva escuela. Como era de la tribu kikuyu, podía comunicarse fácilmente con los aldeanos y, además, el entorno le era familiar. pues ella misma había crecido en el medio rural, en una familia de quince hijos.

Empezar una escuela nueva era otra aventura. Cuca y Frankie fueron de acá para allá en el campo, para aprender las últimas técnicas agrícolas y aplicarlas a la granja piloto de Kimlea Training Center. Visitaron granjas de experimentación en varios sitios. En Ngong aprendieron la cría de conejos, el cultivo de tomates y de la papaya de altitud; en Lenana, la contabilidad; en Thika, el tratamiento de la miel; en Kiambu -en la Oficina de Educación-, el cuidado de árboles de aguacate. En poco tiempo la granja modelo estaba floreciente, y las residentes de Tigoni Study Center se beneficiaban de frutas y verduras frescas cultivadas en el propio terreno.

En las clases dentro de la escuela, las estudiantes aprendían nutrición, el manejo de la máquina de hacer prendas de punto, corte y confección. Tan pronto como empezaron a aprender, pudieron emprender, por propia iniciativa, una serie de actividades que

comenzaron a generar pequeños ingresos, tal como remendar ropa, a diez chelines la pieza; así conseguían pagar los dos dólares al mes, coste nominal de la matrícula. Las estudiantes que tenían dificultades en aportar dinero en efectivo, trabajaban en la huerta los fines de semana para pagar el coste de la enseñanza.

-Es un modo de enseñarles a ser responsables, y les hace valorar lo que aprenden -me explicó Frankie-. Además lo ponen en práctica en casa. Aunque no tienen nada, te sorprendería ver lo que las chicas llegan a hacer. Visité la casa de una de las estudiantes y vi que había cubierto las paredes con el cartón de los envases de la leche. Parecía papel pintado, y les resguardaba de la lluvia.

Con el tiempo, las madres se han interesado. Una madre me dijo: «Mi hija ha cambiado tanto en estos dos últimos meses. Solía ser perezosa y brusca, y ahora me ayuda en la casa, es limpia y ordenada. ¿Qué les enseñáis aquí?»

-¿Podéis hacer algo por las madres? -pregunté yo.

-Sí -me dijo Frankie-, los sábados tenemos cursos de costura y cocina y, de vez en cuando, también organizamos ciclos de temas sobre la familia.

También vamos a dar clase en los pueblos. El programa de jornada completa está limitado a las chicas que viven cerca y pueden venir caminando a la escuela. Pero hay cientos de mujeres y de chicas en poblados alejados que no han ido nunca a la escuela. Para ellas hemos montado un programa de superación, con cursos de tarde y de fin de semana, en sus aldeas. Todos los pueblos tienen un cobertizo grande que sirve para las reuniones, y allí tenemos las clases. Actualmente nos ocupamos de cinco pueblos. Una profesora va a cada uno de ellos dos días a la semana después del trabajo habitual, y los sábados las mujeres vienen a Kimlea.

-¿Cómo les enseñáis en el pueblo? Allí no tenéis máquina de coser, ¿verdad?

-No -contestó Frankie-, cosen a mano. Y es sorprendente ver cómo se las ingenian. Mama Mauti quería hacer un vestido para cada una de sus hijas gemelas, pero con ocho hijos que alimentar no tenía medios para comprar el material. Rasgó una de sus faldas, aprendió en clase a cortar la tela y les hizo los vestidos.

La idea se hizo popular; ahora cuando nuestras estudiantes en Kimlea aprenden a cortar un traje de niño y saben utilizar la máquina de coser, compran un vestido de señora amplio, de segunda mano, por veinte chelines en el mercado del lugar, lo cortan en dos partes y sacan dos traje-citos, que luego venden a cincuenta chelines cada uno; la estudiante obtiene así una ganancia de ochenta chelines.

-¿Encuentran trabajo las chicas al terminar los cursos en Kimlea? -pregunté a Frankie.

-Sí -me dijo-. Consiguen empleo en instituciones o en casas privadas, o bien ellas mismas establecen sus propios negocios. Algunas continúan sus estudios en Kibondeni.

También me contó que las estudiantes de Fanusi ayudan a las de Kimlea de diversos modos.

Susan Kibue, estudiante de Arquitectura, diseñó el oratorio de Kimlea utilizando motivos africanos. Un sacerdote kikuyu atiende las necesidades espirituales de mujeres y chicas. Desde que se ordenaron los primeros sacerdotes africanos del Opus Dei, dieron un nuevo dinamismo y un toque de autenticidad a la labor de la Obra en África.

Don Alvaro habló de los primeros sacerdotes africanos del Opus Dei en una de las tertulias en el Kenyatta International Conference Center en 1989: «Recuerdo la emoción del Fundador del Opus Dei cuando, hace muchos años, fueron a Roma para formarse las primeras africanas, que antes eran hermanas mías y ahora son hijas mías.

Una de ellas le dijo a nuestro Fundador que estaba rezando, y ofreciendo su trabajo y lo que le costaba aprender el idioma, por los futuros sacerdotes africanos de la Obra... Os puedo asegurar que nuestro Fundador se quedó muy conmovido. Lo repitió muchas veces lleno de orgullo, porque era el Espíritu Santo el que había hecho que esa hija suya rezase por las futuras vocaciones de sacerdotes africanos, que ya son una realidad».

Hoy en día hay cinco sacerdotes kenianos del Opus Dei: Father Paul Mimbi, de Mombasa, ordenado en 1982 por el Papa Juan Pablo II; Father Anthony Muheria, de Mu-rang'a, ordenado en 1993 por el primer Prelado del Opus Dei, el Obispo Alvaro del Portillo; Father Gabriel Mureithi, de Nyeri, ordenado en 1995 por el actual Prelado, el Obispo Javier Echevarría; Father Luigino Miungi, de Meru, y Father Silvano Ochuodo, de Ugenya, ambos ordenados en 1998 por el Obispo Echevarría. Todos son ingenieros civiles, excepto Father Mureithi, que es ingeniero de montes.

Kimlea está haciendo el trabajo, difícil pero fundamental, de cambiar la vida de las chicas más pobres y en situación de mayor desventaja; chicas que, de otro modo, habrían tenido todo tipo de dificultades. Esta labor está teniendo ya un impacto; mostrando así que no hay nadie tan incapaz que no pueda ser ayudado a poner sentido, esperanza y un poco de seguridad en su vida.

Kimlea Training Center está implicado no sólo en la educación, sino en cualquier cosa que contribuya a hacer mejor y más llevadera la vida de la gente del campo. Ha ayudado a los padres de una chica de dieciocho años totalmente inválida; la habían mantenido escondida en casa durante años. Empezó por tomar el sol, hacer ejercicio, tener cuidados médicos, y ahora, dentro de sus limitaciones, toma parte en la vida familiar. Un buen samaritano le ha proporcionado una silla de ruedas, para que la familia la mueva de un lado para otro con más facilidad.

Tres medio hermanos huérfanos fueron puestos bajo la debida custodia.

El personal de Kimlea trata de poner en práctica la enseñanza de San Josemaría: «Hemos de sostener el derecho de todos los hombres a vivir, a poseer lo necesario para llevar una existencia digna, a trabajar y a descansar, a elegir estado, a formar un hogar, a traer hijos al mundo dentro del matrimonio y poder educarlos, a pasar serenamente el tiempo de la enfermedad o de la vejez, a acceder a la cultura, a asociarse con los demás ciudadanos para alcanzar fines lícitos, y, en primer término, a conocer y amar a Dios con plena libertad» (J. Escrivá de Balaguer. *Amigos de Dios*, n. 171).

26. Kibondeni College

Un día de marzo en 1998 entré en mi oficina y encontré sobre la mesa una especie de pergamino enrollado y atado con un cordel dorado, dirigido a mi nombre. Era una invitación, escrita a mano con letras plateadas, para asistir a la «Cumbre de Nairobi», en el marco del congreso internacional sobre: «Tradición e Innovación: en busca de un equilibrio para el sector de servicios en el Tercer Milenio». Organizada por Kibondeni College, esta conferencia iba a tener lugar en el Salón de Plata del Hilton Hotel el sábado, 28 de marzo. La huésped de honor sería la Catedrática Julia Gitobu, Decana de la Facultad de Home Economics -Economía Doméstica- en Kenyatta University.

Llamé por teléfono a la directora de Kibondeni, Berni Okondo. Berni había estudiado en Kianda College, después de su hermana Ursula, en los años sesenta, y luego trabajó como profesional del área de nutrición y ciencias domésticas. Tanto ella como Ursula pertenecen al Opus Dei, y durante los últimos veinte años se había ocupado de la dirección de Kibondeni.

-Acabo de recibir vuestra invitación, y me ha dejado impresionada -le dije.

-¡No te pierdas semejante ocasión! -contestó Berni, riéndose por el cumplido-. Las estudiantes se han estado preparando durante meses, otros seis *Colleges* van a participar, y los nueve trabajos de investigación premiados son francamente buenos.

-¿De qué tratan? -le pregunté.

-De todo: desde la hostelería hasta el cuidado de los enfermos. Las estudiantes han investigado cómo combinar los métodos tradicionales con las más modernas innovaciones para ofrecer servicios más personalizados. Piensan que el nuevo milenio debería contemplar una sociedad más pendiente de la persona que recibe el servicio, que de los avances tecnológicos. No se deben perder las costumbres tradicionales de solidaridad con los enfermos y con los que sufren. Ven, lo encontrarás interesante.

-Por supuesto que iré -respondí, pensando lo lejos que había llegado la escuela de enseñanzas prácticas -ahora Ki-bondeni College-, desde los días de las seis primeras chicas kikuyu en 1961, cuando nadie creía que las mujeres africanas serían capaces de hacer este tipo de trabajo.

Los estudiantes de Strathmore College habían sido los primeros en apreciar la calidad del servicio que les proporcionaba el departamento de nutrición y administración doméstica. Una de mis amigas, profesora de la Universidad de Nairobi, Margaret Gachii, se había casado con uno de los primeros estudiantes de Strathmore, Peter W. Muthoka.

Actualmente un ejecutivo de negocios, Peter se atribuye con orgullo el nombre de «estudiante fundador» de Strathmore.

«Strathmore me ha preparado para la vida -me dijo una vez-. No sólo desde el punto de vista académico, sino también social. Como la mayoría de los otros estudiantes, yo provenía de un ambiente rural, y el modo en que nos atendían en el *College* abría un mundo nuevo para mí. Nos lavaban, planchaban y cosían la ropa, nuestras habitaciones estaban limpias, y teníamos cuatro comidas al día (desayuno, comida, merienda y cena), compartiendo mesa con los profesores. Aprendimos así a ser corteses, a tener buenos modales, y cómo comportarnos en un hogar bien administrado. Yo quería que mi propio hogar gozara de la misma paz y serenidad; mi mujer y yo nos hemos esforzado por crear un ambiente de disciplina para nuestros hijos. Los buenos hábitos personales tienen luego un efecto positivo, y se transmiten a la sociedad».

A las seis primeras chicas kikuyu les siguieron otras jóvenes de diferentes tribus de todo el país, y en dos años el número había aumentado a treinta. Con el correr del tiempo, la gente fue tomando mayor conciencia del potencial de la profesión del área doméstica. Pasó a ser -en palabras de Berni- «sumamente vendible».

En 1967 Kibondeni ya otorgaba sus propios certificados, con la autorización del Ayuntamiento de Nairobi. Cuando en 1975 se creó en Kenia el Ministerio de Ciencia y Tecnología, Kibondeni solicitó el reconocimiento de su curso de tres años, y de su programa. Todavía no se había registrado nada semejante, pero teniendo en cuenta el expediente y los años de experiencia, pidieron la colaboración de Kibondeni para elaborar juntos el plan de estudios que sería utilizado en todas las escuelas de hostelería del país. Los exámenes los prepara el Consejo Nacional de Exámenes. Los tres primeros años Kibondeni fue el único *College* que presentó sus candidatas. Hoy en día hay docenas de escuelas de hostelería por todo el país.

Al principio todas las estudiantes provenían sólo de escuelas primarias, porque sus padres no podían costear la enseñanza secundaria. Las chicas estaban internas en la escuela de hostelería y pagaban sus estudios con el trabajo práctico que hacían para el *College*, trabajo por el que recibían una pequeña remuneración para sus gastos. Con el paso del tiempo, los padres mejoraron su situación económica y podían cubrir el coste de la enseñanza secundaria; Kibondeni, elevó entonces el nivel requerido para la admisión, exigiendo a sus alumnas haber finalizado la secundaria.

«Tenemos que hacer algo también para las que terminan primaria -afirmó Berni-. Sin ningún tipo de oficio van a acabar mal». Así pues, en 1987 se amplió el programa, incluyendo un curso de artesanía y trabajos manuales, de dos años, para chicas en este nivel.

Si Kianda tiene una red de antiguas alumnas que trabajan por toda Kenia, lo mismo se puede decir de Kibondeni. Sus cuatro mil antiguas alumnas trabajan en instituciones y hogares, incluyendo el suyo propio, en muchas partes del país, donde ejercen una increíble influencia para elevar el nivel de profesionalidad y comportamiento. Incluso las alumnas causan impacto cuando salen cada año para el período de sus prácticas complementarias en empresas.

La limpieza, el mantenimiento y las reparaciones son un verdadero problema en las instituciones en todo el país, problema que Kidondeni trata de abordar, por medio de la enseñanza práctica a sus estudiantes. Por lo que se deduce de las historias que Berni cuenta, parece que están ganando terreno.

Dos alumnas fueron aceptadas por el Hotel Esperia en Westlands para sus prácticas. Pasaron la primera semana fregando la cocina. Cuando el gerente apareció días después, miró a su alrededor y preguntó al jefe del departamento: «¿Quién ha autorizado la pintura de esos dos hornos?» El hombre, con sonrisa socarrona, le contestó: «No se han pintado. Estas chicas los han fregado hasta que ha salido la pintura azul». El resultado fue que el gerente empleó a dos antiguas alumnas, una como encargada de la lavandería y servicios domésticos, y otra para cocina y restaurante.

Las chicas de Kibondeni que hacían prácticas en el Impala Hotel empezaron por limpiar las habitaciones del modo en que se les había enseñado, sacando las alfombras al exterior para sacudirlas, removiendo los colchones para quitar el polvo a los muelles, «y ¡llenaron cubos de pelusas! -exclamó Berni-. El gerente las vio acarreándolos, y les preguntó de dónde provenía toda aquella basura. Cuando se lo dijeron se quedó sorprendido y satisfecho. Él mismo dijo: “Nunca pensé que había que limpiar los muelles”».

Mena Imbosa estuvo trabajando en un colegio muy grande en el oeste de Kenia. El menú diario consistía en maíz con judías, excepto los domingos, en que había arroz con caldo. La comida se servía en platos, y los chicos comían donde podían, en cualquier sitio de la escuela. Había un gran salón de actos, pero no tenía sillas, y estaba cubierto de suciedad. Las paredes tenían toda clase de huellas hasta la altura que un brazo en alto puede alcanzar; espesas telarañas colgaban del techo, donde las arañas vivían sin molestias desde hacía muchos años.

Mena empezó calculando los gastos con exactitud, para ver cómo podía ahorrar y variar la dieta. Al poco tiempo ya servía diferentes legumbres, y carne dos veces por semana, con el mismo dinero, e incluso le quedaba algo a fin de mes.

Pidió al director si se lo podía guardar para utilizarlo más adelante. A los seis meses ya tenía una cantidad sustancial, y con ella pagó la pintura del salón. Pasados otros seis meses, compró mesas y bancos, a fin de que los muchachos tuvieran un comedor. Éstos estaban encantados.

Antes de inaugurarlo, el colegio aportó los fondos para pintar la parte exterior; debajo de la inscripción y la fecha, escribieron el nombre de la encargada del servicio de comedor cuyo trabajo lo había hecho posible.

Emily Wangesi obtuvo empleo en un hospital. No tardó en darse cuenta de que allí se robaba. Dirigía el equipo de hombres que eran mucho mayores que ella. Emily pensó: «Debo actuar con cuidado».

Observó poco después que estos hombres trabajaban los domingos, y les preguntó:

-¿No vais a la iglesia?

-¿Cómo vamos a ir, si tenemos que trabajar? -le respondieron.

-Está bien, vamos a hacer turnos. Cada uno de vosotros escoge dos horas, para que todos podáis ir a la iglesia.

Así lo hicieron, muy satisfechos, y al regreso solían comentar lo que el respectivo sacerdote o pastor les había dicho.

«Este es el momento indicado para abordar el robo», pensó Emily. Y les dijo:

-Ahora vais todos a la iglesia y habláis de cosas buenas entre vosotros. ¿Cómo se entiende entonces que, al mismo tiempo, el azúcar, el harina, la leche y el arroz desaparezcan de la cocina?

Los hombres, con la cabeza baja, contestaron avergonzados:

-Tiene razón, es verdad.

Y ya no desaparecieron más cosas. Pero Emily creyó que debía hacer algo por los hombres, porque realmente lo necesitaban. Así pues, habló con la dirección: «¿No podríamos darles algo de comida todas las semanas, para que no tengan la tentación de robar?» La idea fue aprobada, y ahora cada obrero recibe un paquete de comida para llevar a casa todas las semanas. Ahora, la dirección ha llegado a tener tanta confianza en sus empleados, que ellos mismos son los que reciben y firman la entrega de la mercancía.

Un par de alumnas de Kibondeni que hacían prácticas en una escuela de Nyeri encontraron la cocina en un estado de suciedad lamentable, y decidieron dividirse la tarea para hacer una limpieza extraordinaria. Cada empleado se ocupó de una parte hasta que, en una semana, todo estuvo perfectamente limpio. Sugirieron también poner serrín en la puerta del comedor, a fin de que los estudiantes no lo ensuciaran con barro.

Un día el director anunció que el Ministro de Educación venía a la escuela. Esto suponía limpiar y decorar el comedor, trasladar sillas, y otras tareas. Las chicas invitaron a tomar el té en su casa a los estudiantes de último curso, y les explicaron que necesitaban su ayuda para arreglarlo, y que ellas habían pensado que las papeleras se podrían forrar con papeles de colores y llenar con flores. Los chicos colaboraron con entusiasmo, y el día que vino el Ministro el comedor estaba precioso. «¡Nunca había visto flores aquí!», dijo el director encantado. Y, sobre todo, era la primera vez que se veía a los chicos mayores limpiando. En lo sucesivo, se hizo tradición que los estudiantes de último año lo decoraran en ocasiones especiales. Por otra parte, la escuela ofreció a las dos chicas un empleo permanente en la escuela.

Kibondeni tuvo el honor de confeccionar el pastel para el centenario de la Iglesia de Saint Austin, que tuvo lugar el 23 de mayo de 1999. El evento atrajo visitantes del mundo entero. Era una fiesta grande, que celebraba los cien años de catolicismo en Kenia. Se calculaba la asistencia de más de seis mil personas, y era necesario tener la cantidad suficiente para que todos lo probaran. Mildred Okutu, Numeraria Auxiliar, ideó el pastel, y tardó en hacerlo toda una semana. Era enorme. Parecía un gran tren que ocupaba la longitud de tres muros. Diferentes motivos estaban representados: el Monte Kenya; una maqueta de la iglesia, con la torre del campanario, puerta y ventanas; plantas de café y de judías (en recuerdo de la granja de Saint Austin iniciada por los Padres del Espíritu Santo en 1899...), ¡todo hecho en pasta de azúcar glaseada! Tuvo que ser

transportado extendido en una furgoneta; causó gran admiración, y gustó mucho a todos. Ni una miga se desperdició; la «iglesia» fue rescatada y se llevó a los Padres del Espíritu Santo, para que la disfrutaran en paz con sus amigos. El párroco, Father Pa-trick Leonard, escribió a Kibondeni para agradecerles «el precioso y magnífico pastel», que era «una verdadera muestra de artesanía, y un honor para la parroquia y para los cristianos que asistieron a Misa».

Debido a la calidad de la enseñanza y de las instalaciones en Kibondeni, el Ministerio animó a la dirección a comenzar un programa de mayor envergadura con diploma propio. Sin embargo, ellas lo relegaron, porque querían seguir ayudando a las chicas cuya educación no había continuado por falta de dinero. A medida que la situación del país mejoraba, eran más los padres que podían pagar la enseñanza, y las chicas que terminaban la escuela secundaria con buenas notas se inscribieron también. En 1998 se estableció el programa con diploma y Kibondeni elevó el nivel académico: Kibondeni School of Institutional Management pasó a ser reconocido como Kibondeni *College*.

Pensaba en todas estas cosas mientras estacionaba el coche y atravesaba la calle Mama Ngina hacia el Hotel Hil-ton, junto con muchas otras personas. En el gran vestíbulo nos recibían las estudiantes de Kibondeni, muy elegantes, con una banda amarilla, y nos dirigían por la escalera alfombrada al Salón de Plata, donde nos invitaban a firmar en el libro de los visitantes de honor, antes de colocarnos en los lujosos asientos tapizados, que se iban ocupando rápidamente, frente al estrado y el podio del conferenciante.

La Cumbre reunió a distinguidas personalidades entre las instituciones del sector de Servicios y Restauración en Nairobi, como Utalii College, Virginia Slims, y el Kenya Institute of Catering; impresionaba ver a tanta gente joven allí congregada, empeñada en aportar su contribución para mejorar los servicios de hospitalidad.

La señora Gitobu, catedrática, comentó que había asistido a muchas presentaciones de trabajos de investigación a muy alto nivel, pero rara vez las había visto tan bien organizadas, y felicitó a las jóvenes por su trabajo. En su discurso, anunció la creación de un nuevo título universitario en: «Turismo y Hostelería», que la Kenyatta University ofrecería dentro de poco.

Kibondeni College aspira a conseguir ese nivel algún día y, gracias a la generosidad de Mrs. Dorothy Hughes, ya tenemos el terreno para el nuevo campus que dentro de poco será una realidad. Desgraciadamente, Dorothy ya no está aquí para disfrutarlo con nosotros.

27. Seis veces diez

-Mrs. Hughes, ¿se da usted cuenta de lo que está haciendo? -preguntó el abogado, muy serio, con gesto de evidente inquietud.

Dorothy, sentada en la silla justo frente a él, se volvió a mirarnos a Tere y a mí. Estábamos en el bufete del abogado, porque ella nos había llamado para una reunión. Dorothy era una mujer que sabía lo que quería, una persona segura de sí misma y decidida, ecuaníme y sensata.

-Sí -contestó con firmeza-. Quiero donar mi casa a Kianda Foundation para la educación de mujeres y chicas kenianas. Es demasiado grande para cuidarla yo sola, y mis hijos ya se han afincado en otros países.

No mencionó que lo que estaba a punto de dejarnos en herencia era una propiedad de primera categoría, una joya prácticamente inapreciable.

Le dimos el nombre de «*Glenview*», y la asesoría regional se trasladó a esta casa, mientras que Kianda Foundation preparaba la construcción de un nuevo campus para Kibondeni College dentro de la propiedad. El *College* ofrecería enseñanza práctica al más alto nivel de ciencias domésticas y área de servicios, con diplomas académicos en estos campos tan fundamentales.

Glenview es un sitio precioso. Desde las ventanas de la oficina donde yo trabajo se ve el camino de entrada bordeado de árboles, los jardines en declive, y dos palmeras que han crecido tanto, que son ahora troncos muy altos con un penacho en la copa, testimonio del paso del tiempo. Las puertas correderas de cristal traquetean cuando se abren.

Tere las deslizó una tarde para abrirlas y se quedó apoyada en el quicio, muy pálida. Unas pequeñas venas en la frente aparecían hinchadas. «Olga, estoy tan cansada -me dijo con sencillez-, no sé lo que me pasa».

El asunto era serio. Tere tenía mal el corazón. Los médicos le recomendaron marcharse de Nairobi a causa de la altura, y volver a España.

Esto era en 1991. Tere dejaba tras ella un profundo surco. Había sido el pilar de apoyo, la persona práctica que sabía traducir un sueño en realidad. Yo la echaba mucho de menos.

Finalmente llegó el día memorable de tener que cerrar Kianda College, para dejar sitio solamente a Kianda School. Teníamos que irnos. «Kianda nunca será lo mismo», se lamentaba Dorina, mientras ella y Cecilia Donovan embalaban las últimas piezas de mobiliario y las metían en la furgoneta que las llevaría a la nueva sede en Madaraka, una

zona en el lado sur de Nairobi, donde el *College* de Secretariado iba a formar parte del Strathmore Post-Secondary Educational College. «Kianda fue siempre tan hogareño», decía Dorina. «Todo el mundo se conocía. Ahora las cosas serán diferentes».

Realmente era diferente. Nairobi había entrado en la era de la tecnología, y los limitados recursos de Kianda no podían satisfacer las nuevas exigencias de la formación del personal en Administración de Empresas y Secretariado. La sección de secretariado de Strathmore P-S. E. College podría admitir un número doble de alumnas, y ofrecería los últimos avances en tecnología informática.

En Strathmore, los estudiantes reciben la adecuada preparación para entrar en el competitivo mundo de los negocios. Además, están haciendo planes para crear un departamento de ética profesional, en un intento de hacer frente a la ola de ineptitud profesional y corrupción. Y el proyecto de que Strathmore sea universidad está ya muy adelantado.

Poco después del traslado, vino Dorina a casa, y nos dijo:

-No sé qué vamos a hacer. La capilla de nuestro *College* tiene que ser inaugurada el mes que viene, y el artista que estaba pintando el retablo ha abandonado el trabajo. Más de la mitad está sin acabar y la otras partes ni siquiera esbozadas.

Inmediatamente pensé en Brigid.

-Me pregunto si mi hermana estaría dispuesta a venir desde Inglaterra y terminar esas pinturas -musité pensativamente.

-¿Piensas de verdad que podría venir? -preguntó Dorina, viendo el cielo abierto-. Creo que es una excelente idea.

A todo el mundo le pareció bien, y la dirección le ofreció pagarle el viaje y la estancia.

Telefoné a Brigid. Le causó gran sorpresa recibir la invitación para un trabajo de gran envergadura, y con tan poco tiempo, pero como le encanta el reto vino a Nairobi para hacerse cargo de la situación. Esto era en noviembre de 1994.

Brigid se pasó dos semanas sobre un andamio en la capilla de Strathmore, completando las figuras comenzadas y añadiendo otras nuevas.

Aceptaba de buena gana y llevaba a cabo todas las sugerencias que se le hacían y, de vez en cuando, pedía la ayuda de algún estudiante, incluyendo al que posó pacientemente para pintar los pies desnudos del Cristo arrodillado en la Agonía del Huerto. Brigid trató de conservar la inspiración original del artista, y comentó que su pintura era muy buena. Al final, todos estuvieron contentos con el resultado, y muy agradecidos a Brigid.

Mi hermana y yo asistimos a la solemne Misa inaugural, y le gustó ver cómo el retablo dominaba el prebisterio. A uno y otro lado, los cuadros que Brigid había pintado: el retrato a tamaño natural de San Josemaría, con la capa de prelado, y el ángel custodio de la Obra. El Padre parecía sonreír a los asistentes que desbordaban la capilla aquella mañana.

La visita de Brigid a Nairobi coincidió con mi sesenta cumpleaños; llegó cargada de regalos de mis padres y hermanas en Inglaterra, y mis hermanos escribieron cartas desde el otro lado del Atlántico. John incluso compuso un poema:

Soneto para Olga (*Cuarteto al estilo de nuestra tía abuela Edna St. Vincent Millay*)

Sólo los diamantes resisten al tiempo,

Y brillan por años con nítido destello.

Vibran los recuerdos de Grafton Street, deshilvanados hoy, arrinconados,

Y Dublín, bella ciudad, tan querida.

Mercurio, Saturno, Venus, Marte:

Lejos, muy lejos África parecía,

Jirafas por doquier, y pocos coches...

Ignorantes de Kianda y su andadura.

Con decidido empeño emprendimos el vuelo,

Rumbo a Nairobi, Olga; y yo, hacia Nueva York.

Cuando los Centros de finanzas temblaron,

Pensé en Olga:

Ella sabía lo que importaba cuando escogió su camino.

¡Seis veces diez ha coronado las decenas!

Gritemos ¡aleluya! antes de que la memoria se desvanezca.

Me emocioné, y me asombró constatar cómo habían pasado los años tan rápidamente. Habían sido años colmados de trabajo, alegría, amistad, y renovado amor a Dios. Y mientras tanto, ¡mi hermano pequeño había crecido!

Brigid y yo decidimos preparar una sorpresa para nuestros padres. Cantamos a dos voces varias canciones de nuestra juventud, las grabamos, y Brigid se llevó la cinta a Londres. Al poco tiempo mi madre me escribió esta carta:

«Queridísima Olletje:

¿Puedo felicitarte en tu sesenta cumpleaños? Hay personas que no quieren que se les felicite, pero es una tontería. Dios te ha dado vida, y en abundancia. Yo espero con ilusión mis ochenta y siete. Si Dios nos mantiene vivos, es porque cumplimos una función necesaria. Brigid me cuenta que el trabajo que estáis haciendo es maravilloso. Qué orgullosa estoy de mi familia, y qué poca cosa me siento.

La primera vez que vi a papá (aunque sólo le vi de espaldas), sentí como si Dios me dijera al oído: «Éste es el que he escogido para ti». Hubo veces en que fue difícil -tú lo sabes- pero él era el elegido por Dios, y esto suponía para mí una gran diferencia. Lo dejé todo en sus manos, y ahora papá es tan amable, tan generoso, tan acertado con los nietos, tan interesado en todos los asuntos de su vida y de sus estudios. Verdaderamente Dios me ha traído a un pasto fértil. Qué estúpido es quien rechaza un hijo. ¡Qué riqueza en cada uno de ellos! Y qué maravilloso es compartir.

Brigid acaba de llegar, y nos ha contado todas sus experiencias, los peligros y dificultades de su trabajo, y su éxito y lo que todos disfrutaron, y la Misa celebrada en la capilla de Strathmore. Cuando yo termine el retablo que estoy haciendo, ¿se celebrará también la Misa delante de él?

Mucho me gustó que cantarais las canciones antiguas favoritas; la memoria vuela hacia atrás, y ¡qué felices recuerdos! Verdaderamente nuestra familia era como un

pequeño Edén, una familia que sabía querer, y esto produce un calor de gratitud en mi corazón...

Ahora tengo noticias frecuentes de los chicos. John me va a dedicar un festejo con libro de firmas y todo; estaré en Nueva York del 15 al 22 de diciembre. Está con mucha ilusión. Asistiremos también al ensayo de su obra de teatro. Ha seguido unas conferencias sobre «El Matrimonio en la Edad Media», y le han impresionado mucho. «En aquella época, me dijo por teléfono, la gente no buscaba el poder sino el amor». Y después de unos instantes de reflexión: «Creo que estamos tan mal porque hemos dado la espalda a Dios»...

Eres una preciosa parte de mi vida, ¡aunque no te veamos mucho!

Un grandísimo abrazo, Tu madre y tu padre»

Mi madre no fue a Nueva York. A primeros de diciembre Brigid me llamó por teléfono con voz temblorosa, «Ol-gie, papá ha tenido un accidente y está inconsciente. Liz le ha llevado al mejor hospital y mamá está con él todo el tiempo»... Colgué el aparato y me senté aturdida, tratando de imaginar lo que estaba pasando en Londres. Sabía que mi padre tenía la enfermedad de Parkinson, pero la llevaba bien. Recé por papá con todo mi corazón.

Mi padre no recuperó el conocimiento. El 12 de diciembre, mientras Kenia estaba celebrando el Uhuru Day (Día de la Independencia), Johnny me llamó desde Londres para decirme que papá había fallecido. «Siento ser yo quien tiene que darte la noticia», me dijo con un nudo en la garganta.

Volé a Londres tan pronto como pude y fui directamente a casa de mis padres. En el porche, unos jarrones contenían lirios blancos todavía frescos desde el día del funeral. Después del servicio funerario, John acompañó el cuerpo de papá en avión hasta Nueva York, para ser enterrado con sus padres, como él había deseado.

En la casa todo tenía el aspecto de siempre: los abrigos y sombreros de mi padre colgados en el hall, y sus carteras de trabajo colocadas bajo la escalera. Era como un agudo recordatorio de su ausencia; escondí la cara en uno de los abrigos, y lloré. Envolví a mi madre en un abrazo sin palabras. Estaba todavía conmocionada, pero consolada con los seis hijos a su lado.

Celebramos la Nochevieja en casa de Sheila, y el Año Nuevo con Liz; todos prestamos a mi madre toda clase de atenciones, al mismo tiempo que nos dábamos ánimos entre nosotros.

Como Brigid debía dar un toque final a sus trabajos en Strathmore College, sugirió que mi madre la acompañara, para que así hubiera un cambio total en su actividad. Yo estaba contenta con la perspectiva de tenerla cerca de mí en estos momentos.

Al final de nuestra última tarde juntos en Berkhamsted, acompañé a Liz en su coche, y le pregunté, «¿Qué es lo mejor que podemos hacer por mamá? ¿Cómo puedo ayudarla?». Muy seria, me respondió: «Es como una amputación. Pasarán meses antes de que mamá lo supere».

Mi madre y Brigid pasaron dos semanas en Nairobi. Mientras Brigid pintaba en Strathmore, mi madre se sentaba en el jardín de Glenview, lleno de sol, y hacía acuarelas

de flores para el cuarto de estar de Samara, la nueva casa para las profesoras del colegio Kianda. El último retablo que pintó, la Virgen con el Niño rodeada de angelitos de todas las razas, se colocó en el oratorio de Samara, y la Misa se celebra allí, delante de él, como era su deseo.

Mi madre es una mujer extraordinaria bajo todos los aspectos. Hace poco sufrió una operación de cadera, a los noventa y un años. Un par de semanas antes, exclamó, llena de ánimo: «¡Ya no soy un ser humano, soy un himno, un cántico de alabanza!» Y así es, verdaderamente. Me siento afortunada de haber tomado el canto de mi vida de ese magnífico himno.

Epílogo

«Soñad y os quedaréis cortos»: San Josemaría Escrivá solía repetírnoslo. Era la manera de expresarnos su convicción de que toda actividad humana podía ser elevada al plano sobrenatural. A sus hijos e hijas espirituales les dio una visión del mundo que les estimulaba a utilizar su creatividad y energía para dirigir hacia Dios los múltiples aspectos del esfuerzo humano, trabajando codo con codo con los demás hombres y mujeres.

San Josemaría tenía una amplia y certera visión del papel que las mujeres estaban llamadas a jugar en el mundo y en la Iglesia. Veía su lugar en las más variadas profesiones, en el barullo de la política y de los negocios, así como en el esfuerzo por crear un hogar, tan necesario para la felicidad y el bienestar de las familias y de la sociedad.

Conocí el Opus Dei providencialmente en Irlanda, hace casi cincuenta años, y quedé atraída por la clarividencia del Fundador. Unos años más tarde, en el equipaje de mi formación docente y, fundamentalmente, con el espíritu del Opus Dei que había aprendido del Fundador, traje a África una semilla, sin apenas vislumbrar dónde caería o en qué iba a transformarse cuando creciera.

Hace más de cuarenta años vine a África por primera vez, con un sueño que se ha convertido en una magnífica realidad de gente de toda clase y condición, en Kenia; gente que ve en su trabajo un medio de acercarse a Dios y un modo de servir a los demás, mostrándoles la maravillosa verdad de ser hijos de Dios.

Desde Kenia, algunas africanas han ido a ayudar en los comienzos de la Obra en Nigeria, Costa de Marfil, Congo, Camerún, y Uganda. Jóvenes espléndidas que también sueñan; gente como Speranza Migue, cuyos ojos brillan de ilusión mientras se prepara para empezar la labor de la Obra con mujeres en Sudáfrica.

«Nosotros los negros sentimos que Dios nos ha olvidado», me dijo con tristeza una amiga sudafricana hace unos meses. El corazón paternal de San Josemaría se sentiría ansioso por remediar esa situación, pensé entonces. Ahora, seis chicas jóvenes están haciendo el equipaje, empeñadas en abrir un Centro en Johannesburgo: una keniana, una nigeriana, dos filipinas, una sudamericana, y una europea.

He escrito este libro en Strathmore, donde no había vivido desde 1967. Un día, una de las alumnas del curso práctico llamó tímidamente a mi puerta, y me dijo: «¿Podría usted venir a la tertulia para hablarnos de los comienzos?» Fui y les conté algo de lo que he escrito aquí; las jóvenes escuchaban con gran interés. A la mañana siguiente, recibí una

papelito escrito por Janet Mawe, que decía: «Cuando veo a gente como usted, mayor en la Obra y feliz, me da la impresión de que si Dios me quiere ahí, yo también seré feliz». Janet tiene razón.

Por mi parte, debo decir que cada día soy más feliz, y estoy más agradecida por el don de la vocación que, aunque inmerecida, continúa llenando mi vida. Nunca me he arrepentido, ni por un momento, de la decisión que tomé a los veinte años. El primer fervor de entusiasmo juvenil ha alcanzado el ardor de la brasa incandescente que nunca se apaga.

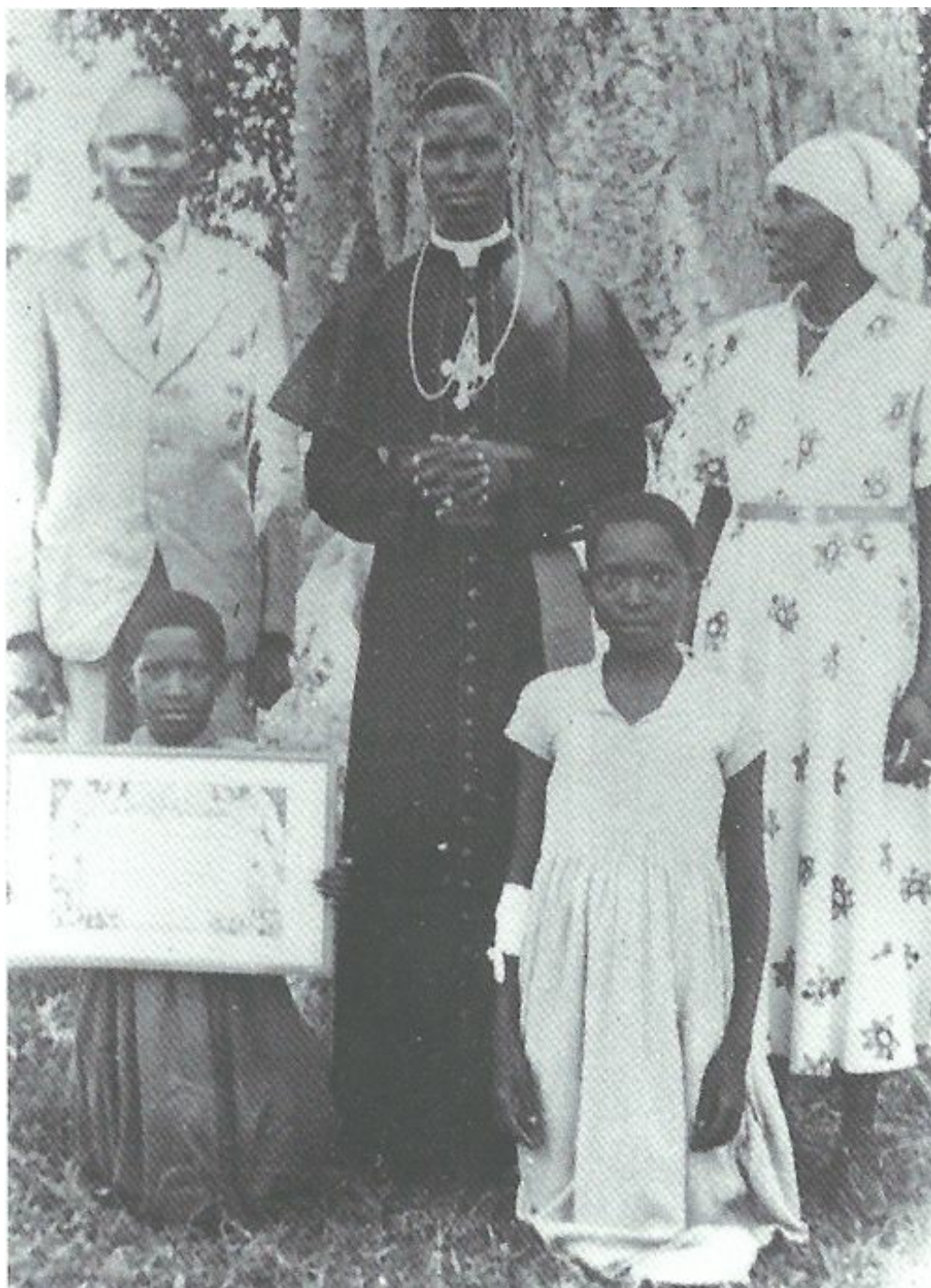
«Aún resuena en el mundo aquel grito divino: “Fuego he venido a traer a la tierra, ¿y qué quiero sino que se en-cienda?”(...)»

¿No te animas a propagar el incendio?» (*Camino*, n° 801).

Galería fotográfica



1951: La familia Marlin en Montreal (mis padres con Brgid, Randal, Olga, John, Elisabeth y Sheila).



1957: El Obispo de Kisii, Maurice Otunga (más tarde Cardenal) con los padres y dos hermanas de Ursula –Jacinta y Berni– con ocasión de la entrega de la Cruz de Honor Pro Ecclesia et Pontífice a Cajetano Okondo por su contribución a la cristianización de su zona.



*1958: San Josemaría juega con las patas, en una reunión con sus hijas en el
soggiorno de La Montagnola en Roma*



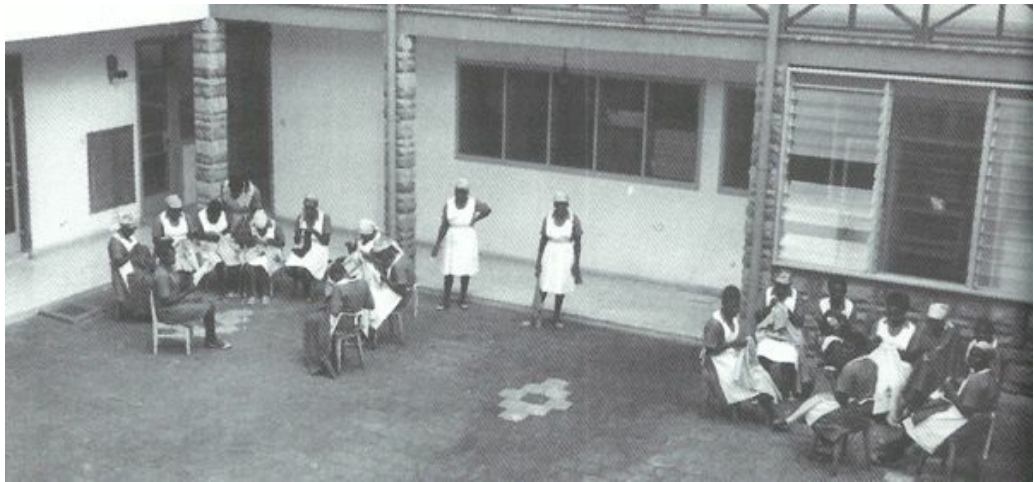
*Julio, 1960: Con mi padre, Tere y Marlene delante de la puerta de Invergara House,
la primera casa alquilada en Nairobi.*



Enero, 1961: Mary y yo enseñamos las obras de la administración de Strathmore a nuestras amigas, Mrs. Gichuru y Mrs. Jemimah Gecaga con otras señoras.



1961: Encarnación enseña a coser a máquina a las alumnas de Strathmore Catering Department.



1962: El patio es el punto de reunión para la casa.



1964: En casa de Pamela Mboya con Maureen y los gemelos, Peter y Patrick.



1964: El cuadro de profesoras de Kianda College, delante de la casita. De izquierda a derecha: Dorothy du Plessis, Tere Temes, Audrey Leitch, Gail Osmond, Cuca Canel, Carlette Roeske, Constance Gillan, Pilu de la Herrán, Olga Marlin, Georgina Wallace.



1964: Evelyn Karungari Mungai en su primer empleo con los East African Common Services.



1965: Carlette Roeske en clase de francés.



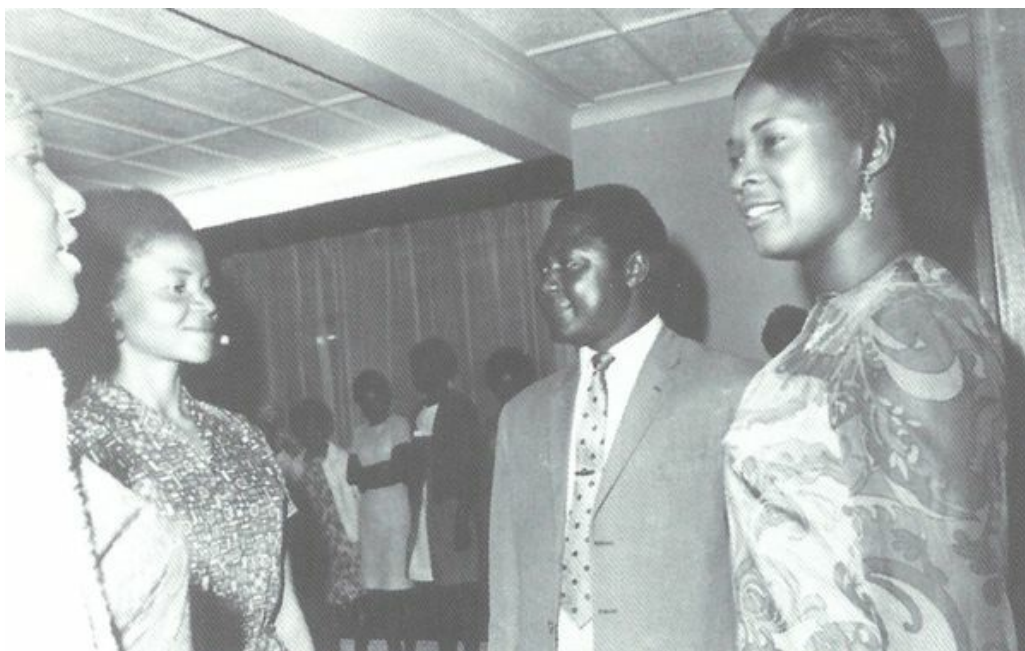
1965: El día que el Alcalde de Nairobi, Mr. Charles Rubia, visitó Kianda College en compañía de sus consejeros. Cuca les enseña la clase de mecanografía.



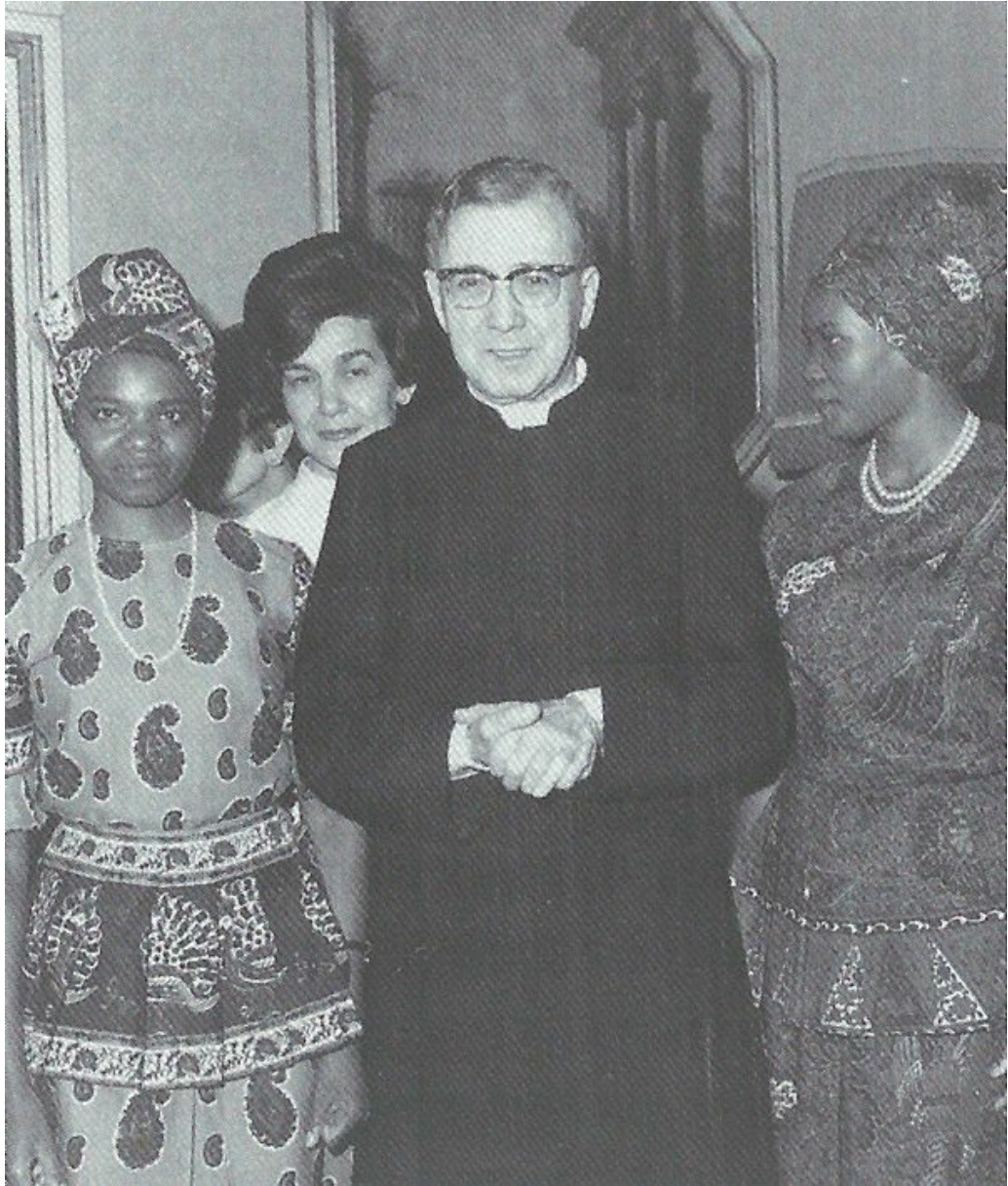
1967: Con Mama Ngina Kenyatta el día de la inauguración de Kianda Residence.



En los estudios de TV, Marilyn D'Souza prepara el Nacimiento con dos niñas amigas.



1969: Tom y Pamela Mboya en una visita a Kianda Residence. Tom fue asesinado pocos meses después.



*1970: Roma. San Josemaría con las dos primeras Numerarias Auxiliares africanas,
Mumbua y Auma.*



1970: Entregamos al primer Presidente de Kenya, Jomo Kenyatta, un álbum de fotografías de Kianda College donde estudia su hija, Kristina.



1971: Mis padres, el día de la boda de mi hermano John.



1974: Rosario con varias alumnas en Kimlea.



1979: Constance y yo con Mrs. Jemimah Gecaga durante un discurso a las estudiantes de Kianda College en el cuarto de estar de la residencia.



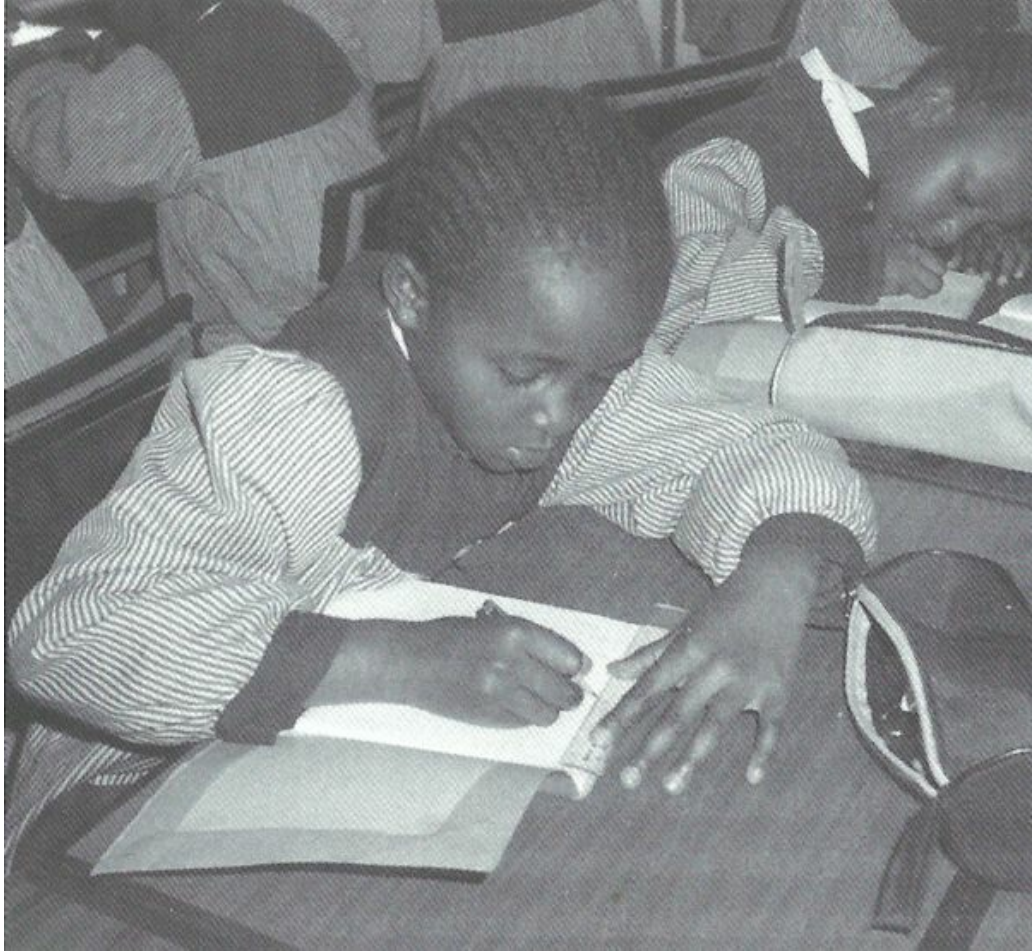
Mayo, 1980: La tarde inolvidable en que presenté el libro a Su Santidad, Juan Pablo II, en la Nunciatura.



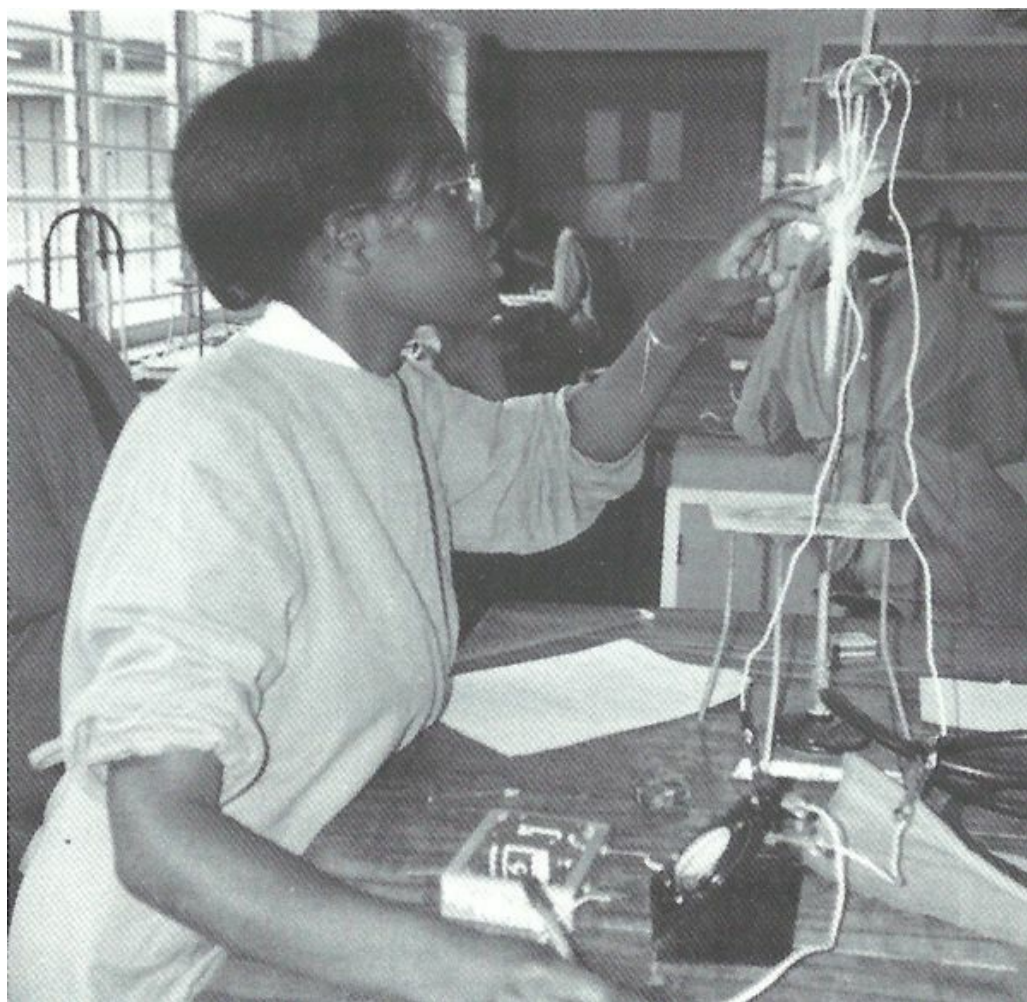
1981: El Presidente de la República, Daniel Arap Moi, llega de visita a Kianda School y le presento a la Directora, Mary Kibera.



*El antiguo Kianda y la nueva escuela primaria vistos desde la terraza de la
Residencia.*



Alumnas de la primaria.



Alumnas de Kianda Secondary School en el laboratorio.



1989: Al Padre (Mons. Alvaro del Portillo) le acaban de nombrar Elder, y dijo, emocionado: "Soy uno de vosotros".



1990: Glenview, la casa de Mrs. Hughes.



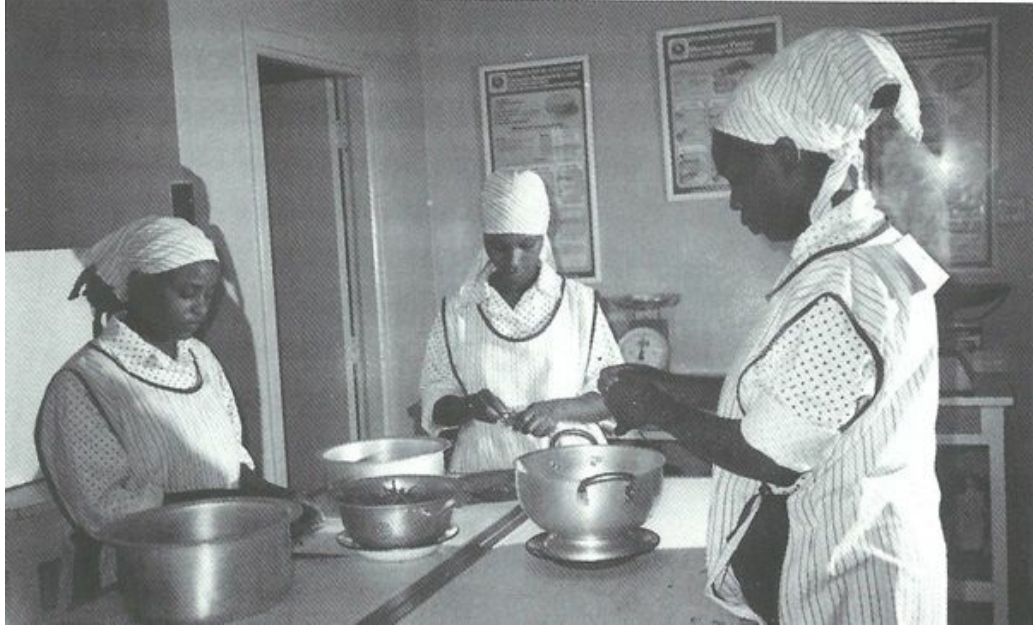
Los seis hermanos con mi madre, Navidades 1994.



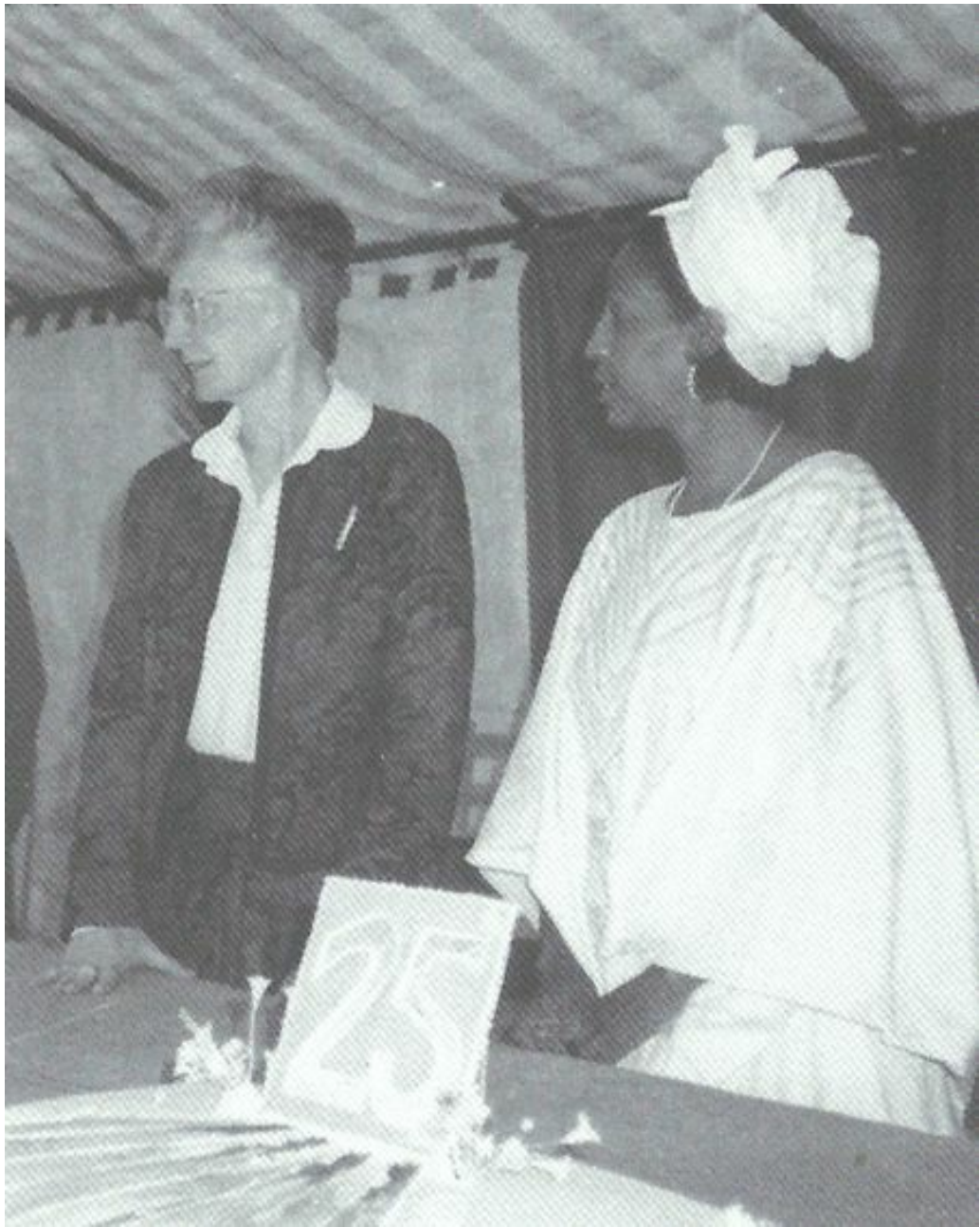
Con tres generaciones de Mboya, el día de la Primera Comunión de Diana.



2001: Con Mama Ngina Kenyatta el día de la inauguración del nuevo edificio de Kimlea School.



Alumnas de Kibondeni College.



2002: Evelyn Karungari Mungai es la invitada de honor para la celebración de los 25 años de Kibondeni College..

Índice

Índice	6
Prólogo	8
1. Aquí empezó todo	10
2. Asentándome	16
3. Por fin, profesora	21
4. El Colegio Romano	29
5. Preparativos para África	37
6. Comienzo de una aventura	45
7. Kenya High School	50
8. Crisis en el Congo	54
9. Una llamada del Padre	59
10. Primeras experiencias	67
11. Creando un hogar	74
12. Kianda College	81
13. Uhuru!	88
14. Uhuru también para las mujeres	95
15. Kianda Residence	103
16. Tom Mboya	110
17. La familia crece	114
18. Expansión hacia el oeste	119
19. Lagoon College	125
20. El Padre en el cielo	130
21. Kianda School	133
22. La clínica de la Universidad de Navarra	138
23. Centro Cultural Fanusi	145
24. Elders kenianos	151
25. Mejorando el nivel de vida	157
26. Kibondeni College	163
27. Seis veces diez	168

Epílogo	173
Galería fotográfica	175